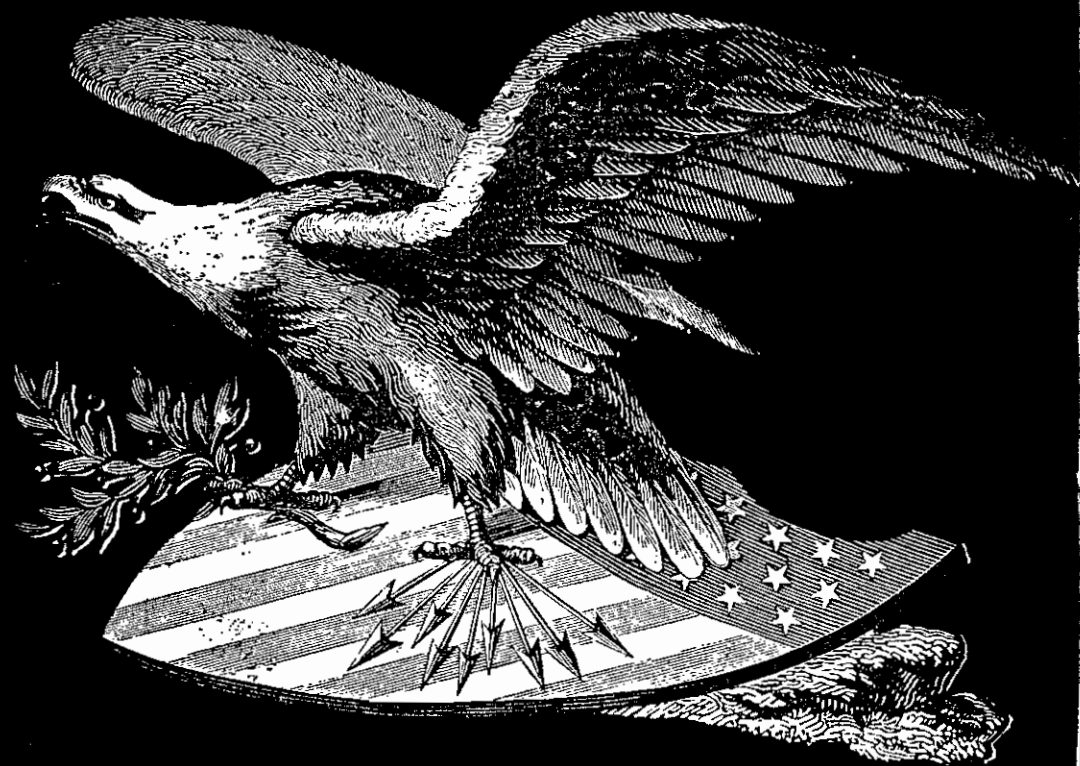


**C. MARX y F. ENGELS**

TEXTO  
COMPLETO  
SOBRE  
LA GUERRA  
CIVIL

# La Sociedad Norteamericana



EDITORIAL ABRAXAS

C. MARX – F. ENGELS

**LA SOCIEDAD  
NORTEAMERICANA**

EDITORIAL ABRAXAS  
BUENOS AIRES

Traducción: JUANA BIGNOZZI

Diseño gráfico: SERGIO CAMPOREALE

© by Editorial Abraxas, 1972, Asamblea 1130, Bs. As., Argentina. Hecho el depósito que marca la ley 11.723. Impreso en la Argentina.

---

Impreso en la Compañía Impresora CADASA S.R.L., Andonaegui 1326  
Buenos Aires, en mayo de 1973.

## PRÓLOGO

por ROGER DANGEVILLE

El cuerpo y el alma de una sociedad moderna

*En El Capital, en el capítulo sobre la colonización, Marx se divierte con las desventuras de un industrial inglés que al transferir de Inglaterra a Nueva Holanda todo el equipo de su empresa, incluidos los obreros y sus familias, "se quedó sin sirviente para hacerle la cama o sacarle agua del río", porque sus empleados lo habían abandonado para establecerse en el país como colonos libres.*

*América vivió esta anécdota, casi tanto como los obreros con sus familias que huyeron de Inglaterra, de Irlanda y del continente europeo después de haber abandonado máquinas y relaciones sociales no sabían que, fatalmente, recrearían las mismas relaciones sociales que en Inglaterra, si desarrollaban la maravillosa industria y su esclavitud capitalista. La dulce tierra americana no podía mantenerse como un puerto de paz y felicidad, debía reproducir toda la historia de su madre patria británica y para empezar, lo que Marx llama los horrores de la acumulación primitiva. ¿No necesitaba, también ella, un alma capitalista?*

*Es así como los primeros colonos, ellos mismos víctimas de la violencia en Europa, debieron ejercerla a su vez, en el encuentro con los habitantes originales de América, los indios. Debieron echarlos o encerrarlos en reservas cerradas para ocupar el suelo y anudar relaciones sociales y productivas estables. Todavía hoy, este hecho es frecuente en América. Que el capitalismo haya sido importado directamente, "en toda su pureza" hace pensar que en los*

Estados Unidos el capitalismo pudo instaurarse sin revolución previa.

De hecho, el comienzo de toda una serie de trastocamientos revolucionarios fue la eliminación de la sociedad oficial de los indios primitivos: manera expeditiva, a la americana, de destruir el antiguo régimen.

Por lo tanto Inglaterra no exportó directamente a los Estados Unidos sus formas de producción más desarrolladas, sobre todo en el dominio industrial: América fue, en principio, una colonia inglesa. La base a partir de la cual se desarrollaron, no sin choques, la nación y el capitalismo americanos, es la pequeña producción mercantil esencialmente agrícola y artesanal, que tiene su paralelo en la producción de las comunas libres de la Edad Media europea, en el siglo XII por ejemplo.

En 1790 el noventa y cinco por ciento de la población de los Estados Unidos era agrícola. Por lo tanto, América debió sacudir la tutela colonial de Inglaterra (guerras de 1775-1783 y de 1812-1814) (Cf. Notas al final del volumen: 98, 99, 100, 101 y 133) para que las trece colonias —pequeña fracción del futuro territorio colonial— pudieran declararse independientes y empezar, a partir de la pequeña producción mercantil, una evolución económica y social relativamente autónoma. Era el comienzo de la revolución nacional burguesa, que permitió la instauración del modo de producción capitalista, en la escala de una sociedad determinada.

A diferencia del tipo de revolución clásica (como por ejemplo la revolución francesa de 1789, concretada en algunos años), la revolución americana se producirá por grandes crisis sucesivas, a medida que maduren las fuerzas económicas americanas: el camino que va de la pequeña producción mercantil, donde el trabajador es propietario de los productos de su trabajo a la producción plenamente capitalista, donde el trabajador es un asalariado y ha dejado de ser el propietario de los frutos de su trabajo, es largo. El alma de los Estados Unidos

No se pueden reunir todas las revoluciones burguesas en un solo modelo. En efecto, si bien tienen un contenido de clase común, no por eso dejan de diferenciarse finalmente por sus características nacionales. Estas resultan de las relaciones que anudan entre sí los productores cuando chocan con el medio climático y geográfico y con el modo de producción que ya existe: feudalismo

en Europa, modo de producción asiático y colonialismo blanco en los continentes de color, y en lo que concierne más en particular a los Estados Unidos, modo de producción del comunismo primitivo hindú e imperialismo inglés.

Marx dice expresamente que esas condiciones previas constituyen una parte integrante de la sociedad burguesa: "Las suposiciones previas que aparecen en el comienzo como condiciones del devenir del capital —y que por lo tanto no podían desprenderse de la acción del capital en tanto tal— aparecen ahora como resultado de su propia realización... Ya no son las condiciones de su génesis sino el resultado de su existencia presente."

El momento de la revolución, por lo tanto, es determinante, porque marca un giro y constituye el acto de nacimiento oficial de una nación nueva: la medida del éxito obtenido por las armas contra las fuerzas precapitalistas y sus aliados exteriores —siendo la violencia, en este caso, según la expresión de Engels, un agente económico— determinará la conformación y las capacidades de evolución de la nación, no solo en el espacio con sus fronteras geográficas, interiores o exteriores (Estado central o federado) sino también en sus instituciones administrativas, políticas, jurídicas, su sistema monetario, fiscal, etc. Este conjunto determinará por una parte, la estructura interior de la dominación del modo de producción burguesa y, por otra parte, el rango que ocupará esta nación en el conjunto de los otros Estados, en una relación de fuerzas determinada frente a ellos.

Por eso las revoluciones son la gran partera de las sociedades modernas, el modelo de la sociedad nueva, también por desarrollar, imponiéndose en la crisis revolucionaria, cuando los hombres, bajo el efecto de los trastocamientos que ya se han producido en el seno de la base económica, se ven obligados a institucionalizar las relaciones, de ahora en adelante preponderantes, en la economía. Según el mayor o menor éxito logrado por las fuerzas revolucionarias, las instituciones, o cuadro nacional en el sentido más amplio, serían más o menos propicias para el desarrollo de las fuerzas productivas en el porvenir. Por lo tanto, en el curso de la crisis breve y aguda de las revoluciones, es donde se forman las superestructuras, donde se decide el futuro de una nación. Tal es la dialéctica entre base y superestructura, siendo la primera deci-

siva para la segunda, y la segunda actuante a su vez sobre la primera.

Aunque se gusta asimilar revolución con desorden, anarquía y confusiones improductivas, son "factores económicos" de progreso y marcan toda la vida ulterior de cada nación. Las estructuras y reflejos puestos entonces en su lugar dominan todo el futuro: cada período de fiebre y de crisis evocará un episodio de la revolución pasada, y sobre todo una limitación o un fracaso sufrido por esta. El ejemplo patético en los Estados Unidos es el actual "problema negro" que fue el centro de la guerra civil americana —antiesclavista— de 1861-1865.

Como dice Marx, la esclavitud fue el pecado original de los Estados Unidos. Con esa forma de producción el capital inglés introdujo los gérmenes de la gran industria en los Estados Unidos con la complicidad de los americanos del Sur (y a menudo del Norte): ¿el algodón no era acaso el eje de la gran industria burguesa en sus comienzos? Marx explica que la esclavitud puede subsistir en el seno del sistema de producción burgués porque solo es un punto aislado y transitorio del desarrollo ulterior del asalariado, del capital y de la gran industria: por lo tanto, debe ser eliminada en un momento dado: "La esclavitud de los negros —esclavitud puramente industrial— es admitida por la sociedad burguesa, aunque en el curso de su desarrollo se le haga insopor- table y desaparezca."

Sin embargo, la guerra civil americana de 1861-1865, terminará con un compromiso que marcará todas las instituciones futuras. Marx y Engels señalan que la fuerza principal de este compromiso, que deja en pie, en gran parte, la diferencia entre el Sur y el Norte y forma el Estado y la administración consecuentemente, ha sido Nueva York, centro del mercado financiero, que detenta las hipotecas de las plantaciones del Sur, negocia el algodón con Inglaterra y participa en el comercio de los esclavos de Africa. Nueva York es además el centro del Partido demócrata, que asegura la relación entre el Sur y el Norte; en oposición al Partido republicano de Lincoln.

Entre otras cosas, ese compromiso se refiere a la abolición de la esclavitud y deja subsistir para el futuro, el problema de los negros, que no son asimilados pura y simplemente a los otros

ciudadanos americanos. Ya en el curso de la guerra civil, provocada sin embargo por el problema esclavista y que giró por entero a su alrededor, los nordistas antiesclavistas reprimieron por la fuerza a los simpatizantes de los esclavos y no organizaron sistemáticamente compañías de negros, como lo preconizaron Marx y Engels.

En el curso de estos últimos años, en el momento de los motines negros en las ciudades norteamericanas, Frantz Fanon comprobaba que los blancos habían aceptado a los negros sin que hubiera habido verdadero combate de los esclavos para la abolición de su status. Los negros, al no abolir por sí mismos su esclavitud, no se liberaron verdaderamente, y los dueños blancos, por el contrario, los atraparon en una emancipación formal. Liberados por sus dueños, no habían luchado y arrancado su emancipación ellos mismos. En lugar de actuar, los negros sufrieron la acción: el cambio vino del exterior. En sus artículos Marx y Engels denuncian con fuerza las numerosas astucias políticas utilizadas por las clases dominantes para liberarse del problema. Siempre repitieron que costaban caras.

América de ayer y de hoy

La guerra civil americana, tal como fue analizada por Marx y Engels, presenta todavía un interés particular en el plano de la evolución general de la sociedad, y completa el estudio de las relaciones burguesas europeas. Lo más señalable socialmente en el trastocamiento italiano del Renacimiento, fue el arte; en Alemania, en el momento de la guerra civil de los campesinos de 1525, fue el problema de la religión y de la filosofía; en Inglaterra, la literatura económica; en Francia, el elemento político (partido, Estado democrático con sufragio universal, instrucción obligatoria para todos y servicio militar general) el conjunto forma la superestructura que, completando la base económica, nos da la totalidad de las estructuras de la sociedad burguesa moderna.

En el curso de la guerra de la Independencia y aún durante la guerra de Secesión, América, revolucionaria en ese tiempo, luchaba contra el imperialismo británico y sus aliados locales. En El Capital, Marx estudia a través del ejemplo de Inglaterra, el desarrollo económico clásico del capitalismo, para extraer de él, las

leyes de la evolución de todos los otros países que iban a comprometerse en la industrialización capitalista: De te fabula narratur. Marx termina el primer libro de *El Capital* con el capítulo sobre la colonización, y se podría decir que su historia de la guerra civil americana es un prolongamiento en el plano político y militar, o al menos una ilustración del tema. Esto nos permite afirmar que encontramos en la guerra de Secesión a la vez la fase revolucionaria de formación de la nación americana (en el episodio nordista y antiesclavista) y la fase imperialista de su porvenir (en la acción de Inglaterra).

De hecho, la característica de la revolución americana, es el imperialismo en el sentido más dialéctico del término. El elemento imperialista es un rasgo fundamental en el capital, que es esencialmente producción excedentaria, creación de plusvalía, y por lo tanto fuerza irresistible de propagación de su modo de producción. Por eso el capital siente todo límite como una traba intolerable. Se desarrolla pues, irresistiblemente, más allá de las barreras nacionales y de las de los prejuicios. Derrumba a su paso todo lo que no sea capitalista, y él mismo está en revolución constante, ya que rompe todas las trabas para el desarrollo de las fuerzas productivas, para el aumento de las necesidades, para la diversidad de la producción, para la explotación y el cambio de todas las fuerzas naturales y espirituales. Para Marx, en los Estados Unidos es donde aparece más claramente esta propiedad inherente al capital: la fuerza imperialista de propagación de la industria inglesa, luego la del capital americano que pronto gana todo el inmenso territorio del Atlántico al Pacífico, para sumergir en seguida a todo el mundo, después de haber desalojado a Inglaterra de su posición de monopolio en el mercado mundial y haberle arrebatado el rango de primera potencia industrial del mundo.

La guerra civil americana de 1861-1865 anuncia el futuro cambio del imperialismo británico por el americano, y Marx cita esta nota amarga de la prensa londinense: "Los yanquis quieren hacerse un lugar enorme en la escena mundial." Aun el imperialismo inglés es sólido, y la guerra civil americana no es sino la terminación de la revolución nacional de los Estados Unidos de Washington: unifica la nación americana, rompe la secesión sudista, en un momento en que los Estados Unidos se extienden efectivamente

desde el Atlántico al Pacífico y en que se separan definitivamente de la madre patria inglesa. Además, recién en los años 1860, el capital americano conoce un desarrollo suficiente como para separarse a la vez de la industria inglesa y dominar la sociedad interna de los Estados Unidos: en la misma época, la revolución nacional estaba a la orden del día en los países de Europa central y meridional (Alemania, Polonia, Hungría, Italia, España, etc.). En una palabra, la pequeña producción mercantil que dominaba en los Estados Unidos a fines del siglo XVIII no era suficiente como para asegurar el triunfo de la revolución americana, ya que se necesitaba un nuevo trastocamiento económico para que se desarrollara en vasta escala la producción capitalista, basada antes que nada en el trabajo asalariado, y no ya en el trabajo del productor-propietario para el mercado.

Pero por las insuficiencias de la primera guerra de la independencia americana y el inmenso espacio todavía virgen, el imperialismo inglés también hizo grandes progresos en América durante el período de 1790 a 1860, sobre todo bajo el efecto del extraordinario impulso de la industria textil (algodonera) desde 1820 y las leyes cerealistas inglesas de 1846 que hicieron de América del Norte la gran proveedora de materias primas y alimentos de Gran Bretaña. En *El Capital*, Marx da cierto número de datos sobre este tema: "El desarrollo económico de los Estados Unidos es, también él, un producto de la gran industria europea, y más particularmente de la industria inglesa. En su forma actual, todavía se los debe considerar una colonia de Europa." Y Engels agrega, en la cuarta edición: "Desde 1890, los Estados Unidos se han convertido en el segundo país industrial del mundo, sin haber perdido totalmente, sin embargo, su carácter colonial."

Por lo tanto, el impulso de la industria británica determinará el aumento de la agricultura americana esclavista, proveedora de alimentos y de materia prima para el capitalismo inglés: la lucha antiesclavista se convierte, de esta manera, en el pivote de la guerra civil americana. Destruir la esclavitud, es ahogar la influencia del imperialismo inglés, es la ocasión histórica para el capital americano de dominar toda la sociedad americana. Es verdad, no se puede decir que las plantaciones de ultramar explotadas por medio de esclavos sean una forma capitalista pura de la agricul-

tura, ya que esto implica el asalariado. Sin embargo, es una primera forma capitalista al servicio de la gran industria de las metrópolis: trabaja para el mercado mundial. En un segundo tiempo, cuando la revolución nacional de ultramar, las plantaciones esclavistas debieron ser eliminadas para reemplazarlas por una mano de obra asalariada. Estas revoluciones nacionales son pues, necesariamente antiimperialistas.

La guerra civil americana de 1861-1865 tiene numerosos protagonistas: el Norte industrial donde el trabajo es libre, el Sur esclavista, que se apoya en Inglaterra, y en menor grado, en Francia y España (listas para intervenir, en provecho de los esclavistas), mientras la clase obrera inglesa tomará partido contra su propio gobierno, en favor del norte.

Es importante señalar que Marx y Engels aconsejaron a los americanos cortar el Sur en dos y apoderarse de Georgia, basándose en el análisis no solo geográfico de la Confederación del Sur sino también combinando esos datos con el estudio económico y social de los Estados esclavistas. Esta estrategia era la más racional y terminó por imponerse a los estrategas americanos, que concentraron sus fuerzas durante bastante tiempo sobre el Potomac. Como vemos, los estudios de Marx y Engels no eran del todo académicos; además la acción en favor del Norte, se unía a la de todos sus amigos políticos que al emigrar a los Estados Unidos, lucharon con las armas en la mano contra la esclavitud. (Cf. nota 58).

Podemos señalar finalmente, que la historia de la guerra civil americana es una de las raras revoluciones que Marx y Engels analizaron sistemáticamente, considerando: a) las causas económicas y sociales del conflicto; b) las operaciones militares que se desprendían no sólo de la relación de las fuerzas enfrentadas sino de la respectiva fuerza política; c) sus efectos internacionales, en principio sobre las burguesías europeas, sobre todo británica, luego sobre el proletariado inglés; d) sus repercusiones en las instituciones económicas y sociales.

## I

### ECONOMÍA DE LAS FUERZAS ENFRENTADAS

*“Acabo de leer en el New York Tribune que se ha producido un levantamiento de esclavos en Misuri. Naturalmente, fue aplastado, pero la señal está dada. A medida que las cosas se pongan serias, ¿qué le pasará a Manchester?”*

MARX a ENGELS, 11/1/1860.

CARLOS MARX

*New York Daily Tribune,*

11/10/1861

Londres, 18 de setiembre de 1861.

Cualesquiera hayan sido sus valores intrínsecos, la carta de la señora Beecher-Stowe a lord Shaftesbury<sup>1</sup> tuvo el gran mérito de obligar a los órganos antinordistas de la prensa londinense a exponer al gran público las pretendidas razones de su hostilidad al Norte y de sus simpatías mal disimuladas por el Sur. ¡Señalemos al pasar que ésta es una actitud extraña entre gente que finge el mayor horror por la esclavitud!

La actual guerra americana atormenta mucha a esta prensa ya que "no es un conflicto por la abolición de la esclavitud", de lo que se deduce que no se puede pedir al ciudadano británico, alma noble, ducho en sus propias guerras y en no interesarse en las de los otros pueblos sino desde el ángulo de los "grandes principios humanitarios", que experimente la menor simpatía por sus primos del Norte.

Por eso el *Economist* afirma: "En principio, es tan imprudente como falso pretender que el conflicto entre el Norte y el Sur sea una querrela por la libertad de los negros por un lado, y por la esclavitud de los negros por el otro." La *Saturday Review* declara que el Norte "no proclama la abolición, y nunca pretendió luchar contra la esclavitud. El Norte jamás inscribió en sus banderas el símbolo sagrado de la justicia hacia los negros. Su grito de guerra no es la abolición incondicional de la esclavitud." Finalmente, el *Examiner* escribe: "Si hemos sido engañados sobre la significación real de este sublime movimiento, ¿quién es el responsable sino los mismos federalistas?"



Debemos reconocer que en el primer caso el punto de partida es justo. La guerra no empezó para abolir la esclavitud y el mismo gobierno de los Estados Unidos se tomó el trabajo de alejar toda idea de este tipo. Pero entonces habría que recordar que no fue el Norte sino el Sur el que empezó esta guerra, el primero no hizo más que defenderse. En efecto, el Norte, después de largas dudas y después de dar prueba de una paciencia sin igual en los anales de la historia europea, terminó por sacar la espada, no para romper la esclavitud, sino para preservar la Unión. El Sur, por el contrario, empezó la guerra proclamando bien alto que la "institución particular" era el único y principal fin de la rebelión, pero al mismo tiempo confesó que luchaba por la libertad de reducir a otros hombres a la esclavitud. Libertad que, a pesar de las denegaciones del Norte, pretende amenazada por la victoria del Partido republicano<sup>2</sup> y por la elección de Lincoln para la presidencia. El Congreso de los confederados se enorgullece de que la nueva Constitución —a diferencia de la de Washington, Jefferson y Adams— reconoce por primera vez la esclavitud como algo bueno en sí y para sí, una defensa de la civilización y una institución divina. Cuando el Norte declara que combate simplemente para preservar la Unión, el Sur glorifica estar en rebelión para hacer triunfar la esclavitud. Aunque la Inglaterra antiesclavista e idealista no se hubiera sentido atraída por la declaración del Norte, ¿cómo es que no experimentó la más viva repulsión por la cínica confesión del Sur?

La *Saturday Review* se libera de este cruel dilema, negándose pura y simplemente a creer en las declaraciones de los Estados sudistas. Mira más lejos y descubre "que la esclavitud no tiene gran cosa que ver con la secesión"; en cuanto a las declaraciones en contrario de Jefferson, Davis y compañía, solo son "fórmulas" casi tan desprovistas de sentido como las de rigor en las proclamas "cuando se trata de altares violados y hogares deshonorados".

El arsenal de argumentos de los diarios antinordistas es extremadamente reducido y nos damos cuenta que todos retoman más o menos casi las mismas frases, como las fórmulas de una serie matemática que vuelven en intervalos regulares con pocas variantes o combinaciones.

El *Economist* exclama: "Todavía ayer, cuando el movimiento

de secesión empezaba a tomar una forma seria con el anuncio de la elección de Lincoln, el Norte ofreció al Sur, si quería continuar en la Unión, todas las seguridades posibles para que continuaran funcionando en la inviolabilidad todas sus odiables instituciones. ¿No proclamó solemnemente el Norte que renunciaría a inmiscuirse en sus asuntos, mientras los dirigentes nordistas proponían al Congreso compromiso tras compromiso, basados todos en la concesión de no mezclarse en el problema de la esclavitud?

"¿Cómo, dice el *Examiner*, que el Norte está dispuesto a concretar un compromiso, haciendo las más amplias concesiones al Sur en materia de esclavitud?... ¿Cómo es que en el Congreso algunos han propuesto una zona geográfica dentro de la cual la esclavitud sería reconocida como una institución necesaria? Los Estados del Sur lo mismo no estaban satisfechos."

Lo que el *Economist* y el *Examiner* debieron preguntarse no es tanto por qué el compromiso Crittenden<sup>4</sup> y tantos otros fueron *propuestos* al Congreso, sino por qué no fueron votados.

Fingen creer que el Norte ha aceptado sus proposiciones de compromiso y que el Sur las ha rechazado, cuando en realidad fueron llevadas al fracaso por el partido del Norte, que había asegurado la elección de Lincoln. Estas proposiciones, al no convertirse nunca en resoluciones, de hecho quedaron en el estado de deseo piadoso; el Sur nunca tuvo ocasión, y con justo motivo, de rechazarlas o aceptarlas. La nota siguiente del *Examiner* nos lleva al centro del problema.

"La señora Stowe pretende que el partido esclavista decidió terminar con la Unión cuando comprobó que ya no podía utilizarla para sus fines. Admite pues, que el partido esclavista, hasta ese momento, había utilizado a la Unión para sus fines. Pero sería bueno que la señora Stowe muestre claramente cuándo el Norte empezó a levantarse contra el esclavismo."

Podríamos creer que el *Examiner* y otros oráculos de la opinión pública en Inglaterra estuvieran bastante familiarizados con la historia más reciente como para no recurrir a las informaciones de la señora Stowe en un punto de tanta importancia. La usurpación creciente de la Unión por parte de las potencias esclavistas a consecuencia de su alianza con el Partido demócrata del Norte<sup>5</sup> es, por así decirlo, la fórmula general de la historia de los Estados

Unidos desde comienzos de este siglo. A sucesivas medidas de compromiso corresponde una apropiación progresiva de la Unión transformada de esta suerte en esclava de los propietarios del Sur. Cada uno de esos compromisos marca una nueva pretensión del Sur y una nueva concesión del Norte.

Al igual que cada una de las victorias sucesivas del Sur no se lograron sino tras una ardiente batalla previa contra cada una de las fuerzas adversarias del Norte, que se presentan bajo diversos nombres de partido, con múltiples directivas y con todo tipo de colores. Si el resultado efectivo y final de cada uno de esos combates singulares favoreció al Sur, un observador atento de la historia no puede dejar de notar que cada nuevo avance de la potencia esclavista era un paso más hacia su derrota final. Aun en la época del compromiso del Misuri<sup>6</sup>, las fuerzas en lucha se contrabalanceaban tan estrechamente que Jefferson temió —como surge de sus memorias— que la Unión se viera ante la amenaza de un estallido como consecuencia de este fatal antagonismo.

Las pretensiones de las potencias esclavistas seguían en aumento, cuando el Kansas-Nebraska bill<sup>7</sup> destruyó, por primera vez en la historia de los Estados Unidos —como el mismo Douglas lo reconoce— toda barrera legal para la extensión de la esclavitud en los territorios de los Estados Unidos. Cuando un candidato del Norte<sup>8</sup> compró su nominación presidencial prometiendo que la Unión sometería o compraría Cuba para crear allí un nuevo campo de dominación de los esclavistas, cuando luego la decisión de Dred Scott<sup>9</sup> proclama que la extensión de la esclavitud por el poder federal era la ley de la Constitución americana<sup>10</sup> y finalmente, cuando se abre *de facto* el comercio de los esclavos africanos en una escala más vasta que en la época de su existencia legal.

Pero, al mismo tiempo que esas culpables debilidades del Partido demócrata del Norte frente a las peores usurpaciones del Sur, comprobamos con signos innegables, que el combate de las fuerzas opuestas era tan intenso que muy pronto iba a trastocarse la relación de fuerza. La guerra de Kansas<sup>11</sup>, la formación del Partido republicano y los numerosos votos en favor de Frémont en la elección presidencial de 1856<sup>12</sup>, eran otras tantas pruebas tangibles que el Norte había acumulado bastante energía como para corregir las aberraciones que la historia de los Estados Uni-

dos ya conocía desde hacía medio siglo por culpa de los esclavistas, y para llevarlos a los verdaderos principios de su desarrollo.

Además de estos fenómenos políticos hay un hecho manifiesto, de orden estadístico y económico, que muestra que la usurpación de la Unión federal en provecho de los esclavistas, había llegado a un punto en el que éstos debían retroceder por su voluntad o la fuerza. Este hecho es el desarrollo del Noroeste, los inmensos esfuerzos realizados por su población, de 1850 a 1860<sup>13</sup>, y la influencia nueva y revitalizante que esto significó para los Estados Unidos.

¿Todo esto representa un capítulo secreto de la historia? ¿Se necesitaba la confesión de la señora Beecher-Stowe para que el *Examiner* y otras lumbreras políticas de la prensa londinense descubrieran la verdad oculta, es decir, que hasta ahora “el partido esclavista había usado la Unión para sus fines”? ¿Es culpa de los norteamericanos si los periodistas ingleses han sido sorprendidos por el choque violento de fuerzas antagónicas, cuya lucha era la fuerza motriz de la historia desde hacía medio siglo?<sup>14</sup> ¿Es culpa de los americanos si la prensa inglesa considera como un capricho elucubrado en un día lo que es el resultado madurado después de largos años de lucha? El simple hecho de que la formación y desarrollo del Partido republicano en América apenas haya sido notado por la prensa londinense pone en evidencia que sus retahilas contra la esclavitud son solo aire.

Tomemos por ejemplo las dos antípodas de la prensa londinense, *Times* de Londres y el *Reynold's Weekly Newspaper*, el mayor órgano de las clases respetables, y el único órgano de la clase obrera que subsiste actualmente. Justo antes que Buchanan terminara su carrera, el primero publicó una apología detallada de su administración y una polémica difamatoria contra el movimiento republicano. Por su parte el *Reynold's* durante la estada en Londres de Buchanan hizo de él su blanco favorito y desde entonces en ninguna ocasión dejó de ponerlo en el banquillo y de denunciar en él a un adversario. (I)

¿Cómo explicar la victoria del Partido republicano en el Norte, con un programa que se basa en la oposición abierta a las usurpaciones del sistema esclavista y a la utilización abusiva de la Unión por parte de los sostenedores del esclavismo? ¿Además

cómo es que la mayoría del Partido demócrata del Norte se libera de los lazos tradicionales con los jefes del esclavismo, pasa sobre las tradiciones envejecidas en medio siglo y sacrifica grandes intereses comerciales y prejuicios políticos más grandes todavía para correr en ayuda de la actual administración republicana y ofrecerle hombres y dinero con generosidad?

En lugar de contestar a estas preguntas, el *Economist* exclama:

“¿Podemos olvidar que los abolicionistas son ferozmente perseguidos y maltratados tanto en el Norte y en el Oeste como en el Sur? ¿Podemos negar que el empecinamiento y la indiferencia —para no decir la mala fe— del gobierno de Washington han sido, durante años, el principal obstáculo para nuestros esfuerzos por suprimir efectivamente el comercio de los esclavos en la costa africana; que una parte considerable de los clípers que ahora hacen ese comercio son construidos con los capitales del Norte, y explotados por los mercaderes del Norte con tripulación del Norte?”

Esta es, en verdad, una obra maestra de lógica. La Inglaterra antiesclavista no puede simpatizar con el Norte, que se opone a la influencia nefasta de los esclavistas, porque no puede olvidar que el Norte —mientras estaba sometido a la influencia esclavista y sus instituciones estaban manchadas por los prejuicios de los verdugos de esclavos— sostuvo el comercio de los esclavos y desacreditó a los abolicionistas. ¡Inglaterra no puede simpatizar con la administración de Lincoln porque ésta desaprobó la administración de Buchanan! ¡Con toda “lógica” debe atacar al actual movimiento de renovación del Norte y alentar a los que, en el Norte, simpatizan con el comercio de los esclavos estigmatizado por la plataforma republicana,<sup>15</sup> debe coquetear por la banda esclavista del Sur que edificó un imperio separado, porque Inglaterra no puede olvidar que el Norte de ayer no era el Norte de hoy! Si necesita justificar su actitud con tergiversaciones a lo Old Bailev,<sup>16</sup> esto demuestra ante todo que la fracción antinordista de la prensa inglesa está impulsada por motivos ocultos, es decir demasiado bajos y demasiado infames para ser expresados abiertamente.

Una de las maniobras favoritas de la prensa inglesa es la de reprochar a la actual administración republicana la actuación de

precedentes que fueron proesclavistas y se esfuerza, en lo posible, por persuadir al pueblo inglés que el *New York Herald* es el único órgano que expone auténticamente la opinión del Norte. Después que el *Times* de Londres abrió el camino en esta dirección el núcleo esclavista de otros órganos antinordistas, sean grandes o pequeños, siguió sus pasos. Es así que el *Economist* pretende: “En lo más fuerte de la guerra civil no faltan diarios ni políticos en Nueva York para exhortar a los combatientes, ahora que tienen grandes ejércitos en campaña, a no luchar unos contra otros, pero sí contra Gran Bretaña. A terminar todas las disputas internas —incluso el problema esclavista— para invadir sin previo aviso el territorio británico, con fuerzas de una superioridad aplastante.”

El *Economist* sabe perfectamente que los esfuerzos del *New York Herald*, vivamente alentados por el *Times* de Londres tienden a arrastrar a los Estados Unidos a una guerra con Inglaterra, y tienen como único fin asegurar la victoria de la secesión y arruinar el movimiento del renacimiento del Norte.

Sin embargo, la prensa antinordista de Inglaterra hace una concesión. Y la snob *Saturday Review* anuncia: “Lo discutible en la elección de Lincoln y que ha precipitado la crisis, es pura y simplemente la limitación de la esclavitud a los Estados donde ya existía.” Y el *Economist* señala: “En efecto, es verdad que el objetivo del Partido republicano que eligió a Lincoln, es impedir que la esclavitud se extienda a los territorios no colonizados todavía... Tal vez sea cierto que un éxito completo e incondicional del Norte le permitiría limitar la esclavitud a los quince Estados en los que ya existe, lo que eventualmente podría conducir a su desaparición, pero esto es más verosímil que cierto.”

En 1859 —en ocasión de la expedición de John Brown a Harper's Ferry<sup>17</sup>— el mismo *Economist* publicó una serie de artículos detallados para probar que en razón de una ley económica, la esclavitud americana estaba destinada a extinguirse gradualmente cuando ya no estuviera en condiciones de crecer. Esta ley económica fue perfectamente comprendida por la banda esclavista: “Si de aquí a quince años, no beneficiamos con un inmenso acrecentamiento de tierra para esclavos, dice Toombs, deberemos permitirles a los esclavos que huyan con los blancos, a menos que los blancos no huyan delante de los esclavos.”

La limitación de la esclavitud a su territorio legal, tal como fue proclamada por los republicanos, constituye el punto de partida evidente de la amenaza de secesión formulada por primera vez en la Cámara de representantes el 19 de diciembre de 1859. Singleton (Misisipí) le preguntó entonces a Curtis (Iowa) "si el Partido Republicano admitiría que el Sur obtuviera una nueva pulgada de terreno esclavista, mientras subsistiera la Unión". Curtis le respondió que sí y Singleton le replicó que, *en esas condiciones, la Unión sería disuelta*. Aconsejó a la administración de Misisipí que saliera lo más pronto posible de la Unión: "Estos señores deberían recordar que Jefferson Davis llevó nuestras fuerzas armadas a Méjico; sigue vivo y podría muy bien dirigir el ejército del Sur."

Haciendo abstracción de la *ley económica*, según la cual la extensión de la esclavitud es una condición vital para su mantenimiento en el territorio legal, los líderes del Sur nunca se hicieron ilusiones sobre la necesidad absoluta de mantener su hegemonía *política* en los Estados Unidos. Para justificar sus proposiciones al Senado el 19 de febrero de 1847, John Calhoun declaró sin ambages que "el Senado era el único medio para asegurar el equilibrio del poder, dejando al Sur en el gobierno" y que la formación de los Estados esclavistas nuevos se había hecho necesaria "para conservar el equilibrio de las fuerzas en el Senado"<sup>18</sup>. Además la oligarquía de los trescientos mil propietarios de esclavos no podría mantener su poder sobre la plebe blanca sin el cebo de futuras conquistas y la prolongación de sus territorios tanto en el interior como en el exterior de los Estados Unidos. ¿Si en adelante —según el oráculo de la prensa inglesa— el Norte tomó la firme decisión de confinar la esclavitud a sus límites actuales y liquidarla así por vía legal, esto no debería bastar para asegurarle las simpatías de la Inglaterra "antiesclavista"?

Parece que los puritanos ingleses no pueden contentarse sino con una expresa guerra abolicionista. El *Economist* afirma: "Como no se trata verdaderamente de una guerra para la emancipación de la raza negra, sobre qué base quieren que simpaticemos tan calurosamente con la causa de los federados."

"Hubo un tiempo, dice el *Examiner*, en que nuestras simpatías estaban con el Norte, porque pensamos que se oponía seria-

mente a las usurpaciones de los Estados esclavistas y defendía la emancipación como una medida de justicia para la raza negra."

Pero en los mismos números en los que esos diarios cuentan que no pueden simpatizar con el Norte, porque su guerra no tiende a una verdadera abolición, leemos: "El medio radical de proclamar la emancipación de los negros, es llamar a los esclavos a una insurrección general." Ahora esto es algo "cuya sola idea es repugnante y vergonzosa"; es por eso que "es preferible un compromiso a un éxito conquistado a tal precio y *manchado por tal crimen*".

Como vemos, el ardor inglés por una guerra abolicionista es puramente hipócrita. Pero percibimos la mano del diablo en las frases siguientes: "Finalmente, dice el *Economist*, la *tarifa Morrill* merece nuestra gratitud y nuestra simpatía; pero la certeza de que en caso de triunfo del Norte, la tarifa sería extendida a toda la república es una razón para que ayudemos ruidosamente a su éxito?"

"Los americanos del norte, dice el *Examiner*, sólo toman en serio su tarifa aduanera que los protege egoístamente... Los estados del Sur están hartos de ser despojados de los frutos del trabajo de sus esclavos por las tarifas proteccionistas del Norte."

El *Examiner* y el *Economist* se complementan uno al otro. Este último es lo bastante honesto para reconocer finalmente que para él y los suyos, la simpatía no está determinada sino por una simple cuestión de tarifa aduanera, mientras que el primero reduce la guerra entre el Sur y el Norte a un simple conflicto tarifario, una guerra entre sistema proteccionista y librecambista. Tal vez el *Examiner* no sepa que hasta los que quisieron anular el acta de Carolina del Sur en 1832 —como el general Jackson lo testimonia— sólo usaron el proteccionismo como un pretexto<sup>19</sup>. De cualquier manera hasta el *Examiner* debería saber que la actual rebelión no esperó la adopción de la tarifa Morrill<sup>20</sup> para estallar. De hecho, los sudistas no podían quejarse de que eran despojados del fruto del trabajo de sus esclavos por el sistema proteccionista del Norte, ya que el sistema librecambista estuvo en vigor de 1846 a 1861.

En su último número, el *Spectator*, caracteriza de una manera conmovedora el pensamiento secreto de cierto número de órganos antinordistas: "¿Qué desean en verdad estos órganos antinor-

distas para justificar la pretensión que tienen de apoyarse sólo en la inexorable lógica? Afirman que la secesión es irrisoria porque es la única manra posible de hacer cesar este "conflicto fratricida que no tiene ninguna razón de ser". Pero en seguida descubren otras razones adaptadas a las exigencias morales del país, ahora que es clara la salida de los acontecimientos. Por supuesto, esas razones no se mencionan, hecha la reflexión que, como humilde apología de la Providencia y "justificación de las vías del Señor hacia el hombre" la necesidad ineluctable se ha vuelto manifiesta a los ojos de todos. Descubrimos así que sería una gran ventaja para los Estados ser separados en dos grupos rivales. Cada uno haría fracasar las ambiciones del otro y neutralizaría su fuerza. Si Inglaterra entrara en conflicto con alguno de ellos, la simple desconfianza de cada grupo adverso para ella sería un gran socorro. Hay que señalar que como consecuencia habría una situación muy favorable, que nos liberaría del temor y alentaría la "competencia" política, esa gran salvaguardia de la honestidad y franqueza entre Estados.

Tal es la situación expresamente puesta en evidencia por la teoría de los que entre nosotros empiezan a simpatizar con el Sur. Traducido en buen inglés —y deploramos que un argumento inglés sobre este tema, tenga necesidad de traducción— esto significa que si lamentamos que esta "guerra fratricida" haya tomado tal amplitud, es porque esperamos que en el futuro continuará suscitando terribles convulsiones, una serie de pequeñas guerras crónicas, pasiones y rivalidades entre los grupos de los Estados rivales. La verdad efectiva —y precisamente ese modo no inglés de sentir, esconde esta verdad, aunque esté velada por fórmulas decentes— es, sin embargo, muy neta: los grupos rivales de los Estados americanos no podrán vivir juntos en paz y en armonía. La situación de enemistad, debido a las mismas causas que han suscitado el conflicto actual, se haría crónica. Se ha afirmado que los diferentes grupos de Estados tenían intereses aduaneros diferentes. No solo esos diferentes intereses tarifarios serían el origen de las pequeñas guerras permanentes, ya que los Estados estarían separados unos de otros, sino también la esclavitud —raíz de todo el conflicto— agravaría las innumerables enemistades, discordias y maniobras. En una palabra, ya no sería posible restablecer un equilibrio estable entre los Estados rivales. Y sin embargo, afir-

man que la perspectiva de un conflicto largo e ininterrumpido sería la salida más favorable al gran problema que actualmente se está por decidir. En el fondo, lo que se juzga más favorable en el vasto conflicto actual, que podría restablecer una unidad política nueva y más poderosa, es la alternativa de un gran número de pequeños conflictos y de un continente dividido y debilitado que Inglaterra ya no tendría que temer.

No negamos que los americanos hayan sembrado, ellos mismos, los gérmenes de esta situación lamentable y dolorosa con la actitud inamistosa y fanfarrona que a menudo adoptan con respecto a Inglaterra. De cualquier manera, no debemos confesar que nuestros propios sentimientos son viles y despreciables. Ya vemos que no existe ninguna esperanza de una paz profunda y durable para América en una solución defectuosa, ya que significa involución y separación de la nación americana en pueblos y países hostiles; y sin embargo levantamos los brazos al cielo como si estuviéramos espantados de la actual guerra "fratricida", cuando encierra la perspectiva de una solución estable. Deseamos a los americanos un porvenir hecho de innumerables e incesantes conflictos, que serían todos fratricidas, pero por cierto mucho más desmoralizantes: se los deseamos únicamente para que se liberen del aguijón de la competencia norteamericana.

CARLOS MARX

## LA GUERRA CIVIL NORTEAMERICANA

*Die Presse,*

25/10/1861

Londres, 20 de octubre de 1861

Desde hace meses, los periódicos y hebdomadarios que dan el tono al resto de la prensa londinense, retoman la misma letanía sobre la guerra civil americana. Al insultar a los libres Estados del Norte se defienden ansiosamente de la sospecha de simpatizar con

los Estados esclavistas del Sur. De hecho escriben dos tipos de artículos: uno para atacar al norte, otro para excusar sus ataques contra el Norte. *Qui s'excuse s'accuse*.\*

Sus argumentos son, en esencia, lenitivos: la guerra entre el Norte y el Sur es un simple conflicto tarifario. Por lo tanto, no tiene nada que ver con los principios, ni con el problema de la esclavitud; de hecho se trata de la sed de poder que experimenta el Norte. Además, si el derecho está de lado de los nordistas, es en vano que se intentara poner bajo el yugo, por la violencia, a ocho millones de anglosajones. En fin, ¿la separación con el Sur no libera al Norte de todas las relaciones con la esclavitud de los negros y no le aseguraría —dado sus veinte millones de habitantes y su inmenso territorio— un desarrollo superior del que ni sospecha la amplitud? En consecuencia, el Norte debería saludar la secesión como un acontecimiento feliz, en lugar de tratar de liquidarla por medio de una guerra civil sangrienta e ineficaz.

Vamos a considerar punto por punto el alegato de la prensa inglesa.

El conflicto entre el Norte y el Sur —tal es la primera excusa— no es sino una simple guerra tarifaria, una guerra entre sistemas proteccionistas o librecambistas en el que Inglaterra está, evidentemente del lado de la libertad comercial. ¿El propietario de esclavos puede gozar libremente del fruto del trabajo de sus esclavos, o debe ser frustrado parcialmente por los proteccionistas del Norte? Este es el problema que se plantea en esta guerra.

Le estaba reservado al *Times* el hacer este brillante descubrimiento; el *Economist*, el *Examiner*, la *Saturday Review* y tutti quanti se dedican a exponer este tema en detalle. Vale la pena señalar que este descubrimiento no fue hecho en Charleston sino en Londres. Naturalmente, en América cada uno sabe que el sistema de libre cambio prevaleció de 1846 a 1861, y que hubo que esperar a 1861 para que el representante Morrill hiciera votar por el Congreso, su sistema de protección tarifaria, después que estalló la rebelión. Por lo tanto, no hubo secesión porque el Congreso haya votado el sistema tarifario de Morrill sino en el mejor de los casos, ese sistema fue adoptado en el Congreso porque había estallado la secesión.

\* En francés en el original.

Cuando Carolina del Sur tuvo su primera crisis de secesión en 1831, las leyes proteccionistas de 1828 le sirvieron, es verdad, de pretexto, pero solo de pretexto, como se supo por la declaración del general Jackson<sup>21</sup>. Esta vez no se retomó este viejo pretexto. En el Congreso de la secesión de Montgomery se evitó toda alusión a la cuestión tarifaria, porque los cultivos azucareros de Louisiana —uno de los estados más influyentes del sur— dependen totalmente de la protección tarifaria.

Además, la prensa londinense sostiene en su alegato que la guerra de los Estados Unidos tiende únicamente al mantenimiento de la Unión por la fuerza. Los nordistas no se resuelven a borrar quince estrellas de su bandera. Los yanquis quieren hacerse un lugar enorme en la escena mundial. ¡Es verdad, todo hubiera sido de otra manera si esta guerra se hiciera por la abolición de la esclavitud! Pero como lo declara categóricamente la *Saturday Review*, esta guerra no tiene nada que ver con el problema de la esclavitud.

Antes que nada hay que recordar que la guerra no fue provocada por el Norte sino por el Sur. El Norte está a la defensiva. Durante meses miró sin moverse, cómo los secesionistas se apoderaban de fuertes, arsenales militares, instalaciones portuarias, construcciones de aduana, oficinas de pago, navíos y depósitos de la Unión, insultaban su bandera y hacían prisioneros a cuerpos de tropa enteros. Finalmente los secesionistas decidieron obligar al gobierno de la Unión a salir de su pasividad a través de un acto de guerra resonante, y es *por esta única razón* que bombardearon Fort Sumter cerca de Charleston. El 11 de abril de 1861, el general Beauregard le dijo al mayor Anderson, después de un encuentro con el comandante del Fort Sumter, que la plaza disponía solo de tres días de víveres y por lo tanto debía rendirse pasado ese lapso. Para apresurar la rendición, los secesionistas abrieron el bombardeo en las primeras horas del día siguiente (12 de abril); éste debía provocar la caída de la plaza en algunas horas. Apenas llegó esta noticia, por telégrafo, a Montgomery, asiento del Congreso de la secesión, el ministro de guerra Walker declaró públicamente en nombre de la nueva Confederación: "Nadie puede decir dónde terminará *la guerra empezada hoy*"<sup>22</sup>. Al mismo tiempo profetizó que "antes del 1º de mayo la bandera de la Confederación del Sur flotará en la cúpula del viejo Capitolio de Washing-



ton y en poco, sin duda, también en el Faneuil Hall de Boston".<sup>23</sup> Esto recién después de la proclama en la que Lincoln llamó a setenta y cinco mil hombres para proteger a la Unión. El bombardeo de Fort Sumter cortó la única vía constitucional posible, a saber: la convocatoria de una asamblea general del pueblo americano, como lo había propuesto Lincoln en su mensaje inaugural<sup>24</sup>. A Lincoln no le quedaba, pues, otra elección que la de huir de Washington, evacuar Maryland y Delaware, abandonar Misuri y Virginia, o responder a la guerra con la guerra.

Ante el problema de saber cuál es el principio de la guerra civil americana el mismo Sur le contesta con el grito de guerra lanzado en el momento de la ruptura de la paz. Stephens, el vicepresidente de la Confederación del Sur, declara en el Congreso de la secesión que lo que distinguía esencialmente a la Constitución recién tramada en Montgomery de la de Washington y Jefferson, era, que de ahora en adelante y por primera vez, la esclavitud era reconocida como una institución buena en sí y como el fundamento de todo el edificio del Estado. Mientras que los padres de la revolución trabados en los prejuicios del siglo xviii, habían tratado la esclavitud como *un mal importado de Inglaterra* que debía ser eliminado progresivamente. Otro fanfarrón del Sur, Speeds, exclama: "Para nosotros se trata de fundar una gran república esclavista (*a great slave republic*).". Como vemos, el Norte ha sacado la espada simplemente para defender a la Unión. ¿Y el Sur ya no declaró que el mantenimiento de la esclavitud no era compatible por mucho tiempo con la existencia de la Unión?

Así como el bombardeo de Fort Sumter dio la señal de apertura de las hostilidades, la victoria electoral del Partido *republicano* del Norte —la elección de Lincoln a la presidencia— dio la señal de la secesión. Lincoln fue elegido el 6 de noviembre de 1860. Del 8 de noviembre de 1860 es el telegrama de Carolina del Sur: "La secesión es considerada aquí como un hecho realizado". El 10 de noviembre la Asamblea legislativa de Georgia puso en marcha su plan de secesión, y el 15 de noviembre fue convocada una sesión especial de la Asamblea legislativa de Misisipí para debatir la secesión. A decir verdad, la victoria de Lincoln en sí no era sino el resultado de una escisión en el campo *demócrata*. Durante la batalla electoral los demócratas del Norte habían concentrado sus

votos en *Douglas*, y los del Sur en *Breckinridge* y este desmenuzamiento de los votos demócratas permitió la victoria del Partido republicano. ¿De dónde proviene por una parte, la superioridad del Partido *republicano* en el Norte<sup>25</sup> y por la otra, la división en el seno del Partido demócrata, cuyos miembros, en el Norte y en el Sur, operaban de acuerdo desde hacía más de medio siglo?

La presidencia de Buchanan representó el punto culminante de la dominación sobre la Unión que el Sur había terminado por usurpar gracias a su alianza con los demócratas del Norte.

El último Congreso continental de 1787 y el primer Congreso constitucional de 1789-1790 habían desterrado la esclavitud legalmente de todos los territorios de la República al noroeste de Ohio. (Como ya sabemos, los territorios son los nombres dados a las colonias situadas dentro de los Estados Unidos, mientras no han alcanzado el nivel de población constitucionalmente prescripto para la formación de Estados autónomos.)

El llamado compromiso de Misuri (1820)<sup>6</sup> a consecuencia del cual Misuri entró en las filas de los Estados Unidos en tanto Estado esclavista, excluyó la esclavitud de todo el territorio más allá de los 36° 30' de latitud norte y al oeste del Misuri. Este compromiso hizo avanzar la zona de la esclavitud varios grados de longitud, mientras por otra parte se asignaban límites geográficos muy precisos a su propagación futura. Esta barrera geográfica fue trastocada a su vez en 1854 por lo que se llama el Kansas-Nebraska bill<sup>7</sup>, cuyo promotor fue Stephen A. Douglas, entonces líder de la democracia del Norte. El bill adoptado por las dos cámaras del Congreso abolió el compromiso de Misuri, puso en pie de igualdad la esclavitud y la libertad, ordenó al gobierno de la Unión tratarlos con la misma indiferencia, y dejó a la soberanía popular el cuidado de decidir si era necesario o no introducir la esclavitud en un territorio. Así, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, se abolía toda limitación geográfica y legal para la extensión de la esclavitud en los territorios. Por esta nueva legislación todo el territorio, hasta entonces libre, de Nuevo Méjico y cinco veces más grande que el Estado de Nueva York, fue transformado en un país de esclavitud y la zona esclavista fue prolongada, desde la frontera de la República mejicana, hasta los 38° de latitud norte. En 1859 Nuevo Méjico fue dotado de un

código de esclavitud que rivalizaba en barbarie con las legislaciones de Tejas y Alabama. Sin embargo, como lo indica el censo de 1860, Nuevo Méjico cuenta apenas con una cincuentena de esclavos sobre cerca de cien mil habitantes. Al Sur le ha bastado con enviar más allá de la frontera a un puñado de aventureros con algunos esclavos para dar, con la ayuda del gobierno central de Washington, a sus funcionarios y proveedores de Nuevo Méjico, una apariencia de representación popular con miras a otorgar la esclavitud a ese territorio e imponer en todos lados la dominación de los esclavistas.

Sin embargo, este método cómodo no será eficaz en otros territorios. Por eso el Sur dio un paso de más y el Congreso apeló a la Corte suprema de los Estados Unidos. Esta corte, compuesta de nueve jueces, de los cuales cinco pertenecen al Sur, era desde hacía mucho tiempo, el instrumento más dócil de los esclavistas. En 1857, en el memorable caso Dred Scott<sup>9</sup> decidió que cada ciudadano americano tenía el derecho de llevar con él a cualquier territorio toda propiedad reconocida por la Constitución. Ahora bien, la Constitución reconocía la propiedad de los esclavos; de esta manera se obligó al gobierno de la Unión a proteger esa propiedad. En consecuencia, con una base constitucional, los esclavos podían ser obligados por sus dueños a trabajar en todos los territorios, y a cada esclavista le estaba permitido introducir la esclavitud —aun contra la voluntad de los colonos— en todos los territorios libres hasta entonces. De esta manera se denegó a las asambleas legislativas locales el derecho a prohibir la esclavitud, y se impuso al Congreso y al gobierno de la Unión el derecho a favorecer a los promotores de la esclavitud.

Si el compromiso de Misurí de 1820 había extendido el límite geográfico del esclavismo a los territorios, si el Kansas-Nebraska bill de 1854 borró toda frontera geográfica y la reemplazó por una barrera política —la voluntad de la mayoría de los colonos— la Corte suprema de los Estados Unidos, por su decisión de 1857, eliminó toda traba política y transformó todos los territorios de la República, presentes y futuros, de Estados libres en cálidos invernales del esclavismo.

Al mismo tiempo, bajo el gobierno de Buchanan, en 1850 se gravó la legislación sobre la extradición de esclavos fugados y se

la aplicó implacablemente en los Estados del Norte<sup>26</sup>. Se mostró que la vocación constitucional del Norte era volver a atrapar a los esclavos para sus dueños del Sur. Por otra parte, con miras a frenar todo lo posible la colonización de los territorios por colonos libres, el partido esclavista hizo fracasar toda la legislación sobre la libertad del suelo, es decir los reglamentos que aseguraban a los colonos una cantidad determinada de tierras del Estado libres de cargas<sup>27</sup>.

Tanto la política interior como exterior de los Estados Unidos se puso al servicio de los esclavistas. De hecho, Buchanan accedió a la dignidad presidencial gracias al manifiesto de Ostende, donde proclamó que la adquisición de Cuba, fuera a título oneroso o por la fuerza de las armas, era la gran tarea de la política nacional<sup>28</sup>. Bajo su gobierno, el norte de Méjico fue distribuido a los especuladores de bienes raíces americanos, que esperaban con impaciencia la señal para invadir Chihuahua, Coahuila y Sonora<sup>29</sup>. Las continuas expediciones de los piratas y filibusteros contra los Estados de América central<sup>30</sup> estaban dirigidas, si les parece, desde la Casa Blanca de Washington. En íntima ligazón con esta política exterior, que se proponía abiertamente conquistar territorios nuevos para introducir la esclavitud y la dominación de los esclavistas, se situaba la reapertura del comercio de esclavos secretamente apoyada por el gobierno de la Unión<sup>31</sup>. El mismo Stephen A. Douglas declaró en el Senado americano el 20 de agosto de 1859: "El último año importamos negros de África como nunca en el curso de un año, aún en la época en que el comercio de esclavos todavía era legal. El número de esclavos importados el último año se habría elevado a quince mil."

Propagación por la fuerza armada de la esclavitud al exterior, tal el fin confesado de la política nacional. De hecho, la Unión se había convertido en la esclava de trescientos mil esclavistas que dominaban el Sur. Este resultado se desprendía de una serie de compromisos que el Sur debía a su alianza con los demócratas del Norte. Todas las tentativas renovadas periódicamente desde 1817, para resistir a las usurpaciones crecientes de los esclavistas, fracasaron frente a esta alianza. En fin, así fue hecho.

Desde que se votó el Kansas-Nebraska bill que borró la línea fronteriza de la esclavitud y sometió su aplicación a la voluntad



de los colonos en los territorios nuevos, los emisarios armados de los esclavistas —espías de las regiones fronterizas de Misuri y Arkansas— se precipitaron sobre Kansas con el cuchillo de caza en la mano y el revólver en la otra, para echar de allí a los colonos y tratarlos con una crueldad sin nombre. Estos raids de pillaje encontraban apoyo frente al gobierno central de Washington. De ahí la inmensa reacción. En todo el norte y sobre todo en el noroeste, se formó una organización auxiliar para aportar a Kansas un apoyo en hombres, armas y dinero<sup>32</sup>. De esta organización auxiliar, nació el *Partido republicano* que debe su existencia, pues, a la lucha para defender Kansas. Después del fracaso de la tentativa para transformar por la fuerza a Kansas en un *territorio con esclavos*, el Sur se esforzó por llegar al mismo resultado en medio de intrigas políticas. El gobierno de Buchanan en particular, puso todo en marcha para relegar a Kansas entre los Estados esclavistas de los Estados Unidos, imponiéndoles una constitución proesclavista. De esto surge una nueva lucha conducida esta vez, en lo esencial, en el Congreso de Washington. Hasta Stephen A. Douglas, el jefe de los demócratas del norte intervino entonces (1857-1858) contra el gobierno y sus aliados del Sur, porque la concesión de una constitución esclavista contradecía el principio de la soberanía de los colonos garantizada por el Nebraska bill de 1854. Douglas, senador de Illinois, un Estado del noroeste, naturalmente hubiera perdido toda su influencia si hubiera querido conceder al Sur el derecho a despojar, por la fuerza de las armas o por actos del Congreso, a los territorios colonizados por el Norte<sup>33</sup>. Después de haber creado el *Partido republicano*, la lucha por Kansas provocaba ahora la primera *escisión en el mismo seno del Partido demócrata*.

El Partido republicano se dio una primera plataforma, en ocasión de las elecciones presidenciales de 1856. Aunque su candidato —John Frémont— no triunfara, el número considerable de votos que tuvo, prueba, en todo caso, que el partido crecía rápidamente, sobre todo en el noroeste<sup>34</sup>. Cuando la segunda Convención nacional para las elecciones presidenciales (17 de mayo de 1860), los republicanos enriquecieron su programa de 1856 solo con algunas adiciones. Contenía esencialmente los puntos siguientes: no hay que ceder más ni la mínima pulgada de terreno a los esclavistas; es necesario que cese la política de pillaje con respecto al

exterior; hay que estigmatizar la reapertura del comercio de esclavos; en fin, se necesita un edicto de las leyes sobre la libertad de la tierra, para promover la libre colonización.

El punto decisivo y vital de este programa era el de no ceder una pulgada de nuevas tierras a la esclavitud; por el contrario, se la debía tener acantonada en los límites de los Estados donde subsistía legalmente<sup>35</sup>. Así la esclavitud estaría formalmente confinada. Pero la extensión progresiva del territorio y del dominio de la esclavitud más allá de sus antiguos límites es una ley vital para los Estados esclavistas de la Unión.

El cultivo de los artículos de exportación del Sur —algodón, tabaco, azúcar, etc.— practicado por los esclavos, es remunerador sólo durante el tiempo que se efectúe con amplios aportes de esclavos, en vasta escala y con inmensos espacios de tierra naturalmente fértiles, que no exigen sino un trabajo simple. El cultivo intensivo que no depende tanto de la fertilidad del suelo sino de la inversión de capitales, de la inteligencia y de la energía del trabajador, es contrario a la naturaleza de la esclavitud.

Asistimos a una rápida transformación de Estados, como Maryland y Virginia, que antes utilizaban esclavos para producir artículos de exportación, en Estados que crían esclavos para exportarlos luego hacia los Estados situados más al sur. Aun en Carolina del Sur, donde los esclavos representan los cuatro séptimos de la población, la producción de algodón se ha mantenido estacionaria desde hace años, por el agotamiento del suelo. En efecto, por la sola fuerza de las cosas Carolina del Sur ya se ha transformado parcialmente en un Estado de crianza de esclavos, porque cada año vende esclavos, por cuatro millones de dólares, a los estados del extremo sur y suroeste. Apenas se alcanza ese punto, se hace indispensable adquirir territorios nuevos para que una parte de los dueños de esclavos ocupen nuevas bandas de tierras fértiles, transformándose la parte abandonada detrás de ellos en territorio de cría de esclavos destinados a la venta en el mercado. No cabe ninguna duda que sin la adquisición de Louisiana, Misuri, y Arkansas por parte de los Estados Unidos, la esclavitud se habría apagado, desde hace tiempo, en Virginia y en Maryland. En el Congreso secesionista de Montgomery, uno de los voceros del Sur —el senador Toombs— formuló, de manera conmovedora la ley econó-

mica que dirige la expansión continua del territorio de la esclavitud: "Si de aquí a quince años no nos beneficiamos con un inmenso acrecentamiento de tierras para esclavos, deberemos permitirles a los esclavos huir hacia los blancos a menos que los blancos no huyan delante de los esclavos."

Como sabemos, los mandatos de los diferentes Estados en la Cámara de representantes del Congreso dependen del número de habitantes de sus respectivas poblaciones. Como la población de los Estados libres crece infinitamente más rápido que la de los Estados esclavistas, el número de los representantes del Norte muy pronto va a superar de lejos al de los representantes del Sur. La verdadera base de la potencia del Sur se desplaza siempre hacia el Senado americano, donde cada Estado —aunque su población sea fuerte o débil— dispone de dos bancas de senador. Para mantener su influencia en el Senado y, a través de estos intérpretes, su hegemonía sobre los Estados Unidos, el Sur tiene necesidad de crear sin cesar nuevos Estados esclavistas. Esto solo es posible si se ganan países extranjeros —Tejas por ejemplo— o si se transforman los territorios con esclavos, luego en Estados esclavistas, como el caso de Misuri, Arkansas, etc. *John Calhoun* —adulado por los esclavistas y considerado como su hombre de Estado por excelencia— ya el 19 de febrero de 1847 declaraba en el Senado que sólo esa Cámara ponía la balanza del poder en manos del Sur, que la extensión del territorio esclavista era indispensable para preservar este equilibrio entre el Sur y el Norte en el Senado, y que por lo tanto las tentativas de creación por la fuerza de nuevos Estados esclavistas por parte del Sur, estaban justificadas.

En fin, el número de los actuales esclavistas en el Sur de la Unión alcanza apenas a trescientos mil, o sea una oligarquía muy reducida a la que enfrentan millones de "pobres Blancos" (*poor Whites*), cuya masa crece sin cesar en razón de la concentración de la propiedad terrateniente y cuyas condiciones sólo son comparables a las de los plebeyos romanos en la época de la decadencia extrema de Roma. Solo por la adquisición —o por la perspectiva de adquisición— de territorios nuevos, o por expediciones de filibustería, es posible adecuar los intereses de esos "pobres Blancos" con los de los esclavistas, y dar a su turbulenta necesidad de

actividad una dirección que no sea peligrosa, ya que refleja a sus ojos la esperanza de que un día ellos mismos puedan convertirse en propietarios de esclavos.

Un estricto confinamiento de la esclavitud a su antiguo dominio conduciría; pues, por las leyes económicas del esclavismo a su extinción progresiva y —desde el punto de vista político— arruinaría la hegemonía ejercida por los Estados esclavistas del Sur gracias al Senado y finalmente, expondría a la oligarquía esclavista dentro de sus estados, a peligros por parte de los "pobres Blancos" mucho más amenazadores. En una palabra, los republicanos atacaban de raíz la dominación de los esclavistas, proclamando que se opondrían por la ley a toda extensión futura de los territorios con esclavos. La victoria electoral de los republicanos, por lo tanto, impulsaría a la lucha abierta entre el Norte y el Sur. Sin embargo, esta misma victoria estaba condicionada por la escisión en el campo demócrata, como ya lo hemos mencionado.

La lucha por Kansas provocó un corte entre el partido esclavista y sus aliados demócratas del Norte. Cuando la elección presidencial de 1860, el mismo conflicto estalló bajo una forma aún más general. Los demócratas del Norte, con su candidato Douglas, hicieron depender la introducción de la esclavitud en los territorios, de la voluntad de la mayoría de los colonos. El partido esclavista —con su candidato Breckinridge— sostiene que la Constitución de los Estados Unidos (como ya lo había declarado la Corte Suprema) contiene legalmente la esclavitud; en sí y para sí, la esclavitud ya era legal en todo el territorio y no necesitaba ninguna naturalización particular. Así es que mientras los republicanos prohibían toda prolongación de los territorios esclavistas, el partido sudista pretendía que todos los territorios de la república eran dominios reservados para ellos. Y en Kansas, por ejemplo, de hecho intentó imponer la esclavitud a un territorio por la fuerza, gracias al gobierno central, contra la voluntad de los colonos. En una palabra, haría de la esclavitud la ley de todos los territorios de la Unión. Sin embargo, hacer esta conscción no estaba dentro del poder de los jefes demócratas: simplemente hubiera hecho que su ejército desertara al campo republicano. Por otra parte la "soberanía de los colonos" a lo Douglas, no podía satisfacer al partido de los esclavistas. Lo que querían realizar debía ser hecho en los

cuatro años siguientes bajo el nuevo presidente y por el gobierno central: no podía permitirse ninguna demora.

A los esclavistas no se les escapaba que había nacido una nueva potencia, el *Noroeste*, cuya población casi se había duplicado de 1850 a 1860 y que ahora era sensiblemente igual a la población *blanca* de los Estados esclavistas<sup>36</sup>. Pero esta potencia no se inclinaba por sus tradiciones, su temperamento y su modo de vida, a dejarse arrastrar de compromiso en compromiso, como lo habían hecho los viejos Estados del noreste. La Unión solo tenía interés en el Sur si éste le daba el poder federal para realizar su política esclavista. Si éste ya no era el caso, era mejor romper ahora antes que asistir durante todavía cuatro años al desarrollo del Partido republicano y al impulso del *Noroeste*, para emprender la lucha bajo auspicios más desfavorables. El partido esclavista se jugó pues, entero. Cuando los demócratas del Norte rechazaron jugar por más tiempo el papel de "pobres Blancos" del Sur, el Sur le dio la victoria a Lincoln con la división de sus votos; en seguida sacó la espada, tomando esta victoria como pretexto.

Como vemos, todo el movimiento reposaba —y reposa todavía— en el *problema de los esclavos*. Es verdad, no se trata directamente de emancipar, o no, a los esclavos, en el seno de los Estados esclavistas existentes; se trata más bien de saber si veinte millones de hombres libres del Norte quieren dejarse dominar durante más tiempo por una oligarquía de trescientos mil esclavistas. Si los inmensos territorios de la República servirán de cálidos viveros para el desarrollo de Estados libres o Estados esclavistas. Si, finalmente; la política nacional de la Unión tendrá como divisa la propagación armada de la esclavitud a Méjico y América central y meridional.

En otro artículo examinamos qué significa la afirmación de la prensa londinense según la cual, el Norte debería aprobar la secesión como la solución más favorable y en resumidas cuentas, la única posible para el conflicto en curso (II).

CARLOS MARX

## EL COMERCIO BRITÁNICO DEL ALGODÓN

*New York Daily Tribune,*

14/10/1861

Londres, 21 de setiembre de 1861

La continua alza de los precios del algodón en bruto va a tener efectos serios sobre la industria algodонера, cuyo consumo ha disminuido ahora en un veinticinco por ciento en relación a la normal. Este resultado significa que la tasa de producción disminuye cotidianamente, que las fábricas no trabajan sino tres, cuatro días por semana y que una parte de las máquinas está parada, ya sea en las empresas que practican la jornada de trabajo limitada o en las que hasta ahora trabajaban toda la jornada, pero que están cerradas temporariamente. En algunas localidades, por ejemplo en Blackburn, la jornada de trabajo limitada está acompañada por una reducción de salarios. De cualquier manera la tendencia a disminuir la jornada de trabajo recién está en sus comienzos, y podemos predecir con certeza que de aquí a algunas semanas se pasará, en toda esta rama de la producción, a los tres días de trabajo por semana, al mismo tiempo que se detendrán una gran parte de las máquinas en la mayoría de las empresas. En general, los fabricantes y negociantes ingleses han tomado conocimiento muy lentamente y con reticencia del estado precario de su aprovisionamiento de algodón. Decían: "Toda la última cosecha americana ya está en camino hacia Europa desde hace tiempo. El trabajo para la nueva cosecha justo acaba de empezar. No hubiéramos podido obtener un fardo más de algodón, aunque no hubiéramos oído hablar de la guerra y del bloqueo. La estación de navegación no empieza antes de fines de noviembre, y generalmente hay que esperar a fines de diciembre para que se hagan amplias exportaciones. Hasta aquí no tiene gran importancia que el algodón continúe en las plantaciones o vaya al puerto, apenas esté enfarado. Si el bloqueo termina en cualquier momento *antes de fin de año*, por cierto nos proveerán normalmente de algodón en marzo o abril, como si el bloqueo no hubiera existido."

En el fondo de sus almas de tenderos, los fabricantes alimentan la esperanza de que antes de fin de año toda la crisis americana estará terminada y con ella el bloqueo, o bien que lord Palmerston forzará el bloqueo por la violencia. Sin embargo, han abandonado más o menor esta última idea cuando se dieron cuenta en Manchester, entre otras circunstancias, que si el gobierno británico tomaba la ofensiva sin haber sido provocado, chocaría con la fuerza unida de dos gigantescos grupos de intereses, a saber: los capitalistas de las finanzas que tienen un enorme capital invertido en América del Norte, y los negociantes de cereales que encuentran en América del Norte su principal fuente de aprovisionamiento. La esperanza de que el bloqueo se levante a tiempo para satisfacer las exigencias de Liverpool y Manchester, o que la guerra americana termine con un compromiso con los secesionistas, ha dado lugar a un fenómeno desconocido hasta ahora dentro del mercado algodoner inglés: las operaciones algodonerías norteamericanas en Liverpool, que se manifiestan ya sea por especulaciones o por reexpediciones a América. En consecuencia, el mercado algodoner de Liverpool conoció una agitación febril en el curso de las dos últimas semanas, la colocación especulativa de los capitales de los fabricantes de Liverpool están sostenidas por las colocaciones especulativas de los capitales de los fabricantes de Manchester que, por otra parte, trataban de proveerse de reservas de materias primas para el invierno. Comprobamos en grandes rasgos cuál es el alcance de estas transacciones en el hecho que, una parte considerable de los hangares de almacenamiento de Manchester ya está colmada por esas reservas y que en el curso de la semana del 15 al 22 de setiembre la variedad de algodón de calidad media subió tres octavos de dólar por libra y la mejor variedad cinco octavos de dólar.

Desde el comienzo de la guerra americana el precio del algodón no dejó de subir, a pesar de que el desequilibrio fatal entre el precio de las materias primas y el del hilo y el tejido no se manifestó sino en el curso de las últimas semanas de agosto. Hasta entonces cada alza sería del precio del algodón manufacturado que resultaba de la disminución considerable de la oferta americana, estaba compensada por un aumento de las reservas de primera mano almacenadas y por consignaciones especulativas hacia China e India.

Pero esos mercados asiáticos se saturaron muy pronto. El *Calcutta Price Current* del 7 de agosto escribe: "Las reservas en stock se acumulan; desde nuestro primer acuerdo las llegadas no bajan de veinticuatro millones de yardas de algodón liso. Los informes que provienen de la metrópoli nos dicen que los aprovisionamientos por barco van a continuar más allá de nuestras necesidades. Mientras dure esto no podemos esperar mejora... El mercado de Bombay, también, está ampliamente saturado."

Otras circunstancias también contribuyeron a la contracción del mercado hindú. A la última hambruna en las provincias del noroeste le siguieron los estragos del cólera, mientras que en todo Bengala inferior las lluvias ininterrumpidas dañaron gravemente la cosecha de arroz. Cartas de Calcuta que llegaron esta semana a Inglaterra, nos informan que las ventas dieron el precio neto de nueve dólares y cuarto por libra de hilo n° 40, mientras que en Manchester no se lo encuentra a menos de once dólares tres octavos. Lo mismo la venta de telas de cuarenta pulgadas que por pieza dieron pérdidas de siete dólares y medio, nueve dólares y doce dólares, en relación a los precios de Manchester.

Aun en el mercado chino asistimos a una depresión de los precios debida a la acumulación de los stocks de mercaderías importadas. En estas condiciones y con la demanda de algodón manufacturado británico en disminución, los precios, por cierto, no pueden ir a la par con el aumento creciente de los precios del algodón en bruto; por el contrario, en muchos casos, el hilado, tejido e impresión del algodón no pagan los gastos de producción. Tomemos, por ejemplo, el caso siguiente que nos comunica uno de los más grandes fabricantes de Manchester, en lo que concierne al hilado en bruto:

	Por libra	Margen de Venta	Costo del hilado por libra
17 de setiembre de 1860:			
Costos del algodón	6 ¼ d.	4 d.	3 d.
Trama 16 vendida por	10 ¼ d.	—	—
		Beneficio: 1 d. por libra	

17 de setiembre de 1861:

	Por libra	Margen de Venta	Costo del hilado por libra
Costos del algodón	9 d.	2 d.	3 1/2 d.
Trama 16 vendida por	11 d.	—	—

Pérdida: 1 1/2 d. por libra

El consumo de algodón hindú aumenta rápidamente. Si los precios siguen subiendo, el aprovisionamiento hindú aumentará. Sin embargo, es imposible cambiar, en algunos meses, todas las condiciones de producción y modificar el curso de los intercambios comerciales. Inglaterra está en vías de pagar muy caro su larga y odiosa administración del vasto imperio hindú.

Los dos principales obstáculos con los que chocarán sus tentativas de reemplazar el algodón americano por el hindú son, la falta de medios de transporte y de comunicación en el territorio de la India, y la situación miserable del campesino hindú que lo vuelve inepto para explotar las condiciones favorables. Los mismos ingleses son la causa de estas dos dificultades.

La industria moderna de Inglaterra reposa, en general, en dos ejes igualmente miserables. Uno es la papa, que era el único medio de alimentación de la población irlandesa y de una gran parte de la clase obrera inglesa. Este eje se quebró cuando la peste de la papa y la catástrofe que esto significó para Irlanda<sup>37</sup>. Ahora es necesario encontrar una base más amplia para la reproducción y la conservación de millones de trabajadores.

El otro eje de la industria inglesa era el algodón cultivado por los esclavos en Estados Unidos. La actual crisis americana fuerza a la industria inglesa a ampliar el campo de su aprovisionamiento y a liberar el algodón de las oligarquías productoras y consumidoras de esclavos. Durante todo el largo tiempo que los fabricantes de algodón inglés dependieron del algodón cultivado por esclavos, podemos afirmar, en verdad, que se apoyaban en una doble esclavitud: la esclavitud indirecta del hombre blanco en Inglaterra, y la esclavitud directa del hombre negro del otro lado del Atlántico.

CARLOS MARX

## LA CRISIS EN INGLATERRA

*Die Presse,*

6/11/1861

Londres, 1º de noviembre de 1861

Como hace quince años, Inglaterra se confronta ahora con una crisis económica que amenaza con atacar de raíz todo su sistema económico. Como sabemos, la *papa* representaba el exclusivo alimento de Irlanda y de una parte considerable de la clase obrera inglesa, cuando la peste de la papa de 1845 y 1846 golpeó con la consunción la raíz de la vida irlandesa. Los resultados de esta gran catástrofe son conocidos. La población irlandesa disminuyó en dos millones, de los que la mitad murió de hambre y la otra huyó del otro lado del Atlántico. Al mismo tiempo esta espantosa enfermedad contribuyó a la victoria del partido librecambista inglés; la aristocracia terrateniente se vio obligada a ceder uno de sus monopolios más lucrativos, y la abolición de las leyes cerealeras aseguró una base más amplia y más sana a la reproducción y a la vida de millones de trabajadores.

El *algodón* es para la rama dominante de la industria de Gran Bretaña lo que la *papa* fue para la agricultura irlandesa. La subsistencia de una masa de población más grande que la de toda Escocia o igual a los dos tercios de la actual población de Irlanda, depende del trabajo de transformación del algodón. En efecto, según el censo de 1861, la población de Escocia se eleva a 3.061.117 habitantes, la de Irlanda a 5.764.543, mientras que más de cuatro millones de personas viven directa o indirectamente de la industria algodонера en Inglaterra y en Escocia. Esta vez no es la planta de algodón la que está enferma. Su producción no constituye el monopolio de ciertas regiones del mundo. Por el contrario, no existe una sola planta que provea el tejido de las vestimentas que crezca en lugares tan variados como América, Asia y África.

El monopolio algodonero de los Estados esclavistas de la Unión americana no es un producto de la naturaleza, sino de la historia.

Nació y se desarrolló paralelamente al monopolio de la industria algodonera inglesa en el mercado mundial. En 1793 —alrededor de la época en que se hicieron los grandes descubrimientos mecánicos en Inglaterra— un cuáquero de Connecticut, Ely Whitney, inventó el *cotton gin*, una máquina para separar el copo del grano de algodón. Antes de este invento, el trabajo más intenso de un negro durante toda la jornada no bastaba para separar una libra de fibra de su cáscara. Después del invento de la máquina separadora, una vieja mujer negra podía fácilmente separar, en un día, cincuenta libras de copos, y las mejoras progresivas muy pronto hicieron duplicar el rendimiento de esta máquina. Desde entonces ya no hubo trabas para el cultivo de algodón en los Estados Unidos. Creció rápidamente mano a mano con la industria algodonera inglesa que se convirtió en una gran potencia comercial. En el curso de esta evolución hubo momentos en que Inglaterra pareció asustarse por el peligro que podía representar este monopolio americano del algodón. Ese fue el caso, por ejemplo, cuando se compró la emancipación de los negros en las colonias inglesas por veinte millones de libras inglesas. Tomaron conciencia de que la industria de Lancashire y Yorkshire reposaba en la soberanía del látigo esclavista en Georgia y Alabama, en el mismo momento en que el pueblo inglés se imponía grandes sacrificios por abolir la esclavitud en sus propias colonias. Sin embargo, la filantropía no hace la historia, y menos aún la historia comercial. Tales dudas surgen cada vez que hay escasez de algodón en los Estados Unidos, tanto más cuanto un hecho natural como ese es explotado por los esclavistas para hacer subir al máximo el precio del algodón con todo tipo de artificios. Los hiladores de algodón y los tejedores ingleses amenazaron entonces con rebelarse contra el "rey del algodón". Se armaron diversos proyectos para aprovisionarse de algodón en los países de Asia y África, por ejemplo en 1850. Sin embargo, bastó que a una escasez le siguiera una buena cosecha en los Estados Unidos para destrozarse esas veleidades de emancipación. Y lo que es más, el monopolio algodonero de América alcanzó, en el curso de los últimos años, una amplitud insospechada por una parte debido a la legislación librecambista, que abolió el derecho de aduana suplementario que gravaba el algodón cultivado por esclavos, y por la otra, por los gigantescos progresos efectuados simultáneamente por la industria algodonera

inglesa y el cultivo del algodón en América en el curso del último decenio. Ya en 1857 el consumo de algodón se elevó, en Inglaterra, en más o menos mil quinientos millones de libras.

Y ahora, de pronto, la guerra civil americana amenazó a este gran pilar de la industria inglesa. La Unión bloquea los puertos de los Estados sudistas para cortar la principal fuente de recursos de la secesión, impidiendo la exportación de su última cosecha de algodón; pero la Confederación dio a ese bloqueo su verdadera fuerza limitativa cuando decidió no exportar, tampoco ella, el menor fardo de algodón, para obligar a Inglaterra a ir a buscar su algodón directamente a los puertos del Sur. Se trataba de llevar a Inglaterra a romper el bloqueo por la fuerza y después a declarar la guerra a la Unión poniendo su espada en la balanza en favor de los Estados esclavistas.

Desde el comienzo de la guerra civil americana el precio del algodón no dejó de subir, en Inglaterra, aunque durante algún tiempo en un grado menor del que se esperaba. En conjunto, el mundo de negocios inglés parecía considerar la crisis americana con mucha flemma. La razón de esta actitud de total sangre fría es evidente. Desde hace bastante tiempo toda la última cosecha americana está en Europa. El producto de la nueva cosecha nunca se embarca antes de fines de noviembre y recién a fines de diciembre, las expediciones toman verdadera amplitud. Hasta ese momento es relativamente indiferente que los fardos de algodón estén en las plantaciones o se hayan enviado a los puertos del Sur apenas el algodón está enfardado. De tal manera que si en cualquier momento, antes de fin de año, termina el bloqueo, Inglaterra podría estar segura de recibir en marzo o en abril su provisión normal de algodón, como si nunca hubiera habido bloqueo.

El mundo de negocios inglés, en gran medida engañado por la prensa inglesa, se acunó con la loca ilusión de que el espectáculo de una guerra de seis meses terminaría con el reconocimiento de la Confederación por parte de los Estados Unidos. Sin embargo hacia fines del mes de agosto se vieron aparecer americanos en el mercado de Liverpool, para comprar algodón, sea con miras a las especulaciones en Europa o con miras a reexportarlo a América del Norte. Este hecho extraordinario le abrió los ojos a los ingleses. Empezaron a comprender lo serio de la situación. Desde entonces



el mercado de Liverpool se encuentra en un estado de excitación febril. Muy pronto el precio del algodón subió un cien por cien sobre el nivel medio. La especulación algodонера tomó el mismo carácter frenético que la especulación ferroviaria de 1845. Las hilanderías y las tejedurías de Lancashire y de otros centros de la industria británica del algodón limitaron su tiempo de trabajo a tres días por semana, una parte detuvo completamente sus máquinas y la inevitable reacción sobre las otras ramas de la industria no se hizo esperar. Toda Inglaterra tembló en ese momento, al aproximarse la mayor catástrofe económica que hoy la amenaza.

El consumo de algodón hindú, naturalmente, está en vías de aumentar, y los precios elevados aseguran un aumento ulterior de las importaciones de la patria original del algodón. Sin embargo, es imposible revolucionar las condiciones de producción y el curso de los intercambios comerciales, por así decirlo, en algunos meses. Inglaterra paga ahora su larga y catastrófica administración en la India. Sus tentativas desordenadas de reemplazar el algodón americano por el algodón hindú, chocan con dos grandes obstáculos. La falta de medios de comunicación y de transporte en la India, y la miserable condición del campesino hindú que le impide explotar, en su provecho, las circunstancias favorables del momento. Además, sería necesario que el cultivo del algodón hindú pasara por todo un proceso de mejoramiento para tomar el lugar del algodón americano. Aun en las condiciones más favorables, se necesitarían años para que la India pudiera producir la cantidad de algodón requerida por la exportación. Está establecido estadísticamente que el stock de algodón de Liverpool se agotará en *cuatro meses*. Solo durará hasta entonces si se continúan aplicando la limitación del tiempo de trabajo a tres días por semana y el paro total de una parte más importante todavía de las máquinas. Es decir que los distritos manufactureros ya sufren los peores males sociales. ¿Pero si el bloqueo americano continúa más allá de enero, que pasará entonces?

CARLOS MARX

## EL COMERCIO BRITANICO

*New York Daily Tribune*

23/11/1861

Londres, 2 de noviembre de 1861

... En la hora actual, Inglaterra no sigue ninguna línea política general. Todo el mundo, hasta el último ciudadano, está enteramente absorbido por sus negocios y por la crisis americana. En un artículo precedente, atraje la atención de ustedes sobre el estado febril del mercado algodnero de Liverpool. En el curso de las dos últimas semanas manifestó todos los síntomas de la moda de los ferrocarriles de 1845. Médicos, dentistas, abogados, cocineros, obreros, empleados, lores, comediantes, pastores, soldados, marinos, periodistas, institutrices, hombres y mujeres, todos especulan con el algodón. A menudo las operaciones de compra y venta, de rescate o de reventa no se realizan sino sobre uno, dos, tres o cuatro fardos. Las cantidades más considerables continúan en el mismo depósito pero a veces cambian de propietario veinte veces. Se puede comprar algodón a las diez, revenderlo a las once, y tener un beneficio de medio penique por libra. Los mismos fardos pasan así por varias manos en el espacio de doce horas.

Sin embargo, esta semana se produjo una especie de reacción. Hay que atribuirlo al hecho de que el chelín forma una cifra redonda, ya que se compone de doce peniques, y a que la mayoría de los especuladores decidieron vender apenas el precio del fardo de algodón alcanzó el chelín. En consecuencia, hubo un acrecentamiento súbito de las ofertas de algodón, y por lo tanto una reacción sobre su precio. Pero esto a lo mejor es un fenómeno pasajero.

Cuando los británicos se hayan hecho a la idea de que una libra de algodón puede costar quince peniques, desaparecerá este límite pasajero de la especulación y se redoblará la violencia de su fiebre. *Esta evolución contiene un momento favorable para*

los Estados Unidos y desfavorable para los que quisieran romper el bloqueo (III). Los especuladores ya han publicado protestas donde dicen, no sin fundamento, que todo acto belicoso del gobierno británico sería un acto de injusticia con respecto a los hombres de negocios que al depositar toda su confianza en el respeto al principio de la no intervención proclamado y reivindicado por el gobierno británico, hicieron sus cálculos sobre esa base, especularon internamente, abandonaron sus encargos en el exterior y compraron el algodón según la evaluación de un precio que esperan obtener de acuerdo con el desarrollo de procesos naturales, probables y previsibles.

El *Economist* de hoy publica un artículo insensato en el que las estadísticas sobre la población y la extensión geográfica de los Estados Unidos lo llevan a la conclusión de que hay bastante espacio como para fundar, al menos, siete imperios gigantescos y que en consecuencia los unionistas deberían arrojar de su corazón "el sueño de un dominio en el que reinarian sin límites". La única conclusión racional que el *Economist* hubiera podido sacar de sus propios datos estadísticos, a saber, que los partidarios del Norte aunque lo quisieran no podrían abandonar sus reivindicaciones sin entregarse al esclavismo de los Estados y de los territorios gigantescos "donde la esclavitud sobreviviría artificialmente y no podría afirmarse como institución permanente"; esa conclusión, la única racional, ese diario es incapaz hasta de abordarla.

I En el texto publicado por la *New York Daily Tribune*, leemos esta frase que contradice directamente la oposición que Marx establece entre la actitud del *Times* y del *Reynold's* en lo que concierne a Buchanan: "Por su parte *Reynold's*, durante la estada de Buchanan en Londres, era uno de sus favoritos, y desde entonces no dejó pasar ninguna ocasión de ponerlo en el banquillo y denunciar a sus adversarios."

Sabemos que la *New York Tribune* no se inquietaba por modificar pasajes enteros o suprimirlos, a tal punto que Marx debió dejar de colaborar con ese diario progresista en marzo de 1862.

II Este artículo está en la parte militar con el título "La guerra civil en los Estados Unidos", en *Die Presse* el 7/11/1861.

III En el artículo titulado "Notas económicas" (*Die Presse*, 3/11/1861) Marx retoma, para el diario vienés, algunos argumentos desarrollados en *New York Tribune* y también llega a la conclusión de que la evolución económica juega en favor de los Estados Unidos y restringe, por lo tanto, los medios de presión del imperialismo de la Inglaterra de Palmerston: "De las últimas estadísticas del comercio exterior inglés surge un hecho importante. Mientras que en el curso de los nueve primeros meses de este año las exportaciones inglesas hacia los Estados Unidos bajaron más del 25 %, el puerto de Nueva York<sup>28</sup> solo aumentó en más de 6 millones de libras sus exportaciones hacia Inglaterra en el curso de los ocho primeros meses de este año. Durante ese mismo período, la exportación de oro americano hacia Inglaterra prácticamente cesó, mientras que a la inversa, desde hace algunas semanas el oro inglés afluye a Nueva York. De hecho, el déficit americano está cubierto por las compras de Inglaterra y Francia luego de las malas cosechas de esos países. Por otra parte, la tarifa Morill y las economías inseparables de una guerra civil arruinaron al mismo tiempo el consumo de productos ingleses y franceses en América del Norte. ¡Comparemos estos datos estadísticos con las jeremiadas del *Times* sobre la ruina financiera de América del Norte!"



## II

### FASE MILITAR

*“Según mi parecer de todo esto resulta que una guerra de este tipo debe ser hecha revolucionariamente y los yanquis, hasta ahora, trataron de hacerla constitucionalmente.”*

MARX a ENGELS, 7/8/1862.

FEDERICO ENGELS

LAS LECCIONES DE LA GUERRA AMERICANA

*The Volunteer Journal for Lancashire and Cheshire*

nº 66 del 6/12/1861

Hace algunas semanas llamamos la atención del público sobre el proceso de depuración que se impone en el ejército de los voluntarios americanos<sup>39</sup>. En ese entonces no agotamos en absoluto las preciosas lecciones que esa guerra da a los voluntarios de este lado del Atlántico. Nos permitimos, pues, volver sobre el tema.

La manera como se ha conducido la guerra, hasta ahora, en América, efectivamente no tiene precedentes. Desde el Misuri hasta la bahía de Chesapeake, nos encontramos frente a un millón de soldados divididos casi en la misma proporción en los dos campos adversos. Ahora bien, esta situación dura desde hace más de seis meses sin que haya habido una sola acción importante. En Misuri, los dos ejércitos avanzan a su vez, se retiran, libran una batalla, avanzan y retroceden de nuevo, sin llegar a un resultado tangible. Aun hoy, después de siete meses de marchas y retrocesos, en ocasión de las cuales el país sin duda fue atrozmente arrasado, las cosas parecen más alejadas que nunca de una decisión. Después de un período bastante largo de una aparente neutralidad —en realidad, de preparación— la situación parece análoga a Kentucky; en Virginia occidental asistimos constantemente a pequeños choques sin resultado notable; en las dos márgenes del Potomac el grueso de los dos ejércitos está concentrado al alcance de la vista sin que nadie tenga la intención de atacar probando con esto que, en el estado de cosas actual, una victoria no tendría

interés. Esta manera estéril de conducir la guerra todavía puede durar meses, si ciertas circunstancias, que nada tienen que ver con esta situación, no provocan cambios mayores.

¿Cómo se explica esto?

De ambos lados los americanos, prácticamente, solo disponen de voluntarios. El pequeño núcleo del antiguo ejército regular de los Estados Unidos o bien fue disuelto, o bien es demasiado débil para actuar sobre las masas enormes de reclutados sin formar todavía, reunidos en el teatro de la guerra. Para hacer soldados de todos esos hombres, no se dispone ni de un número suficiente de sargentos instructores. Por eso el entrenamiento de tropas es muy largo y no se podría decir cuánto tiempo se necesitará para que el excelente material de soldados concentrado en las dos orillas del Potomac esté en estado de avanzar en masa, para librar o aceptar la batalla con fuerzas combinadas.

Aunque los soldados pudieran ser instruidos en el arte militar, no habría suficientes oficiales para mandarlos. Faltan sobre todo oficiales de compañía —que evidentemente no pueden salir enseguida de las filas de los civiles— hasta oficiales para dirigir los batallones, aunque se quisiera nombrar para tal puesto a los lugartenientes o cornetas. Se necesita un número considerable de comandantes civiles; pero cualquiera que esté un poco al corriente de la situación de nuestros propios voluntarios, pensará enseguida que McClellan o Beauregard no dan prueba de una prudencia exagerada cuando rechazan hacer ejecutar acciones ofensivas o maniobras estratégicas complicadas por comandantes civiles, que están en ese puesto solo desde hace seis meses.

Admitamos sin embargo, que esta dificultad esté solucionada en lo esencial, que los comandantes civiles hayan adquirido, al mismo tiempo que sus uniformes, los conocimientos, la experiencia y la seguridad necesarias para la ejecución de su servicio, al menos en lo que concierne a la infantería. ¿Pero qué pasa con la caballería? Formar militarmente un regimiento de caballería exige más tiempo y experiencia por parte de los oficiales instructores que lo que se necesita para formar un regimiento de infantería. Admitamos que todos los hombres que reúne ese cuerpo ya saben montar a caballo —es decir sostenerse correctamente en él, dirigir la cabalgadura, alimentarla y cuidarla— tampoco deja de ser cierto

que esto acortará apenas el tiempo necesario para instruirlos. La equitación militar, una maestría tal que el caballo se deja conducir en todos los movimientos exigidos por las evoluciones de la caballería, difiere totalmente de la equitación de los civiles. La caballería de Napoleón a la que sir William Napier (*History of the Peninsular War*) estimaba casi más que a la caballería inglesa de hoy, se componía —como todos lo saben— de los peores caballeros que jamás hayan adornado una silla. Y muchos de nuestros caballeros de ocasión consideran que todavía tienen un cierto número de cosas que aprender cuando entran en un cuerpo montado de voluntarios. Por lo tanto no es asombroso comprobar que los americanos tienen una caballería muy mediocre, y que lo poco de que disponen —algunas tropas irregulares (*rangers*) a la manera cosaca o india— es incapaz de un ataque en orden compacto. Y en lo que concierne a la artillería y al cuerpo de ingeniería, la situación es sin duda peor todavía. Estas dos armas tienen un carácter altamente científico y exigen una instrucción larga y minuciosa de los oficiales como de los suboficiales, instrucción más activa todavía que en la infantería. Además la artillería es un arma más compleja que la misma caballería; exige baterías de cañones y por lo tanto caballos preparados para sus maniobras, y grupos de hombres experimentados, los cañoneros y los conductores. Además se necesitan numerosos furgones para municiones, grandes laboratorios para la pólvora, fraguas y otros talleres: todo esto equipado con máquinas complicadas.

Se dice que los federados tienen seiscientas baterías en campaña, pero nadie se imagina cómo están servidas, porque se sabe que partiendo de cero es absolutamente imposible poner en pie, en seis meses, cien baterías completas, convenientemente equipadas y servidas.

Pero admitamos una vez más que todas estas dificultades se han superado y que los elementos combatientes de los dos campos enemigos están prontos para entrar en acción. Todavía es necesario que puedan desplazarse. Además hay que aprovisionar a un ejército, y en un país poco poblado como Virginia, Kentucky y Misuri, un gran ejército debe ser aprovisionado esencialmente gracias al sistema de depósitos. Hay que formar reservas de municiones; el ejército debe estar acompañado por herreros militares, talabarteros, carpinteros y otros artesanos, para tener en buen estado de

funcionamiento del material de guerra. Todas estas cosas indispensables faltan en América. En principio hay que comenzar por organizar todo eso, y nada prueba que al menos la intendencia y los transportes de uno de los dos ejércitos hayan superado, hoy, el estadio preparatorio.

América —tanto del Norte como del Sur, tanto la Federación como la Confederación— no disponen, por así decirlo, de ninguna organización militar. El ejército de línea era absolutamente insuficiente, solo desde el punto de vista cuantitativo podía realizar una campaña contra un adversario serio. Casi no habría milicia. Las guerras precedentes de la Unión nunca exigieron un gran esfuerzo de fuerzas militares del país. En los años 1822 a 1814, Inglaterra casi no disponía de soldados, y Méjico se defendía sobre todo con bandas desprovistas de disciplina. Es un hecho, que América en razón de su situación geográfica, no tenía enemigo que pudiera atacarla con más de treinta a cuarenta mil soldados, y para esa fuerza numérica, la inmensa extensión del país representa un obstáculo mucho más terrible que cualquier ejército que pudiera oponerle América. Sin embargo, su ejército bastaba para formar el núcleo para unos cien mil voluntarios y para asegurarles una formación militar en un plazo apropiado.

Pero cuando la guerra civil opone entre ellos a más de un millón de hombres, todo el sistema se derrumba, hay que empezar todo desde el comienzo. Dos cuerpos de tropa gigantescos e inhábiles, cada uno teme al otro y desconfía de una victoria casi tanto como de una derrota, se enfrentan y tratan, con grandes gastos, de transformarse en una organización casi regular. Por terrible que sea el precio, debe ser pagado a causa de la ausencia total de una base organizada sobre la que se podría edificar el ejército. ¡No puede ser de otra manera, dada la ignorancia y la inexperiencia que reinan en el dominio militar! Es verdad que esos gastos enormes solo aportan un adelanto extremadamente débil de eficacia y organización pero, ¿podría ser de otra manera?

Los voluntarios británicos pueden agradecer a su buena estrella, ya que disponen desde el comienzo de un importante ejército con un oficio bien disciplinado y experimentado, que los toma bajo su protección. Haciendo abstracción de los prejuicios propios de toda corporación, este ejército acogió y trató convenientemente

a los voluntarios. Esperamos que nadie piense que una organización de voluntarios puede, de una manera u otra, convertir en supérfluo al ejército regular. Si algunos voluntarios los pensaran, bastaría con echar una ojeada al estado de los dos ejércitos americanos de voluntarios para comprobar su ignorancia y su presunción. Ningún ejército recientemente formado por civiles puede ser eficaz, si no está sostenido y ayudado por los gigantescos recursos intelectuales y materiales que están en manos de un ejército regular relativamente fuerte, en lo que concierne sobre todo a organización, fuerza principal de los ejércitos regulares.

Admitamos que Inglaterra esté amenazada por una invasión, y compáremos lo que se produciría con lo que pasa en América. En Inglaterra todo el trabajo suplementario que implica la formación de un ejército de voluntarios de trescientos mil hombres lo tomaría a su cargo el ministerio de Guerra, con la ayuda de algunos funcionarios que sería fácil encontrar entre los expertos militares bien entrenados. Existen bastantes oficiales de cuartel que podrían, sin duda, tomar bajo su control tres o cuatro batallones de voluntarios y con un poco de esfuerzo, cada batallón podría estar flanqueado por un ayudante y un comandante. Por supuesto, la caballería no podría organizarse tan rápidamente, pero una reorganización enérgica de los voluntarios de la artillería con oficiales y conductores de la artillería real podría dotar a numerosas baterías de campaña con hombres capaces. Los ingenieros del país solo esperan una ocasión para recibir la formación del elemento militar de su oficio, de manera que serían oficiales de ingeniería de primer plano. Los servicios de intendencia y de transporte ya están en pie y pueden mejorarse fácilmente para cubrir las necesidades de cuatrocientos mil hombres tanto como las de cien mil. Nada se dejará al azar, en desorden; en todos los lados se ayudará y sostendrá a los voluntarios, que no deben andar al tanteo en la oscuridad. De ahí que, si Inglaterra se precipita en una guerra —abstracción hecha de faltas que son inevitables— no vemos ninguna razón para que la organización militar no esté a punto en el lapso de seis semanas.

Basta considerar a América para darse cuenta del valor de un ejército regular para la organización de un ejército de voluntarios.

FEDERICO ENGELS y CARLOS MARX

## LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Die Presse*

26/11/1861

Londres, 19 de noviembre de 1861

“¡Déjalo pasar, no merece tu cólera!” Una vez más y siempre, la inteligencia de Estado inglesa —por boca de lord John Russell— da al Norte de los Estados Unidos este consejo de Leporello a la amante abandonada por don Juan. Si el Norte deja el campo libre al Sur, se libera de toda ligazón con la esclavitud —su pecado original histórico— y plantea las bases de un desarrollo nuevo y superior.

De hecho, si el Norte y el Sur fueran dos países tan netamente distintos como Inglaterra y Hannover, por ejemplo, su separación no sería más difícil que la de dos Estados<sup>40</sup>. Pero ocurre que en relación al Norte, el “Sur” no forma ni un territorio geográficamente bien delimitado, ni una unidad moral. No es un país, sino una orden de batalla.

El consejo de una separación amistosa implicaría que la Confederación del Sur, en lugar de haber tomado la ofensiva en la guerra civil, se batiera por lo menos con un fin defensivo. Se finge creer que para el partido esclavista solo se trata de unificar los territorios que dominaba hasta entonces, para hacer con ellos un grupo de Estados independientes, sustrayéndolos a la autoridad de la Unión. Nada es más falso. “*El Sur tiene necesidad de todo su territorio. Quiere y debe tenerlo.*” Con este grito de guerra invadieron los secesionistas Kentucky. Por “todo el territorio” entienden en principio todo lo que se llama los *Estados fronterizos* (*border states*): Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Kentucky, Tennessee, Misuri y Arkansas. Luego reivindican todo el territorio situado al sur de la línea, que va desde el ángulo noroeste de Misuri hasta el océano Pacífico. En consecuencia, lo que los esclavistas llaman “el Sur” es más de las tres cuartas partes del actual territorio de la Unión. Una larga fracción del territorio

así reivindicado se encuentra todavía en posesión de la Unión y en principio debería ser conquistado por su cuenta. Pero todos los territorios que se llaman Estados fronterizos— y aun los que se encuentran en posesión de la Confederación— nunca han sido *verdaderos Estados esclavistas*. Más bien constituyen el territorio de los Estados Unidos en el que los sistemas de esclavitud y de trabajo libre existen a la par y luchan por la hegemonía; de hecho, allí es donde se desarrolla la batalla entre el Sur y el Norte, entre la esclavitud y la libertad. La Confederación del Sur por lo tanto no libra una guerra de defensa, *sino una guerra de conquista con miras a extender y perpetuar la esclavitud*.

La cadena de montañas que empieza en Alabama y se extiende hacia el norte hasta el río Hudson —verdadera columna vertebral de los Estados Unidos— divide el llamado Sur en tres partes. La región montañosa, formada por las montañas de Alleghany con sus dos cadenas paralelas, el Cumberland Range al oeste y las Blue Ridge Mountains al este, separa como una cuña, las llanuras bajas de la costa oeste del Atlántico de las de los valles meridionales de Misisipí.

Las dos llanuras bajas separadas por la zona montañosa, con sus inmensos pantanos de arroz y sus vastas plantaciones de algodón, representan en la actualidad la llamada área de la esclavitud. La larga cuña que la zona montañosa hunde hasta el corazón de la esclavitud —con el espacio libre que le corresponde— el clima revitalizador y un subsuelo rico en carbón, en sal, en calcáreos, en minerales de hierro, en oro, en una palabra en todas las materias primas necesarias para un desarrollo industrial diversificado, ya es, en su mayor parte, una tierra de libertad. Por su naturaleza física, el suelo aquí solo puede ser cultivado con provecho por pequeños granjeros libres. El sistema esclavista solo vegeta esporádicamente y nunca echó raíces. En la mayoría de los Estados fronterizos, los habitantes de las altas mesetas forman el núcleo de la población libre que toma partido por el Norte, aunque más no sea por autoprevención.

Consideremos en detalle los territorios en discusión.

*Delaware*, el Estado fronterizo situado más al noreste está de hecho y moralmente, en posesión de la Unión. Todos los esfuerzos de los secesionistas para formar aunque fuera una fracción que le

sea favorable han fracasado, desde el comienzo de la guerra, frente a una población unánime. La fracción esclavista de este Estado está en decadencia desde hace mucho tiempo. Solo entre los años 1850 y 1860, el número de esclavos disminuyó a la mitad: la población total, de 112.218 ahora solo tiene 1.798. A pesar de esto Delaware es reivindicado por la Confederación del Sur y de hecho, el Norte no podría sostenerlo militarmente si el Sur se apodera de Maryland.

En *Maryland* asistimos al mismo conflicto entre las altas mesetas y las bajas llanuras. Sobre un total de 687.034 habitantes hay 87.188 esclavos. Las elecciones generales más recientes han probado de manera impresionante que la mayoría aplastante del pueblo estaba en favor de la Unión. El ejército de treinta mil hombres que ocupa actualmente Maryland, no solo debe servir de reserva al ejército de Potomac sino frenar la rebelión esclavista dentro del país. Comprobamos aquí el mismo fenómeno que en los Estados fronterizos, donde la gran masa del pueblo está con el Norte, mientras un partido esclavista numéricamente insignificante está con el Sur. El partido esclavista compensa esta debilidad numérica con los medios de fuerza que le aseguran un amplio ejercicio del poder en todos los servicios del Estado, costumbres hereditarias de la intriga política y la concentración de grandes medios financieros en algunas manos.

*Virginia* representa actualmente el más grande cantón militar: allí se enfrentan el grueso de las fuerzas de la secesión y del ejército de la Unión. En las altas mesetas del noroeste de Virginia, la masa de esclavos se eleva a quince mil, mientras que una población libre, veinte veces más numerosa, está constituida por campesinos autónomos. Las bajas llanuras del este de Virginia por el contrario, cuentan con alrededor de medio millón de esclavos. La crianza y venta de negros en los Estados del sur representan su principal fuente de rentas. Apenas los jefes de bandas de las llanuras bajas hicieron pasar la ordenanza de la secesión a la asamblea legislativa del Estado de Richmond y abrieron apresuradamente las puertas de Virginia al ejército sudista, el noroeste de Virginia se separó de la secesión, se erigió en nuevo Estado y ahora defiende su territorio con las armas en la mano bajo la bandera de la Unión, contra los invasores sudistas.

*Tennessee* con 1.109.847 habitantes, de los cuales 275.784 son esclavos, se encuentra en manos de la Confederación del Sur, que aplica en toda la región la ley marcial y un sistema de proscripciones que recuerda la época del triunvirato romano. Cuando en el curso del invierno de 1861, los esclavistas quisieron convocar a una asamblea popular para ratificar la secesión, la mayoría de la población rechazó esa convocatoria, para quitarle todo pretexto al movimiento de secesión<sup>41</sup>. Más tarde, cuando Tennessee fue conquistado militarmente por la Confederación del Sur y sometido a un régimen de terror, un tercio del cuerpo electoral continuó declarándose en favor de la Unión<sup>42</sup>. Como en la mayoría de los Estados fronterizos, el verdadero centro de resistencia contra el partido esclavista está en la región montañosa, en el *este* del país. El 17 de junio de 1861 una asamblea general del pueblo de Tennessee oriental se reunió en Greenville y se declaró a favor de la Unión. Delegó ante el Senado de Washington al anciano gobernador Andrew Johnson, uno de los más fervientes unionistas y publicó una *declaration of grievances*, un cuaderno de dolencias que develaba todos los medios de estafa, intriga y terror utilizados para que Tennessee saliera de la Unión, en ocasión de las "elecciones". Después el este fue jaqueado por las fuerzas armadas de los secesionistas.

En el norte de Alabama, al noroeste de Georgia y al norte de Carolina del Norte, encontramos las mismas condiciones que en el oeste de Virginia y el este de Tennessee.

Más al oeste, en el Estado fronterizo de *Misuri*, con 1.173.317 habitantes y 114.965 esclavos —la mayor parte concentrados en el noroeste del Estado— la asamblea popular se pronunció en favor de la Unión en agosto de 1861<sup>43</sup>. Jackson —gobernador del Estado e instrumento del partido esclavista— al rebelarse contra la Asamblea legislativa de Misuri fue declarado fuera de la ley y ahora está a la cabeza de las hordas armadas. Estas invadieron Misuri a partir de Texas, de Arkansas y de Tennessee para hacerlo arrodillar frente a la Confederación y romper sus lazos con la Unión, por la espada. Al lado de Virginia, Misuri constituye actualmente el teatro principal de la guerra civil.

*Nuevo México* no es un Estado sino un simple territorio. Bajo la presidencia de Buchanan, los sudistas enviaron ahí veinticinco

esclavos después de los cuales introdujeron una constitución esclavista elaborada en Washington. Como el mismo Sur lo admite, este Estado no les pidió nada. Pero el Sur quiere a Nuevo Méjico y en consecuencia vomita sobre él a una banda de aventureros de Tejas. Nuevo Méjico imploró la protección del gobierno de la Unión contra esos "liberadores".

Se habrá notado que señalamos la relación numérica entre esclavos y hombres en los diferentes Estados fronterizos. De hecho, esta relación es decisiva. Es el termómetro según el cual hay que medir el fuego vital del sistema esclavista. El alma de todo el movimiento secesionista es *Carolina del Sur*. Cuenta con 402.541 esclavos con contra 301.271 hombres libres. En segundo término viene *Misisipi* que dio su dictador a la Confederación del Sur: Jefferson Davis; cuenta con 436.696 esclavos contra 354.699 hombres libres. En tercer término *Alabama* con 435.132 esclavos contra 529.164 hombres libres.

El último de los Estados fronterizos disputados que nos queda por mencionar es *Kentucky*. Su historia más reciente es particularmente característica de la política de la Confederación del Sur. Sobre 1.135.713 habitantes, Kentucky cuenta con 225.490 esclavos. En las tres elecciones generales sucesivas—invierno de 1861, para el Congreso de los Estados fronterizos; junio de 1861, para el Congreso de Washington y agosto de 1861 para las legislativas del Estado de Kentucky—una mayoría siempre creciente se pronunció por la Unión. Por el contrario, Magaffin, el gobernador de Kentucky y todos los dignatarios del Estado son fanáticos partidarios del partido esclavista, como Breckinridge, el representante de Kentucky en el Senado de Washington, vicepresidente de los Estados Unidos con Buchanan y candidato del partido esclavista en 1860 cuando las elecciones presidenciales. Demasiado débil para ganar Kentucky para la secesión, la influencia del partido esclavista sin embargo, era bastante fuerte como para llevarlo a una declaración de neutralidad cuando estalló la guerra. La Confederación reconoció la neutralidad mientras servía a sus intereses y necesitaba destruir la resistencia de Tennessee oriental. Apenas se alcanzó ese objetivo llamó a las puertas de Kentucky a golpes de culata, proclamando: "*El Sur necesita todo su territorio. ¡Quiere y debe obtenerlo!*"

Después del sudoeste y el sudeste sus cuerpos de francos tiradores invadieron simultáneamente este Estado "neutro". Kentucky se despertó así de su sueño de neutralidad, su asamblea legislativa tomó partido abiertamente por la Unión, rodeó al gobierno traidor de un comité de salvación pública, llamó al pueblo a las armas, declaró a Breckinridge fuera de la ley y ordenó a los secesionistas que evacuaran inmediatamente el territorio invadido. Era la señal de guerra. Un ejército de la Confederación del Sur se movió hacia Louisville, mientras acudieron voluntarios de Illinois, Indiana y Ohio para salvar a Kentucky de los emisarios armados de la esclavitud.

Las tentativas de la Confederación para anexar Misurí y Kentucky por ejemplo, contra la voluntad de la población, demuestran la vacuidad del pretexto según el cual lucha por defender los derechos de los diversos Estados, frente a las usurpaciones de la Unión. Es verdad que reconoce el derecho de los diferentes Estados que forman—según ella—el "Sur", de separarse de la Unión, pero les niega el de quedarse.

Aunque la guerra contra el exterior, la dictadura militar en el interior y la esclavitud en todos lados, le dan por el momento un aspecto de armonía, a los mismos Estados esclavistas no les faltan elementos recalcitrantes. Un ejemplo impactante lo constituye *Tejas* con 180.388 esclavos contra 601.039 habitantes. La ley de 1845 en virtud de la cual Tejas entró en las filas de los Estados Unidos, en tanto que el Estado esclavista le daba el derecho a formar no solo uno sino cinco Estados con su territorio. De esa manera el Sur hubiera ganado diez nuevos votos en lugar de dos en el Senado americano; y el aumento del número de votos en el Senado era uno de los objetivos principales de su política del momento. Sin embargo, de 1845 a 1860, los esclavistas no lograron separar a Tejas en dos Estados, donde la población alemana juega un papel importante ya que en el segundo Estado el partido del trabajo libre hubiera triunfado sobre el partido esclavista<sup>44</sup>. ¿No es la mejor prueba de la fuerza de la oposición contra la oligarquía esclavista del mismo Tejas?

*Georgia* es el más grande y el más poblado de los Estados esclavistas. Hay 462.230 esclavos sobre un total de 1.057.327 habitantes, o sea alrededor de la mitad de la población. A pesar de



esto el partido esclavista hasta ahora no logró hacer sancionar, por el voto general de la población, la Constitución que se otorgó al Sur en Montgomery <sup>45</sup>.

En la asamblea del Estado de Louisiana que se reunió el 21 de marzo de 1861 en Nueva Orleans, Roselius, el veterano político del Estado declaró: "La Constitución de Montgomery no es una constitución sino una conspiración. No instaura un gobierno del pueblo sino una *oligarquía detestable que no conoce límites*. En esta ocasión no se le permitió intervenir al pueblo. La asamblea de Montgomery cavó la tumba de la libertad política, y hoy nos invitan a asistir a sus exequias."

De hecho, la oligarquía de los trescientos mil esclavistas no utiliza solo a la asamblea de Montgomery para proclamar la separación del Sur con el Norte, sino que además la explota para trastocar la constitución interna de los Estados esclavistas y completar la servidumbre de la parte blanca de la población que todavía creía conservar alguna independencia bajo la protección y la constitución democrática de la Unión. Ya entre 1856 y 1860 los voceros políticos, los juristas, las autoridades morales y religiosas del partido esclavista no habían buscado tanto demostrar que la esclavitud de los negros estaba justificada, *como que el color de la piel no era nada, que la clase obrera había nacido, en todos lados, para la esclavitud*.

Como vemos, en su sentido más total, la guerra de la Confederación del Sur es una guerra de conquista, destinada a la extensión y perpetuación de la esclavitud. La mayor parte de los Estados fronterizos y de los territorios todavía no están en manos de la Unión, aunque hayan tomado partido por ésta por medio de las urnas, y luego por las armas. Sin embargo, la Confederación los cuenta dentro del "sur" y trata de arrancarlos a la fuerza de la Unión. En los Estados fronterizos que ocupa por el momento, la Confederación tiene en jaque, con la ley marcial, a las regiones montañosas en gran parte favorables al modo de vida libre. Dentro de los Estados esclavistas propiamente dichos, suplanta la democracia existente hasta ahora instaurando el poder sin límites de la oligarquía de los trescientos mil esclavistas.

Al abandonar sus planes de conquista, la Confederación del Sur renunciaría a su principio vital y al objetivo de la secesión. La

secesión sólo se produjo porque en el seno de la Unión la transformación de los Estados fronterizos y de los territorios en Estados esclavistas no parece indefinidamente irrealizable. Por otra parte, si cediera pacíficamente a la Confederación del Sur los territorios en discusión, el Norte abandonaría a la república esclavista más de las tres cuartas partes de todo el territorio de los Estados Unidos. El Norte perdería totalmente el golfo de Méjico, el océano Atlántico, excepción hecha de una delgada banda de tierra que se extiende desde la bahía de Pensacola hasta la de Delaware, y se separaría del océano Pacífico. Misuri, Kansas, Nuevo Méjico, Arkansas y Tejas arrastrarían a California <sup>46</sup>. Incapaces de arrancar a la República esclavista enemiga la desembocadura del Misisipí en el sur, los grandes Estados agrícolas situados en la cuenca entre las Montañas Rocosas y los Alleghany, en los valles del Misisipí, del Misuri y de Ohio, se verían obligados por sus intereses económicos, a separarse del Norte y a entrar en la Confederación del Sur. A su vez esos Estados del noroeste arrastrarían en la misma ronda de la secesión a todos los Estados nordistas situados más al este, con excepción, tal vez, de Nueva Inglaterra <sup>47</sup>.

No sería la disolución de la Unión sino su *reorganización sobre la base de la esclavitud*, bajo el control reconocido de la oligarquía esclavista. El plan de tal reorganización ha sido proclamado, abiertamente, por los principales voceros del Sur, en el Congreso de Montgomery. Explica el parágrafo de la nueva constitución que abre la puerta de la nueva Confederación a todo Estado de la antigua Unión. El sistema esclavista apestaría toda la Unión. En los Estados del Norte, donde la esclavitud es prácticamente irrealizable, *la clase obrera blanca sería disminuida progresivamente a la condición de ilota*. Esa sería, pura y simplemente, la aplicación del principio altamente proclamado, según el cual sólo ciertas razas serían aptas para ser libres: como en el Sur, donde el trabajo propiamente dicho está reservado a los negros, en el Norte estaría reservado a los alemanes e irlandeses, o a sus descendientes directos.

La actual lucha entre el Sur y el Norte es pues, esencialmente, un conflicto entre dos sistemas sociales, entre el sistema de la esclavitud y el del trabajo libre. La lucha estalló porque los dos



sistemas no pueden coexistir más tiempo, en paz, en el continente norteamericano. Solo puede terminar con la victoria de uno u otro.

Si los Estados fronterizos y los territorios disputados, donde los dos sistemas luchan por la hegemonía, son como espina clavada en el cuerpo del Sur, no hay que desconocer, por otra parte, que en el curso de la guerra han representado, hasta ahora, el punto débil del Norte. Bajo las órdenes de los conjurados del Sur, una fracción de los esclavistas de esos distritos simularon hipócritamente su lealtad al Norte, mientras otra fracción descubría que sus intereses inmediatos y sus ideas tradicionales los acercaban a la Unión. El temor de alterar el humor de los esclavistas "leales" de los Estados fronterizos y arrojarlos en brazos de la secesión, en otros términos, los arreglos impregnados de prudencia frente a los intereses, prejuicios y sentimientos de esos aliados dudosos, que sacudió a la Unión desde comienzos de la guerra con una debilidad incurable impulsándola por el camino de las medidas a medias llevándola a faltar hipócritamente a los principios inherentes a la guerra, para ahorrarle al enemigo el punto más vulnerable, la raíz del mal: *la misma esclavitud*.

Si aún recientemente Lincoln ha revocado de manera pusilánime la proclamación de Frémont en Misurí sobre la emancipación de los negros pertenecientes a los rebeldes<sup>43</sup>, es únicamente por consideración a las violentas protestas de los esclavistas leales de Kentucky. De cualquier manera, se ha dado un giro en esta materia. Con Kentucky, el último Estado fronterizo tomó su puesto en los campos de batalla entre el Sur y el Norte. Ya que se trata de una verdadera guerra por los Estados fronterizos en los mismos Estados fronterizos, su pérdida o su conquista se sustrae de la esfera de los debates diplomáticos o parlamentarios. Una fracción de los esclavistas se quitará la máscara de la lealtad, la otra se sentirá satisfecha con la perspectiva de una indemnización monetaria, como la que Gran Bretaña pagó a los plantadores de la India occidental<sup>40</sup>. Los mismos acontecimientos llevan a la proclamación de una voz de orden decisiva: *la emancipación de los esclavos*.

Aún los más obstinados de los demócratas y diplomáticos del Norte se sienten atraídos por esa fórmula, como lo demuestran

diversas manifestaciones recientes. En una carta abierta, el general Cass, ministro de Guerra de Buchanan y hasta ahora, uno de los más celosos aliados del Sur, proclamó que la emancipación de los esclavos era la *conditio sine qua non* para la salvación de la Unión. En su última "revista" de octubre, el doctor Brownson —vocero del partido católico del Norte y, según propia confesión, el más decidido adversario de la emancipación de los esclavos entre 1836 y 1860— publica un artículo *a favor* de la abolición.

"Si hemos combatido la abolición —dice entre otras cosas— porque estimamos que amenazaba a la Unión, hoy tenemos que luchar más enérgicamente contra el mantenimiento de la esclavitud ya que estamos persuadidos que ahora es incompatible con la continuación de la Unión o de la nación como libre Estado republicano."

El *World*, órgano neoyorquino de los diplomáticos de gabinete de Washington, concluye uno de sus últimos artículos sensacionalistas contra los partidarios de la abolición, con estas palabras:

"El día en que decidamos que, o bien la esclavitud, o bien la Unión, deben desaparecer, se habrá pronunciado la sentencia de muerte de la esclavitud. Si el Norte no puede vencer *sin* la emancipación, vencerá *con* la emancipación."

CARLOS MARX

## LA DESTITUCIÓN DE FREMONT

*Die Presse*,

26/11/1861

Londres, 19 de noviembre de 1861

La destitución de Frémont del puesto de comandante en jefe de Misurí marca un giro histórico en el curso de la guerra civil americana. Frémont ha expiado dos pecados graves. Fue el primer

candidato del Partido republicano para la dignidad presidencial (1856), y es el primer general del Norte que el 30 de agosto de 1861 amenazó a los esclavistas con la emancipación de los esclavos<sup>48</sup>. Por lo tanto se convirtió en un rival para los futuros candidatos a la presidencia y en un obstáculo para los actuales hacedores de compromisos.

Durante los dos últimos decenios se ha desarrollado una singular práctica en los Estados Unidos: evitar que se elija para la presidencia a un hombre que haya ocupado un lugar decisivo en su propio partido. Es verdad que se utiliza el nombre de esas personalidades en el curso de la campaña electoral, pero apenas se encara el asunto en sí, se los deja de lado para reemplazarlos por mediocridades desconocidas y de influencia puramente local. De esta manera es como llegaron a presidentes Polk, Pierce, Buchanan, etc. Lo mismo ocurrió con A. Lincoln. El general Andrew Jackson fue el último presidente de los Estados Unidos que debió su dignidad a su importancia personal, mientras todos sus sucesores, se la deben por el contrario, a la insignificancia de su persona.

En el curso del año electoral de 1860, los nombres más distinguidos del Partido republicano eran Frémont y Seward. Conocido por sus aventuras durante la guerra con Méjico<sup>49</sup>, su audaz expedición a California y su candidatura de 1856, Frémont era un personaje muy representativo para ser considerado, tan pronto se tratara no ya de efectuar una demostración republicana sino de tender hacia un éxito republicano. Por eso no fue candidato.

Con Seward pasó de otra manera. Senador republicano al Congreso de Washington, gobernador del Estado de Nueva York y desde el nacimiento del Partido republicano, indiscutiblemente su mejor orador. Se necesitaron toda una serie de fracasos mortificantes para llevar a Seward a renunciar a su propia candidatura y a patrocinar con su voto al que, en ese momento, era más o menos un desconocido. A Lincoln. Sin embargo, apenas percibió el fracaso de su propia candidatura, se impuso a sí mismo, en tanto Richelieu republicano a un hombre que consideraba como un Luis XIII republicano. Por lo tanto contribuyó a hacer de Lincoln el presidente con la condición de ser él, secretario de Estado, dignidad que podemos comparar en cierta medida a la de un primer ministro inglés. Apenas Lincoln fue elegido presi-

dente, Seward se aseguró el secretariado de Estado. Asistimos en seguida a un curioso cambio de actitud del Demóstenes del Partido republicano, ya célebre, porque profetizó un "conflicto irreprimible" entre el sistema del trabajo libre y el de la esclavitud. Aunque elegido el 6 de noviembre de 1860, Lincoln no accedería a la función presidencial sino el 4 de marzo de 1861. En el intervalo, durante el curso de la sesión de invierno del Congreso, Seward se convirtió en el centro de todas las tentativas de compromiso. Los órganos sudistas en el Norte —por ejemplo el *New York Herald* cuyo blanco hasta entonces había sido Seward— de pronto empezaron a alabar los méritos del hombre de Estado de la reconciliación y efectivamente, no fue por su culpa si no se firmó la paz a cualquier precio. De manera manifiesta Seward utilizaba al Secretariado de Estado como trampolín y se preocupaba menos del presente "conflicto irreprimible"<sup>51</sup> que de la futura presidencia. Probó una vez más que los virtuosos de la lengua son hombres de Estado peligrosos a los que no se le puede tener confianza. ¡Leamos sus despachos de Estado! Son una mezcla innoble de grandes palabras y pobreza de espíritu, de fuerza aparente y de debilidad real.

Para Seward, Frémont era un rival peligroso que había que perder. Esta empresa resultó tanto más fácil por cuanto conforme a sus virtudes de abogado, Lincoln tenía aversión por todo lo que fuera genial y se remitía ansiosamente al texto de la Constitución y tenía todo paso que pudiera decepcionar a los "leales" esclavistas de los Estados fronterizos. El carácter de Frémont ofreció otro pretexto. Era manifiestamente un hombre emotivo, un poco excesivo e hiperbólico, dado a giros melodramáticos. El gobierno, primero, lo incitó a renunciar voluntariamente agobiándolo con todo tipo de enredos. Cuando fracasó este método, le quitó el mando, en el momento preciso en que el ejército que él había organizado se encontraba frente a frente con el enemigo en el sudoeste de Misurí y había que librar la batalla decisiva.

Frémont es el ídolo de los Estados del noroeste que lo celebran como *pathfinder* (explorador). Consideran su destitución como una injuria personal. Si el gobierno de la Unión vuelve a sufrir algunos reveses como los de Bull Run y Balls Bluff<sup>52</sup>, él mismo habrá dado a Frémont como jefe para la oposición, que entonces

se levantará en su contra y romperá el actual sistema diplomático de conducción de la guerra. Volveremos más adelante sobre las acusaciones publicadas por el ministerio de Guerra de Washington contra el general destituido.

CARLOS MARX

## CUESTIONES AMERICANAS

*Die Presse,*

26/2/1862

Londres, 3 de marzo de 1862

El presidente Lincoln no se anima a dar un paso adelante mientras el curso de los acontecimientos y el estado general de la opinión pública permitan contemperar. Pero una vez que el "Old Abe" se convence por sí mismo que se ha producido ese giro, sorprende tanto a sus amigos como a sus enemigos por lo súbito de una operación realizada con el menor ruido posible. Así, de la manera menos ostentosa, acaba de dar un golpe que seis meses antes le hubiera podido costar la presidencia y que hasta hace pocos meses hubiera suscitado una tempestad de protestas. Hablamos de la *eliminación de McClellan* del puesto de comandante en jefe de todos los ejércitos de la Unión.

Para empezar, Lincoln reemplazó al ministro de Guerra Cameron por un jurista enérgico e implacable, Edwin Stanton. Este en seguida libró una orden del día a los generales Buell, Halleck, Sherman y otros comandantes de servicios totales o jefes de expediciones, ordenándoles que en adelante esperaran todas las órdenes, públicas y secretas, del ministerio de Guerra y que respondieran directamente a ese ministerio. Lincoln dio algunas órdenes que firmó él mismo como "comandante en jefe del ejército y de la marina", título que le pertenecía por la Constitución. De esta manera "tranquila", el "joven Napoleón"<sup>53</sup> fue despojado del coman-

do supremo que ejercía hasta entonces sobre *todos* los ejércitos y quedó reducido sólo a la dirección del ejército de Potomac, aunque conservó el *título* de "comandante en jefe"<sup>54</sup>. Los éxitos en Kentucky, Tennessee y en la costa atlántica, inauguraron favorablemente la toma en sus manos del comando supremo por parte del presidente Lincoln.

El puesto de comandante en jefe, ocupado hasta entonces por McClellan fue legado a Estados Unidos por Inglaterra y corresponde más o menos a la dignidad de gran condestable en el ejército francés del antiguo régimen. Durante la guerra de Crimea, Inglaterra descubrió que esa vieja institución era inadecuada. Concretó entonces un compromiso gracias al cual una parte de los atributos del comando en jefe se transmitió al ministerio de Guerra.

Para juzgar la táctica fabiana<sup>55</sup> de McClelland todavía nos falta el material necesario. Pero no cabe dudas que su acción trababa la conducta de las operaciones militares en general. Podemos decir de McClelland lo que Macaulay decía de Essex: "Las faltas militares de Essex parten esencialmente de sus sentimientos políticos timoratos. Es verdad, es honesto pero no está unido en absoluto a la causa del Parlamento: fuera de una gran derrota, nada teme más que una gran victoria."

Como la mayoría de los oficiales formados en West Point que pertenecen al ejército regular, McClelland está más o menos ligado por espíritu de cuerpo a sus antiguos camaradas que se encuentran en el campo enemigo. Cela también a los arribistas que, a sus ojos, son los "soldados civiles". Para él la guerra debe llevarse de manera puramente técnica, como un negocio, siempre con miras a restaurar la Unión sobre la base *antigua*, y por eso conviene, antes que nada, mantenerse fuera de toda tendencia y principio revolucionarios. ¡En verdad, esa es una curiosa concepción de una guerra que es esencialmente, una guerra de principios! Los primeros generales del Parlamento inglés compartían el mismo error. "¡Pero —decía Cromwell en su mensaje al parlamento croupion\*, el 4 de julio de 1653— cómo ha cambiado todo esto cuando la dirección la asumieron hombres *penetrados por el espíritu de religiosidad y de fe!*"

\* Nombre dado al parlamento inglés cuando Cromwell expulsó a la mayoría de sus miembros en 1648.

El *Star* de Washington, órgano particular de McClelland, declara en su último número: "El fin de todas las combinaciones militares del general McClelland es el restablecimiento de la Unión con la forma exacta con la que existía antes del estallido de la rebelión."

¡No es de asombrarse entonces si en Potomac el ejército fue empleado, ante los ojos del comandante en jefe, para la caza de esclavos! Más recientemente todavía, McClelland hizo expulsar del campo, por orden expresa, a la familia de músicos Kutchinson que cantaba canciones... ¡antiesclavistas!

Aparte de tales manifestaciones "contra las tendencias", McClelland tomó bajo su alta protección a los traidores del ejército unionista. Por ejemplo, promovió a Maynard a un grado superior, aunque fuera un agente de los secesionistas como lo prueban los documentos oficiales del comité de investigación de la Cámara de representantes. Desde el general Patterson, cuya traición provoca la derrota de Manassas, hasta el general Stone que organizó el desastre de Balls Bluff en convivencia directa con el enemigo. McClelland sustraía a la corte marcial a todos los traidores militares, y hasta impedía que lo relevaran de su puesto. Sobre este tema el comité de investigación del Congreso reveló los hechos más sorprendentes. Lincoln resolvió demostrar con una medida enérgica que, cuando asumiera el mando supremo, la hora de los traidores con charreteras habría sonado y que se produciría un giro en la política de guerra. Por orden suya el general Stone fue detenido en su cama el 10 de febrero a las dos de la mañana y conducido al fuerte Lafayette. Algunas horas más tarde llegó la orden de arresto firmada por Stanton que contenía la acusación de ser pasible de alta traición, de la corte marcial. El arresto de Stone y su acusación tuvieron lugar sin que el general McClellan fuera informado previamente.

Mientras estaba inactivo y lucía los laureles ganados antes, McClellan estaba manifiestamente resuelto a no permitir que otro general se le adelantara. Los generales Halleck y Pope habían preparado un movimiento combinado para obligar a una batalla decisiva al general Price, que ya una vez había escapado a Frémont luego de una intervención de Washington. Un telegrama de McClelland les impidió llevar a cabo su empresa. Un telegrama parecido dirigido al general Halleck "anuló la orden" de levantar el fuerte Columbus, en el momento en que ese fuerte se encontraba a medias debajo del agua. McClellan les había prohibido expresamente a los generales del oeste, que mantuvieran correspondencia. Todos debían dirigirse a Washington si querían combinar un movimiento. El presidente Lincoln les dio la indispensable libertad de acción.

Basta con leer el panegírico que el *New York Herald* hace sin cesar, del general MacClellan para juzgar la calidad de su política militar. Es el héroe para el gusto del *Herald*. El famoso Bennett, propietario y jefe de redacción del *Herald*, reinaba en los tiempos de las administraciones de Pierce y de Buchanan por la mediación de sus "representantes especiales", alias correspondientes a Washington. Bajo la administración Lincoln trató de reconquistar ese mismo poder por un rodeo, gracias a su "representante especial" el doctor Ives, un sudista notorio y hermano de un oficial que había desertado a la Confederación y había logrado ganar el favor de McClellan. Con el patronazgo de McClellan parece que este Ives gozó de grandes preferencias, sobre todo en la época en que Cameron estuvo a la cabeza del ministerio de Guerra. Esperaba que Stanton le acordara los mismos privilegios y en consecuencia, se presentó el 8 de febrero a la oficina militar donde el ministro de Guerra, su secretario y algunos miembros del Congreso deliberaban sobre las medidas militares a adoptar. Lo echaron, se envalentonó y batiéndose en retirada, amenazó con hacerle abrir el fuego al *Herald* sobre el actual ministerio de Guerra, si le retiraban su "privilegio particular", a saber: participar confidencialmente de las deliberaciones del gabinete, de los telegramas, informaciones generales y novedades de guerra. Al día siguiente, el 9 de febrero, el doctor Ives reunió a todo el estado mayor de McClellan para una comida de campo. Pero la mala suerte llegó pronto. Un suboficial con seis hombres, se apoderó del poderoso Ives y lo llevó al fuerte McHenry donde —como lo dice expresamente la orden del ministro de Guerra— lo tienen bajo estrecha vigilancia por *espía*.

LA GUERRA CIVIL AMERICANA

*Die Presse,*

26 y 27 de marzo de 1862.

I

Desde cualquier ángulo que se la considere, la guerra civil americana presenta un espectáculo sin paralelos en los anales de la historia militar. La inmensa extensión del territorio disputado, la amplitud de las líneas de operación y del frente, la potencia numérica de los ejércitos enemigos, cuya creación prácticamente no pudo apoyarse en ninguna base de organización anterior, el costo fabuloso de esos ejércitos, su forma de dirección y los principios generales de táctica y de estrategia que rigen esta guerra, todo esto es nuevo para el observador europeo.

La conspiración secesionista, organizada, patrocinada y sostenida mucho antes de estallar por la administración Buchanan, dio al Sur una ventaja inicial gracias a la cual sólo podía esperar el logro de sus fines. Amenazada por su población de esclavos<sup>56</sup> y por fuertes elementos unionistas entre los blancos, con un número de hombres tres veces menor al del norte, pero más prontos al ataque gracias a sus innumerables ociosos, sedientos de aventuras, para el Sur todo dependía de una ofensiva rápida, audaz, aun temeraria. Si los sudistas llegaban a apoderarse de San Luis, Cincinnati, Washington, Baltimore, y tal vez de Filadelfia, podían levantar un movimiento de pánico, a pesar de que la diplomacia y la corrupción hubieran asegurado a todos los estados esclavistas el reconocimiento de su independencia. Por el contrario, si esta primera ofensiva fracasaba —al menos en sus puntos decisivos— su situación empeoraría día a día, paralelamente al desarrollo de las fuerzas del Norte. Esto es lo que comprendieron perfectamente los hombres que, con espíritu en verdad bonapartista, organizaron la conspiración secesionista y luego abrieron la campaña. Sus bandas de aventureros sumergieron a Misurí y Tennessee, mientras que las tropas organizadas más regularmente, invadieron

Virginia oriental y prepararon un golpe de mano sobre Washington. Al fracasar ese golpe, la campaña sudista, desde el punto de vista militar, estaba perdida.

El Norte entró en guerra de mala gana, en una somnolencia, como era de esperar dado el desarrollo más elevado de su industria y de su comercio. Aquí el mecanismo social era infinitamente más complejo que en el Sur, y se necesitó mucho más tiempo para imprimir a su aparato una dirección inusual. El enrolamiento de voluntarios por tres meses, se descubrirá que es un gran error, aunque haya sido, sin duda, inevitable<sup>137</sup>.

La política del Norte debió consistir, en principio, en mantenerse a la defensiva en todos los puntos decisivos, para organizar sus fuerzas, ejercerlas y prepararlas para batallas decisivas a través de operaciones de débil envergadura y poco riesgosas; después —cuando la organización se encontrara un poco reforzada y los elementos indeseables estuvieran un poco separados de su ejército— pasar a una ofensiva enérgica e ininterrumpida, con miras a reconquistar todo Kentucky, Tennessee, Virginia y Carolina del Norte. La transformación de los civiles en soldados le costaría más tiempo al Norte que al Sur. Pero una vez hecho esto se podría confiar en la superioridad individual del nordista.

A grandes rasgos, si hacemos abstracción de los errores que tienen un origen más político que militar, el Norte actuó de acuerdo con estos principios: simulacros en Misurí y Virginia occidental, mientras protegía a las poblaciones unionistas, acostumbraba a las tropas al servicio de campaña y al fuego, sin exponerlas a derrotas decisivas. La grave humillación de Bull Run<sup>52</sup> era, en cierta manera, la consecuencia de un error anterior: el enrolamiento de voluntarios por tres meses. Es absurdo pedirles a los recién reclutados que ataquen de frente una posición fuerte, situada en un terreno difícil y ocupada por un adversario apenas inferior en número. El pánico que se apoderó en el momento decisivo del ejército unionista y cuya causa no siempre ha sido clarificada, no podía sorprender a nadie por poco familiarizado que estuviera con la historia de las guerras populares. Esos incidentes se produjeron, con frecuencia, entre las tropas francesas de 1792-1797<sup>57</sup>, pero de ninguna manera le impidieron a los soldados ganar las batallas de Jemappes y de Fleurus, de Montenotte, Cas-

tiglione y Rívoli. Las burlas de la prensa europea sobre el pánico de Bull Run tienen *una sola* excusa para su tontería: las fanfarronadas de una parte de la prensa norteamericana antes del desencadenamiento de la batalla.

El plazo de seis meses consecutivos de la derrota de Manassas fue explotado más eficazmente por el Norte que por el Sur. No solo las filas nordistas crecieron mucho más que las sudistas, sino que sus oficiales recibieron mejor instrucción. La disciplina y el entrenamiento de las tropas no chocaron con los mismos obstáculos que en el Sur. Los indeseables y los incapaces fueron separados en gran parte: la época del pánico de Bull Run pertenece al pasado. Es verdad que no hay que juzgar los dos ejércitos según los criterios de los principales ejércitos europeos, ni con el del antiguo ejército regular de los Estados Unidos. Napoleón logró completar en un mes, en sus cuarteles, el entrenamiento de batallones de los nuevos reclutados, ponerlos en marcha durante el segundo, y conducirlos al enemigo en el tercero. Pero cada batallón recibía un complemento suficiente de oficiales y suboficiales experimentados; y se destinaban a cada compañía viejos soldados, para que el día de la batalla las jóvenes tropas estuvieran rodeadas o mejor dicho encuadradas, por los veteranos. Todas estas condiciones faltan en América.

Sin la considerable masa de la experiencia militar de los que emigraron a América como consecuencia de las convulsiones revolucionarias de 1848-1849, la organización de los ejércitos de la Unión hubiera exigido un tiempo más largo todavía<sup>58</sup>. El reducido número de muertos y heridos en relación al número total de las tropas comprometidas (habitualmente uno sobre veinte) demuestran que la mayoría de los enfrentamientos, aun los más recientes en Kentucky y Tennessee fueron efectuados con el uso principalmente de armas de fuego a larga distancia, y que las raras cargas con bayoneta se detenían bien pronto ante el fuego del enemigo, o bien ponían en fuga al adversario aun antes de llegar al cuerpo a cuerpo. En el intervalo, la nueva campaña se ha abierto bajo auspicios más favorables, con el avance de Buell y Halleck a través de Kentucky en dirección a Tennessee.

Después de haber reconquistado Misuri y Virginia occidental, la Unión abrió la campaña avanzando en dirección a Kentucky<sup>59</sup>.

Los secesionistas tenían ahí tres posiciones fuertes o campos atrincherados: Columbus sobre el Misisipí a la izquierda; Bowling Green en el centro; Mill Springs sobre el Cumberland a la derecha. Su línea se extendía de oeste a este, en más de trescientas millas. La amplitud de esta línea le quitaba a los tres cuerpos toda posibilidad de sostenerse mutuamente, y ofrecía a las tropas de la Unión la posibilidad de poder atacar a cada uno de ellos aisladamente y con fuerzas superiores. El gran error de los secesionistas fue, con la disposición de sus fuerzas, querer ocupar todo el terreno, Kentucky hubiera sido defendido con mucha más eficacia por medio de un solo campo poderosamente fortificado, en el centro de la región, preparado como campo de batalla para un enfrentamiento decisivo y sostenido por el grueso del ejército: o bien hubiera atraído al grueso de las fuerzas unionistas, o bien las hubiera puesto en una posición peligrosa, apenas se hubieran sentido tentadas de atacar una concentración de tropas tan fuertes.

Dadas esas condiciones, los unionistas resolvieron atacar los tres campos, uno tras otro, tratando de hacer salir al enemigo con una serie de maniobras con miras a obligarlo a aceptar el combate en campo raso. Este plan, de acuerdo con todas las reglas del arte militar, fue ejecutado con decisión y rapidez. Hacia mediados de enero, un cuerpo de alrededor de quince mil unionistas marchó sobre Mill Springs<sup>60</sup>, defendido por veinte mil secesionistas. Los unionistas maniobraron tan bien que le hicieron creer a sus adversarios que solo tendrían que vérselas con un destacamento débil. El general Zollicoffer también cayó en la trampa: salió de su campo fortificado y atacó a los unionistas. Demasiado tarde se dio cuenta que tenía enfrente a una fuerza superior. Lo mataron y sus tropas sufrieron una derrota tan completa como los unionistas en Bull Run. Pero esta vez la victoria fue explotada totalmente de otra manera. El ejército vencido fue acosado, hasta que, agotado, desmoralizado, perdida su artillería de campaña y sus trenes de campaña, llegó a su campamento de Mill Springs. Este campamento había sido edificado sobre la costa norte del río Cumberland, en caso de una nueva derrota la guarnición tenía cortada la retirada, excepto por el río, por medio de algunos navíos de vapor o barcos de río. En general, notamos que los campos secesionistas están edificados en la costa *enemiga* de los ríos. Esto no solo está en regla sino que es práctico alinearse de esa forma pero



con la condición de tener un puente atrás. En ese caso el campo sirve de cabeza de puente y da a los que lo tienen el privilegio de largar sus fuerzas a voluntad sobre una u otra orilla del río, es decir de dominar completamente los cursos de agua. Por el contrario un campo sobre el lado enemigo del río, pero sin puente atrás, corta todo camino de retirada después de un enfrentamiento desgraciado, y obliga a las tropas a capitular o las expone a la matanza y al ahogo, como les ocurrió a los unionistas cerca de Ball's Bluff en la orilla enemiga del Potomac donde los había enviado la traición del general Stone.

Cuando los secesionistas vencidos alcanzaron su campamento de Mill Springs, en seguida comprendieron que debían rechazar el ataque del enemigo a sus fortificaciones o capitular a la brevedad. Después de la experiencia de la mañana habían perdido confianza en su capacidad de resistencia. En consecuencia, cuando avanzaron los unionistas al día siguiente, para atacar el campamento, se dieron cuenta que el enemigo había aprovechado la noche para cruzar el río abandonándoles el campamento, el tren de campaña, la artillería y el aprovisionamiento. De esta manera la extremidad derecha de la línea secesionista fue hacia Tennessee, y Kentucky oriental, donde la masa de la población era hostil al partido esclavista, fue reconquistado por la Unión.

En el mismo momento —hacia mediados de enero— los unionistas empezaron los preparativos para desalojar a los secesionistas de Columbus y de Bowling Green. Una poderosa flota de navíos con morteros y cañoneras blindadas estaba lista, y se largó a los cuatro vientos la noticia de que serviría para escoltar a un numeroso ejército a lo largo del Misisipí, de Cairo a Memphis y a Nueva Orleans. De hecho, todas las demostraciones sobre el Misisipí no eran sino simples maniobras diversionistas. En el momento decisivo, las cañoneras fueron encaminadas por el Ohio, después de allí por el Tennessee, que remontaron hasta Fort Henry. Con Fort Donelson sobre el Cumberland, esta plaza fuerte constituía la segunda línea de defensa de los secesionistas en Tennessee. La posición había sido bien elegida ya que en caso de retirada definitiva, más allá del Cumberland, ese curso de agua cubriría su frente como el Tennessee protegía su flanco izquierdo, y la estrecha banda de tierra entre los dos ríos estaba suficientemente cu-

bierta por los dos fuertes mencionados antes. Sin embargo, gracias a una acción rápida, los unionistas hundieron también la segunda línea, antes de atacar el ala izquierda y el centro de la primera.

En la primera semana de febrero, las cañoneras unionistas hicieron su aparición frente a Fort Henry, que fue tomado después de un corto bombardeo. La guarnición pudo escapar y llegar a Fort Donelson, ya que las fuerzas terrestres de las que disponía la expedición no eran bastante numerosas como para cercar la plaza. Las cañoneras volvieron a bajar por el Tennessee hasta Ohio y desde allí, por el Cumberland, subieron hasta Fort Donelson. Una cañonera aislada subió hábilmente por el Tennessee, en pleno corazón del Estado del mismo nombre, rozando el Estado de Misuri; llegó hasta Florencia en el norte de Alabama, donde una serie de pantanos y bancos (conocidos con el nombre de Mussle Shoals) impidió que continuara la navegación. El hecho de que una sola cañonera haya podido cumplir este largo cruceo de por lo menos ciento cincuenta millas y volver luego sin haber sufrido el menor ataque, prueba que los sentimientos unionistas prevalecen a lo largo del río y serán muy útiles el día en que las tropas de la Unión avancen hasta allí.

Esta expedición fluvial por el Cumberland, combinaba sus movimientos sin embargo, con los de las fuerzas terrestres, al mando de los generales Halleck y Grant. Los secesionistas estacionados en Bowling Green fueron inducidos a error por la demostración de los unionistas. Se quedaron tranquilamente en su campamento durante la semana que siguió a la caída de Fort Henry, mientras que Fort Donelson está cercado por tierra por cuarenta mil unionistas y la costa del río estaba amenazada por una poderosa flota de cañoneras. Como el campamento de Mill Springs y de Fort Henry, Fort Donelson tiene el curso de agua a sus espaldas, sin disponer de un puente para la retirada. Es la plaza más fuerte que atacaron los unionistas hasta ahora. Los trabajos de fortificación habían sido efectuados con el mayor cuidado; además la plaza era lo suficientemente vasta como para contener y alojar a veinte mil hombres. El primer día del ataque, las cañoneras redujeron al silencio a las baterías que dirigían su fuego sobre la orilla del río, y bombardearon el interior del perímetro fortificado, mientras las tropas terrestres rechazaban las avanzadas enemigas

y forzaban al grueso de los secesionistas a buscar protección justo bajo los cañones de sus propios trabajos fortificados. El segundo día, parece que las cañoneras que ya habían sido probadas en la víspera, no hicieron gran cosa. Por el contrario, las tropas terrestres tuvieron que sostener una batalla larga y apasionada por momentos, con las columnas de la guarnición que intentaban perforar el ala derecha del enemigo para asegurarse una línea de retirada en dirección a Nashville. Sin embargo, un ataque enérgico del ala derecha de los unionistas sobre el ala izquierda de los secesionistas e importantes refuerzos en beneficio del ala izquierda unionista, decidieron la victoria de los asaltantes. Diferentes puestos fortificados exteriores fueron tomados por asalto. Empujados a su línea de defensa interior, sin ningún camino de retirada y de manera manifiesta fuera de estado para resistir un nuevo asalto, la guarnición se rindió incondicionalmente, al día siguiente.

## II

Con Fuerte Donelson, la artillería, el tren de campaña y el material de guerra de la guarnición, cayeron en manos de los unionistas; treinta mil secesionistas se rindieron el día de la capitulación; otros mil al día siguiente apenas apareció la vanguardia de los vencedores ante Clarksville y esta ciudad situada en el curso superior del Cumberland abrió sus puertas. Los secesionistas habían almacenado allí grandes reservas de víveres.

La toma de Fort Donelson encierra, sin embargo, un pequeño misterio: la huida del general Floyd con cinco mil hombres, al segundo día de bombardeo. Estos fugitivos eran demasiado numerosos como para desaparecer por encanto durante la noche, en los barcos de vapor. Algunas medidas de precaución por parte de los asaltantes hubieran podido prevenir la huida.

Siete días después de la rendición de Fort Donelson, los federales ocuparon Nashville. La distancia entre esas dos localidades es de alrededor de cien millas inglesas. Por lo tanto tuvieron que hacer quince millas por día, por caminos llenos de baches y durante la peor estación del año: esto hace honor a las tropas unionistas. Ante la noticia de la caída de Fort Donelson, los sece-

sionistas evacuaron Bowling Green; una semana más tarde abandonaron Columbus y se retiraron a una isla del Misisipi, cuarenta y cinco millas más al sur.

De esta manera la Unión había reconquistado enteramente a Kentucky. Y los secesionistas no podrán retener Tennessee si no libran y ganan una gran batalla. Parece que han concentrado más de sesenta y cinco mil hombres con ese fin. Sin embargo nada les impide a los unionistas oponerles una fuerza aun muy superior.

La conducción de las operaciones en la campaña de Kentucky merece los más vivos elogios. La reconquista de un territorio tan vasto, el avance en dirección a Ohio hasta Cumberland en un solo mes, todo esto revela una energía, una decisión y una rapidez de ejecución que los ejércitos regulares de Europa raramente han igualado. Comparemos por ejemplo, la lenta progresión de los Aliados de Magenta a Solferino en 1859, sin perseguir al enemigo en retirada, sin tentativa de aislar a los retrasados o desbordar y encerrar cuerpos de tropa enteros.

Halleck y Grant en particular, dan buenos ejemplos de conducta militar enérgica. Al dejar completamente de lado Columbus y Bowling Green, concentraron sus fuerzas en los puntos decisivos—Fort Henry y Fort Donelson— que atacaron con rapidez y con energía haciendo Columbus y Bowling Green, insostenibles. En seguida se pusieron en marcha hacia Clarksville y Nashville, sin dar tiempo a los secesionistas en retirada a ocupar nuevas posiciones en el norte de Tennessee. Durante esta rápida persecución el cuerpo de ejército secesionista de Columbus quedó completamente separado del centro y del ala derecha de su ejército. Los diarios ingleses criticaron injustamente esta operación. Aunque el ataque al Fort Donelson hubiera fracasado, los secesionistas podían ser retenidos cerca de Bowling Green por el general Buell; no hubieran podido separar una tropa suficiente como para permitirle a la guarnición perseguir a los unionistas en campo raso amenazando su retirada. Por otra parte, Columbus estaba tan alejada que en ningún caso podía intervenir en las operaciones conducidas por Grant. De hecho, cuando los unionistas limpiaron de secesionistas Misuri, Columbus, para estos últimos, era solo un puesto desprovisto de todo interés. Las tropas de su guarnición debieron retirarse a toda prisa hacia Memphis o hacia Arkansas para no verse obligados a entregar sus armas sin gloria.



Luego de la limpieza de Misurí y de la reconquista de Kentucky, el teatro de guerra se estrechó a tal punto que los diferentes ejércitos pueden cooperar, en cierta medida, en toda la línea de operaciones y ayudarse entre sí para alcanzar ciertos resultados. En otros términos, recién ahora la guerra toma un carácter *estratégico* y la configuración del país reviste un nuevo interés. Ahora les toca a los generales nordistas descubrir el talón de Aquiles de los Estados algodoneros.

Hasta la toma de Nashville no podía haber operaciones estratégicas comunes a los ejércitos de Kentucky y Potomac, separados por distancias demasiado largas. Es verdad que se encontraban en la misma línea del frente, pero sus líneas de operación eran completamente diferentes. Solo con el avance victorioso en Tennessee los movimientos de los ejércitos de Kentucky tomaron importancia dentro de todo el teatro de operaciones.

Los diarios americanos influenciados por McClellan hicieron mucho ruido con la teoría "anaconda" envolvente, que preconiza que una inmensa línea de ejércitos encierre la rebelión, oprima progresivamente sus miembros y finalmente estrangule al enemigo. Es una chiquilina. Es un arreglo del llamado *sistema del cordón* inventado por Austria alrededor de 1770 y utilizado contra los franceses de 1792 a 1797 con tanta obstinación y marcado por tantos fracasos incansables. En Jemappes, Fleurus y muy particularmente Montenotte, Millesimo, Dego, Castiglione y Rívoli, el sistema del estrangulamiento prendió mucho. Los franceses cortaron en dos el "anaconda" y concentraron su ataque en un punto con fuerzas superiores, y después despedazaron uno tras otro los pedazos del "anaconda".

En los Estados más o menos poblados y centralizados siempre existe un centro que si es ocupado por el enemigo a menudo rompe la resistencia nacional. París es un ejemplo impresionante de esto. Sin embargo, los Estados esclavistas no poseen tal centro. Están poco poblados y casi no tienen grandes ciudades, salvo cada tanto, sobre la costa. Sin embargo, hay que preguntarse si al menos existe un centro de gravitación *militar*, la captura del cual rompería la columna vertebral de la resistencia. O bien, como ocurrió en Rusia hasta 1812 ¿para lograr la victoria hay que ocupar cada pueblo y cada localidad, en una palabra: ocupar toda la periferia?

Echemos una ojeada a la configuración geográfica de *Secessia*, con

su larga banda costera sobre el Atlántico y sobre el golfo de Méjico. Durante el tiempo que los confederados tuvieron Kentucky y Tennessee, su territorio formaba un conjunto bien compacto. La pérdida de esos dos Estados clavó en su territorio una gigantesca cuña que separa los Estados situados sobre la costa norte del océano Atlántico de los Estados situados sobre el golfo de Méjico. El camino de Virginia y de las dos Carolinas a Tejas, a Luisiana, a Misisipí y en parte, a Alabama, pasa por Tennessee que acaba de ser ocupado por los unionistas. El *único* camino que después de la conquista total de Tennessee por la Unión, une las dos secciones de los Estados esclavistas, pasa por *Georgia*. Esto demuestra que *Georgia es la llave de Secessia*.

Al perder Georgia, La Confederación se encuentra cortada en dos secciones que ya no disponen de ninguna comunicación entre sí. Ahora bien, es indispensable que los secesionistas puedan reconquistar Georgia, ya que las fuerzas militares unionistas podrían concentrarse en una posición central, mientras que sus adversarios, divididos en dos campos, apenas tendrían fuerzas para realizar un ataque conjunto.

¿Sería necesario conquistar todo Georgia inclusive la costa sur de Florida para concretar tal operación? En absoluto. En un país donde las comunicaciones, sobre todo entre dos puntos alejados, dependen más del ferrocarril que de los caminos, basta con apoderarse de la vía férrea. La línea de ferrocarril más meridional entre los Estados del golfo de Méjico y los de la costa norte del Atlántico pasa por Macon y Gordon, cerca de Milledgeville.

La ocupación de estos dos puntos cortaría en dos a *Secessia* y permitiría a los unionistas derrotar a una parte y después a la otra. De esto que acabamos de decir se deduce que ninguna república sudista es viable sin la posesión de Tennessee. En efecto, sin Tennessee, el punto vital de Georgia se encuentra a ocho o diez días de marcha desde la frontera. Por lo tanto el Norte tiene constantemente tomado del cuello al Sur: a la menor presión de sus dedos, el Sur debe ceder o retomar la lucha para sobrevivir, en condiciones en las que una sola derrota le quita toda perspectiva de victoria.

De estas consideraciones se desprende que:

El Potomac *no es* la posición más importante del teatro de la guerra. La toma de Richmond y el avance del ejército de Potomac

hacia el Sur —difíciles por los numerosos cursos de agua que cortan la línea de marcha— podrían tener un terrible efecto psicológico, pero desde el punto de vista puramente militar, no decidirían *nada en absoluto*.

La decisión de la campaña descansa en el ejército de Kentucky que actualmente ocupa Tennessec, territorio sin el cual la secesión no puede vivir. Por lo tanto habría que reforzar este ejército a costa de los otros y sacrificando todas las operaciones menores. Sus próximos puntos de ataque tendrían que ser Chattanooga y Dalton en el Tennessee superior, porque esas ciudades son los nudos ferroviarios más importantes de todo el Sur. Después de su ocupación, los Estados del este y del oeste de Secessia quedarían unidos solo por las líneas de comunicación de Georgia. Quedaría entonces por cortar la línea del ferrocarril que va de Atlanta a Georgia para finalmente destruir el último contacto entre las dos secciones al ocupar Macon y Gordon.

Por el contrario si el plan “anaconda” continuara, a pesar de todos los éxitos locales y aun los del Potomac, la guerra podría prolongarse al infinito, aunque las dificultades financieras y las complicaciones diplomáticas crearan un nuevo margen de maniobra para el Sur.

CARLOS MARX

## LA PRENSA INGLESA Y LA CAÍDA DE NUEVA ORLEÁNS

*Die Presse,*

20/5/1862

Londres, 16 de mayo de 1862.

Cuando corrieron los primeros rumores sobre la caída de Nueva Orleáns, *Times*, *Herald*, *Standard*, *Morning Post*, *Daily Telegraph* y otros diarios ingleses que simpatizan con los desolladores de esclavos del Sur, demostraron con argumentos de orden estratégico, táctico, filológico, exegético, político y moral pesadamente balanceados, que

ese ruido no era sino uno de los tantos engaños que Reuter, Havas, Wolff y sus agencias secundarias tienen la costumbre de dejar caer periódicamente. Afirmaban que los medios naturales de defensa de Nueva Orleáns acababan de ser reforzados no solo con nuevas fortificaciones, sino con todo tipo de infernales mecanismos submarinos y cañoneras blindadas. Al pasar señalaban el espíritu espartano de la población de Nueva Orleáns y su odio feroz hacia los mercenarios a sueldo de Lincoln. ¿Y acaso Inglaterra no había sufrido frente a Nueva Orleáns la derrota que puso un fin lamentable a su segunda guerra contra los Estados Unidos en 1812-1814? Nada hacía prever, por lo tanto, que Nueva Orleáns no renovaría históricamente la epopeya de Zaragoza o de Moscú<sup>61</sup>. Además encerraba quince mil fardos de algodón, gracias a los que sería fácil encender un inextinguible fuego autodestructor, haciendo abstracción de que en 1814 los fardos de algodón debidamente humedecidos se revelaron más resistentes al fuego de la artillería que los trabajos fortificados de Sebastopol. ¡En una palabra, la toma de Nueva Orleáns es un lindo ejemplo de las fanfarronadas yanquis!

Cuando se confirmaron los primeros rumores, a través de los vapores que llegaron dos días más tarde a Nueva York, el grueso de la prensa proesclavista inglesa siguió siendo escéptica. El *Evening Standard* sobre todo, estaba tan seguro de lo que adelantaba que en el mismo número publicó un editorial en el que demostraba claramente que Nueva Orleáns era inexpugnable, mientras a la vez anunciaba con grandes titulares la caída de la inexpugnable ciudad.

Por su parte, el *Times* que hace gala de su discreción, dio un giro. Todavía dudaba de la noticia pero se declaraba dispuesto a cualquier eventualidad ya que la ciudad en medialuna era más una ciudad de pillos que de héroes. Esta vez el *Times* tenía razón. Nueva Orleáns es el depósito de la escoria de la bohemia francesa. En el verdadero sentido del término: es una *colonia penitenciaria francesa* y nunca, en el correr del tiempo renegó de sus orígenes. *Times* tardó cierto tiempo en darse cuenta de este hecho, en general, bastante conocido.

En fin, el hecho concreto se impuso a todo el mundo. ¿Qué hacer? La prensa proesclavista inglesa demuestra ahora que la caída de Nueva Orleáns era una ventaja para los confederados del Sur y una derrota para los federados.

La caída de Nueva Orleáns permitió al general Lovell y a sus tropas reforzar el ejército de Beauregard, que tenía mucha más necesidad de ese refuerzo por cuanto tenía a su frente una concentración de ciento sesenta mil hombres (¡exageran un poco!) bajo las órdenes de Halleck y por otra parte, el general Mitchell había cortado los contactos de Beauregard con el este al interrumpir las comunicaciones ferroviarias de Memphis a Chattanooga, es decir la línea en dirección a Richmond, Charleston y Savannah<sup>62</sup>. Después de este corte de comunicaciones (del que habíamos dado cuenta mucho *antes* de la batalla de Corinth como movimiento estratégico previsible), Beauregard ya no disponía de ninguna comunicación ferroviaria con Corinth, fuera de la que lleva a Mobile y Nueva Orleáns. Después de la caída de Nueva Orleáns solo disponía de la línea de Mobile y no podía aprovisionar convenientemente a sus tropas. Por lo tanto debió replegarse sobre Memphis: ¡según la prensa proesclavista inglesa, su capacidad de aprovisionamiento se ve mejorada por su unión con las tropas de Lovell! Por otra parte, esos oráculos señalan que la fiebre amarilla sacará a los federados de Nueva Orleáns, y que si la ciudad no es Moscú, su alcalde muy bien podría ser Bruto. Basta leer (cf. *New York Herald*) la epístola melodramáticamente alentadora al comandante Farragut. “¡Nobles palabras, señor, hermosas palabras!”<sup>63</sup> ¡Pero las palabras por duras que sean, no quiebran huesos!

Sin embargo, la prensa de los esclavistas no es tan optimista como sus consoladores ingleses, en lo que concierne a la caída de Nueva Orleáns.

El *Richmond Dispatch* escribe: “¿Qué se hicieron nuestras cañoneras blindadas, *Misisipí* y *Luisiana*, de las que esperábamos la salvación de la ciudad en media luna? Es como si hubieran sido de vidrio, por su efecto sobre el adversario. Es en vano negar que la toma de Nueva Orleáns es para nosotros un golpe muy duro. Con esto el gobierno confederado está separado de Luisiana occidental, de Tejas, de Misuri, y de Arkansas.”

El *Norfolk Day Book* señala: “Es la derrota más seria desde el comienzo de la guerra. Augura privaciones y restricciones para todas las clases sociales, peor aún: amenaza el aprovisionamiento de nuestro ejército.”

El *Atlantic Intelligenter* se lamenta: “Esperábamos otro resulta-

do. El avance enemigo no era un ataque sorpresa; estaba previsto desde hacía mucho tiempo. Nos habían prometido que si el adversario pasaba frente a Fort Jackson, una artillería temible lo obligaría a la retirada o aseguraría su destrucción. En todo esto nos engañamos, como todas las veces que las fortificaciones debieron garantizar la seguridad de una plaza o de una ciudad. Pareciera que las invenciones modernas hubieran arruinado la capacidad defensiva de las fortificaciones. Las cañoneras blindadas las destruyen o pasan ante ellas sin problemas. Tememos que Memphis comparta la suerte de Nueva Orleáns. ¿Acaso no sería insensato acunarnos con ilusiones?”

*Petersburg Express* escribe: “La toma de Nueva Orleáns por los federados es el acontecimiento más extraordinario y el más fatal de toda la guerra.”

FEDERICO ENGELS y CARLOS MARX

## LA SITUACIÓN EN EL TEATRO DE LA GUERRA AMERICANA

*Die Presse*,

30/5/1862

La toma de Nueva Orleáns tal como la relatan los boletines que hemos recibido hasta ahora, se señala como un acto de bravura prácticamente sin paralelos en la historia de la flota. La flota de los unionistas sólo tiene barcos de madera: alrededor de seis barcos de guerra, cada uno armado con catorce a veinte cañones, apoyados por una numerosa flotilla de cañoneras y de navíos con morteros. Esta flota tenía que vérselas con dos fuertes que barricaban el paso del Misisipí. Al alcance del fuego de los cien cañones de esos fuertes, el río estaba barricado con una fuerte cadena detrás de la cual había un gran número de minas, brulotes y otros mecanismos de destrucción. Por lo tanto, había que pasar esos primeros obstáculos antes de deslizarse entre los fuertes. Sin embargo, del otro lado de los fuertes había una segunda y poderosa línea de defensa constituida

por cañoneras blindadas, entre ellas el *Manassas*, un acorazado blindado y la *Luisiana*, una poderosa batería flotante.

Después que los unionistas bombardearon durante seis días, sin ningún resultado, los dos fuertes que dominaban el río, decidieron desafiar el fuego, forzar con tres columnas la barrera de acero, subir por el río y atacar las fortificaciones. Esta empresa temeraria dio resultado. Apenas la flotilla desembarcó en Nueva Orleans, la victoria estaba lograda.

Ahora Beauregard no tiene más nada que defender en Corinth. Su posición solo tenía sentido durante el tiempo que cubría Misisipí y Luisiana, y particularmente Nueva Orleans. Desde el punto de vista estratégico es tal, que si pierde la mínima batalla, no le queda otra elección que dispersar a su ejército en guerrillas. En efecto, no puede mantener durante mucho tiempo unida a una gran masa de soldados, si ya no tiene una gran ciudad donde estén concentrados a la retaguardia de su ejército los ferrocarriles y los aprovisionamientos.

De manera irrefutable, McClellan ha revelado ser una nulidad en el plano militar. En efecto, habiendo llegado por una serie de circunstancias felices a una posición de mando y de responsabilidad, no conduce la guerra para vencer al enemigo sino por el contrario, para que no lo derroten, lo que le hará perder su prestigio usurpado. Se comporta como esos viejos generales llamados "maniobreros" que se justifican de huir temerosamente de toda decisión táctica obligando al enemigo a abandonar sus posiciones gracias a un cercamiento estratégico. Los confederados siempre se le eseanpan porque en el momento decisivo no se anima a cargar sobre ellos. Así aunque el plan de retirada de los confederados fue anunciado diez días antes por los diarios neoyorquinos (por ejemplo *Tribune*) los dejó retirarse tranquilamente desde Manassas a Richmond. Luego dividió su ejército y flanqueó a los confederados estratégicamente instalándose frente a Yorktown con un cuerpo de tropa: una guerra de fortaleza siempre da pretextos para perder tiempo y evitar la batalla. Apenas tuvo concentrada una tropa superior a la de los confederados, los dejó retirarse de Yorktown hacia Williamsburg y aun más allá sin obligarlos a pelear. Nunca una guerra fue conducida tan lamentablemente. Si el enganche de elementos en retirada cerca de Williamsburg en lugar de terminar en un segundo Bull Run, terminó con una

derrota de la retaguardia confederada, es porque McClellan es ajeno a ese resultado.

Después de una marcha de alrededor de doce millas (inglesas) bajo una lluvia diluviana de veinticuatro horas, por caminos transformados en verdaderos pantanos, los ocho mil unionistas a las órdenes del general Heintzelmann (descendiente de alemanes, pero nativo de Pensilvania) llegaron a los alrededores de Williamsburg y chocaron con un débil piquete enemigo. Pero éstos al darse cuenta de su debilidad numérica pidieron en seguida refuerzos a Williamsburg, desde donde les despacharon tropas seleccionadas que pronto llegaron a los veinticinco mil hombres.

Alrededor de las nueve de la mañana la batalla se puso seria. A las once y media el general Heintzelmann se dio cuenta de que la batalla se volvía ventajosa para el adversario. Envió mensaje tras mensaje al general Kearny que estaba ocho millas atrás, pero que en razón de los caminos totalmente "deshechos" por la lluvia solo podía avanzar muy lentamente. Heintzelmann estuvo toda una hora sin refuerzos, y los 7º y 8º regimientos de Jersey que habían agotado sus municiones empezaron a huir por los bosques que bordean los dos lados del camino. Heintzelmann ordenó al coronel Menill y a un escuadrón de caballería de Pensilvania que tomaran posición sobre los dos costados del bosque para tirar, eventualmente, sobre los fugitivos. Esto los detuvo.

Además, el orden fue restablecido gracias al ejemplo de un regimiento de Massachusetts que al agotar sus municiones fijó la bayoneta al fusil y esperó al enemigo a pie firme. Por fin, la vanguardia de Kearny a las órdenes del general de brigada Berry (del Estado de Maine) estuvo al alcance de la vista. El ejército de Heintzelmann acogió a los salvadores largando furiosos hurras, y éste hizo tocar la marcha del regimiento, la *Yankee Doodle* y alineó delante de sus tropas agotadas los refuerzos de Berry, en un frente de alrededor de media milla. Después de un breve tiroteo con armas de fuego la brigada de Berry cargó con la bayoneta y del campo de batalla sacó al enemigo que se refugió en sus trincheras, la más grande de las cuales fue ocupada por las tropas de la Unión después de numerosos ataques y contrataques. Así se restableció el equilibrio de la batalla. La llegada de Berry había salvado a los unionistas. Alrededor de las cuatro, la llegada de las brigadas

de Jameson y de Birney les aseguró la victoria. Alrededor de las nueve de la noche, los confederados empezaron a evacuar Williamsburg y se replegaron al día siguiente sobre Richmond, mientras la caballería de Heintzelmann los acosaba duramente. En seguida después de la batalla, entre las siete y las ocho de la mañana, Heintzelmann hizo ocupar Williamsburg por el general Jameson. La retaguardia del enemigo en fuga recién acababa de abandonar el otro extremo de la ciudad, media hora antes.

La batalla dirigida por Heintzelmann era una batalla de infantería en el verdadero sentido de la palabra. Apenas si intervino la artillería. El fuego de los mosquetes y el ataque con bayoneta fueron decisivos. Si el Congreso de Washington quisiera dar un voto de reconocimiento repondría al general Heintzelmann que salvó a los yanquis de una segunda Bull Run, y no a McClelland que, como de costumbre, evitó toda "decisión táctica" y dejó escapar por tercera vez a un enemigo inferior en número.

El ejército confederado de Virginia tuvo más suerte que el ejército de Beauregard porque se enfrentó con McClelland y no con Halleck, y después porque, en su línea de retirada, los ríos corrían oblicuamente de la montaña al mar. Sin embargo, para evitar que las tropas confederadas se disolvieran en bandas *sin siquiera batirse*, sus generales se verán forzados a aceptar tarde o temprano, una batalla decisiva, como los rusos debieron pelear en Smolensk y en Borodino *contra* la voluntad de sus generales que tenían una justa visión de la situación. La lamentable dirección militar de McClelland, los continuos repliegues seguidos de abandono de artillería, municiones y aprovisionamientos militares, así como los desgraciados encuentros de retaguardia, desmoralizaron gravemente a los confederados, como fue evidente el día de una batalla decisiva. La situación, sin embargo, es la siguiente:

A Beauregard y a Jefferson Davis les bastó perder una batalla decisiva para que sus ejércitos se disolvieran en bandas. Si uno de los dos gana una batalla decisiva —que es muy improbable— la desbandada de sus ejércitos se posterga para más tarde en el mejor de los casos. Ya no están en condiciones de sacar el menor provecho durable, aunque obtuvieran una victoria. Los ejércitos sudistas no pueden avanzar veinte millas inglesas sin hundirse y sufrir una nueva ofensiva del adversario.

Nos quedan por examinar las posibilidades de una guerra de guerrillas. En verdad, salta a la vista que la población casi no participa, o mejor, no participa en absoluto, en la guerra de los esclavistas. En 1813 las comunicaciones de los franceses fueron constantemente interrumpidas y hostigadas por Colomb, Lützow, Tchernitchef y otros veinte jefes de francotiradores y de cosacos. En 1812, en Rusia, la población desapareció completamente de la línea de marcha francesa; en 1814, los campesinos franceses tomaron las armas y mataron a las patrullas y a los espías de los ejércitos aliados. Pero aquí no pasa nada parecido. Se resignan a una *especie de grandes batallas*, y se consuelan diciendo: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni* \*. Las fanfarronerías de guerra en el mar se disipan en humo. Pero se puede dudar, en verdad, si el *white trash* (la "canalla blanca" como los mismos plantadores llaman a los "pobres Blancos" del Sur) no intentará una guerra de guerrillas o de bandidaje. Pero esta tentativa sólo hará que los plantadores, que son los poseedores, se transformen rápidamente en unionistas. Ellos mismos le pedirán ayuda a las tropas yanquis. Los pretendidos incendios de algodón, etc. en Misisipí se basan exclusivamente en el testimonio de dos hombres de Kentucky que afirmaron que habían venido de Luisville, pero por cierto sin tomar el Misisipí. El incendio de Nueva Orleans era fácil de preparar. El fanatismo de los comerciantes de esa ciudad se explica porque debieron aceptar como dinero constante una cantidad de bonos del Tesoro confederado. El incendio de Nueva Orleans se renovará en otras ciudades; con seguridad también se prenderán fuegos en otros lugares, pero golpes tan teatrales sólo pueden alimentar y exacerbar las discordias entre plantadores y *white trash*, y por lo tanto arruinar a Secessia.

\* Los dioses estuvieron por el vencedor, pero Catón por el vencido.

LA GUERRA CIVIL AMERICANA Y LOS  
NAVÍOS ACORAZADOS Y BLINDADOS

*Die Presse,*

3/7/1862

Hace unos tres meses y medio —el 8 de marzo de 1862— la batalla naval entre el *Merrimac* y las fragatas *Cumberland* y *Congress* en Hampton Roads, cerró la larga era de navíos de guerra de madera. El 9 de marzo de 1863, la batalla naval entre el *Merrimac* y el *Monitor* en las mismas aguas, inauguró la era de la guerra entre navíos acorazados <sup>64</sup>.

Desde hace cierto tiempo el Congreso de Washington consagra importantes sumas para la construcción de diferentes navíos acorazados y para la terminación de las grandes cañoneras blindadas de Stevens (de Hoboken, cerca de Nueva York). Además Ericsson estaba por terminar la construcción de seis navíos, concebidos según el plano del *Monitor*, pero mucho más vastos y con dos torres móviles cada una flanqueada por dos grandes cañones. El *Galena*, un segundo navío acorazado, se construyó en otro arsenal según un modelo nuevo. Acaba de ser terminado y escoltará al *Monitor*, en principio para vigilar al *Merrimac*, y después para limpiar la costa del río James de fuertes rebeldes; esta tarea ya se realizó hasta una distancia de siete a ocho millas de Richmond. El tercer navío acorazado en misión por el río James es el *Bengaluche*, llamado en principio Stevens por su inventor y propietario precedente.

Un cuarto navío acorazado —el *New Ironsides*— está en construcción en Filadelfia y debe hacerse a la mar de aquí en algunas semanas. El *Vanderbilt* y otro gran barco han sido transformados en navíos blindados; varios otros barcos de guerra de madera como el *Roanoke*, van a resucitar blindados. El gobierno de la Unión además ha hecho construir en Ohio cuatro o cinco cañoneras provistas de rieles que prestarán grandes servicios en Fort Henry, Fort Donelson y Pittsburg Landing. El coronel Ellet y algunos de sus amigos se especializan en blindados. En Cincinnati, y en diferentes puntos de

Ohio, aplanaron antiguos vapores y revistieron la proa con un blindaje. No tienen cañones pero sí tiradores seleccionados, tan numerosos en el oeste. Más adelante volveremos sobre el primer hecho de armas de esos improvisados navíos blindados.

Por su lado, los confederados no se quedaron inactivos. En Norfolk empezaron la construcción de nuevos navíos con metal y el carenado de viejos barcos. Pero antes de terminar su obra, Norfolk cayó en manos de las tropas de la Unión y todos esos navíos fueron destruidos. Los confederados además, construyen tres navíos de acero blindado, de tonelaje medio, en Nueva Orleans; un tercer navío acorazado de enorme tonelaje y armado de manera superior estaba en vías de terminación, cuando tomaron Nueva Orleans. De creer en los oficiales de marina de la Unión, si hubiera estado terminado y participando en la guerra, este navío hubiera expuesto a toda la marina de la Unión al mayor peligro, porque el gobierno de Washington no tenía nada igual para oponer a ese monstruo. Sus gastos de construcción alcanzaron los dos millones de dólares. Como sabemos, los mismos rebeldes destruyeron este navío.

En Memphis, los confederados habían construido al menos ocho navíos blindados, cada uno dotado con cuatro o seis cañones de gran calibre. También fue en Memphis donde se desarrolló la primera "batalla de los blindados", en el Misisipí, el 6 de junio. Aunque la flotilla de la Unión que bajaba por el Misisipí solo contaba con cinco cañoneras blindadas, las dos blindadas del coronel Ellet Widder —la *Queen* y el *Monarch*— fueron las que decidieron de entrada el combate. De los ocho blindados enemigos, cuatro fueron destruidos, tres capturados y uno solo logró huir. Después que las cañoneras de la flotilla de la Unión abrieron un fuego violento sobre los navíos rebeldes mantenidos de esta manera en movimiento, la *Queen* y el *Monarch* se deslizaron hasta el centro de la escuadra enemiga. El fuego de las cañoneras se detuvo pronto, dado que los blindados del coronel Ellet Widder habían formado con el adversario tal madeja, que la artillería no podía distinguir al amigo del enemigo.

Como lo señalamos más arriba, los barcos construidos por Ellet Widder no tenían cañones, pero sí un gran número de tiradores seleccionados. Los navíos de vapor estaban simplemente protegidos por un conjunto de madera y de hierro. Poderosas máquinas de vapor y una proa armada con una punta acerada de roble e hierro consti-



tuían todo el equipo de esos blindados. Hombres, mujeres y niños acudieron por millares desde Memphis para seguir ansiosamente desde lo alto de las orillas abruptas del Misisipí la "batalla de los blindados"; a veces la multitud estaba solo a media legua inglesa del teatro de la guerra. La batalla duró apenas una hora. Mientras los rebeldes perdieron siete navíos y cien hombres, cuarenta por ahogo, un solo navío de la Unión fue dañado seriamente; solo hubo un herido y ningún muerto del lado nordista.

Aparte del navío blindado que logró escapar en la batalla naval de Memphis, los confederados casi no poseen más que un par de navíos acorazados o blindados en Mobile. Aparte de esto y de las pocas cañoneras de Vicksburg que amenazan a la vez a los que suben por el río desde Farragut y a los que bajan desde Davis, esta flota ha terminado su bendita existencia.

FEDERICO ENGELS y CARLOS MARX

#### CRÍTICA A LOS ASUNTOS AMERICANOS

*Die Presse,*

9/8/1862

Londres, 4 de agosto de 1862

La crisis que domina actualmente la situación de los Estados Unidos tiene una doble causa: militar y política.

Si la última campaña hubiera sido ejecutada conforme a un plan estratégico *único*, el grueso del ejército nordista hubiera debido —como ya lo explicamos en estas columnas hace un tiempo— explotar los éxitos de Kentucky y Tennessee para penetrar por el norte de Alabama en Georgia y apoderarse de los nudos ferroviarios de Decatur, Milledgville, etc. De esta manera la comunicación entre los ejércitos secesionistas del este y del oeste se hubieran cortado, de manera que les hubiera sido imposible sostenerse mutuamente. En lugar de esto, el ejército de Kentucky bajó a lo largo del Misisipí

hacia el sur, en dirección a Nueva Orleans, y la victoria de Memphis tuvo por resultado que Beauregard despachara la mayor parte de las tropas confederadas hacia Richmond, de manera que se encontraron de pronto frente a frente con McClelland que no había explotado la derrota del adversario en Yorktown y Williamsburg y además, había diseminado sus fuerzas cuando disponía de un ejército superior en una posición superior. Como ya lo hemos explicado en otra parte, la manera de McClelland de asumir el mando hubiera bastado, ella sola, para arruinar el ejército más fuerte y más disciplinado. El ministro de guerra Stanton cometió una falta imperdonable. Para imponerse en el extranjero suspendió el reclutamiento después de la conquista de Tennessee, condenando al ejército a debilitarse progresivamente en el mismo momento en que más necesidad de refuerzos tenía con miras a una ofensiva rápida y decisiva. A pesar de las torpezas estratégicas y de la dirección de McClelland, la guerra se hubiera encaminado rápidamente hacia una salida victoriosa, donde la decisión aún no había intervenido, si el ejército se hubiera beneficiado con aporte constante de reclutados. La medida tomada por Stanton es mucho más nefasta por cuanto el Sur estaba justamente en vías de enrolar a todos los hombres de dieciocho a treinta y cinco años, es decir jugaba todo a *esa* carta. Por lo tanto hoy tienen soldados adiestrados que le aseguran a los confederados, casi en todos lados, la ventaja y la iniciativa. Lograron inmovilizar a Halleck, desalojar a Curtis de Arkansas, batir a McClellan, y bajo Stonewall Jackson dieron la señal para raids de guerrilla que ya alcanzan a Ohio.

*Las causas militares de la crisis están ligadas, en gran parte, a causas políticas.* La influencia del partido demócrata es la que ha elevado a un incapaz como McClellan al comando en jefe de todas las fuerzas armadas del Norte, porque era un viejo partidario de Breckinridge. Manejando ansiosamente los votos, privilegios e intereses de los voceros de los *Estados fronterizos esclavistas* se ha embotado hasta ahora la punta de hostilidad de la guerra civil y, por así decirlo, se la ha privado de su alma. Los "leales" propietarios de esclavos de esos Estados fronterizos hicieron que se mantuvieran las leyes sobre los esclavos que huían<sup>28</sup>, decretadas por el Sur, que se reprimieran por la fuerza la simpatía de los negros por el Norte, que ningún general se animara a poner un pie en una compañía de negros para ponerla en campaña, y que la esclavitud, ese talón de Aquiles del Sur, se transformara en una piel dura como asta e invul-



nerable a los golpes. ¡Gracias a los esclavos que realizan todo el trabajo productivo, el Sur puede poner en campaña a todos los hombres capaces de sostener un fusil!

En el momento en que las acciones de la secesión suben, los voceros de los Estados fronterizos acrecientan sus pretensiones. Sin embargo, como lo muestra el llamado de Lincoln<sup>65</sup> que los amenaza con una marejada abolicionista, la situación puede tomar un giro revolucionario. Lincoln sabe lo que Europa ignora: no es, en absoluto, ni la apatía ni el retroceso bajo la presión de la victoria los que hicieron que su pedido de trescientos mil reclutados encontrara un débil eco. Nueva Inglaterra y el noroeste, que proveen el grueso del ejército, están decididas a imponer en el gobierno una estrategia revolucionaria, y a inscribir en la bandera estrellada la consigna de "abolición de la esclavitud". Lincoln, ante esta presión, que le es exterior, retrocede y tergiversa temerosamente, pero sabe muy bien que no puede resistir demasiado tiempo. Esto es lo que explica su llamado suplicante a los estados fronterizos para que renuncien voluntariamente a la institución de la esclavitud en condiciones favorables fijadas por contrato. Sabe que, únicamente porque la esclavitud persiste en los Estados fronterizos, continúa intacta en el Sur y prohíbe al Norte utilizar su remedio más eficaz y más radical. Se equivoca si imagina que los "leales" propietarios de esclavos pueden conmoverse por discursos sentimentales o por llamados a la razón. Sólo cederán por la fuerza.

Hasta ahora solo hemos asistido al primer acto de la guerra civil: la conducta *constitucional* de la guerra. El segundo acto, revolucionario, es inminente.

En el intervalo, el Congreso votó, durante su primera sesión, una serie de importantes medidas que queremos resumir brevemente aquí.

Haciendo abstracción de una legislación financiera, votó el *homestead bill* que las masas populares del Norte deseaban en vano desde hacía mucho tiempo<sup>66</sup>; previó que una parte de las tierras del Estado sería distribuida gratuitamente para ser cultivada por los colonos, de origen americano o emigrados. Abolió la esclavitud en Colombia y en la capital nacional, indemnizando a los antiguos propietarios de esclavos<sup>67</sup>. En todos los *territorios* de los Estados Unidos la esclavitud ha sido declarada "imposible para siempre"<sup>68</sup>. El Acta por la

cual se admite al nuevo Estado de Virginia occidental en la Unión, prescribe la abolición progresiva de la esclavitud y proclama que todos los hijos nacidos de negros después del 4 de julio de 1863 serán niños libres. Las condiciones de la emancipación progresiva están tomadas, en general, de la ley dictada a este efecto en Pensilvania hace sesenta años<sup>69</sup>. Una cuarta ley emancipa a todos los esclavos de los rebeldes, apenas caigan en manos del ejército republicano. Otra ley, aplicada hoy *por primera vez*, prevé que los negros emancipados serán organizados militarmente y podrán ser enviados en campaña contra el Sur. Se reconoce la independencia de las repúblicas negras de Liberia y Haití<sup>70</sup> y acaba de concretarse, con Inglaterra, un tratado para la abolición del comercio de esclavos.

Así, de cualquier manera que caigan los dados de la suerte de las armas, ya podemos estar seguros que la esclavitud de los negros no sobrevivirá demasiado tiempo a la guerra civil.

FEDERICO ENGELS y CARLOS MARX

## LOS ACONTECIMIENTOS DE AMÉRICA DEL NORTE

*Die Presse,*

12/10/1862

Londres, 7 de octubre de 1862

La breve incursión de los sudistas en Maryland<sup>71</sup>, decidió la suerte de la guerra civil en América, aunque la fortuna de las armas oscile todavía durante un tiempo más o menos largo entre los dos beligerantes. Como ya lo expusimos en estas columnas, la lucha por la posesión de los Estados fronterizos esclavistas es la lucha también por la dominación de la Unión. Ahora bien, la Confederación del Sur ha sido vencida en esta lucha que emprendió en las condiciones más favorables posibles.

Con razón se considera a Maryland como la cabeza, y a Kentucky como el brazo del partido esclavista en los Estados fronterizos.

Si la capital de Maryland —Baltimore— ha sido “leal” hasta ahora fue gracias al estado de sitio. Era un dogma —no sólo en el Sur sino también en el Norte— que la aparición de los confederados en Maryland sería la señal de levantamiento popular masivo contra los “satélites de Lincoln”. Por lo tanto, no sólo se trataba de obtener un éxito militar, sino de hacer una demostración moral que debía electrizar a los elementos sudistas de todos los Estados fronterizos y atraerlos al torbellino sudista, con una fuerza irresistible. La ocupación de Maryland significaba la caída de Washington, una amenaza para Filadelfia y la inseguridad para Nueva York.

La invasión simultánea de Kentucky<sup>72</sup> —el más importante de los Estados fronterizos por su población, su posición geográfica y sus recursos económicos— parece una simple diversión si se la considera aisladamente. En conjunción con un éxito decisivo en Maryland hubiera conducido al abogo del partido unionista en Tennessee, al desborde del Estado de Misuri, a la dominación de Arkansas y Texas, a una amenaza para Nueva Orleans y sobre todo, a la transferencia de la guerra a Ohio (el Estado nordista central) cuya posesión asegura la dominación del Norte, como la posesión de Georgia asegura la del Sur. Un ejército confederado en Ohio hubiera aislado a los Estados nordistas del oeste de los del este, y hubiera permitido atacarlos uno a uno a partir de un único centro. Después del fracaso del ataque del grueso del ejército rebelde en Maryland, la invasión de Kentucky efectuada sin la energía deseada y privada del apoyo popular que se descontaba, se redujo a una operación insignificante de guerrilla. Hasta la toma de Luisville sólo aglomerará a los “gigantes del oeste”<sup>73</sup> —los voluntarios de Iowa, Illinois, Indiana y Ohio— en una avalancha parecida a la que bajó sobre el Sur cuando la primera y gloriosa campaña de Kentucky.

De esta manera, la invasión de Maryland probó que las olas de asalto de la secesión no tenían fuerza suficiente para traspasar el Potomac y alcanzar Ohio. El Sur estaba acorralado en la defensiva y sólo podía triunfar si atacaba. Privado de los Estados fronterizos, cerrado entre el Misisipi al oeste y el océano Atlántico al este, no conquistó nada, excepto su tumba.

En ningún momento hay que olvidar que los sudistas poseían los Estados fronterizos y los dominaban políticamente, en el momento en que levantaron el estandarte de la rebelión. Y han perdido tanto los territorios como los Estados fronterizos.

Y sin embargo, la invasión a Maryland se había concretado bajo los auspicios más favorables para el Sur: una serie de derrotas lamentables de los nordistas, la desmoralización de los ejércitos federados, el prestigio del héroe del día, Stonewall Jackson, la política pueril de Lincoln y de su gobierno, el reciente reforzamiento del Partido demócrata y la perspectiva de una presidencia “Jefferson Davis”, el reconocimiento del gobierno esclavista por parte de Francia e Inglaterra, muy dispuesta a proclamar la legitimidad interior del Estado del Sur. *Eppur si muove*. De la misma manera la razón triunfa en la historia universal.

La proclamación de Lincoln<sup>74</sup> es, todavía más importante que la campaña de Maryland. La figura de Lincoln es original en los anales de la historia. Ninguna iniciativa, ninguna fuerza de persuasión idealista, ninguna actitud ni pose históricas. Da siempre a sus actos más importantes la forma más anodina. Mientras cualquier otro que lucha por una pulgada de tierra proclama que “lucha por una idea”, Lincoln que lucha por una idea, habla de ella como de “una pulgada de tierra”.

Con duda y reticencia, proclama de buenas o malas ganas, el aire de bravura de su rol, como si pidiera perdón por verse obligado por las circunstancias a “hacerse el león”. Los más formidables y los más históricos decretos que arroja al rostro de los adversarios, parecen y se esfuerzan por parecer cargos de rutina que un abogado opone al tribunal. chicanas jurídicas, quejas mezquinas y convenientemente determinadas por tal artículo del código. Todo esto caracteriza exactamente su última proclama, que es el documento más importante de la historia americana desde la fundación de la Unión, porque destroza la vieja Constitución americana: su manifiesto sobre la abolición de la esclavitud.

Nada más fácil que señalar, en las acciones de Estado de Lincoln, rasgos no estéticos, insuficiencias lógicas, lados burlescos y contradicciones políticas: los píndaros ingleses de la esclavitud como el *Times*, *Saturday Review* y tutti quanti no dejan de tomarlas con alfileres. Sin embargo, Lincoln ocupará un lugar inmediatamente al lado de Washington, en la historia de los Estados Unidos y de la humanidad. Hoy que en Europa el acontecimiento más insignificante asume un aire melodramático ¿no es significativo que en el Nuevo Mundo los hechos importantes se cubran con el velo de lo cotidiano?

Lincoln no es el producto de la revolución popular: el juego banal del sufragio universal, que lo ignora todo sobre las grandes tareas históricas por resolver, lo ha elevado a la cima, a él, al plebeyo que ha hecho bien su camino, de picapiedras que era a senador por Illinois, a él desprovisto de brillantez intelectual, y sin grandeza notable de carácter y sin ningún valor excepcional, ya que es un hombre medio de buena voluntad. La mayor victoria que pudo lograr el Nuevo Mundo es haber demostrado que, dado el nivel avanzado de su organización política y social, es posible que gente común, animadas de buena voluntad, realicen tareas para las cuales el viejo mundo necesita héroes.

Hegel señaló en su momento que en realidad la comedia está por encima de la tragedia, igual que el humor o la ironía de la razón están por encima de su pathos<sup>75</sup>. Si Lincoln no posee el don de lo patético en la acción histórica, posee, en tanto personaje popular medio, su humor. ¿En qué momento Lincoln promulgó su proclama sobre la abolición de la esclavitud a partir del 1º de enero de 1863, en los territorios de la Confederación? En el mismo momento en que la Confederación, en el Congreso de Richmond, decide negociar la paz a título de Estado independiente, en el mismo momento en que los esclavistas de los Estados fronterizos creen que la invasión de los sudistas a Kentucky les asegura tanto su "institución particular" como el dominio sobre su conciudadano de Washington, el presidente Abraham Lincoln.

FEDERICO ENGELS y CARLOS MARX

#### LA SITUACIÓN EN AMÉRICA DEL NORTE

*Die Presse,*

10/11/1862

Londres, 4 de noviembre de 1862

El general Bragg, comandante del ejército sudista en Kentucky

—las otras fuerzas armadas del Sur en ese lugar sólo son bandas de guerrilla— lanzó, en el momento de invadir ese Estado fronterizo, una proclama que arroja viva luz sobre el fracaso de las últimas operaciones efectuadas por la Confederación. Al dirigirse a los Estados del Noroeste, Bragg anuncia su éxito en Kentucky como un hecho evidente y especula manifiestamente sobre la eventualidad de una avanzada victoriosa en Ohío, el Estado central del Norte.

En primer lugar declara que la Confederación está pronta para garantizar la libertad de navegación en el Misisipí y el Ohío. Esta garantía sólo tiene sentido si los esclavistas estuvieran en posesión de los Estados fronterizos. De esta manera, en Richmond suponen que las excursiones simultáneas de Lee en Maryland y de Bragg en Kentucky les asegurarán, de golpe, la posesión de los Estados fronterizos.

Bragg se siente, en seguida, en el deber de justificar al Sur, que solo luchará por su independencia, pero que desearía la paz. La parte significativa de esta proclama es el ofrecimiento de una paz separada con los Estados del noroeste, la invitación a abandonar la Unión y unirse a la Confederación, siendo los intereses económicos del noroeste y del Sur concordantes, según él, como serían antagónicos los del noroeste y noreste. Ya lo vemos: apenas el Sur cree estar seguro de poseer los Estados fronterizos, divulga muy oficialmente su intención de reconstruir la Unión, excluyendo de ella a los Estados de Nueva Inglaterra.

Sin embargo, como la invasión a Maryland, la de Kentucky ya fracasó: la primera, con la batalla de Antietam Creek, y la segunda, con la de Perryville, cerca de Louisville. Como en la anterior, aquí los Confederados están en posición defensiva, después de haber atacado la vanguardia del ejército de Buell. La victoria de los federalistas se debe al comandante de la vanguardia, el general McCook, que resistió a las fuerzas enemigas ampliamente superiores, hasta que Buell tuvo tiempo de poner en el campo al grueso de su ejército. No queda la menor duda que la derrota de Perryville significará la evacuación de Kentucky. La más importante de las bandas guerrilleras, formada por los más fanáticos partidarios del sistema esclavista en Kentucky y dirigida por el general Morgan, ha sido ahogada al mismo tiempo cerca de Frankfort (entre Louisville y Lexington). También existe la victoria decisiva de Rosecrans en Corinth, que

obliga al ejército de invasión del general Bragg, derrotado, a una retirada precipitada.

Por lo tanto, es el fracaso completo de la campaña de los confederados con miras a reconquistar los Estados fronterizos esclavistas perdidos. Y sin embargo la operación fue efectuada en amplia escala, con mucho manejo militar y bajo los más favorables auspicios. Haciendo abstracción de los resultados militares inmediatos, estos combates contribuyen de otra manera a despejar el obstáculo principal. Los Estados esclavistas propiamente dichos se apoyan, por supuesto, en elementos esclavistas que existen en los Estados fronterizos, es decir los mismos elementos que imponen al gobierno de la Unión reparos diplomáticos y constitucionales en su lucha contra la esclavitud. En los Estados fronterizos —principal teatro de operaciones de la guerra civil— estos elementos están prácticamente reducidos a nada por la misma guerra civil. Una amplia fracción de dueños de esclavos emigra sin cesar con su *black chattel* (ganado negro) hacia el Sur, para asegurar allí su propiedad. Ante cada fracaso de los confederados, la migración recommienza en escala más amplia.

Uno de mis amigos (I) un oficial alemán, que bajo la bandera estrellada ha luchado desde Misurí a Arkansas y de Kentucky a Tennessec, me escribe que esta migración evoca en todo al éxodo de Irlanda durante los años 1847 y 1848. En resumen, la fracción activa y enérgica de los esclavistas —la juventud por una parte, y los jefes políticos y militares por la otra— se separan ellos mismos del grueso de su clase, ya sea para constituir bandas de guerrilla en sus propios Estados donde están, pura y simplemente, ahogados, ya sea para abandonar su patria y enrolarse en el ejército o la administración de la Confederación. De ahí surge este resultado: por una parte, una enorme disminución del elemento esclavista en los Estados fronterizos donde estaba en lucha con los “*encroachments*” (usurpaciones) del trabajo libre, su rival; por otra parte, la eliminación de la fracción activa del esclavismo y sus seguidores blancos. Solo subsiste un depósito de esclavistas “inoderados” que bien pronto tomarán el montón de oro que les ofrece Washington para el pago de su *black chattel*, cuyo valor desaparece de todas maneras con el cierre del mercado de compradores del Sur. Así, la misma guerra daría la solución, al revolucionar prácticamente la forma de producción social en los Estados fronterizos.

Para el Sur ha pasado la estación más favorable para la conducción de la guerra. Para el Norte, comienza cuando los cursos de agua de la región vuelven a ser navegables y puede combinar las operaciones militares en tierra y en agua, lo que hasta ahora ha hecho con mucho éxito. El Norte trabajó febrilmente, durante el intervalo. Diez “barcos acorazados”, para los cursos de agua del oeste están por terminarse; hay que agregar una veintena de navíos semiacorazados, para aguas tranquilas. En el este, numerosos navíos acorazados ya han abandonado los arsenales mientras otros están en construcción. Todos estarán listos el 1º de enero de 1863. Ericson, el inventor y el constructor del *Monitor*, dirige la construcción de nuevos barcos del mismo tipo. Cuatro ya están “a flote”.

En el Potomac, en Tennessee y en Virginia como también en diferentes puntos del Sur —Norfolk, New Bern, Port Royal, Pensacola y Nueva Orleans— el ejército recibe todos los días nuevos refuerzos. El primer reclutamiento de trescientos mil hombres de tropa, anunciado por Lincoln en julio, está cumplido totalmente y una parte ya está en el teatro de la guerra. El segundo reclutamiento de trescientos mil hombres por nueve meses está en vías de reagrupamiento.

En algunos Estados se sustituyó la conscripción por el enrolamiento voluntario, pero en ninguna parte se choca con dificultades serias. La ignorancia y el odio describieron la conscripción presentándola como un hecho inaudito en la historia de los Estados Unidos. Nada es más falso. Durante la guerra de la Independencia y la segunda guerra contra Inglaterra (1812-1814) se reclutaron gruesos contingentes por conscripción; lo mismo ocurrió en varias guerras pequeñas contra los indios; jamás ese sistema chocó con una oposición digna de ser mencionada.

El hecho notable es que en el curso de este año Europa proporcionó a los Estados Unidos un contingente de emigrantes de alrededor de cien mil almas, la mitad de los cuales provenían de Irlanda y Gran Bretaña. En el reciente Congreso de la “Association for Advancement of Science” en Cambridge, el economista Merivale debió recordarles a sus compatriotas un hecho que *Times*, *Saturday Review*, *Morning Post* y *Morning Herald*, sin hablar de los *dui minorum gentium* olvidaron completamente —o que Inglaterra quiere olvidar—: que la mayor parte del excedente de población inglesa encuentra una nueva patria en los Estados Unidos.

I Joseph Weydemeyer, miembro de la Liga de los comunistas, animador de la revolución de 1848-1849 en Alemania, con Marx y Engels, coronel del ejército del Norte en América, y propagador del marxismo en los Estados Unidos.

### III

#### FASE POLÍTICA

*“¿John Bull no es un ser excepcional? Si le creemos al Times, lo que en otros sería infamia en él es virtud.*

C. MARX, N.Y.D.T., 8/5/1858.

*“...desde el comienzo, la expedición de Méjico no tuvo el objetivo proclamado sino que equivalía a una guerra contra los Estados Unidos.”*

C. MARX, N.Y.D.T., 25/8/1861.

CARLOS MARX

LA INTERVENCIÓN A MÉJICO (I)

*New York Daily Tribune,*

23/11/1861

Londres, 8 de noviembre de 1861

La intervención a Méjico, preparada por Inglaterra, Francia y España es, a mi manera de ver una de las empresas más monstruosas que conocen los anales de la historia internacional<sup>76</sup>. Es una maquinación de tipo puramente palmerstoniano, que asombra a los no iniciados por lo absurdo del proyecto y la imbecilidad de los medios empleados, estos parecen perfectamente en oposición con la habilidad bien conocida de este viejo intrigante.

Por otra parte, es probable que una campaña mejicana represente uno de esos innumerables expedientes que Luis Bonaparte se ve obligado a mantener en reserva para distraer al pueblo francés de sus preocupaciones. Por supuesto España, a quien los recientes y débiles éxitos obtenidos en Marruecos y Santo Domingo<sup>77</sup> le trastornaron la cabeza que ya tenía bien frágil, sueña con una restauración en Méjico, pero es cierto que el plan francés está lejos de su madurez y que Francia tanto como España se resistirían mucho frente a una expedición en común a Méjico, bajo la dirección de Inglaterra.

El 24 de setiembre el *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post* de Londres— anunció, antes que todos, el plan de una intervención común de acuerdo con los términos del tratado recientemente concretado entre Inglaterra, Francia y España. Esta declaración apenas había atravesado La Mancha cuando el gobierno francés, a través de la *Patrie* parisina, afirmó que era una pura y simple mentira.

El 27 de setiembre el órgano nacional de Palmerston —el *Times* de Londres— rompió el silencio con un editorial que contradecía a *Patrie* sin nombrarla. El *Times* declaró que lord Russell había informado al gobierno francés de la decisión inglesa de intervenir en Méjico y que Thouvenel respondió que el emperador francés había llegado a una conclusión similar. Ahora le toca a España. Un diario madrileño semioficial, mientras confirmaba la intención de España de inmiscuirse en los asuntos mejicanos, negaba sin embargo la idea de una intervención común con Inglaterra. Pero todavía no llegamos al final de los desmentidos. El *Times* había anunciado categóricamente que “el presidente americano había dado su total acuerdo a la expedición proyectada”. Desde hace mucho todos los diarios americanos que citan el artículo del *Times*, refutan esa afirmación.

Es cierto —el *Times* lo admitió expresamente— que la intervención en común, en su forma actual, fue urdida por Inglaterra, o más exactamente por Palmerston. La adhesión de España al plan se obtuvo gracias a la presión francesa, y Francia fue llevada a esa posición por concesiones inglesas, en el dominio de la política europea. Desde este punto de vista hay una coincidencia significativa en el hecho de que el *Times* del 6 de noviembre —precisamente en el número donde anuncia la decisión de una intervención conjunta a Méjico— publica un editorial donde trata con un desprecio y un cinismo extraordinarios las protestas de Suiza contra la reciente incursión en su territorio por el valle de Dappes, de las fuerzas armadas francesas. A cambio de su participación en una expedición a Méjico, Luis Bonaparte tiene *carte blanche* (fr.) para sus proyectos de usurpación de Suiza, y sin duda de otras regiones del continente europeo<sup>78</sup>. Las tratativas sobre estos puntos entre Inglaterra y Francia duraron desde comienzos de setiembre a fines de octubre.

En Inglaterra nadie desea una intervención a Méjico con excepción de los acreedores del Estado mejicano, que sin embargo nunca pudieron vanagloriarse de la menor influencia sobre la opinión de la nación. De ahí la dificultad para hacerle admitir a la opinión pública el plan de Palmerston. El mejor medio después de todo, no es desconcertar al elefante británico con informaciones contradictorias que, al provenir de la misma fuente son de la misma corriente y sólo varían por la dosis administrada al animal.

El *Morning Post* en su edición del 24 de setiembre anunció que no habría “guerra territorial para Méjico” que el único punto en litigio era el de las reivindicaciones financieras ante el Tesoro mejicano, que “es imposible tratar con Méjico como un gobierno establecido y organizado” y que en consecuencia “los principales puertos de Méjico serían ocupados provisoriamente y sus ingresos aduaneros confiscados”.

El *Times* del 27 de setiembre declara, por el contrario, que “una larga paciencia nos ha acostumbrado a la deshonestidad, a la falta de pago, y al pillaje legal e irremediable de nuestros compatriotas como consecuencia de las fallas de un Estado en bancarrota”, y que en consecuencia “el robo privado de los acreedores del Estado inglés” no es el motivo de la intervención, contrariamente a lo que piensa el *Morning Post*. Sin embargo el *Times* señala *en passant* (fr.) que el clima de “la capital de Méjico es relativamente sano, para el caso de tener que llegar hasta allí”. Pero desca, sin embargo, que “la simple presencia de la escuadra aliada en el golfo y la ocupación de algunos puertos basten para estimular los esfuerzos del gobierno mejicano para restablecer la paz y para convencer a los descontentos que deben remitirse a formas más constitucionales que el pillaje”.

En consecuencia, si —según el *Morning Post*— debió emprenderse la expedición porque “no existía gobierno en Méjico”, solo fue proyectada —según el *Times*— para alentar y apoyar al gobierno mejicano *existente*. ¡El medio más original para reforzar a un gobierno es, seguramente, conquistar su territorio y requisar sus recursos financieros!

Después que el *Times* y el *Morning Post* dieran la nota de esta manera, John Bull fue entregado a los oráculos ministeriales menores que, durante cuatro meses, lo prepararon sistemáticamente en el mismo estilo contradictorio hasta que la opinión pública, aunque mantenida en la ignorancia sobre los fines y designios de una intervención, estuvo por fin suficientemente preparada para la idea de una intervención conjunta a Méjico. Al fin, concluyeron las transacciones con Francia: el *Moniteur* anunció que el acuerdo entre las tres potencias interventoras había sido firmado el 31 de octubre.

El *Journal des Débats* —uno de sus copropietarios fue nombrado comandante de uno de los navíos de la escuadra francesa— comuni-



có al mundo que no estaba previsto la conquista permanente del territorio; que Veracruz y algunos puntos de la costa debían ser ocupados, que se habían puesto de acuerdo para una avanzada hacia la capital, en caso de que las autoridades constituidas no aceptaran las reivindicaciones de los invasores, y que se restauraría un gobierno fuerte en la República.

El *Times*, que después de su primer anuncio del 27 de setiembre parecía haberse olvidado hasta de la existencia de Méjico, volvería daría un paso más. Si uno ignoraba los lazos con Palmerston y el hecho de haber sido el primero en publicar en sus columnas el plan de expedición, se podía pensar que el editorial del *Times* de hoy es la sátira más mordaz e implacable a toda la aventura mejicana. El artículo empieza con la comprobación de que "la expedición es muy notable" (más tarde, será "curiosa"). "Tres Estados se alían para forzar a un cuarto a comportarse bien, *no tanto por medio de una guerra sino por una intervención autoritaria para restablecer el orden.*"

¡Intervención autoritaria para restablecer el orden! Es literalmente la jerga de la Santa Alianza<sup>19</sup>. ¡Este lenguaje impresiona *curiosamente* por parte de Inglaterra que glorifica por principio la no intervención! ¿Y por qué "los métodos de la guerra, la declaración de guerra y todos los otros recursos de la ley internacional" son abandonados por "una intervención autoritaria para restablecer el orden"? ¿Por qué, dice el *Times*, "no existe gobierno en Méjico"? ¿Cuál es el objetivo confesado de la expedición? "Pronorcionar reivindicaciones a las autoridades constituidas de Méjico."

Los únicos agravios de las potencias interventoras, las únicas razones que han dado para su hostilidad un barniz de justificación, son fáciles de enumerar. Son los reclamos de dinero de los acreedores y algunos ultrajes personales sufridos por sujetos ingleses, franceses y españoles y de los que Méjico sería culpable. Estas eran las razones para la intervención, mencionadas en principio por el *Morning Post* y confirmadas oficialmente por lord John Russel hace algún tiempo en una entrevista concedida a los representantes de los acreedores del Estado mejicano en Inglaterra. El *Times* de hoy escribió: "Inglaterra, Francia y España prepararon una expedición para llevar a Méjico a *cumplir sus obligaciones particulares y asegurar la protección de los sujetos de las tres coronas*".

Pero a continuación el *Times* da un giro y expresa: "Nosotros *obtendremos* indudablemente al menos *un reconocimiento de nuestras reivindicaciones financieras*: de hecho, en cualquier momento, *hubiera bastado una sola fragata británica para que obtuviéramos satisfacción*. También queremos esperar que los peores excesos que se cometieron sean reparados rápida y completamente. *Está claro, en efecto, que si simplemente queremos obtener eso, es superfluo recurrir a las medidas extremas que nos proponen actualmente.*"

El *Times* confiesa en seguida, en términos difusos, que las razones adelantadas en los comienzos para justificar la expedición no eran vanos pretextos, que ninguna de las medidas aplicadas en ese momento eran necesarias para obtener reparaciones y que de hecho el "reconocimiento de las deudas financieras y la protección de los sujetos europeos" no tenían nada que ver con la presente intervención en común a Méjico. ¿Cuáles son entonces los verdaderos objetivos?

Antes de seguir al *Times* en sus explicaciones queremos, al pasar, revelar algunas "curiosidades" que se cuida muy bien de abordar. En primer lugar, es verdaderamente "curioso" que sea España —precisamente España— la que emprenda una cruzada por las sacrosantas deudas extranjeras. El último *Courrier du Dimanche* invita al gobierno francés a aprovechar la ocasión para obligar a España "al cumplimiento continuamente aplazado de sus viejas obligaciones con los acreedores franceses".

Una segunda "curiosidad" todavía más asombrosa es que Palmerston —quien según la reciente declaración de lord John Bull preparó el plan de invasión a Méjico para forzar a su gobierno a pagar a los acreedores ingleses— ese mismo Palmerston haya *renunciado*, voluntariamente y sin consultar al gobierno mejicano, a los derechos reconocidos a Inglaterra por el Tratado de 1826, y sobre todo a las garantías de crédito de Méjico en favor de los acreedores ingleses.

En virtud del Tratado concertado en 1826 con Inglaterra, Méjico se obligaba a no tolerar la instauración de la esclavitud en ninguna parte de su actual territorio. Otra cláusula del tratado preveía que Inglaterra obtendría una hipoteca sobre cuarenta y cinco millones de acres del dominio del Estado de Tejas para garantizar los presta-

mos acordados por los capitalistas británicos. Fue Palmerston el que, diez o doce años más tarde, intervino como mediador en favor de Tejas contra Méjico. En el tratado concertado por él con Tejas, no solo renunció a la *cláusula antiesclavista* sino también a la *hipoteca sobre los dominios de Estado*, Por lo tanto fue él quien despojó a los acreedores ingleses de su garantía.

En esa época, el gobierno mejicano protestó; pero en el intervalo, el ministro John C. Calhoun podía permitirse esta broma: anunciar al gabinete de Saint-James que su desecho de "abolir la esclavitud en Tejas se realizaría mejor con la anexión de Tejas a los Estados Unidos". Los acreedores ingleses perdieron todo derecho sobre Méjico desde el momento que Palmerston sacrificó voluntariamente la garantía hipotecaria prevista por el tratado de 1826.

Sin embargo ya que el mismo *Times* reconoce que la presente intervención no tiene nada que ver con los reclamos de dinero y las vejaciones sufridas por personas privadas; ¿cuál puede ser su objetivo tanto pretendido como real?

“¡Una intervención autoritaria para restablecer el orden!” Como Inglaterra, Francia y España proyectan una nueva Santa Alianza y forman un aerópago militar para restablecer el orden en el mundo entero, es necesario —escribe el *Times*— que Méjico sea “*salvado de la anarquía* y encuentre un gobierno propio y la paz”. Es necesario pues, que los agresores “instauran allí un gobierno fuerte y durable”; y eso no es todo, ese gobierno debe constituirse sobre la base de “un partido mejicano”.

En esas condiciones hay que admitir que Palmerston y su vocero —el *Times*— consideran la intervención, efectivamente, como el medio de alcanzar el objetivo enunciado, a saber: “¿ahogar la anarquía e instaurar un gobierno durable en Méjico?” El *Times*, lejos de acariciar sueños también quiméricos, escribe abiertamente el 27 de setiembre en su primer editorial: “El único punto sobre el que es posible que surja un diferendo entre nuestros aliados y nosotros es el del *gobierno de la República*. Inglaterra desea que sea confiado al *Partido liberal*, *actualmente en el poder*, Francia y España son sospechosos de parcialidad hacia el *poder eclesiástico que justamente acaba de ser derribado*...<sup>80</sup> Sería extraño que Francia se convirtiera en la defensora de los sacerdotes y los bandidos, en el viejo y el nuevo mundo.”

En su editorial de hoy, el *Times* continúa con su arenga y resume sus escrúpulos en una frase: “Es difícil suponer que todas las potencias que intervienen den su preferencia a uno de los dos partidos existentes en México, y *hasta se puede suponer que difícilmente* sea posible encontrar un compromiso viable entre enemigos también decididos.”

Palmerston y el *Times* saben pues, perfectamente, que “existe un gobierno en Méjico” y que el “Partido liberal” que tiene manifiestamente las preferencias de Inglaterra, está “actualmente en el poder” que “el poder de la Iglesia ha sido derrotado” y que la intervención española es la última esperanza de los sacerdotes y de los bandidos, y que toda la anarquía mejicana está en vías de desaparición. Saben que la intervención en común, cuyo fin confesado sería salvar a Méjico de la anarquía, produce el efecto contrario, es decir, debilita al gobierno constitucional, refuerza el partido de la Iglesia gracias a las bayonetas francesas y españolas, vuelve a encender el fuego prácticamente apagado de la guerra civil, y restaura la anarquía *en toda su amplitud*.

La conclusión que saca el mismo *Times* es a la vez “notable” y “curiosa”. En efecto, dice: “Aunque estas consideraciones hagan reflexionar sobre las consecuencias de la expedición, no atentan contra *la oportunidad de la misma expedición*.”

Que la expedición contradiga sus fines confesados no atenta contra su oportunidad. Al igual que el hecho que los medios empleados se opongan a los fines confesados no atenta contra ellos.

Pero guardé hasta ahora, a mi favor, la mayor “curiosidad” que nos reserva *Times*. En efecto, dice: “Si el presidente Lincoln aceptara la invitación prevista en el tratado para participar en las próximas operaciones, el asunto *tomaría un carácter aún más curioso*.”

En efecto, sería altamente “curioso” que los Estados Unidos, que viven en buena amistad con Méjico, se asociaran a los mercachifles europeos del Orden y al participar en su acción, sancionaran la intervención del aerópago militar europeo en los problemas internos de los Estados de América. El primer plan de tal extensión de la Santa Alianza del otro lado del Atlántico fue concebido por Chateaubriand en beneficio de los Borbones franceses y españoles<sup>81</sup>. El plan fracasó gracias a la acción de un ministro inglés, *Cunning*,

y un presidente americano, *Monroe*<sup>82</sup>. La crisis actual de los Estados Unidos representa, a los ojos de Palmerston, el momento favorable para retomar ese viejo proyecto bajo una forma modificada. Como los Estados Unidos no pueden permitirse actualmente que una fuerza extranjera se inmiscuya en la guerra por la Unión, están reducidos a *protestar*. En Europa los partidarios de la causa americana desean que los Estados Unidos protesten y rechacen, ante el mundo entero, toda participación en un proyecto tan infame.

Esta expedición militar de Palmerston, ejecutada en alianza con otras dos potencias europeas, fue empezada durante el receso parlamentario, es decir, sin la aprobación, o mejor, contra la voluntad del Parlamento británico. La primera guerra extraparlamentaria de Palmerston fue la guerra afgana, cuya amplitud fue minimizada y la causa justificada con la exhibición de documentos simulados. Otra de esas guerras fue la guerra persa de 1857-1858<sup>83</sup>. Palmerston la defendió en su momento con el pretexto de que "el principio de un acuerdo previo del Parlamento no aplicable a las guerras *asiáticas*". Pareciera que este principio, en adelante, no se aplica a las guerras *americanas*. Al parecer el control de las guerras extranjeras, el Parlamento renuncia a todo control sobre el tesoro nacional, y el gobierno parlamentario es solo una simple farsa.

CARLOS MARX

## EL *TIMES* DE LONDRES Y LOS PRÍNCIPES DE ORLEANS EN AMÉRICA

*New York Daily Tribune,*

7/11/1861

Londres, 12 de octubre de 1861

En ocasión de la visita a Compiègne, del rey de Prusia<sup>84</sup>, el *Times* de Londres publicó algunos artículos cáusticos, que escandalizaron del otro lado de La Mancha. A su vez, el *Pays, journal de l'Empire*

dice de los redactores del *Times* que son gente con el espíritu perturbado por el gin y que mojan su pluma en el fango.

Este cambio ocasional de invectivas tiene como único fin confundir a la opinión pública sobre las relaciones íntimas, anudadas entre Printing House Square y las Tullerías. En efecto, no existe fuera de las fronteras francesas, mayor calumniador del hombre del Dos de Diciembre que el *Times* de Londres, y los servicios de este diario son mucho más preciosos cuando toma cada tanto, el tono y el aire de Catón el Censor frente a César.

Hacia meses que el *Times* cubría de insultos a Prusia. Al utilizar el miserable asunto de MacDonald<sup>85</sup>, hizo comprender a Prusia que Inglaterra vería con alegría que las provincias renanas escaparan de la dominación bárbara de los Hohenzollern y se colocaran bajo el despotismo ilustrado de un Bonaparte. *Times* exasperó no sólo a la dinastía prusiana sino hasta al pueblo de Prusia. Al mismo tiempo arruinó la idea de una alianza anglo-prusiana en caso de conflicto entre Prusia y Francia. Había usado todas sus fuerzas para convencer a Prusia que no tenía nada que esperar de Inglaterra y que le convenía más entenderse con Francia. Cuando el débil y vacilante monarca de Prusia se decidió por fin a hacer una visita a Compiègne, *Times* podía exclamar con orgullo: *Quorum magna pars fui*. Pero el tiempo ahora ha venido a borrar de la memoria de los ingleses que el *Times* fue quien mostró ese camino al rey de Prusia. De ahí su teatral fragor de trueno, y el eco no menos teatral del *Pays, journal de l'Empire*.

Ahora el *Times* ha tapado su posición de inamistad mortal al bonapartismo para así poder ayudar eficazmente al hombre de Dos de Diciembre. Pronto se le ofreció una ocasión. Luis Napoleón se inquieta enseguida por la gloria de sus rivales y pretendientes al trono de Francia. El mismo se cubrió de ridículo en el asunto del panfleto del duque de Aumale contra Plon-Plon<sup>86</sup> y con sus procedimientos contribuyó más a la causa orleanista que todos los orleanistas juntos.

Hace pocos días, el pueblo francés fue invitado nuevamente a hacer un paralelo entre Plon-Plon y los príncipes de Orleans. Cuando Plon-Plon fue a América, en el faubourg Saint-Antoine circularon caricaturas que representaban a un hombre gordo buscando una corona, pero que al mismo tiempo decía que solo era un turista

inofensivo que tenía profunda aversión por el olor a pólvora. Cuando Plon-Plon volvió a Francia sin otros laureles que los que ya había recogido en Crimea y en Italia, los príncipes de Orleáns atravesaron el Atlántico para engancharse en el ejército nacional<sup>87</sup>. Esto produjo una gran excitación en el campo bonapartista. Ahora bien, los bonapartistas no pueden dar libre curso a su cólera en la prensa venal de París sin divulgar sus aprensiones, volver a recordar el escándalo del panfleto y suscitar detestables comparaciones entre los príncipes de Orleáns en el exilio que combaten bajo la bandera republicana contra los que mantienen en la esclavitud a millones de hombres trabajadores, y otro príncipe exiliado que como policía de las fuerzas especiales, tomó parte gloriosamente en el aplastamiento del movimiento obrero inglés<sup>88</sup>.

¿Quién podía ayudar al hombre del Dos de Diciembre a salir de este dilema? ¿Quién, sino el *Times* de Londres? ¿Si después de haber suscitado el 6, 7, 8 y 9 de octubre de 1861 la cólera de *Pays, journal de l'Empire*, por sus cínicas observaciones sobre la visita de Compiègne, ese mismo *Times* publicaba el 12 de octubre un artículo atacando a los príncipes de Orleáns por estar en el ejército nacional de los Estados Unidos, no probaba entonces que Luis Bonaparte tenía razón frente a los príncipes de Orleáns? ¿Y no traducirían enseguida el artículo del *Times* al francés con los comentarios de los diarios parisinos y el señor jefe de policía no lo enviaría a la prensa de todos los departamentos para que circulara en toda Francia a título de juicio imparcial del *Times* de Londres, enemigo personal de Luis Bonaparte, sobre el comportamiento de los príncipes de Orleáns? Por lo tanto el *Times* publicó hoy un ataque rastreramente injurioso sobre los príncipes de Orleáns.

Luis Bonaparte tiene, naturalmente, demasiado de hombre de negocios como para compartir la ceguera de los oficiales fabricantes de la opinión pública en lo que concierne a la guerra americana. Sabe que el verdadero pueblo de Inglaterra, Francia, Alemania y Europa considera la causa de los Estados Unidos como propia, como la de la libertad, y que a pesar de todos los sofismas de la prensa venal, las masas consideran el suelo de los Estados Unidos como el suelo libre de millones de los sin tierra de Europa, como la tierra prometida que ahora hay que defender con el arma en la mano contra la sórdida usurpación de los esclavistas. Luis Napo-

león sabe muy bien que las masas francesas establecen una ligazón entre la lucha por el mantenimiento de la Unión y la de sus antepasados por la independencia americana; por eso, todo francés que saca la espada por el gobierno nacional, aparece como el ejecutor testamentario de La Fayette. En consecuencia, Bonaparte sabe que si hay algo que impresiona favorablemente al pueblo francés es el enrolamiento de los príncipes de Orleáns en las filas del ejército nacional de los Estados Unidos. Ante este pensamiento, tiembla, y en consecuencia el *Times* de Londres, su sicofante puntilloso, informa hoy a los príncipes de Orleáns que "si se rebaja a comprometerse en ese *combate innoble*, su popularidad en el pueblo francés no se reforzará".

Luis Napoleón sabe que todas las guerras entre naciones adversas en Europa, después de su golpe de Estado, no han sido verdaderas guerras sino que fueron hechas sin bases reales, deliberadamente, con falsos pretextos. La guerra de Crimea y la guerra italiana, sin hablar de las expediciones de pillaje contra China, Cochinchina<sup>89</sup>, etc., jamás suscitaron simpatía en el pueblo francés, que instintivamente se da cuenta que esas guerras solo se emprendieron con la intención de reforzar sus cadenas, creadas por el golpe de Estado<sup>90</sup>. De hecho, la primera guerra importante de la historia contemporánea se desarrolla en América.

Los pueblos de Europa saben que los esclavistas del Sur desencadenaron esta guerra, cuando declararon que el régimen esclavista no era compatible demasiado tiempo con el mantenimiento de la Unión. En consecuencia, los pueblos de Europa saben que la lucha por el mantenimiento de la Unión es contra la dominación esclavista, y que la forma más alta de autogobierno realizada hasta hoy libra batalla contra la forma más baja y más desvergonzada de esclavitud humana conocida en los anales.

Luis Bonaparte es evidente, está muy molesto de que los príncipes de Orleáns participen precisamente en esta guerra, que se distingue por su gigantesca amplitud y la grandeza de su fin, de todas las guerras sin motivo, fútiles y bajas, que Europa ha sufrido desde 1849. Por eso el *Times* acaba de declarar: "No hacer diferencia entre una guerra que se hacen naciones enemigas y esta guerra civil, la más inútil y deprovista de fundamentos que jamás haya conocido la historia, es, en alguna manera, ofender la moral pública."

Es natural que el *Times* deba ir hasta el final en su ataque contra los príncipes de Orleáns, que se han rebajado a "prestar servicio en este combate innoble". Al inclinarse profundamente ante los vencedores de Sebastopol y Solferino, el *Times* de Londres agrega: "No es inteligente querer comparar acciones como las de Springfield y Manassas<sup>91</sup> con la epopeya de Sebastopol y Solferino."<sup>92</sup>

El próximo correo nos informará cómo han explotado los órganos imperiales el artículo del *Times*. Como dice el proverbio, un amigo en la necesidad es más valioso que mil amigos en la prosperidad, y el aliado secreto del *Times* de Londres está, precisamente, en este momento, en una postura muy molesta.

Una escasez de algodón multiplicada por una escasez de trigo, una crisis comercial multiplicada por una escasez agrícola, y todo esto agravado por una baja de ingresos aduaneros y dificultades monetarias, obligaron al Banco de Francia a elevar su tasa de descuento al seis por ciento, a hacer una transacción con los Rothschild y Baring con miras a obtener un préstamo de dos millones de libras inglesas en el mercado de Londres, a asegurar los valores del Gobierno francés en el extranjero. Además, el Banco solo dispone de una reserva de doce millones en relación a una deuda de más de cuarenta millones.

Tal situación económica da, evidentemente, a los diversos pretendientes, la ocasión de jugar el todo por el todo. En el barrio Saint-Antoine ya hubo barricadas por las penurias de los víveres: por lo tanto, es el momento menos apropiado para permitirles a los príncipes de Orleáns hacerse populares. Por eso el ataque rabioso del *Times* de Londres.

CARLOS MARX

## LAS ULTIMAS INFORMACIONES Y SU EFECTO EN LONDRES

*New York Daily Tribune,*

19/12/1861

Londres, 30 de noviembre de 1861

Después de la declaración de guerra contra Rusia en 1853 nunca observé, en todas las capas de la sociedad, una excitación parecida a la que suscitaron las informaciones relativas al asunto del *Trent*<sup>93</sup> que llegaron a Southampton el 27 del corriente, en la *Plata*. Alrededor de las dos de la tarde, el telégrafo anunció públicamente ese "acontecimiento desagradable" en la sala de informaciones de las bosas británicas. Todas las acciones comerciales bajaron, mientras que el precio del salitre subió. El curso de los títulos consolidados del Estado inglés disminuyó un setenta y cinco por ciento, y en Lloyd<sup>94</sup> se pidió un suplemento de cinco guineas para cubrir los riesgos que se desprendían de la guerra, para los navíos de Nueva York. Al final de la tarde circularon por Londres los rumores más pesimistas. El embajador americano habría recibido inmediatamente su pasaporte, se habría dado orden para requisar enseguida los navíos norteamericanos que se encontraban en los puertos del Reino Unido, etcétera.

Los negociantes de algodón de Liverpool —amigos de la secesión— utilizaron la ocasión para convocar en unos diez minutos, en los locales del comercio algodonero de la bolsa, a un mitin de protesta con la presidencia de Spence, autor de un oscuro panfleto en favor de la Confederación sudista<sup>95</sup>. El comandante Williams, agente del Almirantazgo a bordo del *Trent*, que arribó con la *Plata*, fue enviado enseguida a Londres.

Al día siguiente, el 28 de noviembre, la prensa londinense hizo gala, en general, de un espíritu de moderación que contrastaba extrañamente con la formidable agitación política y comercial de la víspera. Los diarios de Palmerston —el *Times*, *Morning Post*, *Daily*

*Telegraph, Morning Advertiser y Sun*— recibieron instrucciones de suavizar más que de arrojar leña al fuego. En sus notas sobre la actitud de *San-Jacinto*, el *Daily News* tenía, evidentemente, menos la intención de atacar al gobierno de la Unión que de alejar de sí la sospecha de “prejuicio yanqui”, mientras el *Morning Star*—órgano de John Bright— sin pronunciarse sobre la oportunidad y el interés de la “acción”, defendió su carácter legal. Solo hubo dos excepciones dentro de los habituales tenores de la prensa inglesa. Los primitivos conservadores del *Morning Herald* y del *Standard*—en realidad un mismo periódico con dos nombres diferentes— dieron libre curso a su inmensa satisfacción y escribieron que los “republicanos” habían caído en la trampa, y que se había encontrado un *casus belli* ya cocinado. Solo otro diario los sostuvo—el *Morning Chronicle*— que se esfuerza desde hace años por prolongar su miserable existencia vendiéndose por turno al envencador Palmer y a las Tullerías.

La excitación de la bolsa se calmó en gran parte en razón del tomo conciliatorio de los diarios notables de Londres. Ese mismo 28 de noviembre, el comandante Williams declaró ante el Almirantazgo y expuso las circunstancias del incidente producido en el canal de Old Bahama. Su informe, como la deposición escrita de los oficiales del *Trent*, se sometieron enseguida a los consejeros jurídicos de la Corona, y la opinión de los mismos se comunicó a la noche tarde a lord Palmerston, lord Russell y otros miembros del gobierno, de manera oficial.

El 29 de noviembre se podía notar un ligero cambio de tono en la prensa gubernamental. Se supo que los consejeros jurídicos de la Corona, colocándose en el plano técnico, habían declarado que la acción de la fragata *San-Jacinto* era *ilegal*, y que el gabinete reunido ese mismo día en consejo plenario había decidido enviar instrucciones a lord Lyons con el próximo vapor, para que actuara conforme a la decisión de los consejeros jurídicos de la Corona. Se redobló la agitación en todos los centros de negocios importantes, como la Bolsa, los Llyod's, la oficina Jerusalem, Báltica, etc.; alcanzó su punto más alto con la noticia de que en la víspera se habían interrumpido las entregas de salitre previstas para América y que el 29 las autoridades aduaneras habían recibido orden de interdicción general para exportar ese artículo a cualquier país,

salvo excepciones muy estrictas. El curso de los papeles de Estado ingleses siguió bajando del setenta y cinco por ciento y en un momento dado, se produjo el pánico en todas las bolsas, ya que se había hecho imposible efectuar la mínima transacción con alguna seguridad porque el valor de todos los papeles sufrió una severa depresión, como lo testimonian todos los informes. En la tarde hubo una ligera suba en la Bolsa, luego de diversos rumores y sobre todo como consecuencia de la información según la cual Adams habría expresado el parecer de que el gabinete de Washington desaprobaba los procedimientos empleados a bordo de la *San-Jacinto*.

El 30 de noviembre (hoy) todos los diarios londinenses—con excepción del *Morning Star*— plantearon la alternativa siguiente: reparación por parte del gabinete de Washington o *guerra*.

Después de este breve relato de los acontecimientos ocurridos desde la llegada de la *Plata* quisiera exponer las opiniones relativas a este asunto. Hay que considerar la detención de dos emisarios del Sur a bordo de un vapor postal bajo dos aspectos, uno jurídico y otro político.

En lo que se refiere al aspecto legal del asunto, la primera dificultad manejada por la prensa conservadora y el *Morning Chronicle* es que los Estados Unidos nunca reconocieron a las secesionistas del Sur como potencia beligerante, de manera que no pueden reivindicar derechos de guerra.

Estos sofismas fueron rápidamente refutados por la misma prensa gubernamental. El *Times* escribe: “Ya hemos reconocido a esos Estados confederados como potencia beligerante, y—llegado el caso— reconoceremos su gobierno. Por eso nos hemos impuesto a nosotros mismos todos los deberes y todas las incomodidades de una potencia neutral frente a dos beligerantes.”

De esta manera, los Estados Unidos—hayan reconocido o no a la Confederación la calidad de beligerante— tienen derecho a pedirle a Inglaterra que se someta a todos los deberes e incomodidades de una potencia neutral en guerra marítima.

En consecuencia, toda la prensa londinense—con excepción de los diarios citados— reconoce a la *San-Jacinto* el derecho de registrar e informarse sobre el *Trent*, para asegurarse si las personas o las mercaderías de a bordo entran en la categoría de “contrabando



de guerra". *Times* insinúa que la legislación inglesa en la materia "ha sido hecha en circunstancias absolutamente diferentes de las actuales"; que "en esa época no existían ni barcos de vapor ni navíos postales encargados de un correo que interesa directamente a todo el mundo"; que "nosotros (ingleses) luchamos por nuestra existencia y en esa época hicimos lo que no permitíamos hacer a otros". Todo esto no es serio. El *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post*— declaró el mismo día que los navíos postales eran simples barcos de comercio y no entraban en la categoría de barcos de guerra y transporte que no están sometidos a registros. De hecho, el derecho de registro de *San-Jacinto* ha sido reconocido tanto por la prensa londinense como por los consejeros jurídicos de la Corona. La objeción según la cual el *Trent* no circulaba de un puerto beligerante a otro puerto beligerante sino por el contrario, de un puerto neutral a otro puerto neutral, fue descartada por la decisión de lord Stowell: que el derecho de registro sirve también para informarse sobre el lugar de destino de un navío.

Enseguida se ha planteado el problema de saber si *San-Jacinto* al tirar un obús sobre la proa del *Trent* y luego una granada que explotó en el mar, no había violado los usos y la cortesía que es regla en el ejercicio del derecho de requisa y visita. En general, la prensa londinense admitió que los detalles del asunto no se conocían hasta ahora sino por las declaraciones de una sola de las partes en cuestión, y que un asunto tan menor no debía influir al Gobierno británico en la decisión a tomar.

Ya que se ha reconocido de esta manera el derecho de requisa ejercido por *San-Jacinto* hay que preguntarse qué buscaba. ¿Cuál es la naturaleza del contrabando de guerra que se sospechaba practicaba el *Trent*? En principio hay que definir el contrabando de guerra. ¿Los despachos de un gobierno beligerante forman parte de él? ¿Las personas que llevan esos despachos entran en esa definición? En el caso de responder afirmativamente a las dos preguntas, ¿esos despachos y sus portadores son contrabando de guerra si se encuentran en un navío de comercio que circula de un puerto neutral a otro puerto neutral? La prensa londinense admite que las decisiones de las autoridades jurídicas más importantes de ambos lados del Atlántico son tan contradictorias y pueden soste-

nerse con la misma apariencia de justicia, que en todo caso *San-Jacinto* ha crecido en un caso de *prima facie*.

De acuerdo con esta opinión corriente en la prensa inglesa, los consejeros jurídicos de la Corona han dejado de lado la materialidad de la cuestión jurídica y solo han planteado la cuestión de forma. Afirman que el derecho internacional no ha sido violado en su contenido sino solamente en su forma. Llegaron a la conclusión de que el comandante de *San-Jacinto* cometió una falta al detener, por propia iniciativa, a los emisarios del Sur, en lugar de conducir el *Trent* a un puerto de la Unión para someter su caso al tribunal norteamericano ya que ningún crucero armado tiene derecho a erigirse en juez en el mar. Es por eso que los consejeros jurídicos de la Corona inglesa acusan —según yo, con razón— a la *San-Jacinto* de una simple falta de procedimiento. Sería fácil desenterrar ejemplos jurídicos que muestran que Inglaterra es culpable de violaciones análogas a formalidades del derecho marítimo, pero las violaciones de la ley no deben suplantar nunca a la ley misma.

Podemos preguntarnos si la reparación pedida por el Gobierno inglés —a saber, la restitución de los emisarios del Sur— puede mantenerse desde el momento que los mismos ingleses consideran esta violación al derecho como una cuestión de forma y no de sustancia. Sobre esto, en el *Times* de hoy un jurista del Temple señala: "Aun si el asunto no estuviera tan claramente a nuestro favor, aun en el caso que pudiéramos atacar la decisión de una corte americana relativa a este navío y demostrar que está en manifiesta contradicción con el derecho internacional, la actitud errónea del capitán americano al dejar que el *Trent* continuara su ruta hacia Southampton es una ventaja para los propietarios y pasajeros británicos. ¿Por lo tanto se puede descubrir en una falta de procedimiento que juega en nuestro favor, la base para una querrela internacional?"

Sin embargo, si el gobierno americano debe aceptar, me parece, que el capitán Wilkes violó el derecho marítimo de manera formal o material, la preocupación por su prestigio y sus intereses podría llevarlo, por otra parte, a buscar triquiñuelas sobre las condiciones de reparación de la parte perjudicada. De cualquier manera, el gobierno debería saber que trabaja para los sudistas si permite que los Estados Unidos se vean implicados en una guerra con

Inglaterra, y que tal guerra sería un don del cielo para Napoleón III por sus dificultades actuales, de manera que los círculos franceses la apoyarían; en fin, el Gobierno inglés ya sea con las fuerzas actualmente bajo mando británico en las guarniciones de América del Norte y de las Indias occidentales o con los ejércitos de la expedición mejicana, tendría una superioridad aplastante en el mar.

En lo que concierne al aspecto político de la detención en el canal de Bahama, la prensa no solo inglesa sino la de todo el continente es unánime en su asombro por la extraña conducta del Gobierno americano que provoca tan peligrosas tensiones internacionales para apoderarse de Mason, Slidell y Co., mientras Yancey y Man se pavonean por Londres.

El *Times* tiene razón, por cierto, cuando escribe: "Hasta Seward debería reconocer que la voz de los emisarios sudistas actúa desde el fondo de su cautiverio con mil veces más fuerza sobre Londres y París que si se los hubiera escuchado en Saint James y en las Tullerías."

La población de los Estados Unidos, que de todo corazón aceptó limitar su propia libertad para salvar a su patria, no dejará de volcar a su favor la corriente de opinión pública de Inglaterra, reconociendo abiertamente y reparando un error internacional que amenaza con realizar las esperanzas más insensatas de los rebeldes del Sur.

CARLOS MARX

#### MISTIFICACIONES PERIODÍSTICAS EN FRANCIA CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DE LA GUERRA

*Die Presse*, 4/1/1862

Londres, 31 de diciembre de 1861

La creencia en los milagros solo parece retirarse de un lugar para refugiarse en otro. Si se la separa de la naturaleza, vuelve enseguida

en política. Es, al menos, el parecer de los diarios parisinos y de sus pares de las agencias telegráficas y de las oficinas de correspondencias de los diarios.

Los diarios de la tarde de París anuncian que lord Lyons habría declarado a Seward que esperaría hasta la noche del 20 de diciembre, y que se volvería a Londres si el gabinete de Washington se negaba a devolver a los prisioneros. Por lo tanto, los diarios parisinos conocían ya *ayer* los pasos que daría lord Lyons *después* de los despachos que le transmitiría el *Europa*. (Sin embargo, la noticia de la llegada del *Europa* a Nueva York todavía no llegó a Europa.) Así es que antes de estar informados de la llegada del *Europa* a América, la *Patria* y sus cofrades publican en Europa noticias sobre acontecimientos que solo pueden producirse en Estados Unidos después de la llegada del *Europa*. Manifiestamente la *Patria* y sus compinches no creen que los países mágicos, rehabiliten la magia.

Un diario de Londres señala, en uno de sus artículos sobre la bolsa, que las invenciones parisinas como los artículos provocadores de algunos diarios ingleses no solo sirven para las especulaciones políticas de las personalidades gubernamentales sino también a las especulaciones bursátiles de algunas personas privadas.

El *Economist*, uno de los primeros y más ruidosos partidarios de la guerra, publica en su último número la carta de un *comerciante de Liverpool* y un editorial, en los cuales el público inglés es prevenido sobre la equivocación de subestimar los peligros de una guerra con los Estados Unidos. En efecto, en el curso del año 1861, Inglaterra importó por 15.380.901 libras esterlinas de cereales, de los cuales seis millones pertenecían a Estados Unidos. Inglaterra sufriría más la imposibilidad de comprar trigo americano que Estados Unidos la imposibilidad de venderlo.

Estados Unidos gozaría de la ventaja de una *prioridad de la información*. Si decidieran la guerra, volarían los telegramas de Washington a San Francisco, y los navíos americanos empezarían sus operaciones militares en el Pacífico y en las aguas chinas muchas semanas antes de que Inglaterra pudiera hacer llegar a la India la noticia de la declaración de guerra.

Desde el comienzo de la guerra civil, el comercio de América con China y Australia disminuyó en enormes proporciones. Pero

en la medida en que continúa, las cargas se pagan con letras de crédito ingleses, dicho de otra manera, con el capital inglés. A la inversa, el comercio de Inglaterra con la India, China y Australia sigue siendo muy importante; hasta se acrecentó desde la interrupción del comercio con los Estados Unidos. Los corsarios americanos por lo tanto, tendrían un vasto campo para sus correrías en el mar, los ingleses por el contrario solo tendrían un campo relativamente insignificante.

Los capitales ingleses en los Estados Unidos superan de lejos el capital colocado en la industria algodonera inglesa<sup>96</sup>. Por el contrario, las inversiones de capitales americanos en Inglaterra son casi nulas. Es verdad que la marina inglesa eclipsa a la americana, pero su relación no es —de lejos— sino la misma que en el curso de la guerra 1812-1814.

Si ya en esa época los corsarios americanos se declaraban superiores a los ingleses ¿qué pasaría ahora? Un bloqueo efectivo de los puertos norteamericanos sobre todo en invierno, está totalmente excluido. En las aguas interiores entre Canadá y Estados Unidos —y la superioridad para la solución de la guerra por tierra, es aquí definitiva— Estados Unidos tendrían una absoluta superioridad en la apertura de las hostilidades.

En una palabra, el comerciante de Liverpool llega a la conclusión siguiente: “Nadie aconsejará a Inglaterra hacer la guerra simplemente por causa del algodón. Para nosotros sería menos caro alimentar a todos los distritos algodoneros durante tres años por cuenta del Estado que mantener una guerra con los Estados Unidos por causa de ellos durante un año.”

*Ceterum censeo*<sup>97</sup> que el incidente del *Trent* no conducirá a la guerra.

CARLOS MARX

## SIMPATIAS CRECIENTES EN INGLATERRA

*New York Daily Tribune,*

25/12/1861

Londres, 7 de diciembre de 1861

Los amigos de Estados Unidos de este lado del Atlántico esperan con ansiedad que el gobierno de la Unión tome una decisión de conciliación. No es que estén de acuerdo con los salvajes aullidos de la prensa británica sobre un incidente de guerra, que según el parecer de los consejeros jurídicos de la Corona inglesa no sería sino una simple falta de procedimiento ya que se lo puede resumir en una palabra: el derecho internacional ha sido violado porque el capitán Wilkes en lugar de apoderarse del *Trent*, de su carga, sus pasajeros, su tripulación y sus emisarios, solo tomó a estos últimos. La ansiedad de los amigos de la gran República no proviene del temor de que a la larga no puede hacer frente a Inglaterra, aunque ya pese sobre sus hombros la guerra civil. Con más razón todavía, no esperan que los Estados Unidos abandonen —no sería sino por un instante y en la hora sombría de prueba— su orgullosa posición en el concierto de las naciones. Los motivos que los animan son muy diferentes.

La tarea más inmediata de los Estados Unidos es aplastar la rebelión y restaurar la Unión. El deseo que prevalece entre los esclavistas y sus instrumentos norteamericanos es el de arrastrar a los Estados Unidos a una guerra con Inglaterra. Si estallara esta guerra, el primer paso de Inglaterra sería reconocer a la Confederación del Sur, y el segundo poner fin al bloqueo. En segundo lugar, ningún general —a menos de verse obligado— se comprometerá en una batalla en la que el adversario elija el lugar, el tiempo y las condiciones.

“Una guerra con América —dice el *Economist*, un diario que goza de la profunda confianza de Palmerston— siempre será uno de los acontecimientos más deplorables de la historia inglesa; sin embargo

si hubiera que llegar a eso, sería indudablemente en el preciso momento en que nos fuera menos perjudicial. Sería el único momento, en nuestros anales comunes, que nos procuraría una compensación inesperada y parcial."

Porque Inglaterra está tan ávida de aprehender justamente "en ese momento preciso" el mínimo desgraciado pretexto de guerra, los Estados Unidos deben cuidarse de proporcionar, "en ese momento preciso" el menor pretexto a Inglaterra. No se empieza con una guerra con la intención que sea "lo menos perjudicial" posible, ni que "nos procure una compensación inesperada y parcial". Por el momento, la ventaja estaría enteramente de un lado, del lado del adversario inglés. ¿Se necesita reflexionar mucho para comprender que cuando la guerra civil se ensaña con rabia en el Estado, es el momento más desfavorable para el desencadenamiento de una guerra exterior?

En cualquier otra circunstancia, los medios mercantiles de Gran Bretaña hubieran considerado con espanto una guerra contra los Estados Unidos. Pero desde hace meses, una fracción importante e influyente del mundo de los negocios impulsa al gobierno a romper el bloqueo por la fuerza, para proveer a la principal rama de la industria inglesa de las materias primas indispensables. El temor de una disminución de las exportaciones inglesas hacia los Estados Unidos, perdió fuerza porque ese comercio, de hecho, ya está limitado. El *Economist* afirma que los Estados del Norte "son malos clientes, poco interesantes". El gigantesco crédito que el comercio inglés en general otorgaba a los Estados Unidos, sobre todo aceptando las exportaciones a la China y a la India, ya está reducido en un quinto de lo que era en 1857. Lo que es más, Francia bonapartista en bancarrota, paralizada internamente y acosada por dificultades exteriores se precipitaría sobre una guerra angloamericana como sobre un maná celestial. ¿No está totalmente dispuesta, para lograr el sostenimiento inglés en el continente, a movilizar todas sus fuerzas para ayudar a la "pérfida Albion" del otro lado del Atlántico? Basta con leer los diarios franceses para convencerse. El grado de indignación que alcanzan en su amable preocupación por el "honor inglés", sus largas tiradas sobre la necesidad de Inglaterra de vengar su bandera, sus ruines denigraciones de todo lo que es americano, todo esto podría en verdad ser espantoso, si no fuera al mismo tiempo grotesco y repugnante.

Además los Estados Unidos no perderían nada de su dignidad si cedieran en este asunto. Inglaterra remite su queja a una pura falta de procedimiento, a un error técnico. Ella misma ha sido culpable de esto en el curso de todas sus guerras marítimas, mientras los Estados Unidos no dejaron de protestar en contra y el presidente Madison, en el mensaje en el que dio la señal para la guerra de 1812, la denunció como una de las más escandalosas violaciones del derecho internacional<sup>98</sup>. Si se quisiera señalar, en defensa de los Estados Unidos, que le pagaron con la misma moneda a Inglaterra, no se le haría ningún servicio. Con razón han tomado distancia frente a lo que un capitán americano ha hecho por propia iniciativa y lo que ellos mismos han llamado una usurpación sistemática a costa de la marina británica.

De esta manera, todas las ventajas están de parte del lado americano. Por su parte, Inglaterra reconocería el derecho de los Estados Unidos a informarse sobre todo navío inglés al servicio de la Confederación del Sur y a llevarlo ante el tribunal americano. Por otra parte, a los ojos del mundo entero, Inglaterra prácticamente habría abandonado una pretensión a la que no pudieron hacerla renunciar ni la paz de Gand de 1814<sup>99</sup>, ni las negociaciones de 1842 entre lord Ashburton y el ministro Webster<sup>100</sup>. La cuestión se resume de esta manera: ¿prefieren utilizar este "incidente desagradable" a su favor, o —cediendo a una cólera momentánea— a favor de los enemigos interiores y exteriores?

Desde mi último artículo de hace ocho días, los títulos consolidados del Estado inglés volvieron a bajar en un dos por ciento en relación al viernes último, y el precio actual es de 89 3/4 a 89 7/8 para el dinero líquido y de 90 a 90 1/8 para la nueva cuenta del 9 de enero. Esta cotización de los títulos consolidados ingleses corresponde a la que se registró en el curso de los dos primeros años de la guerra de Crimea. Esta caída es una respuesta a los graves hechos siguientes: declaraciones belicosas de los diarios americanos llegadas aquí con el último correo; irritación de la prensa londinense, cuya moderación desde hace dos días no es sino una ficción montada por Palmerston; envío de tropas al Canadá; proclama que prohíbe la exportación de armas y de material para la fabricación de pólvora, y en fin, fanfarronadas cotidianas sobre los gigantes preparativos de guerra en los muelles y arsenales marítimos.

Podemos estar seguros de una cosa: Palmerston quisiera tener un pretexto legal para una guerra contra los Estados Unidos pero choca en el gabinete con la oposición más cerrada de Gladstone, Milner Gibson y, en menor grado, de sir Cornwall Lewis. El "noble vizconde" tiene el apoyo de Russell —un instrumento servil en sus manos— y de todo el corrillo de los whigs. Si el gabinete de Washington aportara ese deseado pretexto, el actual gabinete inglés saltaría y sería reemplazado por un gobierno tory. Ya se han producido los primeros contactos con miras a tal cambio de escena, entre Palmerston y Disraeli. Esto explica los violentos llamados a la guerra del *Morning Herald* y del *Standard*, esos lobos hambrientos que aullan a la espera de algunas migajas que caigan de la caritativa caja del Estado.

Los designios de Palmerston aparecen claros cuando se hace un paralelo entre ellos y algunos acontecimientos recientes. En la mañana del 14 de mayo después de haber sido informado por el telégrafo de Liverpool de la llegada de Adams a Londres, en la tarde del 13 de mayo, reconoció absolutamente a los secesionistas la calidad de beligerantes. Después de una dura lucha con sus colegas envió tres mil hombres de tropa al Canadá<sup>101</sup>, ejército ridículo para ocupar un frente de mil quinientas millas, pero un truco hábil si se agujoneara la rebelión y la Unión se sintiera irritada. Hace algunas semanas presionó a Napoleón III para que propusiera una intervención armada en común "en el combate asesino", después defendió ese proyecto en el gabinete y si fracasó en el momento de hacerlo aprobar fue únicamente a causa de la resistencia de sus colegas. Palmerston y Bonaparte decidieron entonces la intervención a Méjico. Esta expedición perseguía dos fines: provocar un justo resentimiento de los americanos, y al mismo tiempo dar el pretexto para el envío de una escuadra lista, como dice el *Morning Post*, para "cumplir todos sus deberes en las aguas del Atlántico Norte si la actitud hostil del gobierno de Washington la obliga a hacerlo." En el momento en que se desencadenó esta expedición el *Morning Post*, el *Times* y otros lacayos más insignificantes de la prensa de Palmerston escribieron que sería una cosa hermosa y al mismo tiempo filantrópica porque expondría a la Confederación esclavista a un doble fuego; ¡el del Norte antiesclavista y el de las fuerzas antiesclavistas de Inglaterra y Francia! ¿Y qué dice el mismo *Morning Post* —una curiosa mezcla de Jenkins

y Rodomonte (II) de bajeza y fanfarronería— en su edición de hoy a propósito de la habilidad de Jefferson Davis?<sup>102</sup> Escuchemos al oráculo de Palmerston: "Debemos esperar que esta intervención sea ineficaz durante un período de tiempo considerable. Mientras el gobierno del Norte está demasiado alejado para permitirse intervenir enérgicamente en este problema, la Confederación del Sur se extiende, por otra parte, en una gran distancia a lo largo de la frontera de Méjico, de manera que su actitud amistosa hacia los promotores de la intervención podrá tener efectos sensibles. El gobierno del Norte siempre ironizó sobre nuestra posición de neutralidad, mientras que los gobernantes del Sur, hombres de Estado hábiles y ponderados, reconocieron todo lo que nosotros podríamos hacer por el interés de los dos partidos. Tanto en lo que concierne a nuestra empresa en Méjico como a nuestra actitud frente al gabinete de Washington, la amistosa moderación de la Confederación del Sur es un punto importante en favor nuestro."

Me permito señalar que el *Nord* del 3 de diciembre —un diario tramposo que con ese título está iniciado en los planes de Palmerston— da a entender que desde el comienzo la *expedición de Méjico* no tiene el objetivo proclamado sino el de *la guerra contra los Estados Unidos*.

La carta del general Scott<sup>103</sup> tuvo un efecto bienhechor sobre la opinión pública y aun sobre la Bolsa de Londres: los conjurados de Downing Street y de las Tullerías desmintieron a la *Patria* que, declaró, fingiendo estar informada de fuente oficial, que el mismo gabinete de Washington había hecho detener a los sudistas en el *Trent*.

CARLOS MARX

EL GABINETE DE WASHINGTON  
Y LAS POTENCIAS OCCIDENTALES

*Die Presse,*  
25/12/1861

Londres, 20 de diciembre de 1861

Una de las sorpresas más impactantes de la guerra anglo-franco-turco-rusa, fértil sin embargo en sorpresas fue, incuestionablemente, la declaración de París en la primera de 1856 sobre derecho marítimo. Cuando estalló la guerra contra Rusia, Inglaterra suspendió la utilización del arma más poderosa que poseía: la confiscación de mercaderías pertenecientes al enemigo en barcos neutrales y la guerra de corso en el mar. Al final de la guerra, Inglaterra rompió sus armas y sacrificó los pedazos en el altar de la paz. Aunque oficialmente vencida, Rusia gozó de una concesión que se había esforzado en vano por arrancar desde los tiempos de Catalina con una serie de "neutralidades armadas"<sup>104</sup>, guerras e intrigas diplomáticas. Aunque había ganado la guerra de manera manifiesta, Inglaterra renunció, por el contrario, a los poderosos medios de ataque y defensa que se forjó en tanto potencia marítima y que detentaba desde hacía un siglo y medio contra un mundo en armas.

Las consideraciones humanitarias que sirven de pretexto a la Declaración de 1856<sup>105</sup>, se desvanecen ante el examen más superficial. La campaña en el mar de los corsarios no es más *bárbara* que la acción de los cuerpos de voluntarios o de guerrilleros en las guerras terrestres. La campaña en el mar es la guerrilla marítima. La confiscación de los bienes privados de una nación beligerante se produce también en la guerra terrestre. ¿Las requisas militares solo se efectúan sobre las cajas del gobierno enemigo y no sobre la propiedad de las personas privadas? La naturaleza de la guerra en tierra protege los bienes enemigos que están en terreno neutral, es decir bajo la soberanía de una potencia neutra. La naturaleza de la guerra marítima borra estas barreras porque el

inár, gran vía de comunicación común a las naciones, no puede caer bajo la soberanía de una potencia neutral.

Sin embargo, la Declaración de 1856 recela una gran inhumanidad en la fraseología filantrópica. Desde el punto de vista de los principios, *transforma la guerra de los pueblos en guerra de los gobiernos*. Da a la propiedad una inviolabilidad que niega a las personas. Emancipa al comercio de los horrores de la guerra y de esta manera hace indiferentes a los horrores de la guerra a las clases que ejercen el comercio y la industria. De todas maneras, los pretextos humanitarios de la Declaración de 1856 estaban destinados a la galería europea, como los pretextos religiosos de la Santa Alianza.

Es un hecho bien conocido que lord Clarendon —el firmante de los derechos marítimos ingleses en el Congreso de París— actuó sin acuerdo a instrucciones previas de la Corona, como él mismo lo confesó en la Cámara Alta. Sus plenos poderes derivaban de una *carta privada* de Palmerston. Hasta ahora Palmerston no se animó a pedirle al Parlamento inglés que sancionara la Declaración de París y su firma por Clarendon. Al hacer abstracción de los debates sobre el contenido de la Declaración, teme los debates sobre el problema constitucional, a saber: ¿un ministro inglés puede usurpar el derecho de borrar de un plumazo —independientemente de la Corona y del Parlamento— la antigua base de la potencia marítima inglesa? Si ese golpe de Estado ministerial no condujo a interpelaciones tumultuosas, y fue aceptado en silencio como un hecho acabado, Palmerston lo debe a la influencia de la escuela manchesteriana (III). Para servir a los intereses que representa —por lo tanto a la filantropía, la civilización y el progreso— descubrió un medio gracias al cual el comercio inglés puede continuar tranquilamente sus negocios con el enemigo con barcos neutrales, mientras los marinos y soldados ingleses pelean por el honor de la nación. Los hombres de Manchester se alegraron porque el ministro, con una maniobra inconstitucional obligó a Inglaterra a hacer concesiones internacionales, que era muy improbable que se pudieran obtener por la vía parlamentaria constitucional. Esto explica la indignación del partido manchesteriano en Inglaterra, cuando se reveló el libro azul depositado por Seward en el Congreso de Washington.



Como ya sabemos, los Estados Unidos eran la única gran potencia que se negó a adherir a la Declaración de París de 1856. En efecto, si renunciaban a la campaña en el mar se veían obligados a crear una gigantesca marina del Estado. Ahora bien, todo debilitamiento de sus medios de guerra en el mar los amenazaba al mismo tiempo con el peso de un ejército permanente en tierra según los criterios europeos. Sin embargo, el presidente Buchanan se mostró dispuesto a ratificar la Declaración de París siempre que —con excepción del contrabando de guerra— se asegurara la misma inviolabilidad a toda propiedad enemiga o neutral que estuviera en los barcos. Su proposición fue rechazada. Del libro azul de Seward surge que Lincoln apenas entró en funciones, ofreció a Inglaterra y Francia la adhesión de los Estados Unidos a la Declaración de París, a condición de que la prohibición de campaña en el mar se extendiera a la fracción rebelde de los Estados Unidos, es decir la Confederación del Sur. De hecho la respuesta que recibió fue el reconocimiento de los derechos beligerantes de la Confederación del Sur<sup>106</sup>.

“La humanidad, el progreso y la civilización” sugirieron a los gabinetes de Saint-James y de las Tullerías que la prohibición de la campaña marítima reduciría considerablemente las posibilidades de la secesión, y por lo tanto la disolución de los Estados Unidos. La Confederación fue reconocida apresuradamente como parte beligerante, para que se pudiera contestar enseguida al gabinete de Washington que Inglaterra y Francia no podían, era evidente, reconocer la proposición de una de las partes beligerantes como ley, obligando a la otra parte beligerante. Desde el comienzo de la guerra civil, la misma “noble honestidad” inspira todas las negociaciones diplomáticas de Inglaterra y de Francia con el gobierno de la Unión, y si la *San-Jacinto* no hubiera requisado al *Trent* en la ruta a Bahama, hubiera bastado cualquier otro incidente para servir de pretexto al conflicto que lord Palmerston reclama.

CARLOS MARX

## A PROPOSITO DE LA CRISIS DEL ALGODÓN

*Die Presse,*

8/8/1862

La asamblea anual de la Cámara de comercio se realizó en Manchester hace algunos días. Representa a Lancashire, el distrito industrial más importante del Reino Unido y el centro principal de la manufactura de algodón británica. El presidente de la asamblea —E. Potter— y los principales oradores —Bazley y Turner— representan a Manchester y a una parte de Lancashire en los Comunes. Las deliberaciones de esta asamblea nos muestran oficialmente cual será la actitud del gran centro de la industria algodonera inglesa en el “senado de la nación”, en lo que concierne a la crisis americana.

En la asamblea, realizada el año *precedente* por la Cámara de comercio, Ashworth, uno de los más importantes barones del algodón de Inglaterra celebró con términos ditirámicos la expansión inaudita de la industria algodonera inglesa en el curso de la última década. Señaló en especial, que las crisis comerciales de 1847 a 1857 no habían provocado ninguna caída de las exportaciones inglesas de hilos y tejidos de algodón. Explicó este fenómeno por las virtudes maravillosas del sistema de libre cambio introducido en 1846. Ya en esa época ese lenguaje sonaba a hueco: ¿cómo un sistema incapaz de evitarle a Inglaterra las crisis de 1847 y 1857 podía sustraer a una rama de la industria inglesa *en particular* —la del algodón— de la influencia de la crisis general?

¿Y hoy qué escuchamos? Todos los oradores, incluido Ashworth, reconocen que desde 1858 hubo un ahogo en los mercados asiáticos sin precedentes, y que como consecuencia de una *superproducción* masiva y continuamente sostenida, había que esperar la actual saturación aunque no hubiera habido guerra civil americana, tarifa Morrill<sup>20</sup> y bloqueo. Sigue abierto el interrogante de saber si la caída de las exportaciones del año último hubiera alcanzado los seis millones de libras esterlinas sin esas circunstancias agravantes; de cualquier manera hay que admitir que los principales merca-

dos de Asia y Australia tienen una provisión de artículos algodoneños ingleses suficiente para doce meses.

La actual crisis de la industria del algodón inglés no resulta simplemente del bloqueo americano sino de la superproducción inglesa, como *ahora* lo confiesa la autoridad competente en la materia, la Cámara de comercio de Manchester. Pero, ¿cuáles serían las consecuencias de la continuación de la guerra civil americana? Ante esta pregunta obtenemos de nuevo una respuesta unánime: *sufrimientos infinitos para las clases laboriosas y ruina de los pequeños fabricantes.*

Cheatham señala: "En Londres pretenden que todavía tenemos suficiente algodón para seguir dando trabajo. Pero no se trata solo de algodón. Se trata antes que nada, de *precio*. Con los precios actuales, los fabricantes se comerían el capital."

En estas condiciones, la Cámara de comercio se declaró en neta oposición a *toda intervención de cualquier tipo* a los Estados Unidos, aunque la mayoría de sus miembros estén suficientemente influenciados por el *Times* como para considerar inevitable la disolución de la Unión.

Potter afirma: "La intervención es lo último que podemos aconsejar. El último lugar de donde partiría tal proposición sería de Manchester. Nada nos determinará a aconsejar algo moralmente malo."

Bazley: "El diferendo americano debe continuar sometido al principio más estricto de la no intervención. El pueblo de cada país debe ordenar sus propios asuntos sin confusión exterior."

Cheatham: "En este distrito, la opinión dominante se rebela con fuerza contra toda intervención en el litigio americano. Hay que expresarlo claramente, ya que en caso de duda podría ejercerse una presión extraordinaria sobre el gobierno de la otra parte."

¿Por lo tanto qué aconseja la Cámara de comercio? El gobierno inglés debe eliminar todos los obstáculos que siguen frenando, por fallas administrativas, el cultivo de algodón en la *India*. Sobre todo debe abolir la tasa del diez por ciento sobre las importaciones que grava en la India los hilos y tejidos ingleses. Apenas se eliminó el régimen de la compañía de Indias orientales<sup>107</sup>, apenas se incorporaron al Imperio británico las Indias orientales, Palmerston a través de Wilson introdujo en la India esta tasa de

importación sobre los productos manufacturados ingleses, y esto en el mismo momento en que vendía Saboya y el condado de Niza a cambio del acuerdo comercial anglo-francés<sup>108</sup>.

A propósito Bazley señala que desde la introducción de esta tasa se exportaron hacia Bombay y Calcuta grandes cantidades de máquinas y que en el lugar se edificaron fábricas de estilo inglés. Estas se aprestan a apoderarse de los mejores algodones hindúes. Si al diez por ciento de la tasa de importación se le agrega el quince por ciento de gastos de transporte, los rivales artificialmente suscitados por la iniciativa del gobierno inglés, gozan de una tarifa protectora del veinticinco por ciento.

En general, la asamblea de los altos dignatarios de la industria inglesa expresa su amargo resentimiento frente a las tendencias proteccionistas, que se desarrollan cada vez más en las colonias, sobre todo en Australia. Estos señores olvidan que durante más de un siglo y medio estas colonias protestaron en vano contra el "sistema colonial" de la metrópoli. En ese momento las colonias reclamaban el librecambio, mientras Inglaterra se mantenía en la prohibición. Hoy, Inglaterra pregona el librecambio y las colonias consideran que el proteccionismo con respecto a Inglaterra está más de acuerdo con sus intereses.

CARLOS MARX

## EL HUMANITARISMO BRITÁNICO Y AMÉRICA

*Die Presse,*

20/6/1862

Londres, 14 de junio de 1862

Como en Francia la libertad, ahora en Inglaterra el humanitarismo se ha convertido en un artículo de exportación para los *negociantes de la política*. Nos acordamos del tiempo en que el zar Nicolás hizo azotar por sus soldados a las damas polacas<sup>109</sup>

y que lord Palmerston encontró "no política" la indignación expresada por algunos parlamentarios. Nos acordamos de una rebelión en las islas Jónicas<sup>110</sup> hace una decena de años, que dio ocasión al gobierno inglés de hacer azotar a un número bastante considerable de mujeres griegas. "Aprobamos esta medida" dirían Palmerston y sus colegas whigs, entonces en el gobierno. Hace apenas algunos años se probó en el Parlamento que los recolectores de impuestos usaban contra las mujeres de los campesinos hindúes medios de presión tan infames que no se podían dar detalles de los mismos. Es verdad que Palmerston y sus colegas no hubieran tenido vergüenza en justificar esas atrocidades, pero cómo hubieran gritado, si un gobierno *extranjero* se hubiera permitido proclamar públicamente su indignación frente a las infamias inglesas y hubiera manifestado claramente su voluntad de intervenir en el caso que Palmerston y sus colegas no desautorizaran inmediatamente a los funcionarios del fisco hindú. El mismo Catón el Censor no hubiera podido velar más ansiosamente sobre las costumbres de los romanos que los aristócratas ingleses y sus ministros sobre el "humanitarismo" de los beligerantes yanquis.

Las damas de Nueva Orleáns, bellezas amarillentas, cubiertas de alhajas del peor gusto, bastante comparables a las buenas mujeres de los viejos mejicanos, excepto que ellas no consumen en piel y huesos a sus esclavos, dan esta vez —antes eran las damas del puerto de Charleston— la ocasión para que los aristócratas británicos enarbolesan su humanitarismo. Las mujeres inglesas (no se trata de ladies, porque no tienen esclavos) que sufren hambre en Lancashire hasta ahora no le soltaron la lengua a ningún parlamentario; el grito de angustia de las mujeres irlandesas que luego del despojo progresivo de los pequeños granjeros de la verde Eire son arrojadas semidesnudas a los caminos y echadas de su casa como si hubieran bajado los tártaros, ese grito hasta ahora no encontró más que un eco entre los lores en los Comunes o en el gobierno de Su Majestad: la homilía sobre los derechos absolutos de la propiedad terrateniente<sup>111</sup>.

¡Pero las damas de Nueva Orleáns! Evidentemente es otra cosa. Tienen un espíritu demasiado lúcido como para participar en el tumulto de la guerra, como las diosas del Olimpo, o para precipitarse en las llamas como las mujeres de Sagunto<sup>112</sup>. Inventaron

una nueva forma de heroísmo que escamotea todos los peligros, una forma que sólo podían inventar esclavistas, o mejor aún esclavistas de un país donde la parte libre de la población, cuando no tiene esclavos como los ciudadanos del mundo antiguo, está constituida por comerciantes de profesión, negociantes de algodón, azúcar o tabaco. Sus hombres se han ido de Nueva Orleáns o están ocultos en los graneros, y esas damas se precipitan a las calles para escupirles a la cara a las tropas victoriosas de la Unión, para sacarles la lengua, o como Mefistófeles, para hacerles "gestos obscenos" y gritarles insultos. Estas megeras creen que pueden ser "impunemente" maleducadas.

Ese es su heroísmo. El general Butler lanzó una proclama notificándoles que si continuaban haciéndose las mujeres de la calle, serían tratadas como tales. Aunque abogado de profesión, el general Butler no parece haber estudiado seriamente el derecho escrito inglés, con la cual les hubiera prohibido pura y simplemente el acceso a la calle, imitando las leyes impuestas en Irlanda bajo Castlereagh. La advertencia de Butler a las "damas" de Nueva Orleáns suscitó tal indignación moral en el conde Carnarvon, sir J. Walsh (que jugó un papel tan grotesco y odioso en Irlanda) y Gregory (que ya hace unos años había pedido el reconocimiento de la Confederación) que el conde, el señor y el hombre "sin título antes de su nombre" interpelaron en los Comunes al ministerio para saber qué pasos pensaba dar en nombre de la "humanidad" ultrajada.

Ussell y Palmerston, los dos, fustigaron a Butler y quisieron que el gobierno de Washington lo desautorizara. Palmerston, de corazón tan tierno, ya había reconocido a escondidas de la reina y sin información previa de sus colegas, el *golpe de Estado* de diciembre de 1851 (en ocasión del cual varias "damas" fueron muertas y otras violadas por los zuavos) sin duda por simple "admiración humana". Ese mismo vizconde, de tierno corazón, declaró ahora que la advertencia de Butler era una "infamia". ¡Cómo quieren prohibir a las damas, y más todavía, a damas que tienen el privilegio de poseer esclavos, exhalar su rabia y su maledicencia contra simples soldados del ejército unionista, compuesto por campesinos, artesanos y otros infames! ¡En verdad, es "infame"!

Aquí nadie se engaña con esta farsa humanitaria. Se trata, ya sea

de suscitar o de reforzar el espíritu de intervención, sobre todo entre los franceses. También después de los primeros estallidos melodramáticos, los caballeros de la humanidad de la cámara alta y baja —como por una orden— arrojaron la máscara de la emoción. Sus declamaciones sirvieron de prólogo a la cuestión siguiente: el emperador de los franceses tomó contacto con el gobierno inglés para una mediación y es de esperar que esta sea respondida favorablemente. Russell y Palmerston declararon, los dos, que no estaban al corriente de tal ofrecimiento. Russell declaró que el momento presente era extremadamente desfavorable para cualquier mediación. Palmerston, más prudente y reservado, se contentó con decir que el gobierno inglés no buscaba la mediación en *este* momento.

Este es el plan: que durante la intersesión parlamentaria inglesa Francia juegue su papel de mediadora, y que en el otoño —cuando se hayan asegurado Méjico— se empiece a intervenir en los Estados Unidos. La pausa actual en el teatro de guerra americano ha sacado de su sopor a los que especulan con la intervención, en Saint-James y en las Tullerías. Esta pausa se debe a una falla estratégica de los nordistas en la conducción de la guerra. Si después de sus victorias de Tennessee, el ejército de Kentucky en lugar de dejarse atraer por unas vías muertas en el sur de Misisipí hubiera avanzado rápidamente hacia los nudos ferroviarios de Georgia, los Reuter y Co. estarían, por su cuenta en el asunto de los rumores de “intervención” y “mediación”. De cualquier manera, Europa nada debe desear con más fervor que un *golpe de Estado* con miras a “restaurar el orden en los Estados Unidos” y salvar, también allí, la civilización.

CARLOS MARX

A PROPÓSITO DEL ESCAMOTEO DEL  
DESPACHO DE SEWARD*Die Presse,*

18/1/1862

Londres, 14 de enero de 1862

El difunto asunto del *Trent* acaba de resucitar, pero esta vez como *casus belli* no entre Inglaterra y Estados Unidos sino entre el pueblo inglés y el gobierno inglés. Este nuevo *casus belli* será examinado en el Parlamento, que se reúne el mes próximo. No hay duda que los dos tomaron parte en la polémica entre el *Daily News* y el *Star* contra la *Morning Post* a propósito del ocultamiento y la supresión del despacho de paz de Seward del 30 de noviembre, que el embajador americano leyó el 19 de diciembre a lord John Russell.

Permítaseme volver sobre este asunto. Como la *Morning Post* afirmó que el despacho de Seward no tenía la menor relación con el incidente del *Trent* los efectos de la bolsa empezaron a bajar y las propiedades al elevarse en varios millones cambiaron de manos, con pérdidas de un lado y beneficios del otro. Es comprensible que el ambiente de negocios y de la industria esté indignado por la mentira totalmente injustificable de la semioficial *Morning Post* y por la publicación del despacho de Seward.

En la tarde del 9 de enero llegó a Londres la noticia de la paz. La misma tarde el *Evening Star* interpeló al gobierno sobre la supresión del despacho de Seward del 30 de noviembre. Al día siguiente, 10 de enero, la *Morning Post* respondió así: “¿Preguntan por qué no se oyó hablar antes del despacho de Seward que Adams recibió en diciembre? La explicación es muy simple. El despacho recibido por Adams *no había sido comunicado a nuestro gobierno.*”

A la tarde del mismo día el *Star* desmintió completamente a la *Post* y afirmó que su "rectificación" sólo era un miserable subterfugio. En realidad el despacho no había sido "comunicado" sino leído por Adams a lord Palmerston y lord Russell.

Al día siguiente, sábado 11 de enero, el *Daily News* entró en la lidia y demostró a partir del artículo de la *Morning Post* del 21 de diciembre que esta última y el gobierno estaban perfectamente al corriente desde esa época, del despacho de Seward, que falsificaron deliberadamente. El gobierno preparaba ahora su retirada. En la tarde del 11 de enero, la semioficial *Globe* anunció que Adams había comunicado al gobierno el despacho de Seward el 19 de diciembre, pero que este, sin embargo, "no contenía ofrecimientos por parte del gabinete de Washington" ni "ninguna excusa por el ultraje hecho a nuestra bandera por el capitán Wilkes"<sup>113</sup>. Esta vergonzosa confesión de haber abusado deliberadamente del pueblo inglés durante tres semanas, en lugar de apagar el fuego, lo avivó. Un grito de cólera resonó en todos los diarios de los distritos industriales de Gran Bretaña y ayer por fin encontró eco en la prensa conservadora. Señalemos que todo el problema ha sido planteado no por los políticos sino por el público de los negocios.

El *Morning Star* de hoy señala al respecto: "Lord John Russell es indudablemente uno de los responsables del escamoteo de la verdad; él es, también, el que dejó circular las mentiras de la *Morning Post* sin desmentirlas, pero es incapaz de haber dictado el artículo irresponsable, nefasto y mentiroso que publicó el 21 de diciembre... Solo un hombre como el ministro que fabricó la guerra afgana puede haber sido capaz de escamotear el despacho de paz de Seward. La tonta indulgencia de los Comunes le perdonó esta ofensa: ¿el Parlamento y el pueblo no van a unirse para castigar esta nueva falta?"

CARLOS MARX

## UN GOLPE DE ESTADO DE LORD JOHN RUSSELL

*Die Presse,*

21/1/1862

Londres, 17 de enero de 1862

La actitud de lord John Russell durante la última crisis ha sido muy enojosa, aun para un hombre que en toda su carrera parlamentaria demostró que raramente duda en sacrificar una fuerza real a una posición oficial. Nadie ha olvidado que lord John Russell perdió su puesto de primer ministro en beneficio de Palmerston, pero nadie parece acordarse que mantenga, con Palmerston, el ministerio de Asuntos Exteriores. Todo el mundo considera como un axioma evidente que Palmerston dirige el gabinete en su nombre, y la política extranjera en nombre de Russell.

A la llegada de la primera noticia de paz desde Nueva York, liberales y conservadores tocaron, a quien mejor, las trompetas del renombre para alabar la sabiduría de Estado de Palmerston, mientras que el ministro de Exterior lord John Russell no recibía ni un accésit para su papel de asistente. Fue completamente ignorado. Pero apenas estalló el escándalo del escamoteo del despacho americano del 30 de noviembre el nombre de Russell resucitó de entre los muertos.

El ataque y la defensa descubrieron entonces que el ministro responsable de Asuntos exteriores se llamaba lord John Russell. Pero entonces Russell perdió la paciencia. Sin esperar la apertura del Parlamento y contrariamente a todas las costumbres ministeriales, publicó en seguida en la *Gazette* oficial del 12 de enero, su propia correspondencia con lord Lyons. Esta demuestra que Adams le leyó el 19 de diciembre a lord John Russell el despacho de Seward del 30 de noviembre; que Russell reconoció expresamente que ese despacho contenía excusas por el gesto del capitán Wilkes y que Adams —según esas revelaciones de Russell— estaba seguro de la solución pacífica del diferendo. Según esta revelación oficial,

¿qué queda de la *Morning Post* del 21 de diciembre que había negado la llegada de algún despacho de Seward sobre el incidente del *Trent*? ¿Qué queda de la *Morning Post* del 10 de enero que acusaba a Adams de haber suprimido el despacho? ¿Qué queda de todos los rumores de guerra difundidos por la prensa de Palmerston desde el 19 de diciembre de 1861 al 8 de enero de 1862?

¡Peor todavía! El despacho de lord John Russell a lord Lyons del 19 de diciembre de 1861 demuestra que el gabinete inglés nunca presentó un ultimátum de guerra a los Estados Unidos, que lord Lyons nunca recibió instrucciones de dejar Washington siete horas después del envío del "ultimátum"; que Russell ordenó al embajador evitar toda apariencia de amenaza, y que el gabinete estaba determinado a no tomar una *decisión definitiva* sino *después de la recepción* de la respuesta americana. Toda la política estruendosa de la prensa palmerstoniana, que encuentra un eco tan servil en el continente, es pues, una simple quimera. En realidad jamás fue practicada. Prueba simplemente —como hoy lo declara un diario londinense— que Palmerston "buscaba contrarrestar la política proclamada por el Consejo responsable de la Corona y que tenía fuerza de ley".

El hecho siguiente demuestra que el *golpe de mano* de lord Russell ha sacudido a la prensa palmerstoniana como un rayo en un cielo sereno. El *Times* de ayer esquivó la dificultad silenciando pura y simplemente la correspondencia de Russell. Recién hoy reproduce en sus columnas el artículo de la *Gazette* londinense, introducido y comentado por un editorial que evita temerosamente el punto central, es decir el *conflicto que opone al pueblo inglés con el gobierno inglés* y solo lo roza con esta frase que expresa su mal humor: "Lord John Russell se ha preocupado mucho por encontrar la mención de una *excusa* en el despacho de Seward." La cólera de Júpiter tonante de *Printing Square House* se evapora, por el contrario, como humo, en un segundo editorial donde declara que Gilpin, que es ministro de Comercio y partidario de la escuela de Manchester, es indigno de tener una banca en el gobierno. Sin embargo, a este antiguo librero, a este demagogo y apóstol del justo medio que es Gilpin nadie lo considera un héroe. Pero el martes último, en una reunión pública en Northampton que él representa en el Parlamento, cometió este crimen: exhortó al pueblo inglés a impedir con manifestaciones públicas un reconocimiento

intempestivo de la Confederación del Sur que estigmatizó, sin consideraciones, como fruto del esclavismo. ¡Como si —rugió indignado el *Times*— Palmerston y Russell —y el *Times* se acuerda de pronto de la existencia de lord John Russell— no hubieran consagrado toda su vida a combatir la esclavitud! Con seguridad que era una indiscreción cuidadosamente *calculada* la de Gilpin, al invitar al pueblo inglés a entrar en la lucha contra los ardores proesclavistas del ministerio al que él mismo pertenecía. Pero, coño ya lo hemos dicho, Gilpin no es un héroe. Toda su carrera testimonia débiles disposiciones para el papel de mártir. Su indiscreción tuvo lugar el *mismo día* que lord John Russell dio su golpe de mano. De todo esto podemos sacar como conclusión que el gabinete no forma "una familia unida y feliz" y que algunos de sus miembros ya se ha hecho a la idea de un "divorcio".

El *epílogo ruso* del drama del *Trent* no es menos notable que su sacudida ministerial inglesa. Durante todo este alboroto Rusia había guardado silencio y se había quedado con los brazos cruzados en segundo plano. Ahora se precipita sobre el proscenio, le golpea el hombro a Seward y declara que ha llegado el momento de arreglar definitivamente el problema de los derechos marítimos de los Estados neutrales. Como ya sabemos, Rusia cree que su misión es poner los problemas urgentes de la civilización a la orden del día de la historia mundial en el momento y lugar adecuados. Rusia está al abrigo del ataque de cualquier potencia marítima apenas esta, renunciando a sus derechos de beligerancia con respecto a los Estados neutrales, pierde la manera de dominar el comercio exterior ruso. La declaración de París del 16 de abril de 1856<sup>105</sup>, que copia *literalmente* algunas partes del tratado de neutralidad "armada" de 1780 contra Inglaterra, todavía no es ley en Inglaterra. ¡Qué ironía del destino si el diferendo *anglo-americano* terminara con la ratificación por el Parlamento y la corona ingleses de una concesión que dos ministros ingleses hicieron a Rusia, por propia iniciativa, a fines de la guerra anglo-rusa de 1853!



CARLOS MARX

EL DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE  
EL DESPACHO

*Die Presse,*

12/2/1862

Londres, 7 de febrero de 1862

...La parte "técnica" de los debates giró alrededor de *Estados Unidos, Méjico y Marruecos*.

En lo que concierne a los *Estados Unidos los de afuera* (que no forman parte del ministerio) hicieron el elogio *de los de adentro* (que son los felices poseedores). Derby, el jefe conservador de la Cámara de los lores, y Disraeli, el jefe conservador de la Cámara de los comunes, no se levantaron contra el gobierno sino, más bien, uno contra otro.

En principio, Derby señaló su amargura por la ausencia de una "presión exterior" del pueblo. Es verdad, admiraba el estoicismo y la dignidad de los obreros de las fábricas, pero en lo que concierne a los dueños de las fábricas, estaba obligado a excluirlos de sus elogios. El problema americano llegaba muy oportunamente para ellos, ya que la superproducción y el ahogo de todos los mercados, de todas maneras, les hubieran impuesto restricciones comerciales.

Derby continuó atacando violentamente al gobierno de la Unión, que "se había expuesto tanto él como su pueblo a las humillaciones más indignas": no actuó como un "gentleman" porque no tomó la iniciativa de devolver voluntariamente a Mason, Slidell y Cía. y pagar una multa honorable.

Su segundo en los Comunes, Disraeli, comprendió en seguida qué perjudicial eran los cargos de Derby para las esperanzas ministeriales de los conservadores. Por lo tanto tomó el camino contrario y declaró: "Si considero las graves dificultades que los hombres de Estado americanos tienen que afrontar, hasta llegaría a decir que las enfrentan de manera viril y valiente."

Por otra parte —con su habitual espíritu consecuente— Derby protestó contra las "nuevas doctrinas" en materia de derecho marítimo. Inglaterra siempre había defendido los derechos de los beligerantes contra las pretensiones de los Estados neutrales. Es verdad que lord Clarendon había hecho una "peligrosa" concesión en París en 1856. Por suerte todavía no estaba ratificada por la Corona, aunque "no modificara el estado del derecho internacional". Disraeli, en manifiesto acuerdo con el ministerio, por su parte evitó abordar el problema.

Derby aprobó la política de no intervención del ministerio. Como aun no había llegado el momento de reconocer a la Confederación del Sur pidió documentos auténticos para juzgar "en qué medida el bloqueo era de buena fe y efectivo, y si era de tal naturaleza que debía ser reconocido y respetado por la ley de las naciones."

Lord John Russell declaró, por el contrario, que el gobierno de la Unión había utilizado un número suficiente de navíos para el bloqueo, pero no lo había hecho respetar en todos lados de manera consecuente. Disraeli no quiso permitirse ningún juicio sobre la naturaleza del bloqueo, pero pidió al ministerio de Informaciones que le aclarara el tema. Con énfasis, se puso en guardia contra un reconocimiento intempestivo de la Confederación y tanto más por cuanto Inglaterra estaba en tren de comprometerse amenazando a un Estado americano —Méjico— cuya independencia había reconocido antes.

Después de los *Estados Unidos* le tocó el turno a *Méjico*. Ningún miembro del Parlamento condenó esta guerra emprendida sin declaración de guerra, pero sí la intromisión en los asuntos internos de un país en aplicación del principio de no intervención, así como la coalición con Francia y España para intimidar, a medias, a un país sin defensa. Lo que están *fuera* indicaron que simplemente se reservaba a Méjico como pretexto para sus maniobras de partido. Derby reclamó documentos tanto sobre la convención entre las tres potencias, como sobre la manera en que se ejecutó. Aprobó la convención porque —a su parecer— el camino justo para cada una de las partes contratantes era que las reivindicaciones de cada una continuaban siendo *independientes*. Sin embargo, los rumores públicos le hacían temer que una de las potencias al menos —España— continuaba sus operaciones sobrepasando el marco del tratado: como si Derby pensara realmente



que la gran potencia que es España fuera capaz de actuar *contra* la voluntad de Francia y de España, Lord John Russell respondió: las tres potencias persiguen el mismo objetivo y evitan ansiosamente molestar a los mejicanos en el ordenamiento de sus propios asuntos de Estado.

En los comunes, Disraeli se abstuvo de todo juicio hasta que tomó conocimiento de los documentos. Sin embargo, encontró que el “anuncio del gobierno era sospechoso”. Inglaterra había sido la primera en reconocer la independencia de Méjico. Este reconocimiento evoca una política memorable: la *política anti-Santa- Alianza*, así como también una personalidad memorable, la de *Canning*. ¿Qué ocasión singular impulsó entonces, a Inglaterra, a darle el primer golpe a esa independencia? Sin contar con que la intervención cambió en seguida de pretexto. Al comienzo se trataba de obtener reparaciones por las injusticias sufridas por sujetos ingleses. Ahora vemos que se murmura que hay que instaurar nuevos principios de gobierno así como una nueva dinastía.

Lord Palmerston remitió a todo el mundo a los documentos sometidos al Parlamento, a la convención que prohíbe a los aliados “someter” a Méjico e imponerle una forma de gobierno que no cuente con el agrado del pueblo. Pero al mismo tiempo descubre un secreto diplomático: habría oído decir que un partido mejicano desearía la transformación de la república en monarquía, pero no conoce la fuerza de ese partido. En “cuanto a él” todo lo que desea es “que se instaure en Méjico cualquier gobierno que sea capaz de negociar con los Estados extranjeros”. Por lo tanto desea la formación de un nuevo gobierno. En efecto, declaró que *el actual gobierno no existía*.

En consecuencia, asumió la responsabilidad de la alianza de Inglaterra con Francia y España así como el privilegio de la Santa Alianza de decidir la existencia o la no existencia de gobiernos extranjeros. Y agrega modestamente: “Es todo lo que el gobierno de Gran Bretaña trata de alcanzar. ¡Nada más!...”

*“Se les ha reprochado a los comunistas, querer abolir la patria y la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen.”*

CARLOS MARX y FEDERICO ENGELS:  
*El Manifiesto.*

CARLOS MARX

## LA OPINIÓN PÚBLICA INGLESA

*New York Daily Tribune,*

1/2/1862

Londres, 11 de enero de 1862

El desenlace pacífico del conflicto del *Trent* fue saludado con entusiasmo por la masa del pueblo inglés, lo que prueba indudablemente que la guerra esperada era impopular y que se temían sus efectos. Los Estados Unidos jamás deben olvidar que desde el comienzo hasta el fin del conflicto, la *clase obrera* de Inglaterra no los abandonó nunca. Fue gracias a ella que, a pesar de las provocaciones insidiosas renovadas cotidianamente por una prensa naval e irresponsable, no hubo en todo el Reino Unido una sola reunión pública en favor de la guerra durante todo el período en que la paz pendió de un hilo. El único mitin en favor de la intervención fue organizado —cuando la llegada de la *Plata*— en los locales comerciales de la Bolsa de Liverpool por los especuladores del algodón, entre ellos<sup>114</sup>. Hasta en Manchester se daban tan bien cuenta de los sentimientos de la clase obrera que una tentativa aislada de convocar a un mitin por la guerra fue abandonada apenas había germinado la idea.

En todos los lugares donde hubo reuniones públicas tanto en Inglaterra, Escocia o Irlanda<sup>115</sup>, se protestó contra los violentos gritos de guerra de la prensa y los sombríos proyectos del gobierno a la vez que se pronunciaban por una solución amable de los problemas en litigio. Al respecto, los dos mítines más recientes, uno se realizó en Paddington (Londres) y el otro en Newcastle-upon-Tyne, son característicos. En el primero aplaudieron la exposición de Washington Wilkes que afirmó que Inglaterra no tenía derecho a criticar el arresto de los emisarios del Sur; mientras que en el segundo se adoptó por casi unanimidad la siguiente resolución: primero, los americanos sólo son responsables del ejercicio *legal* del derecho de visita y requisa; segundo, hay que

castigar al capitán del *Trent* que violó la neutralidad inglesa, proclamada por la reina.

En circunstancias habituales se hubieran podido atribuir los sentimientos de los obreros ingleses a la simpatía normal que experimentan las masas populares del mundo entero por el único gobierno del pueblo que existe en el mundo. Pero hay más. En las actuales circunstancias, una gran parte de la clase obrera inglesa sufre directa<sup>116</sup> y severamente las consecuencias del bloqueo del Sur, mientras otra parte se siente alcanzada indirectamente por las restricciones del comercio americano debidas —según lo que dicen— a la egoísta política proteccionista de los republicanos. Y además, el único hebdomadario democrático que sigue existiendo —el *Reynold's Weekly Newspaper*— se ha vendido a Yancey y Mann y semana tras semana, se desgaña en llamados a la clase obrera, para que esta en su propio interés, impulse al gobierno a la guerra contra la Unión. En tales condiciones, la simple justicia exige que se considere con respeto la firme actitud de la clase obrera inglesa, y por lo tanto no se le puede oponer el comportamiento hipócrita, fanfarrón, débil y tonto del oficial y bienpensante John Bull.

¡Qué diferencia con la actitud del pueblo cuando el conflicto ruso de 1853-1856! En esa época el *Times*, la *Post* y otros órganos serviles de Londres lloriqueaban por la paz, y en todos lados les respondieron gigantescos mítines en favor de la guerra. Hoy ésta prensa aulla por la guerra, mientras le responden mítines por la paz que denuncian los proyectos fratricidas oficiales así como las simpatías proesclavistas del gobierno. Realmente era un gusto ver la contrariedad de los augures de la opinión pública cuando llegó la noticia del arreglo pacífico del asunto del *Trent*.

En principio hay que felicitarse por la dignidad, el buen sentido, la buena voluntad y la moderación de las que dieron prueba las masas, día tras día, a lo largo de este mes. En los dos días siguientes a la llegada de la *Plata* estaban moderadas, mientras Palmerston dudaba y buscaba a ver si podía encontrar algún pretexto legal para el conflicto. Apenas los consejeros jurídicos de la Corona encontraron un pretexto legal, se desencadenaron alaridos como no se escuchaban desde la guerra antijacobina<sup>117</sup>. Desde comienzos de diciembre partieron los despachos del gobierno inglés

desde Queenstown. No se podía esperar una respuesta de Washington antes de comienzos de enero. Los acontecimientos que se produjeron en el intervalo hablaban, todos, en favor de los americanos. El tono de la prensa del otro lado del Atlántico era calmo, aunque el asunto de Nashville<sup>118</sup> había despertado las pasiones. Todos los hechos averiguados muestran que el capitán Wilkes actuó por propia decisión.

La situación del gobierno de Washington era delicada. Si se oponía a las exigencias inglesas, se arriesgaba a complicar la guerra civil con una guerra exterior. Si cedía, perjudicaba su autoridad interna, y parecía retroceder ante una presión extranjera. Y en esa situación, el gobierno sostenía, al mismo tiempo, una guerra que gozaba de las más cálidas simpatías de cualquier hombre que no fuera un rufián.

La prudencia y la decencia más elementales en consecuencia debieron dictarles a la prensa inglesa —al menos durante el tiempo que se esperaba la respuesta americana al pedido inglés— la abstención de toda palabra susceptible de contribuir a enardecer los espíritus, suscitar animosidad y complicar las dificultades ya existentes. ¡Pero no! Esta prensa “que no puede reprimir su bajeza y su servilismo” según la opinión de William Cobbett —una autoridad en la materia— durante medio siglo reptó humildemente ante la arrogancia creciente y los insultos de los gobiernos proesclavistas porque temía que los Estados Unidos se unieran finalmente en una sola fuerza. Y ahora se alegra ruidosamente, como los cobardes, de poder vengarse del gobierno republicano que está absorbido por las pesadas tareas de la guerra civil interna. La historia de la humanidad no conoce un ejemplo más infame de confesión de la propia bajeza.

Uno de los lacayos, el *Moniteur* privado de Palmerston —la *Morning Post*— revela que algunos diarios americanos lo acusan de un acto ignominioso: John Bull jamás fue informado —porque sus dueños y oligarcas le ocultaron cuidadosamente la noticia— que Seward, sin esperar el despacho de Russell, desmintió toda participación del gabinete de Washington en el gesto del capitán Wilkes. El despacho de Seward llegó a Londres el 19 de diciembre. El 20 de diciembre, el rumor de ese “secreto” se difundió por la Bolsa. El 21, los criados de la *Morning Post* intervinieron para

anunciar seriamente que “el despacho en cuestión no tenía ninguna relación con los incidentes ocurridos en el navío postal”.

El lector pensará que tal vez tratamos demasiado duramente a esta prensa servil. Pero en el *Daily News*, el *Morning Star* y otros diarios londinenses, la experiencia nos ha enseñado desde hace bastante que el lector no sabrá jamás qué pasa con los demás en el exterior. En efecto *Morning Post*, el *Times*, y hasta la *Patrie* y el *Pays*, se ingenian para engañar al público no sólo para extravíarlo en materia política sino también para despojarlo financieramente en beneficio de sus dueños, en el dominio de la bolsa.

El cínico *Times* se da perfectamente cuenta que en el curso de toda la crisis, sólo se comprometió a sí mismo y más aún él mismo ha aportado la prueba de la vacuidad de la afirmación según la cual ejercería alguna influencia verdadera en el pueblo de Inglaterra. Utiliza una argucia que hoy, en Londres, sólo actúa sobre los músculos de la risa, pero que, sin embargo, puede ser mal comprendida del otro lado del Atlántico. Las “clases populares” de Londres, el “mob” —como las llaman los lacayos de la prensa— han manifestado claramente —hasta se hizo un problema en los diarios con esto— que considerarían extremadamente conveniente, recibir a los esclavistas Mason (que dicho sea de paso, es un pariente lejano de Palmerston, ya que su bisabuelo se casó con una hija de sir W. Temples)<sup>119</sup>, Slidell & Co. de la misma manera como recibieron a Haynau cuando visitó la cervecería de Barclay (IV). El *Times* ya está espantado ante la idea de un incidente tan chocante. Pero, ¿cómo pararlo? Exhorta al pueblo inglés a no recibir con una ovación a Mason, Slidell & Co. El *Times* sabe muy bien que su artículo de hoy hizo reír en todos los *bistrotts* de Londres. ¡Pero poco importa! Del otro lado del Atlántico algunos pensarán tal vez que el magnánimo *Times* ha salvado a América del insulto de las ovaciones entusiastas a Mason, Slidell & Co. cuando en realidad trató de proteger a esos señores de graves molestias.

Mientras el asunto del *Trent* no estuvo arreglado, *Times*, *Morning Herald*, *Economist* y *Saturday Review*— en el fondo toda la prensa convencional y venal de Londres— intentaron todo para convencer a John Bull de que el gobierno de Washington aunque lo quisiera sería incapaz de salvaguardar la paz, porque el popu-

lacho no se lo permitiría y el mismo gobierno federal era el gobierno del populacho. Los acontecimientos demostraron que esto era una mentira. ¿Esta prensa trata ahora de reparar sus malvados insultos al pueblo americano? ¿Al menos aprendió la lección, es decir, que los lacayos no pueden pretender juzgar las acciones de los pueblos libres? Nada de eso. Hoy es unánime en descubrir que el gobierno americano, al no prevenir el pedido de Inglaterra y no darles la extradición a los traidores sudistas apenas fueron capturados, dejó pasar la ocasión y quitó todo mérito a su presente concesión. ¡Verdaderos lacayos!

Seward condenó el gesto de Wilkes aún antes de recibir el pedido de explicación inglés y declaró en seguida que quería intentar el camino de la conciliación. ¿Qué se hace en semejantes circunstancias? ¿Qué hizo el gobierno inglés cuando con el pretexto de enrolar por la fuerza a marineros capturados a bordo de navíos americanos —un pretexto que no tiene nada que ver con los reglamentos de la marina sino que por el contrario es una enorme usurpación para cualquier noción de derecho internacional— el *Leopard* hizo una descarga sobre el *Chesapeake* y mató a seis marineros e hirió a otros veintiuno, antes de hacer prisioneros a bordo del *Chesapeake* a pretendidos ciudadanos ingleses? Esta exacción se produjo el 10 de junio de 1807. Verdadera satisfacción —devolución de marineros, etc.— recién se ofreció cinco años después, el 8 de noviembre de 1812. Es verdad que el gobierno inglés desautorizó en seguida el gesto del almirante Berkeley, como Seward lo hizo con el capitán Wilkes; sin embargo, a manera de castigo, el almirante fue promovido a un grado superior. Al proclamar las ordenanzas del Consejo<sup>120</sup>, Inglaterra reconoció abiertamente que había violado los derechos de los Estados neutrales en general y de los Estados Unidos en particular; que esto le era impuesto por la fuerza como las medidas de represalias contra Napoleón, que se sentiría feliz al dejar de actuar así con la condición de que Napoleón tampoco violara los derechos de los Estados neutrales. En lo que concierne a los Estados Unidos, Napoleón cesó sus usurpaciones en la primavera de 1810, pero Inglaterra persistió en violar los derechos marítimos de América. Su resistencia duró desde 1806 hasta el 23 de junio de 1812, después que los Estados Unidos declararon la guerra a Inglaterra el 18 de junio de 1812. En este caso, Inglaterra se negó durante seis

años a cesar sus usurpaciones --abiertamente reconocidas-- aunque cada vez, las reparaba. ¡Y hay gente que se permite decir que el gobierno americano ha dejado pasar una brillante ocasión! Que su queja fuera justa o falsa, es una villanía por parte del gobierno británico apoyarse en esa queja que se refiere a un simple error técnico o falta de procedimiento, por medio de un ultimátum que exige la devolución de los prisioneros. El gobierno americano podía tener razones en ceder a este ultimátum, pero no podía tenerlas para tomar la iniciativa de arreglo de este conflicto por medio de una concesión unilateral.

Al calmar el actual conflicto del *Trent* no se ha arreglado, en absoluto, el problema que provocó toda la disputa y que probablemente resurgirá; es decir los derechos de una potencia marítima frente a los Estados neutrales.

Con el permiso de ustedes, intentaré tratar todo este problema en un próximo artículo. Por el momento permítanme decir que, a mi parecer, Mason y Slidell le han hecho un gran servicio al gobierno federal. En Inglaterra existía un influyente partido a favor de la guerra, que ya sea por razones comerciales o por razones políticas, aspiraba a un conflicto con los Estados Unidos. El asunto del *Trent* puso a prueba a este partido y este fracasó. El furor de la guerra se calmó con un asunto menor que sirvió de válvula: el entusiasmo delirante de la oligarquía le hizo sombra a la democracia inglesa, chocó a los diversos intereses británicos ligados a los Estados Unidos y dio conciencia a los obreros sobre la verdadera naturaleza de la guerra civil. Todo esto va a poner un límite al peligroso período en el que Palmerston reinaba como autócrata, sin que lo molestara el Parlamento. Fue el único momento en que pudo aventurarse a una guerra de Inglaterra al lado de los esclavistas. Ahora ese momento ya ha pasado.

CARLOS MARX

## UN MITIN PROAMERICANO

*Die Presse,*

5/1/1862

Londres, 1 de enero de 1862

Día a día, el movimiento de oposición a la guerra toma más energía y amplitud en el seno del pueblo inglés. Durante las reuniones públicas organizadas un poco en todos los lugares del país, se pide el *arbitraje* del conflicto entre Inglaterra y América. Sobre el jefe del gabinete llucven memorándums redactados en este sentido, y la *prensa* independiente de *provincia* es, por así decirlo, unánime en su oposición a los llamados belicistas de la prensa londinense.

Damos a continuación un resumen detallado del mitin del lunes último realizado en Brighton, porque emana de la clase obrera y porque los dos oradores principales —Conningham y White— son miembros influyentes del Parlamento, que se sientan del lado *ministerial* de la Cámara.

Wood (un obrero) propuso la primera moción al afirmar que “el conflicto entre Inglaterra y América surge de una mala interpretación del derecho internacional, y no de un insulto deliberado a la bandera inglesa; que la presente asamblea considere, por lo tanto, que todo el litigio debería ser planteado ante una potencia neutral para que esta arbitrara; que en esas condiciones una guerra con América no sólo no se justificaría sino que por el contrario, debería ser condenada por el pueblo inglés”.

Para apoyar su moción, Wood señaló: “Pretenden que este nuevo insulto no es sino el último anillo de una cadena de insultos que América le habría hecho a Inglaterra. ¿Pero suponiendo que esto sea verdad, qué probaría con respecto a los que proclaman la guerra actualmente? Nada más que esto: mientras América estaba unida y fuerte, aceptamos sus ultrajes sin movernos, pero ahora que está en peligro, explotamos una posición favorable para ven-

gar el insulto. ¿Esta manera de proceder no nos estigmatiza como cobardes a los ojos del mundo civilizado?”

Conningham: “En este momento, la Unión practica una franca política de emancipación (*aplausos*), y yo formulo la seria esperanza de que no se permita ninguna *intervención* por parte del gobierno inglés. (*Aplausos*.) ¿Quieren ustedes, libres ingleses, admitir que los impliquen en una guerra antirrepublicana? Tal es la intención del *Times* y del partido que está detrás de él... Llamo a los obreros de Inglaterra que tienen el mayor interés en mantener la paz, para que eleven la voz y, llegado el caso, el puño, para impedir la perpetración de tal crimen. (*Aplausos sonoros*.) El *Times* ha aplicado todos los medios para excitar las tendencias belicistas del país y para suscitar la hostilidad entre los americanos agravando los rencores y las discordias... Yo no pertenezco a lo que llaman el partido pacifista. En 1853, el *Times* favoreció la política de Rusia y juntó todas sus fuerzas para invitar a nuestro país a asistir, sin moverse, a todas las usurpaciones militares de la barbarie rusa en el Este. Yo entonces estuve entre los que elevaron su voz contra esa falsa política cuando el debate sobre la *ley de conspiración* que tenía por objeto facilitar la extradición de los refugiados políticos. El *Times* no ahorró esfuerzos para hacer pasar esta ley en los Comunes. Yo era uno de los noventa y nueve miembros de la Cámara que resistieron esa usurpación de las libertades del pueblo inglés y derrocaron al ministro. (*Aplausos*.) Ahora ese mismo ministro se encuentra al frente del gabinete. Profetizo que si trata de arrastrar a nuestro país, sin motivos válidos, a una guerra contra América, su plan fracasará lamentablemente. Le prometo una nueva derrota humillante, una derrota peor todavía que la que le hemos infligido cuando la ley de conspiración. (*Aplausos sonoros*.) No conozco el pedido oficial que se transmitió a Washington; pero la opinión prevé que los consejeros jurídicos de la Corona recomendaron al gobierno parapetarse estrictamente en el terreno jurídico, según el cual los delegados sudistas no podían ser detenidos sin el navío que los transportaba. En consecuencia, se pediría como *conditio sine qua non* la devolución de Slidell y Mason.

“Admitamos que el pueblo del otro lado del Atlántico no permite que su gobierno nos devuelva a esas dos personas. ¿Quieren ir a

la guerra para recuperar los cuerpos de esos dos embajadores de los esclavistas?... Existe en ese país un partido belicista antirrepublicano. Acuérdense de la última guerra rusa. Luego de que Petersburgo publicó los despachos secretos, no quedaron dudas de que los artículos publicados por el *Times* en 1855 habían sido redactados por una persona que tenía acceso a los archivos y documentos secretos del Estado ruso. En esa época Lyard leyó en los Comunes los pasajes notorios, y el *Times*, confundido, modificó en seguida su tono; desde el día siguiente empezó a hacer sonar la trompeta de la guerra... El *Times* se enfrentó varias veces con el emperador Napoleón y apoyó al gobierno cuando pidió créditos para fortificar las costas e instalar baterías flotantes. Después de actuar así y dar la voz de alarma contra Francia, el *Times* quiere ahora dejar nuestras costas al descubierto frente al emperador francés, en el momento en que implica a nuestro país en una guerra del otro lado del Atlántico... Es de temer que los grandes preparativos armados, en gran escala, no tiendan solo al caso del Trent sino también a la eventualidad de un reconocimiento por nuestro gobierno de los Estados esclavistas. Si Inglaterra se presta a esta maniobra, se cubrirá de vergüenza eterna.”

White: “Hay que reconocer que la clase obrera es el origen de esta reunión y que todos los gastos de organización han sido soporados por su comité... El actual gobierno jamás tuvo el tacto de actuar honesta y francamente con el pueblo... En ningún momento creí en alguna posibilidad de guerra por el asunto del Trent. Les dije en la cara, a varios miembros del gobierno, que ningún ministro pensaba en la posibilidad de una guerra por el incidente del Trent. ¿Entonces por qué todos estos gigantescos preparativos? Creo que Inglaterra y Francia se han puesto de acuerdo para reconocer la independencia de los Estados sudistas en la próxima primavera. Hasta entonces, Gran Bretaña mantendría su flota en las aguas americanas, flota de una superioridad aplastante. Se terminaría además el sistema de defensa en Canadá. Si los Estados del Norte entonces, están decididos a hacer del reconocimiento de los Estados sudistas un *casus belli*, Gran Bretaña estaría lista...”

El orador siguió exponiendo los peligros de una guerra con los Estados Unidos, hizo revivir en las memorias las manifestaciones de simpatía de América cuando la muerte del general Havelock, la ayuda de los marinos norteamericanos a los barcos ingleses cuando

el desgraciado problema de Peiho, etc. Terminó señalando que la guerra civil acabaría con la abolición de la esclavitud y que en consecuencia Inglaterra debía de estar absolutamente del lado del Norte.

Se adoptó por unanimidad la moción presentada al comienzo de la sesión y se presentó a la asamblea un memorándum dirigido a Palmerston; después de discutirlo también fue adoptado.

CARLOS MARX

## UN MITIN OBRERO EN LONDRES

*Die Presse,*

2/2/1862

Londres, 28 de enero de 1862

Como ya sabemos, la clase obrera no está representada en el Parlamento, aunque sea una parte constitutiva de la sociedad tan preponderante que ninguna *representación campesina* recuerda haber ocupado tal posición. Aunque ausente del parlamento no por eso deja de tener influencia política. No hay innovación importante, medida decisiva que se haya podido introducir en Inglaterra sin esta *presión del exterior*, sea que la oposición la necesite contra el gobierno, o que el gobierno la necesite contra la oposición. Por *presión del exterior* el inglés entiende las grandes manifestaciones populares extraparlamentarias, que naturalmente no pueden organizarse sin la activa participación de la clase obrera.

En su guerra antijacobina, Pitt supo utilizar a las masas contra los whigs. La emancipación católica, el bill de reforma, la abolición de las leyes cerealeras, el rechazo de la ley sobre la conspiración de Palmerston<sup>121</sup>, cada una de esas medidas fue el fruto de violentas manifestaciones extraparlamentarias donde la clase obrera tanto fue aguijoneada artificialmente como actuó espontáneamente, a veces fue el actor consciente del drama, a veces solo

fue el coro; aquí jugó el papel principal allá los roles secundarios, según las circunstancias. Siendo esta la actitud de la clase obrera inglesa, en lo que concierne a la guerra civil americana, fue mucho más impresionante.

La miseria, producida por el paro de las fábricas o la disminución de horas de trabajo *motivados* por el bloqueo de los Estados esclavistas es terrible y aumenta día a día entre los obreros de las regiones manufactureras del norte de Inglaterra. Las otras fracciones de la clase obrera no sufren a tal punto, pero lo mismo sufren, sin embargo, mucho de la reacción de la crisis de la industria algodonera en las otras ramas de la industria, ya sea porque las exportaciones de sus productos hacia el norte de América disminuyeron como consecuencia de la tarifa Morrill, o porque las exportaciones hacia el sur están arruinadas por el bloqueo. El problema de la intervención inglesa en América, en estos momentos, se ha convertido en un problema del pan cotidiano para los obreros. Esta presión todavía está reforzada por el hecho que sus "superiores naturales" no desdeñan ningún medio para excitar su cólera contra los Estados Unidos. El único diario obrero que existe y está ampliamente difundido —el *Reynolds's Weekly Newspaper*— fue comprado, hace seis meses, por los burgueses, para poder renovar cada semana, con violentas diatribas, el *ceterum censeo*<sup>97</sup>, de la intervención inglesa a los Estados Unidos.

La clase obrera se da perfectamente cuenta de que el gobierno sólo espera un grito de abajo, la menor *presión del exterior* en favor de la intervención para poner fin al bloqueo americano y a la miseria inglesa. En esas condiciones, hay que admitir la obstinación con que la clase obrera se calla, o rompe el silencio para elevar su voz *contra* la intervención y *por* los Estados Unidos. Esta es una nueva y brillante prueba del indestructible valor de las masas obreras inglesas, valor que representa el secreto de la grandeza de Inglaterra y que —para hablar con el lenguaje hiperbólico de Mazzini— ha hecho aparecer al simple soldado inglés como a un semidiós, durante la guerra de Crimea y en otras ocasiones.

Para ilustrar la "política" de la clase obrera, hacemos un resumen de un gran *mitin obrero*, que se realizó ayer en Marylebone, uno de los distritos más populares de Londres:



Steadman, el presidente, abrió la reunión señalando que convenía tomar una decisión sobre el *recibimiento que el pueblo inglés debía reservarle a Mason y Slidell*: "Se trata de considerar si esos señores han hecho el viaje a Inglaterra para liberar a los esclavos de sus cadenas o para forjarles aquí un anillo más."

Yates: "En esta ocasión, la clase obrera no debe guardar silencio. Los dos personajes que atraviesan el océano Atlántico para venir aquí, son agentes de los Estados esclavistas y tiránicos. Están en franca rebeldía contra la Constitución legal de su país y vienen aquí para decidir a nuestro gobierno a reconocer la independencia de los Estados esclavistas. Es deber de la clase obrera elevar ahora su voz, ya que el gobierno no debe creer que seguiremos su política exterior con indiferencia. Debemos mostrarle que el dinero gastado por el pueblo inglés para la emancipación de los esclavos no debe ser derrochado inútilmente. Si nuestro gobierno hubiera actuado honestamente habría apoyado de todo corazón a los Estados del Norte en su lucha para aplastar esta terrible rebelión."

Después de haber defendido largamente a los Estados del Norte y observar que "la violenta tirada de Lovejoy ha sido provocada por las calumnias de la prensa inglesa", el orador propuso la moción siguiente:

"Esta asamblea decide que los agentes de los rebeldes —Mason y Slidell— que acaban de dejar América hacia Inglaterra, son absolutamente indignos de las simpatías morales de la clase obrera inglesa, dado que son propietarios de esclavos, así como agentes declarados de una facción despótica que en este mismo momento, está en rebelión contra la República americana y es el enemigo jurado de los derechos sociales y políticos de la clase obrera de todos los países."

Whyne sostuvo esta moción pero dijo que caía de su peso que en el curso de la visita a Londres convenía evitar todo insulto personal respecto de Mason y Slidell.

Nichols —un habitante "del extremo norte de los Estados Unidos" como él mismo se presentó, de hecho abogado del diablo en ese mitin para Yancey y Mann— también se opuso a la moción: "Estoy aquí porque existe la libertad de palabra. En nuestro país el gobierno no permite abrir la boca a nadie, desde hace tres

meses. La libertad no sólo está ahogada en el Sur sino también en el Norte, pero no se animan a abrir la boca. Nada menos que doscientos diarios están prohibidos o han sido destruidos por el populacho. Los Estados del Sur tienen el mismo derecho de secesión con el Norte, que los Estados Unidos el de haberse separado de Inglaterra."

A pesar de la locuacidad de Nichols, la primera moción fue adoptada por unanimidad. Pero volvió a tomar la palabra: "Si reprochan a Mason y Slidell el ser esclavistas, vale lo mismo para Washington, Jefferson, etcétera."

Beales refutó a Nichols en detalle y planteó en seguida una segunda moción: "Dados los esfuerzos mal disfrazados del *Times* y de otros diarios que inducen a error a la opinión pública inglesa sobre los asuntos americanos, quieren arrastrarnos con diversos pretextos a una guerra con millones de nuestros hermanos de sangre, y explotan las actuales dificultades de la República para calumniar las instituciones democráticas, la presente asamblea considera que es un deber particular de los obreros que no están representados en el senado de la nación, expresar sus simpatías por los Estados Unidos en su lucha gigantesca para el mantenimiento de la Unión; denunciar la escandalosa deshonestidad de los abogados del esclavismo que son el *Times* y otros diarios aristocráticos emparentados con él; formular de la manera más neta su oposición a la política de intervención en los asuntos de los Estados Unidos y su apoyo al arreglo de eventuales litigios a través de comisarios o tribunales de arbitraje elegidos por las dos partes; condenar la política de guerra de la prensa de los estafadores de la bolsa, y manifestar nuestra más cálida simpatía por los esfuerzos de los abolicionistas con miras a solucionar definitivamente el problema de los esclavos."

Esta moción fue adoptada por unanimidad como así también la proposición final, a saber: "hacer llegar, al gobierno americano, por intermedio del señor Adams, una copia de las resoluciones adoptadas, que expresan los sentimientos y la opinión de la clase obrera de Inglaterra".



- I Esta parte es la menos conocida de la guerra civil americana de 1861-1865. Aquí es donde la acción de Marx y Engels es más comprometida y por lo tanto, toma mayor relieve.
- II *Jenkins*: nombre popular que se le da a un lacayo de librea. *Rodomonte* rey de Argelia, en el poema *Orlando Furioso* de Ariosto. Esta figura personifica la jactancia.
- III En economía política, esta escuela defiende los principios del librecambio y en filosofía, el liberalismo. Marx demuestra aquí que el liberalismo limita la noción de Estado y se une al dirigismo.
- IV En 1850, Haynau —un general austríaco reaccionario— fue vapuleado por los obreros londinenses encolerizados, cuando visitó la cervecería de Barclay.

#### IV

#### VICTORIA Y COMPROMISO

*En el curso de la revolución burguesa “las reivindicaciones más radicales se imponen en ciertos momentos, después el partido más moderado vuelve a tomar la delantera: las conquistas del partido radical vuelven a perderse, totalmente o en parte, los vencidos claman traición a atribuyen la derrota al azar. En realidad, casi siempre las cosas ocurren así: las conquistas de la primera victoria solo se consolidan con la segunda victoria del partido más radical; una vez adquirido esto, es decir, lo momentáneamente necesario, los elementos radicales y sus éxitos desaparecen de nuevo del teatro de operaciones”. (F. ENGELS: Introducción de 1895 a La lucha de clases en Francia.)*

CARLOS MARX

CRISIS EN EL PROBLEMA ESCLAVISTA

*Die Presse,*

14/12/1861

Londres, 10 de diciembre de 1861

Los Estados Unidos, evidentemente han alcanzado un punto de crisis en el problema de fondo de toda la guerra civil: *el de los esclavos*. El general Frémont fue separado de sus funciones porque declaró que los esclavos *de los rebeldes* debían ser liberados. Poco después, el gobierno de Washington publicó una directiva al general Sherman, comandante de la expedición en Carolina del Sur, que iba más lejos que la proclama de Frémont, ya que prescribía que los esclavos fugados, aunque pertenecieran a esclavistas "leales", debían recibir el status de asalariados y, en ciertas condiciones, debían ser armados. Los esclavistas "leales" debían consolarse con la idea de cobrar luego una compensación.

El coronel Cochrane va más lejos que Frémont y exige que todos los esclavos sean armados, como medida de guerra. El secretario de la Guerra aprueba oficialmente el "espíritu" de las proposiciones de Cochrane.

En estos entredichos, el secretario de Interior desautorizó al secretario de Guerra, en nombre del gobierno. El secretario de Guerra reiteró su "opinión" con más energía todavía en una conferencia oficial, y reveló que planteó toda esta cuestión en una comunicación al Congreso. El sucesor de Frémont en Misuri, el general Halleck, al igual que el general Dix en Virginia oriental echan a los esclavos fugitivos de los campamentos del ejército y les prohíben volver a aparecer en el futuro en las proximidades de las posiciones ocupadas por su ejército. Sin embargo, en el mismo momento el general Wool recibe con los brazos abiertos el "con-

trabando" negro<sup>122</sup> en el fuerte de Monroe; los viejos líderes del Partido *demócrata*, los senadores Dickinson y Crowell (ex miembros de la llamada regencia demócrata)<sup>123</sup> aprueban a Cochrane y Cameron, y el coronel Jennison sobrepasa a todos sus superiores jerárquicos en una orden del día a sus tropas donde, entre otras cosas, declara:

"Ninguna contemporalización en lo que concierne a los rebeldes y a los que simpatizan con ellos... Le he declarado al general Frémont que no tomé las armas, que yo sepa, para que la esclavitud sobreviva a este combate. Los esclavos que pertenecen a los rebeldes siempre encontrarán ayuda y protección en este campamento, y los defenderemos hasta el último hombre y hasta el último cartucho. *Entre mis tropas no quiero a hombres que no sean abolicionistas*. Aquí no hay lugar para ellos, y espero que no lo haya entre nosotros, porque cada uno sabe que la esclavitud es el fondo, el medio y la punta de esta guerra infernal... Si el gobierno desapruca mi manera de actuar puede quitarme mi cargo de oficial pero, en ese caso, actuaría *por propia iniciativa*, aunque al comienzo solo contara con seis hombres."

En los Estados fronterizos esclavistas —sobre todo en Misurí y en menor grado en Kentucky— el problema de los esclavos está en vías de resolverse en la práctica. En efecto, los elementos esclavistas han sido barridos en masa. Por ejemplo, en Misurí, cincuenta mil esclavos desaparecieron, una parte se fugó, otra fue deportada por los esclavistas hacia los Estados que se encuentran más al sur.

Un acontecimiento, muy importante y característico, no encuentra ningún eco, curiosamente, en ningún diario inglés. El 18 de noviembre, tuvo lugar una reunión de los delegados de cuarenta y cinco condados de Carolina del Norte, en la isla Hatteras: nombraron un gobierno provisorio, desaprobaron el acta de secesión y proclamaron el retorno de Carolina del Norte al seno de la Unión. Los condados de Carolina del Norte representados en esta asamblea fueron invitados a elegir sus representantes al Congreso de Washington.

CARLOS MARX

## UN TRATADO CONTRA EL COMERCIO DE ESCLAVOS

*Die Presse,*

22/5/1862

Londres, 18 de mayo de 1862

El tratado para la supresión del comercio de esclavos, concertado entre Estados Unidos e Inglaterra el 7 de abril de este año, en Washington, fue comunicado a la prensa y publicado *in extenso* por los diarios americanos.

Los puntos esenciales de este importante documento son los siguientes: el derecho de requisa es recíproco, pero no puede ser ejercido por ambos lados sino por navíos de guerra que hayan obtenido, a este efecto, plenos poderes especiales de una de las dos potencias contratantes. Periódicamente, las potencias contratantes se comunican la lista completa de los barcos de su marina afectados a la vigilancia de la trata de negros. El derecho de requisa no puede ejercerse contra navíos mercantes sino a una distancia de doscientas millas de la costa africana, al sur del grado 32 de latitud norte y a treinta millas marinas de la costa de Cuba. Los cruceros americanos no tienen derecho a la investigación sobre navíos ingleses, tanto como los cruceros ingleses no la tienen sobre los navíos americanos en las aguas territoriales inglesas o americanas (por lo tanto a tres millas marinas de la costa) y frente a los puertos o localidades habitadas por potencias extranjeras.

Cortes mixtas, formadas mitad por ingleses y mitad por americanos, con asiento en Sierra Leona, en el Cabo y en Nueva York, son competentes para juzgar a los navíos capturados. En caso de condena de un navío y en la medida en que esto no ocasione gastos exorbitantes, la tripulación será entregada a la jurisdicción de la nación bayo cuyo pabellón navega el barco. No solo a su bordo negros cautivos sino también a los dispositivos de los propietarios del barco, incurrirán, llegado el caso, en las penalidades previstas por las leyes de esa nación. Los resarcimientos para los navíos mercantes establecidos por los tribunales mixtos

deben ser pagados en el plazo de un año por la potencia bajo cuya bandera navega el barco de guerra corsario. El derecho legal para maniobrar en el mar no se aplica solo a los navíos que tienen a su bordo negros cautivos, sino también a los dispositivos de armamentos característicos de los navíos que sirven para la trata de negros: esposas, cadenas y otros instrumentos que sirven para cuidar a los negros, en fin, los alimentos si la cantidad no guarda relación con las necesidades de la tripulación. Un navío en el que se encuentran tales artículos sospechosos es obligado a dar prueba de su inocencia: aun en caso de absolución no puede pretender un resarcimiento.

Los comandantes de los cruceros si sobrepasan los poderes conferidos, son pasibles de castigo por su propio gobierno. Si el comandante de un crucero de una de las potencias que firman el contrato sospecha que un navío mercante, escoltado por uno o varios barcos de guerra de la otra potencia firmante, puede tener a bordo negros o estar comprometido en la trata de esclavos africanos o equipado para tal fin, debe participar sus dudas al comandante de la escolta y visitar, de acuerdo con él, el navío sospechoso, que será conducido a uno de los asientos de las cortes mixtas, si entrara en la categoría de barcos prevista por el tratado.

Los negros que se encuentren a bordo de los navíos condenados serán puestos a disposición del gobierno bajo cuyo pabellón se realizó la captura. Deberán ser inmediatamente liberados y quedarán en libertad bajo la garantía del gobierno del territorio en que se encuentran. El tratado no puede ser derogado antes de diez años. Continúa en vigor un año después de la fecha de revocación por una de las partes firmantes.

Este tratado angloamericano —fruto de la guerra civil americana— ha dado un golpe mortal a la trata de negros. En efecto, será complementado por una ley recientemente presentada en el Congreso por el senador Sumner, que deroga la ley de 1808 sobre el comercio de negros en las costas de los Estados Unidos y castiga como crimen el transporte de esclavos de un puerto a otro de los Estados Unidos<sup>124</sup>. Esta ley trabará considerablemente el comercio de los Estados fronterizos esclavistas que practican la crianza de negros, con los Estados consumidores, es decir los Estados esclavistas propiamente dichos.

CARLOS MARX

## MANIFESTACIONES ABOLICIONISTAS EN AMÉRICA

*Die Presse,*

30/8/1862

Londres, 22 de agosto de 1862

Ya hace algún tiempo que señalamos en estas columnas que el presidente Lincoln, por sus escrúpulos jurídicos, su espíritu mediador y constitucionalista, sus orígenes y sus lazos con Kentucky, ese Estado fronterizo esclavista, tenía muchas dificultades en separarse del compromiso con los esclavistas "leales". Sin embargo, al tratar de evitar toda ruptura abierta con ellos, suscita un conflicto con los partidos del Norte más consecuentes en el dominio de los principios y que son empujados cada vez más al centro de la escena por los mismos acontecimientos. Se puede considerar como prólogo de este conflicto el discurso de *Wendell Phillips* en Abbingdon en Massachusetts, en ocasión del aniversario de la emancipación de los esclavos en las Indias occidentales británicas.

Con *Garrison* y *G. Smith*, *Wendell Phillips* es el jefe de los abolicionistas de Nueva Inglaterra. Durante treinta años sin desfallecer y a riesgo de su vida, ha dado el grito de batalla de la emancipación de los esclavos, sin preocuparse por las burlas de la prensa, por los gritos de rabia de los bandidos a sueldo, ni de los amigos inclinados a la conciliación. Sus mismo adversarios lo reconocen como uno de los más grandes oradores del Norte; une a una naturaleza de hierro una energía indomable y una total probidad. Hoy el *Times* de Londres —¿y que podría caracterizar mejor a este diario de buena voluntad?— denuncia al gobierno de Washington el discurso de *Wendell Phillips* en Abbingdon, ya que habría "abusado" de la libertad de expresión: "Es difícil imaginar algo más violentamente desmesurado. Nunca en tiempos de guerra civil, en ningún país, un hombre sano de espíritu y que aprecia el valor de su vida y de su libertad hubiera pronunciado palabras de una audacia tan enloquecida. Al leer ese discurso, no

podemos dejar de sacar como conclusión que el fin de orador es forzar al gobierno a la persecución.”

Y el *Times* —a pesar, o tal vez a causa de su odio hacia el gobierno de la Unión— parece dispuesto a jugar el papel de acusador público.

En la situación actual, *el discurso de Wendell Phillips en Abington es más importante que un parte de batalla*. Es por eso que queremos mencionar aquí los pasajes más importantes:<sup>125</sup>

“El gobierno lucha por el mantenimiento de la esclavitud, por eso su combate es estéril. Lincoln lleva la guerra como hombre político. Aun hoy teme frente a Kentucky más que frente a todo el Norte. Deposita confianza en el Sur. Si se le pregunta a los negros de los campos de batalla si están espantados por el diluvio de fuego y hierro que se desploma sobre la tierra y hace pedazos los árboles, responden: ‘¡No massa (señor), sabemos que esto no nos concierne!’”

“Los rebeldes podrían decir lo mismo de las bombas de McClellan. Saben que su objetivo no es hacerles mal. No digo que McClellan sea un traidor, pero sí digo que si fuera un traidor no actuaría de otra manera. No tiemblen por Richmond: McClellan no lo tomará.

“Si seguimos conduciendo la guerra de esta manera, sin principio rector, solo derrocharemos en vano la sangre y el oro. Valdría más otorgarle inmediatamente la independencia al Sur que poner en peligro una sola vida humana, por una guerra basada en la execrable política actual. Se necesitan ciento veinticinco mil hombres por año y un millón de dólares por día para sostener la guerra en las condiciones actuales. Y no se llega a derrotar al Sur.

“Como diría Jefferson: ‘Los Estados del Sur tienen agarrado al lobo, pero no pueden ni retenerlo ni dejarlo.’ Así también nosotros tenemos agarrado al Sur, sin poder apoderarnos, ni liberarnos de él. Si mañana se lo reconoce no por eso se logrará la paz. Durante ochenta años vivió con nosotros, temiéndonos constantemente, odiándonos la otra mitad del tiempo, pero siempre incómodo y desconfiado. Presuntuoso ahora por sus actuales reivindicaciones, no se mantendría un año dentro de una línea fronteriza trazada artificialmente. ¡No! ¡En el mismo momento en que

habláramos de condiciones de paz proclamaría la victoria! ¡Mientras no sea eliminada la esclavitud no habrá paz! Mientras conserven esa gente al frente del gobierno, con una hará un pozo y con la otra lo tapan. Dejen que toda la nación se asocie a las decisiones de la Cámara de comercio neoyorquina<sup>126</sup>: el ejército sabrá entonces por qué razones pelea. Aunque Jefferson Davis tuviera el poder no se apoderaría de Washington. Sabe muy bien que la bomba que cayera sobre esta Sodoma despertaría a toda la nación, y todo el Norte lanzaría con voz de trueno: ‘¡Abajo la esclavitud! ¡Abajo todo lo que obstaculiza la salvación de la república!’”

“Pero, Jefferson Davis está totalmente satisfecho con los resultados obtenidos. Sobrepasan todo lo que podía esperar. Si puede continuar así hasta el 4 de marzo de 1863, Inglaterra —esto está dentro del orden de las cosas— reconocería a la Confederación del Sur...”

“El presidente no aplicó la ley sobre confiscaciones. Puede ser que sea honesto, pero su honestidad no tiene nada que ver. ¡Su espíritu no es ni previsor, ni penetrante! Cuando mi estada en Washington, pude darme cuenta que hace tres meses que Lincoln redactó una proclama general de emancipación de los esclavos. McClellan hizo diferir esta decisión intimidándolo, mientras que los representantes de Kentucky le imponían a McClellan en quien no tenía ninguna confianza. *Se necesitarán años para que Lincoln aprenda a combinar sus escrúpulos legalistas de abogado con las necesidades inherentes a la guerra civil*. Esta es la terrible condición de un gobierno democrático y su mayor mal.

“En Francia, cien hombres convencidos de su derecho arrastraron con ellos a la nación entera<sup>127</sup>. Pero para que nuestro gobierno dé un paso, se necesita que antes diecinueve millones de hombres se pongan en movimiento. ¡Durante años se les predicó a esos millones de seres humanos que la esclavitud era una institución divina! Con esos prejuicios, que atan las manos y el corazón, le piden a su presidente que salve a los negros. Si esta teoría fuera justa, solo el despotismo esclavista podría asegurar la paz por un tiempo...”

“Conozco a Lincoln. Comprendí su alcance en Washington: es una mediocridad de primer plano (*a first-rate second-rate man*).

Como una escoba, espera honestamente que la nación lo tome entre sus manos, para barrer la esclavitud... El último año, no lejos de la tribuna desde donde hablo hoy, disparos de morteros efectuados por los conservadores, trataron de acallar mi voz. ¿Cuál fue el resultado?

” Los hijos de esos conservadores cavan ahora sus propias tumbas en los pantanos de Chickahominy<sup>128</sup>. En nombre del Señor, disuelvan esta Unión, reemplácela por una nueva en el frontispicio de la que escribirán: ‘Libertad política para todos los hombres de la tierra’. Durante mi estada en Chicago les pregunté a juristas de Illinois que habían conocido a Lincoln, que me dijeran qué clase de hombre era. ¿Sabía decir no? La respuesta fue: ‘Le falta la columna vertebral. ¿Los americanos querían a un hombre absolutamente incapaz de gobernar y de tomar iniciativas? Debían elegir a Abraham Lincoln. Nunca nadie lo escuchó decir no.’ Pregunté ‘¿McClellan es un hombre de decir no?’ El director de los ferrocarriles centrales de Chicago que empleaba a McClellan me respondió: ‘Es incapaz de tomar una decisión. Planteele una pregunta y necesita una hora para reflexionar la respuesta. Mientras estuvo en la administración del ferrocarril central, no tuvo que decidir un solo asunto grave en litigio.’

” ¡Estos son los dos hombres que, más que todos los otros, tienen en sus manos la suerte de la República del Norte! Hombres que están muy al corriente del estado del ejército, aseguran que Richmond pudo ser tomada cinco veces, si el bandido que está al frente del ejército lo hubiera permitido; pero prefería cavar trincheras en el pantano de Chickahominy, para luego abandonar el lugar con todas sus herramientas embarcadas. Porque teme cobardemente a los Estados fronterizos esclavistas, Lincoln mantiene a ese hombre en su rango actual, pero llegará el día en que Lincoln deba reconocer que jamás tuvo confianza en McClellan...

” Queremos esperar que la guerra durará bastante tiempo como para transformarnos en hombres y entonces venceremos rápidamente. Dios ha puesto en nuestras manos el rayo y el trueno de la emancipación para reducir a polvo esta rebelión.”

CARLOS MARX

## SÍNTOMAS DE DISOLUCIÓN DE LA CONFEDERACIÓN DEL SUR

*Die Presse,*

14/11/1862

Londres, 7 de noviembre de 1862

La prensa inglesa es más sudista que el mismo Sur, porque ve negro al Norte, y pintado en blanco al país de los “negros”. Pero ocurre que los Estados esclavistas no participan en absoluto en “la euforia de la victoria” que proclama el *Times*.

La prensa sudista eleva unánimemente una queja sobre la derrota de Corinth, y acusa a los generales Price y Van Dorn “de incapacidad y presunción”<sup>129</sup>. El *Mobile Advertiser* cita al 42 regimiento de Alabama que el viernes antes de la batalla contaba con quinientos treinta hombres, y el sábado a la tarde solo tenía diez. En ese tiempo el resto había muerto, estaba prisionero, herido o había desaparecido. Los diarios de Virginia usan el mismo lenguaje.

El *Richmond Whig* escribe: “Está claro que el fin inmediato de nuestra campaña del Misisipi ha fallado.” El *Richmond Enquirer* continúa: “Es de temer que el efecto de esta batalla no tenga consecuencias nefastas sobre nuestra campaña en el Oeste.”

Este pronóstico se cumplió, como lo demuestra la evacuación de Kentucky por Bragg y la derrota de los Confederados, cerca de Nashville (Tennessee).

La misma fuente sudista —los diarios de Virginia, Georgia y Alabama— nos esclarecen de manera interesante sobre el conflicto entre el gobierno central de Richmond y los gobernantes de los Estados esclavistas en particular. Tuvo lugar en ocasión de la última ley sobre conscripción, gracias a la cual el Congreso prolongó el tiempo de servicio más de la edad normal. En Georgia, un tal Levingood fue enrolado en virtud de esta ley; pero al negarse a

integrar el cuerpo, fue detenido por un agente de la Confederación, J. P. Bruce. Levingood apeló al tribunal supremo de Elbert County (Georgia) que ordenó su liberación inmediata. En la larga exposición de los motivos, los jueces declaran entre otras:

“En el párrafo del preámbulo de la constitución de la Confederación, está cuidadosa y expresamente subrayado que los diferentes Estados son independientes y soberanos. ¿En qué sentido se puede decir todavía, en el caso de Georgia, si cada miliciano puede ser sustraído por la fuerza al control del comando supremo de ese Estado? ¿Si el Congreso de Richmond aprueba una ley admitiendo excepciones a la conscripción, qué le impide hacer leyes que no las admitan de manera de comprometer la responsabilidad del gobernador, de la asamblea legislativa y del personal judicial, poniendo fin a la autonomía de todos los órganos gubernamentales del Estado particular?...”

“Por estas razones, entre otras, juzgamos y ordenamos por la presente sentencia que la ley de conscripción del Congreso es nula, sin ningún valor, y no tiene ningún valor legal...”

De esta manera prohibió la conscripción dentro de sus fronteras el Estado de Georgia, y el gobierno de la Confederación no se animó a oponerse.

En Virginia encontramos las mismas fricciones entre el “Estado particular” y la “Confederación particular de los Estados”. La razón del conflicto es que el gobierno del Estado niega a los agentes de Jefferson Davis el derecho de reclutar milicianos en Virginia y de incorporarlos al ejército confederado. En esa ocasión se abrió una viva polémica entre el ministro de guerra y el siniestro general J. B. Floyd que, bajo la presidencia de Buchanan y a título de ministro de guerra de la Unión, preparó la secesión y además, hizo “secesión” en su cofre privado a una parte apreciable del tesoro público. Este famoso jefe secesionista llamado en el Norte *Floyd the Thief* (Floyd el Ladrón) ahora posa como campeón de los derechos de Virginia contra la Confederación. A propósito de la correspondencia entre Floyd y el ministro de guerra, el *Richmond Examiner* señala:

“Toda esta correspondencia ilustra muy bien la resistencia y la animosidad que nuestro Estado (Virginia) sufre por parte de los que abusan del poder de la Confederación en Richmond.

Virginia está aplastada por cargas intolerables. Pero todo tiene sus límites; por paciente que sea el Estado no soportará más la repetición de los abusos legislativos... Virginia, prácticamente proveyó todas las armas, municiones y provisiones militares que permitieron sostener las batallas de Bethel y de Manassas. Para ponerlos al servicio de los Confederados sacó de sus propios arsenales y depósitos setenta y tres mil fusiles y mosquetes, doscientas treinta y tres piczas de artillería y un magnífico armamento. Puso al servicio de la Confederación hasta el último hombre en estado de combatir; ahora bien, se vio obligada a echar al enemigo de su frontera occidental por sus propios medios: ¿no rebela el comprobar que la gente del gobierno de la Confederación hoy, se anima a burlarse de ella?”

También en Texas el envío repetido de sus hombres hacia el este levantó la oposición a la Confederación. El 30 de setiembre, Oldham, el representante de Tejas, protestó en el Congreso de Richmond:

“Cuando la expedición Wildgans de Subley, tres mil quinientos soldados elegidos de Tejas fueron enviados a la muerte en las planicies áridas de Nuevo Méjico. El resultado fue atraer al enemigo a nuestras fronteras que cruzará este invierno. Mandaron las mejores tropas de Tejas al este del Misisipí, las arrastraron a Virginia, las utilizaron en los puntos más peligrosos, donde fueron diezmadas. Las tres cuartas partes de cada regimiento tejanos enferme en la tumba, o han sido devueltos a sus hogares por enfermedad. Si este gobierno continúa sacando las disponibilidades combatientes de Tejas para mantener cada regimiento con su efectivo normal, Tejas será arruinada, irremediablemente arruinada. Es injusto y poco político. Estos hombres quieren defender su familia, su propiedad y su patria. En su nombre protesto contra el hecho de mandar a estos hombres del oeste del Misisipí al este desguarneciendo su propia región mientras el norte, el este, el oeste y el sur de nuestro Estado están amenazados por el enemigo.”

De los datos aportados por los mismos periodistas sudistas surgen dos conclusiones. Los esfuerzos exigidos por el gobierno confederado para cubrir los vacíos del ejército superan el límite de lo tolerable. Los recursos militares se agotan. Pero en segundo



lugar, y este punto es decisivo, la doctrina de los *state rights* (de la soberanía de los Estados particulares) gracias a la cual los usurpadores dieron un barniz constitucional a la secesión, en el presente amenaza con volverse en su contra. Jefferson Davis no logró “hacer del Sur una nación”, contrariamente a lo que proclama su admirador inglés Gladstone<sup>130</sup>.

CARLOS MARX

### LOS RESULTADOS ELECTORALES EN LOS ESTADOS DEL NORTE

*Die Presse*,

23/11/1862

Londres, 18 de noviembre de 1862.

Las elecciones constituyen de hecho, un fracaso para el gobierno de Washington<sup>131</sup>. Los viejos jefes del Partido demócrata explotaron hábilmente el malhumor debido a las inhabilidades financieras y a los imperativos militares, y no caben dudas de que el Estado de Nueva York<sup>38</sup>, en manos de los Seymour, Wood y Bennett, puede convertirse en el centro de peligrosas intrigas. Sin embargo, no hay que exagerar la importancia práctica de esta *reacción*. La actual Cámara de representantes republicana continúa sancionando, y los parlamentarios que acaban de ser elegidos recién entrarán en función en diciembre de 1863.

En lo que concierne al Congreso de Washington las elecciones por ahora, son una simple demostración. En ningún Estado, excepto el de Nueva York, hubo elecciones de gobernador. El Partido republicano sigue, por lo tanto, como antes, al frente de los diferentes Estados. Las victorias electorales de los republicanos en Massachusetts, Iowa, Michigan e Illinois contrabalancean en cierta medida sus pérdidas en Nueva York, Pensilvania, Ohio e Indiana.

Un análisis un poco detallado de las ganancias “demócratas” lleva a un resultado muy diferente del proclamado por los diarios ingleses. La *ciudad* de Nueva York, fuertemente disgregada por el populacho irlandés, *tomó en este último tiempo una parte activa en la trata de esclavos y constituye el asiento del mercado financiero americano, al mismo tiempo que representa el crédito hipotecario de todas las plantaciones del Sur*. Siempre fue netamente “demócrata” como Liverpool todavía hoy es conservadora. Como desde 1856, los *distritos rurales* del Estado de Nueva York volvieron a votar esta vez por los republicanos, aunque con menos celo que en 1860. Además, una gran parte de los hombres en edad de votar está en campaña. Si se suman los distritos rurales y urbanos, la mayoría demócrata solo es de ocho a diez mil votos en el Estado de Nueva York.

En Pensilvania, que en principio oscilaba entre los whigs y los demócratas, después entre los demócratas y los republicanos, la mayoría es solo de tres mil quinientos votos, en Indiana es todavía más débil, y en Ohio, donde tiene ocho mil votos de ventaja, los líderes demócratas señalables por sus simpatías por el Sur —como el odiado Vallandigham— han perdido sus bancos en el Congreso.

*El irlandés ve en el negro un peligro competitivo*. El campesino laborioso de Indiana y de Ohio odian al negro en segundo lugar después de la esclavitud. Para ellos, es el símbolo de la esclavitud y del envilecimiento de las clases laboriosas, y la prensa demócrata agita todos los días la amenaza de que sus territorios se vean sumergidos por los “negros”. Además, los Estados que han dado los mayores contingentes de voluntarios, son los más descontentos por la miserable manera de conducir la guerra en Virginia.

Pero esto, sin embargo, no es lo esencial. En el momento en que fue elegido Lincoln (1860) la guerra civil todavía no había estallado, y el problema de la emancipación de los negros no estaba todavía a la orden del día. Aunque enteramente separado del Partido abolicionista, el Partido republicano quería simplemente, en 1860, protestar contra la extensión de la esclavitud en los territorios y proclamaba al mismo tiempo que consideraba que no debía mezclarse esta institución en los Estados donde ya existía legalmente. Si hubiera lanzado el grito de guerra de la *emanci-*

*pación de los esclavos*, seguramente Lincoln hubiera perdido las elecciones, ya que la mayoría no quería tal cosa.

Es totalmente distinto en las elecciones que acaban de terminar. Los republicanos hicieron causa común con los abolicionistas. Con énfasis se declararon por la emancipación inmediata o bien como fin en sí, o bien como medio de poner término a la rebelión. Si se tiene en cuenta este dato, la mayoría gubernamental en Michigan, Illinois, Massachusetts, Iowa y Delaware, y la minoría muy fuerte en los Estados de Nueva York, Ohio y Pensilvania, parecen tan sorprendentes una como la otra. Tal resultado era inconcebible antes de la guerra, aun en Massachusetts. Bastó que el Gobierno y el Congreso (convocado para el mes próximo) dieran prueba de alguna energía para que los abolicionistas, que en adelante se identifican con los republicanos, tomaran en todos lados la delantera moral y numérica. Las veleidades de intervención de Luis Bonaparte les dan un apoyo "exterior". El único peligro consiste en el mantenimiento de generales como McClellan, que son partidarios declarados de la esclavitud.

CARLOS MARX

#### LA DESTITUCIÓN DE McCLELLAN

*Die Presse*,

29/11/1862

Londres, 24 de noviembre de 1862.

"*McClellan destituido*" tal fue la respuesta de Lincoln a la victoria electoral demócrata.

Los diarios demócratas habían proclamado con la mayor seguridad que la elección de *Seymour* para el puesto de gobernador del Estado de Nueva York traería la revocación inmediata de la *proclama* de Lincoln sobre la abolición de la esclavitud en Secesia a partir del 1º de enero de 1863<sup>71</sup>. Los diarios que publica-

ban esta profecía apenas habían salido de las prensas, cuando su general favorito —favorito, porque temía tanto una gran derrota como una victoria decisiva— era privado de su comandancia.

Todos recordamos que como respuesta a la proclama de Lincoln, McClellan había lanzado una contra proclama, una orden del día a su ejército. En esta prohibía toda manifestación contra la medida presidencial, pero deslizaba palabras tan funestas como estas: "Es deber de los ciudadanos rectificar los errores políticos, si los hay, por las urnas." McClellan, al frente del principal ejército de los Estados Unidos, apelaba al presidente ante las elecciones cercanas. Arrojava en la balanza el peso de su autoridad. Salvo un *pronunciamiento* a la manera española no podía expresar con mayor claridad su hostilidad a la política del presidente. Después de la victoria electoral de los demócratas, Lincoln no le quedaba otra elección: debía rebajarse hasta ser el instrumento del partido del compromiso proesclavista, o privar a ese partido del apoyo con el que lo beneficiaba en el ejército de la persona de McClellan.

Por eso, la destitución de McClellan en ese momento preciso es una demostración política. Pero, de todas maneras, se ha vuelto ineluctable. En un informe al ministro de Guerra, el comandante en jefe, Halleck, acusó a McClellan de insubordinación pura y simple. Poco después de la derrota de los Confederados en Maryland, el 6 de octubre, Halleck había dado la orden de atravesar el Potomac, aprovechando que el poco nivel de agua del río y sus afluentes favorecía las operaciones militares. Desafiando esa orden McClellan no se movió una pulgada, con el pretexto que su ejército era incapaz de caminar por falta de aprovisionamiento. En su informe, Halleck demuestra que esto fue un simple subterfugio, que el ejército del Este gozaba de grandes privilegios, en relación con el ejército del Oeste, en lo que concernía a intendencia. De cualquier manera el aprovisionamiento necesario podía ser recibido tanto en el sur como en el norte del Potomac. Un segundo informe completa el de Halleck. El comité encargado de investigar sobre la caída de Harper's Ferry<sup>132</sup> en manos de los Confederados, acusa a McClellan de haber concentrado tropas de la Unión, estacionadas cerca de ese arsenal, con una lentitud incomprensible —y solo las hizo avanzar seis millas inglesas (alrededor de una y media alemana) por día— para alinearlas. Estos

informes de Halleck y del Comité estaban en maos del presidente *antes* de la victoria electoral de los demócratas.

A menudo hemos descrito en estas columnas el arte con que McClellan ejerció su alto mando, como para que baste recordar que trataba de sustituir la acción estratégica con la decisión táctica, que siempre buscaba argumentos típicos de esa inteligencia de estado mayor que prohíbe explotar las victorias o prevenir las derrotas. La breve campaña de Maryland le había dado una falsa aureola. En efecto, conviene señalar que recibió todas sus principales órdenes de marcha del general Halleck, que además concibió el plan de la primera campaña de Kentucky, y que la victoria en el campo de batalla se debió exclusivamente a la bravura de los subordinados, en particular del general *Reno* caído en el campo de batalla, y de *Hooker*, que todavía hoy no está totalmente restablecido de sus heridas.

Napoleón le escribió una vez a su hermano José que el peligro era el mismo en todos los puntos del campo de batalla y que buscando escaparles caía en él, con seguridad. McClellan parece haber comprendido este axioma, pero sin la receta que Napoleón sugería a su hermano. En toda su carrera militar McClellan *jamás* puso los pies en un campo de batalla, ni recibió el bautismo de fuego. El general *Kearney* subraya mucho esta originalidad, en una carta publicada por su hermano, después de muerto Kearney en una de las batallas libradas por Pope frente a Washington.

McClellan creía ocultar su mediocridad con la máscara de una condescendencia altanera, con un laconismo discreto y una reserva plena de dignidad. Sus defectos le aseguraban la confianza inquebrantable del Partido demócrata del Norte y el "reconocimiento leal" de los secesionistas. Entre los oficiales superiores de su ejército supo reclutar partidarios, creando un estado mayor de amplitud desconocida hasta entonces en los anales de la historia militar. Cierta número de viejos oficiales, que habían pertenecido al antiguo ejército de la Unión y habían sido formados en la Academia de West Point, encontraron en él un punto de apoyo para sus rivalidades con los "generales civiles" de reciente formación, y para sus simpatías secretas por los "colegas" del campo enemigo. El soldado solo conocía sus cualidades militares de oídas; además le atribuía todos los méritos de una intendencia notable y sacaba

todo tipo de anécdotas gloriosas de su laconismo condescendiente. El único don propio de un comandante supremo que tuvo McClellan fue el de saber asegurar su popularidad en el ejército.

El sucesor de McClellan, *Burnside*, es muy poco conocido como para que podamos juzgarlo. Pestece al Partido republicano. Hooker, por el contrario, que asume el comando del cuerpo de ejército que servía directamente bajo McClellan es, sin duda, el más barullero de los oficiales de la Unión: este "Fighting Joe", como lo llaman sus tropas es el que más contribuyó al éxito de Maryland. Es *abolicionista*.

Los diarios americanos que nos dan la noticia de la destitución de McClellan, nos informan que Lincoln habría declarado que no sacaría una coma de su proclama.

"Lincoln, observa el *Morning Star* con razón, ha demostrado al mundo a través de sucesivas manifestaciones de firmeza, que es un hombre tal vez un poco lento, pero sólido, que avanza con infinitas precauciones pero que no retrocede. Cada paso de su carrera administrativa continúa con energía la línea que se ha fijado. Partidario de la decisión de eliminar la esclavitud en los territorios, ha llegado al objetivo final de todo el "movimiento anti-esclavista": extirpar ese flagelo del suelo de toda la Unión. Ya ha alcanzado la gloriosa posición que consiste en declinar toda responsabilidad de la *Unión* en el mantenimiento de la esclavitud."

CARLOS MARX

A ABRAHAM LINCOLN, PRESIDENTE  
DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

*Der Social-Demokrat*

30/12/1864

Señor:

Cumplimentamos al pueblo americano en ocasión de su reelección por una fuerte mayoría.

Si la resistencia al poder de los esclavistas fue la orden moderada de su primera elección, el grito de guerra triunfal de su reelección es: ¡muerte a la esclavitud!

Desde el comienzo de la titánica lucha que sostiene América, los obreros de Europa sienten instintivamente que la suerte de su clase depende de la bandera estrellada. ¿La lucha por los territorios que inaugura la terrible epopeya, no debía acaso decidir si la tierra virgen de zonas inmensas debía ser fecundada por el trabajo del emigrante o manchada por el látigo del guardián de esclavos?

Cuando la oligarquía de los trescientos mil esclavistas se anima, por primera vez en los anales del mundo, a inscribir la palabra esclavitud en la bandera de la rebelión armada; cuando en el mismo lugar donde un siglo antes nació la idea de una gran república democrática al mismo tiempo que la primera declaración de los derechos del hombre<sup>133</sup> que juntas darían el primer impulso a la revolución europea del siglo XVIII —cuando en ese lugar se glorifica la contrarrevolución, con una violencia sistemática, de echar por tierra “las ideas dominantes en la época de formación de la vieja Constitución” y se presenta “la esclavitud como una institución benéfica, hasta como la única solución al gran problema de las relaciones entre trabajo y capital”, proclamando cínicamente que el derecho de propiedad sobre el hombre representaba la piedra angular del nuevo edificio<sup>134</sup>— entonces las clases obreras de Europa comprenden enseguida y aun antes que la adhesión fanática de las clases superiores a la causa de los confederados las hubiera prevenido, que la rebelión de los esclavistas era el llamado a una cruzada general de la propiedad contra el trabajo y que para los hombres de trabajo el combate de gigante librado del otro lado del Atlántico no solo ponía en juego sus esperanzas en el futuro sino también sus conquistas pasadas. Por eso soportan siempre con paciencia lo sufrimientos que les impone la crisis del algodón<sup>135</sup> y se oponen con vigor a la intervención en favor de la esclavitud que preparan las clases superiores y “cultivadas”, y un poco en toda Europa contribuyen con su sangre a la buena causa.

Tanto como los trabajadores, el verdadero poder político del Norte permitieron a la esclavitud manchar su propia República; tanto como se glorificaron de gozar —en relación a los negros que

tenían un dueño y eran vendidos sin ser consultados— del privilegio de ser libres, de venderse por sí mismos y elegir su patrón, fueron incapaces de combatir por la verdadera emancipación del trabajo o apoyar la lucha emancipadora de sus hermanos europeos<sup>14</sup>.

Los obreros de Europa están persuadidos de que si la guerra de Independencia americana inauguró la nueva época del desarrollo de las clases burguesas, la guerra antiesclavista americana inaugura la nueva época del empuje de las clases obreras. Consideran como anuncio de la nueva era que la suerte haya designado a Abraham Lincoln, el enérgico y valiente hijo de la clase trabajadora, para conducir a su país a la lucha sin igual por la liberación de una raza encadenada y por la reconstrucción de un mundo social.

Firmado en nombre de la Asociación internacional de trabajadores por el Consejo Central. (*Sigue la lista de firmantes, responsables de la A.I.T.*)

## RESPUESTA DEL EMBAJADOR AMERICANO A LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE TRABAJADORES

*Times*

6/2/1864

Al Director de *Times*

Señor:

Hace algunas semanas, el Consejo Central de la Asociación arriba nombrada ha enviado al señor Lincoln una felicitación. Fue transmitida por el canal de la legación de los Estados Unidos y a continuación encontrará la respuesta. Me sentiré obligado si la publica.

Con mis respetos,

W. R. Cremer

Legación de los Estados Unidos

Londres, 31 de enero

Señor:

Me piden que le informe que el presidente de los Estados Unidos ha recibido el envío del Consejo Central de su Asociación, transmitido por nuestra legación. En la medida en que los sentimientos que allí se expresan tienen un carácter personal, los acepto, deseando sinceramente y de todo corazón poder mostrarse digno de la confianza que sus conciudadanos y tantos amigos de la humanidad y del progreso en el mundo entero le han acordado recientemente. El gobierno de los Estados Unidos se da perfectamente cuenta que su política no es, o no puede ser, reaccionaria, pero al mismo tiempo se mantiene en la línea que adoptó al comienzo, es decir, se abstiene de una política expansionista y de intervenciones ilegales. Se esfuerza por dar una exacta e idéntica justicia a todos los Estados y a todos los hombres, y cuenta con los resultados benéficos de este esfuerzo para ser sostenido internamente y gozar del respeto y de la buena voluntad del mundo. Las naciones no existen para sí mismas sino para promover el bienestar y la felicidad de la humanidad, manteniendo relaciones ejemplares de buena voluntad. En este marco, los Estados Unidos consideran que en el conflicto actual contra los rebeldes esclavistas, su causa es la de la naturaleza humana, y sacan un nuevo coraje para perseverar en ella, del testimonio que le dan los obreros de Europa de que esta actitud nacional goza de su aprobación esclarecida y de sus verdaderas simpatías.

Señor, su humilde servidor,

*Charles Francis Adams*

M. W. R. Cremer, secretario general honorario de la Asociación internacional de trabajadores, 18, Greek Street, W.

MENSAJE DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL  
DE TRABAJADORES AL PRESIDENTE JOHNSON

*The Bee-Hive Newspaper,*

20/5/1865

A Andrew Johnson,  
Presidente de los Estados Unidos.

Señor:

El demonio de la "institución particular" para el reinado de la cual el Sur ha tomado las armas, no puede permitir a sus adeptos ser derrotados honorablemente en campo abierto. Lo que ha empezado en la traición, solo puede terminar en la ignominia. Al igual que la guerra de Felipe II por la Inquisición suscitó un Gérard, la rebelión proesclavista de Jefferson Davis ha producido un Booth<sup>135</sup>.

No es nuestro propósito encontrar palabras de duelo y de horror, ahora que el corazón de los dos mundos está invadido por la emoción. Hasta los sicofantes que año tras año, día tras día han efectuado un verdadero trabajo de Sísifo para asesinar moralmente a Abraham Lincoln y a la gran República que gobernaba, ahora están espantados por este impulso universal de los sentimientos populares y rivalizan entre ellos para cubrir su tumba abierta con flores de retórica. Se han dado cuenta al fin que era un hombre al que la adversidad no podía abatir, el éxito no podía marear, que continuaba inflexiblemente su fin elevado, sin comprometer jamás por un apresuramiento ciego su progresión lenta e ininterumpida, sin dejarse llevar jamás por la oleada del favor público ni descorazonarse por una disminución del pulso popular, atemperando sus actos de rigor con un corazón cálido, iluminando las negras escenas de la pasión con una sonrisa de su humor y cumpliendo su obra de gigante, con tanta simplicidad y modestia como los soberanos por derecho divino gustan hacer las pequeñas cosas con pompa y luz grandilocuente; en una palabra, era uno de los raros humanos que logró ser grande sin dejar de ser bueno. De hecho,

este gran y valiente hombre era tan modesto que el mundo no descubrió su heroísmo sino después que cayó como mártir.

Seward fue digno del honor, al lado de tal jefe, de ser la segunda víctima de los demonios infernales del esclavismo. ¿No fue él acaso el que en la época de duda general, fue lo bastante inteligente y valiente como para predecir que el conflicto era inevitable?<sup>136</sup> ¿No probó en las horas más sombrías del conflicto que tenía un sentido romano del deber al no desesperar jamás de la República y de su estrella? Deseamos de todo corazón que su hijo y él estén restablecidos en su salud, su actividad pública y sus honores bien merecidos antes del plazo de "noventa días"<sup>137</sup>.

Después de esta terrible guerra civil que por sus vastas dimensiones y su teatro de operaciones gigantesco, solo parece haber durado noventa días en relación a las guerras de los Cien Años, de los Treinta Años y de los veintitrés años del viejo mundo, le toca a usted, señor, la tarea de eliminar por la ley lo que fue decidido por la espada y emprender la dura obra de reconstrucción política y regeneración social.

Un sentido profundo de su tremenda misión lo salvará de todo compromiso en los duros deberes que le quedan por cumplir. Usted nunca se olvidará de que en los comienzos de una nueva era de emancipación del trabajo, el pueblo americano dio la responsabilidad de la dirección a dos hombres de trabajo: uno es Abraham Lincoln, el otro Andrew Johnson.

Firmado en Londres el 13 de mayo de 1865 por el Consejo Central, en nombre de la Asociación internacional de trabajadores.

(*Sigue la lista de los firmantes responsables de la A.I.T.*)

## NOTAS

<sup>1</sup> La mujer de letras americana Beecher-Stowe participó activamente en el movimiento por la abolición de la esclavitud. En setiembre de 1861, dirigió una carta abierta a lord Shaftesbury para denunciar a los confederados y expresar su indignación frente a la actitud de Inglaterra, a la que invitaba a tomar parte y causa por los unionistas.

<sup>2</sup> El *Partido republicano* se fundó como reacción ante las usurpaciones de la oligarquía esclavista. Representaba los intereses de la burguesía industrial del Norte y gozaba del apoyo de las poblaciones trabajadoras. Para eliminar el poderío político y social de los esclavistas, limitó la esclavitud a lo que ya era, lo que significaba eliminarla progresivamente. En cuanto a las tierras todavía no colonizadas del oeste, decidió entregarlas gratuitamente a los granjeros libres. Al desaparecer poco a poco el Partido whig después de las elecciones de 1852, el campo quedaba peligrosamente abierto a la extensión del Partido demócrata proesclavista. La abolición del compromiso de Misuri de 1854 hizo más evidente ese peligro. Cf. nota 6. De un extremo al otro del Norte se realizaron grandes mítines de protesta contra la acción del Congreso. De allí surgió el Partido republicano que realizó su primera convención en Jackson, en Michigan, el 6 de julio de 1854. Se desarrolló rápidamente en escala nacional como consecuencia de los acontecimientos de Kansas (1854-1856), agravados por la indignación suscitada en el Norte por el manifiesto de Ostende (1854). Cf. nota 8. En 1856 el nuevo partido emprendió su primera campaña presidencial con Frémont encabezando la lista. Cuatro años más tarde obtendría la elección de Lincoln con la consigna: "Libertad de expresión; libertad de acceso a la tierra; libertad de trabajo, libertad humana."

<sup>3</sup> La *Constitución* provisoria fue adoptada en el Congreso de Montgomery (Alabama) del 4 de febrero de 1861 por seis Estados esclavistas del Sur—Carolina del Sur, Georgia, Florida, Alabama, Misisipi y Luisiana— que habían salido de la Unión americana. Este congreso proclamó la creación de la Confederación del Sur y eligió a Jefferson Davis como presidente provisoria. Tejas se unió a la Confederación el 2 de marzo, los cuatro Estados fronterizos esclavistas, Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee adhirieron el 4 de mayo.

<sup>4</sup> En vísperas de la guerra de Secesión algunos miembros del Congreso intentaron prevenir el conflicto, y se entregaron a una serie de maniobras parlamentarias. En diciembre de 1860, Crittenden de Kentucky propuso: 1) voto de una enmienda constitucional que volvería a poner en vigor "la línea de compromiso de Misuri", y 2) la promulgación de una ley que garantizara la implantación de la esclavitud en la región de "Columbia". Este plan satisfacía —en parte al menos— a los esclavistas, al abrir ampliamente el vasto sudoeste a la implantación de la esclavitud y al protegerla en el seno de la capital federal. Sobre todo los partidarios de la distribución general de la tierra libre a los colonos se opusieron al proyecto de Crittenden. Finalmente, privado del sosteimiento necesario de ese grupo decisivo del Norte, el proyecto fracasó. Los proyectos de compromisos propuestos por Corwin, Weed y McKean corrieron la misma suerte.

<sup>5</sup> El *Partido demócrata*, fundado en 1828, reunió a los plantadores, algunos grupos de la burguesía, como también a una parte importante de los granjeros y de los pequeñoburgueses de las ciudades. En los años 1830 y 1840, representó cada vez más los intereses de los plantadores y de la gran burguesía financiera del Norte, que defendía la esclavitud. Cuando después de la adopción del Kansas-Nebraska bill en 1854, la esclavitud amenazó con sumergir a toda la Unión, hubo una escisión en el seno del Partido demócrata, que permitió la victoria de Lincoln en 1860.

<sup>6</sup> El *Compromiso de Misuri* marcó el comienzo de una serie de luchas políticas que culminaron en la guerra de Secesión. En 1820, el Sur esclavista se encontró en una situación insólita. El Norte libre había tomado definitivamente en sus manos el control de la Cámara de representantes. En consecuencia, el Sur ya no podía oponerse a la elaboración de leyes favorables al Norte, o a medidas dirigidas contra el Sur, a menos que dominara el Senado. Y la mayoría en esta asamblea dependía de la entrada de Misuri en tanto estado esclavista. Para impedir que el Sur tuviera la mayoría en la Cámara Alta, el Norte pidió la admisión de Maine. Luego de largos y violentos debates, fueron admitidos los dos Estados, manteniendo de esta manera el equilibrio de las fuerzas del Senado. Además, el compromiso de Misuri preveía la abolición de la esclavitud en el territorio de Luisiana situado más allá de la línea 36° 30' de latitud norte. Este compromiso fue prácticamente anulado en 1854 por la adopción del Kansas-Nebraska bill.

La gravedad de esta lucha en el nivel parlamentario se comprendió perfectamente en su momento. El 7 de febrero de 1820, Jefferson escribió a Hugh Nelson sobre el problema de Misuri: "Es lo más importante que alguna vez amenazó a nuestra Unión. Aun en los momentos más negros de la guerra revolucionaria, no experimenté temores semejantes a los que me causa este incidente." (Cf. Jefferson, Writings, ed. P. L. Ford, Nueva York, 1899, vol. X, p. 156.)

<sup>7</sup> El Kansas-Nebraska bill fue adoptado por el Congreso americano en mayo de 1854. Estipulaba la creación de dos territorios, suponiendo que Nebraska entraría como Estado libre en la Unión, contrariamente a Kansas. De esta manera estarían igualmente representadas en el Senado las fuerzas del Sur y del Norte. Además esta ley preveía la anulación de la línea que

separa a los Estados libres de los Estados esclavistas (compromiso de Misuri). De esta manera los esclavistas obtuvieron lo que más ardientemente deseaban: el reconocimiento de que la zona de la esclavitud estaba limitada a los Estados Unidos. Para obtener la sanción de los demócratas del oeste, esta ley instauró la doctrina de la soberanía popular en cada Estado en lo referente a la introducción o no de la esclavitud. Esta ley llevó directamente a la guerra de Kausas, conflicto que sirvió de prólogo a la guerra civil de 1861-1865.

<sup>8</sup> Como embajador de USA en Londres, Buchanan publicó el *manifiesto de Ostende* juntamente con los representantes diplomáticos de Francia y España. Este manifiesto aconsejaba al gobierno de los Estados Unidos que adquiriera de una u otra manera la isla de Cuba que pertenecía a España. En 1856, Buchanan se convirtió en presidente de los Estados Unidos, con la etiqueta del Partido demócrata.

<sup>9</sup> El esclavo Dred Scott siguió a su dueño, el doctor Emerson, al territorio de Louisiana situado arriba de la línea de los 36° 30' donde, legalmente, la esclavitud estaba prohibida. Dred vivió allí determinado número de años, se casó y tuvo hijos. Luego los Scott fueron llevados al estado esclavista de Misuri. A la muerte de su dueño, los veudieron a un neoyorquino a quien le hicieron un proceso para obtener la libertad.

El asunto fue llevado ante la Corte suprema que no sólo estaba formada en su mayor parte por sudistas sino que también estaba presidida por un sudista, el juez Taney. Resumiendo, las sentencias de la mayoría, este último sostuvo que la Corte de Misuri no tenía jurisdicción en ese asunto, ya que los Scott no podían ser ciudadanos en el sentido en que lo entendía la Constitución. Más aún, el juez aprovechó la ocasión para dar una sentencia que acordaba a los esclavistas lo que estos más deseaban: el derecho de transferir sus bienes muebles —incluidos los esclavos— a cualquier territorio de los Estados Unidos, y de conservar a sus esclavos aunque la legislación del Estado local o del Congreso se opusiera.

<sup>10</sup> A pesar de la prohibición legal para el tráfico de esclavos africanos, los plantadores sudistas no por eso dejaban de importar esos "bienes muebles" después de 1808. A pesar de la ausencia de estadísticas precisas, fuentes de la época muestran que la trata de negros era más importante que nunca. En 1840, se enviaron no menos de ciento cincuenta mil esclavos hacia el Nuevo Mundo, contra cuarenta y cinco mil a fines del siglo XVIII. Es evidente que la mayor parte estaba destinada a los Estados Unidos. En el curso de los años cincuenta se armaron abiertamente, navíos negreros en Nueva York y en Maine; según el testimonio de Du Bois, ochenta y cinco navíos se dedicaron a ese "tráfico ilícito". Durante ese tiempo, Gran Bretaña y Estados Unidos hacían hipócritas tentativas para terminar con el tráfico de esclavos apostando algunos navíos a lo largo de la costa de África.

<sup>11</sup> Cuando se votó la ley Kansas-Nebraska una agrupación antiesclavista del Norte dirigida por Thayer de Massachusetts, fundó una Sociedad de Ayuda a los emigrados. Se proponía enviar a Kansas a simpatizantes de la teoría de la tierra libre, para cuidar que ese territorio entrara en la Unión



como Estado libre. Durante ese tiempo, los esclavistas organizaron bandas de hombres de acción reclutados en el hampa de Misuri occidental.

Estas bandas invadieron Kansas en octubre de 1854, pero fueron rechazadas. Sin embargo, volvieron e impusieron por el terror la "elección" de un delegado proesclavista para el Congreso. En las mismas condiciones eligieron, en marzo de 1855, magistrados favorables a los esclavistas pero los partidarios de la tierra libre se negaron a reconocerlos. Por lo tanto, crearon su propia asamblea, redactaron una constitución y pidieron ser admitidos en la Unión. Entretanto, Shannon, lacayo de los intereses esclavistas fue nombrado gobernador del territorio. La guerra civil estalló en 1856. Los partidarios de la tierra libre (*free soilers*) conducidos por el militante abolicionista John Brown, organizaron secciones militares y se dedicaron a separar a las fuerzas esclavistas. El gobernador Shannon fue reemplazado por un partidario más fogoso del esclavismo, un tal Woodson, que llamó a todos los "buenos ciudadanos" para aplastar la "Insurrección". Evidentemente el llamado se dirigía al hampa que, valiéndose de la alusión, invadió de nuevo Kansas y, esta vez, se apoderó de la región hasta Ossawatimie. Los partidarios de la tierra libre se dirigieron entonces a Leecompton y solo la llegada de tropas federales les impidió tomar la ciudad. Entretanto fue nombrado un nuevo gobernador: Geary, de Pensilvania; gracias a una maniobra rápida pudo sacar a los bandidos del territorio.

<sup>12</sup> En 1856, Frémont, el candidato republicano, tuvo 1.341.264 votos y Buchanan, el candidato demócrata, 1.838.169 votos.

<sup>13</sup> En 1850, Illinois, Indiana, Iowa, Ohio, Michigan y el territorio de Minesota agrupaban a una población de 4.721.551 almas. Diez años más tarde, había 7.773.820 habitantes en esa región.

<sup>14</sup> En *Miseria de la Filosofía*, Marx habla de Proudhon, que se esfuerza por separar en las categorías económicas el lado bueno del malo, para quedarse con el bueno. Dice Marx: "lo que constituye el movimiento dialéctico es precisamente la coexistencia de las dos partes contradictorias, su lucha y su fusión en una categoría nueva: solo con plantear el problema de eliminar el lado malo, se corta el movimiento dialéctico". Así es que desde 1847 Marx muestra que la lucha fecunda entre la esclavitud y el trabajo libre da nacimiento a una nueva categoría: el trabajo asalariado (libre y forzado) que permite la industrialización en una escala inmensa y la lucha por el socialismo. Cf. *Miseria de la Filosofía*, cap. II, 2, 4ª observación.

<sup>15</sup> En lo que concierne a la condena del tráfico de esclavos, por parte del Partido republicano, ver el programa republicano de 1860, novena resolución, en: E. Stanwood, *A History of President Elections*, Boston, 1888, pág. 230.

<sup>16</sup> *Old Bailey*, nombre dado a la ciudadela de la prisión de Newgate en Londres, asiento del tribunal criminal central.

<sup>17</sup> El 16 de octubre de 1859, John Brown, al frente de un grupo de veinte hombres, entre ellos cinco del Norte, trató de apoderarse del arsenal federal y de la armería de Harper's Ferry en Virginia, para provocar el levantamiento de los esclavos de los Estados esclavistas. El coronel E. Lee

futuro jefe militar de las fuerzas sudistas, hizo prisionero a John Brown y a un cierto número de sus hombres. En medio de la agitación popular fueron juzgados por traición y declarados culpables. En diciembre de 1859, Brown fue colgado. El Norte protestó con vehemencia contra su ejecución. Brown alentó a los negros en su lucha contra la esclavitud y favoreció la unión de las fuerzas abolicionistas del Norte.

<sup>18</sup> Cf. J. C. Calhoun, *Works*, ed. R. K. Crallé (Nueva York, 1854), vol. IV, págs. 340, 341, 343.

<sup>19</sup> En julio de 1832, Jackson firmó "Una tarifa sistemáticamente proteccionista" que provocó un gran descontento en Carolina del Sur. John C. Calhoun cristalizó en sus Estados el sentimiento de anular la tarifa proteccionista y hacer la secesión. Se reunió una sesión especial de los magistrados de Carolina del Sur y ordenó la convocatoria de una asamblea. Esta adoptó, el 24 de noviembre de 1832, una ordenanza que anulaba la tarifa, y llamó a los ciudadanos del Estado a defender la independencia frente al poder federal, a la vez que amenazaba con la secesión. Esta ordenanza tendría efecto a partir de febrero de 1833. Entretanto, el presidente Jackson actuó con toda prisa. Después de anunciar su intención de hacer aplicar por la fuerza todas las leyes federales en Carolina del Sur, envió tropas y navíos a Charleston. Como ninguno de los otros Estados sudistas reaccionó, Carolina del Sur se replegó en seguida. Para la declaración de Jackson sobre la tarifa considerada como un pretexto para la secesión, cf. su carta al reverendo Andrew J. Crawford, fechada el 1 de mayo de 1833, en: A. Jackson, *Correspondance*, ed. J. S. Bassett and J. F. Jameson, Washington 1931, vol. V, pág. 72.

<sup>20</sup> La *tarifa Morrill* es un derecho aduanero de carácter proteccionista, presentado al Congreso por el republicano Morrill y adoptado en mayo de 1860. Las tasas aduaneras aumentaron sensiblemente como consecuencia de esta tarifa. Desde el 4 de febrero, los delegados de seis Estados se concentraron en Montgomery para formar la Confederación sudista.

<sup>21</sup> Como lo indican las dos notas precedentes, la declaración de Jackson relativa a la tarifa sirvió de simple pretexto para la secesión. Ya en 1828, Carolina del Sur hizo una primera ofensiva para su anulación: sus asambleístas nombraron un comité de siete miembros para discutir la constitucionalidad de la tarifa proteccionista de 1828. Este comité actualizó un informe, redactado de hecho por John C. Calhoun, entonces vicepresidente de los Estados Unidos. Este documento, conocido en adelante con el nombre de Declaración de Carolina del Sur, proclamó que la ley sobre tarifas de 1828 era inconstitucional y pidió al Congreso que la anulara. Las Cámaras dieron su acuerdo a este proyecto que fue enviado en seguida al Senado donde aceptaron (febrero de 1829). Si Carolina del Sur no agitó en su Declaración de 1828 una acción más enérgica (es decir una proclamación pública del derecho a la secesión) fue porque creyó que se adoptaría una tarifa menos elevada apenas el presidente Jackson estuviera en el poder.

<sup>22</sup> Cf. *Times* del 27 de abril de 1861.

<sup>23</sup> *Faneuil Hall*, conocido con el nombre de "Cuna de la libertad" era el

lugar de reunión de los revolucionarios de Boston durante la guerra de la Independencia. Un rico comerciante, Peter Faneuil, lo había donado a la ciudad.

<sup>24</sup> En su discurso inaugural, Lincoln declaró claramente que su parecer era, que las poblaciones podían enmendar la Constitución si lo deseaba: 'Sin recomendar que se hagan enmiendas —dijo— reconozco sin segundas intenciones, que el pueblo ejerce plenamente el control sobre toda esta cuestión... Hasta me arriesgaría a agregar que a mi manera de ver el sistema convencional es preferible, ya que permite al pueblo hacer enmiendas.' Cf. A. Lincoln, *Inaugural Address March 4, 1861*, reproducido en: H. Greeley, *The American Conflict*, Hartford 1864, vol. I, pág. 425.

<sup>25</sup> Los sufragios de la elección de 1860 se repartieron como sigue:

	Número de votos	Votos en el colegio electoral
Lincoln .....	1.866.452	180
Douglas .....	1.376.957	112
Breckinridge .....	849.781	72
Bell .....	588.879	39

De esta manera si se agregan los votos de Douglas a los de Breckinridge se obtienen 360.286 votos más que los de Lincoln.

<sup>26</sup> La ley sobre los esclavos fugados, adoptada por el Congreso de 1850, completaba la ley de 1793 sobre extradición de esclavos fugados. La ley de 1850 preveía en efecto, que todos los Estados dispondrían de funcionarios encargados de entregar a los esclavos fngitivos. El gobierno federal debía emplear todos los medios de que disponía para volver a tomar posesión de los esclavos fugitivos, y denegaba a los esclavos el derecho a ser juzgados por un jury o de testimoniar en su defensa. Por cada negro capturado y devuelto a la esclavitud, la recompensa era de seis dólares. La ley preveía una pena de mil dólares y seis meses de prisión para el que se opusiera a la aplicación de la ley. Las masas populares se exasperaron con esta ley, y el movimiento abolicionista se reforzó. La ley se hizo prácticamente inaplicable al comienzo de la guerra civil, y fue abolida definitivamente en 1864.

<sup>27</sup> La distribución gratuita de parcelas de tierra libre en el oeste considerado como dominio del Estado era la reivindicación esencial de los *free soilers*, miembros de un partido abolicionista fundado en 1848 y que pedía la libertad de tierras. Estos *free soilers* que naturalmente competían con los esclavistas en la colonización de los nuevos territorios, exigían la prohibición de la esclavitud en las regiones a colonizar y la anulación de las ventas de tierras a los grandes propietarios y especuladores. El Congreso y el gobierno de Washington opusieron una viva resistencia a estas reivindicaciones. En 1854, se discutió en el Senado; los demócratas del Sur se opusieron en seguida porque estaba "teñida" de abolicionismo. Aunque fue adoptada por la Cámara de representantes, el Senado se negó a ratificarla. Recién en 1860 fue votada con esta restricción,

sin embargo: la tierra no se distribuía gratuitamente sino contra el pago de veinticinco dólares por acre. Sin embargo, el presidente Buchanan le opuso su veto. Recién en 1862, después de la victoria republicana y la derrota de los Estados esclavistas, se adoptó definitivamente la ley. Cf. nota 66.

<sup>28</sup> Para asegurarse nuevos territorios para esclavos, el Sur trató de agrandarse no sólo en dirección al oeste, sino también hacia el sur. Después de despojar a Méjico de ciertas regiones, los esclavistas se volvieron hacia España, con miras a comprar Cuba o apoderarse de ella por las armas. Cf. notas 8, 31, 32 y 50.

<sup>29</sup> Desde 1857 a 1859, capitalistas americanos, bajo la dirección de Charles P. Stone, manifestaron un gran interés por las minas y las tierras muy fértiles de Sonora. Comenzaron por instalar allí sociedades de ayuda a los emigrantes: era el primer paso hacia la anexión. La política mejicana del presidente Buchanan servían perfectamente a los intereses económicos de los particulares. Apenas entró en funciones Buchanan autorizó el pago a Méjico de una suma de doce a quince millones por la Baja California. En 1858, recomendó al Congreso que el gobierno americano asumiera un protectorado temporario sobre Sonora y Chihuahua y estableciera puestos militares en esos lugares. En su artículo sobre la *Intervención a Méjico*, Marx recuerda que Palmerston expropió a los acreedores ingleses del Estado mejicano e hizo ceder Tejas a los esclavistas norteamericanos. De esta manera aclara los verdaderos motivos de la expedición a Méjico en 1860 y el contenido real de la colusión imperialista entre los sudistas e Inglaterra.

<sup>30</sup> En el curso de los años 1850, las potencias esclavistas no codiciaban solo Cuba y el norte de Méjico sino también América Central. Se organizaron expediciones de filibusteros, sobre todo contra Nicaragua, para echar ahí la base de un inmenso imperio esclavista. William Walker jugó un papel esencial en esta empresa. En 1855, se apoderó de Granada; los esclavistas del Sur apoyaron esa proclamación instaurando y legalizando la esclavitud en ese país. Pero la ayuda de los esclavos no fue demasiado fuerte como para mantenerlo contra la coalición de los Estados de América central. En 1857, fue derrocado Walker, y sus posteriores tentativas de reconquista fracasaron.

<sup>31</sup> La Constitución americana de 1787 legalizó la esclavitud de los negros en los Estados donde ya existía y permitió la compra de negros en otros Estados. Recién en marzo de 1807 el Congreso prohibió importar esclavos de África u otros Estados, por medio de una ley que entró en vigor el 1º de enero de 1808 y que preveía ciertas medidas contra la trata de negros, y sobre todo la confiscación de navíos y cargas que transportaran a los negros. En la práctica esta ley fue continuamente distorsionada.

Como ya vimos en la nota 10, el comercio de esclavos, aunque prohibido, de alguna manera volvió a florecer en el curso de los años 1850. A pesar de los esfuerzos de la Convención comercial del Sur en 1859, la trata no se legalizó; todas las leyes en ese sentido fracasaron aún en Georgia, Alabama, Louisiana y Tejas. El fracaso se debió en gran parte a una contradicción en el seno mismo de la clase esclavista: los Estados fronterizos y orientales que practicaban la crianza de esclavos para venderlos a los Estados esclavistas en

expansión, tenían la competencia africana y una depresión del precio de los esclavos como consecuencia de una "oferta" demasiado abundante.

<sup>32</sup> *Organizaciones para la ayuda a los colonos* de Kansas se crearon en 1854-1855 en una serie de Estados del norte y del noroeste (Massachusetts, Nueva York, Pensilvania, Ohio, Illinois, etc.). La primera apareció en abril de 1854 en Massachusetts. Estas organizaciones se proponían luchar contra la expansión de la esclavitud e instalar pequeños colonos en Kansas. Se ocupaban del reclutamiento de los colonos, del sostén financiero, del transporte de los aparatos agrícolas a Kansas, del alojamiento de los colonos y de su aprovisionamiento. También enviaron armas a Kansas.

Este movimiento alcanzó su apogeo en el verano de 1856, con la guerra de Kansas, cf. nota 11. En julio de 1856, el Congreso de Buffalo decidió la creación de un comité nacional de ayuda a Kansas. Divergencias de miras prohibieron organizar esta ayuda según un plan unitario. Sin embargo, esta actividad tuvo una gran influencia sobre la opinión pública y contribuyó a sostener las fuerzas que crearon el Partido republicano. Al final de la guerra civil, esta organización se ocupó de la colonización de Oregón y de Florida. Existió hasta 1897.

<sup>33</sup> El 9 de diciembre de 1857 Douglas, presionado por sus electores, declaró en el Senado: "... si esta constitución nos fuera impuesta por la fuerza, violando los principios fundamentales de gobierno libre, y de una manera que fuera un simulacro y un insulto, resistiría hasta el fin... Creo en el gran principio de la soberanía popular... y me esforzaré por defenderla contra cualquier asalto." Cf. S. A. Douglas, *Speech on the President's Message delivered in the Senate United States*, diciembre 9, 1857, Washington 1857, pág. 15.

<sup>34</sup> Sobre los 1.341.264 votos obtenidos por Frémont en 1856, 559.864 provenían de los Estados del noroeste (Ohio, Michigan, Indiana, Illinois, Wisconsin e Iowa), o sea 41,7 % del total.

<sup>35</sup> Al respecto, la plataforma republicana de 1860 afirmaba: "La condición normal en todo el territorio de los Estados Unidos es la de la libertad; nuestros antepasados republicanos, cuando abolieron la esclavitud en todo el territorio nacional, ordenaron que nadie sin proceso legal y sin ser juzgado, puede ser despojado de su vida, su libertad o su propiedad. Es, pues, nuestro deber... mantener estas estipulaciones de la Constitución contra todas las tentativas de violación. Denegamos al Congreso, a las asambleas locales o a cualquiera el derecho de dar existencia legal a la esclavitud en cualquier territorio de los Estados Unidos." Cf. E. Stanwood, *History of Presidential Elections*, Boston 1888, págs. 220-230.

<sup>36</sup> En 1860, los siete Estados del noroeste (Indiana, Illinois, Iowa, Michigan, Minnesota, Ohio y Wisconsin) tenían una población de 7.773.820 habitantes, mientras que la población blanca de los quince estados esclavistas del Sur, se elevaba a 8.036.940.

<sup>37</sup> Marx hace alusión aquí a la escasez de papas de 1845-1847. Como consecuencia de esta catástrofe los pequeños colonos irlandeses, incapaces

de pagar los arrendamientos, fueron echados en masa por los propietarios. La cólera campesina estalló cuando la rebelión de 1848. La represión de este levantamiento significó una emigración masiva hacia los Estados Unidos.

En el cuarto capítulo de *El Capital*, Marx muestra que esta emigración tuvo un doble efecto: en Inglaterra la producción aumentó mucho más rápido que la población; América se benefició con una fuerza vital que le permitió superar muy pronto a Inglaterra. En *El Capital*, Marx afirma que el capitalismo es un modo de producción social históricamente transitorio. Con el ejemplo del modelo inglés demuestra que el capital nace, se desarrolla, declina y muere. Marx ilustra esta ley en el capítulo cuarto, con la emigración irlandesa, que suscita la creación de un rival capitalista en América, y marca la declinación del capital inglés en el mundo: "La población irlandesa bajó alrededor de ocho a cinco millones y medio en el curso de estos últimos quince años. Sin embargo la producción de ganado se acrecentó un poco y lord Dufferin que quiere convertir a Irlanda en un simple pastoreo de carneros, confirma sus objetivos cuando afirma que los irlandeses todavía son demasiado numerosos. No solo transportan sus huesos a América, sino también su carne: su venganza de otro lado del Atlántico será terrible" (páginas dispersas). Marx citaba la imprecación de Dido al morir, en *La Eneida* de Virgilio: *Exoriare nostris ex ossibus ultor* (Que nazca algún día un vengador de nuestras cenizas). Marx también señalaba que la emigración de capitales hacia las colonias de América con respecto al fondo anual de acumulación supera netamente al número de emigrados según el aumento anual de la población: el imperialismo inglés se cavaba su propia tumba.

<sup>38</sup> Nueva York está en el centro del compromiso final entre el Sur y el Norte por dos razones: es la sede de la trata de esclavos, del mercado de la moneda, de los capitales y créditos hipotecarios de las plantaciones del Sur y en consecuencia el intermediario de Inglaterra. Por lo tanto, naturalmente, es la plaza fuerte de los demócratas ligados al Sur. En el artículo "Asuntos americanos" (En *Die Presse*, 17/12/1861) Marx escribió: "El lord alcalde de Londres es un hombre de Estado solo en la imaginación de los escritores de vaudeville y de diversos hechos de París. Por el contrario, el alcalde de Nueva York es una verdadera potencia. Al comienzo de la secesión el siniestro Fenando Wood, esbozó un plan para proclamar la independencia de Nueva York, como república urbana, de acuerdo, seguro, con Jefferson Davis. Su plan fracasó por la oposición enérgica del Partido republicano del Empire City."

<sup>39</sup> Engels alude al siguiente pasaje del artículo del 22/11/1861 sobre los *Oficiales voluntarios*: "Lugarteniente A. B., echado del ejército por conducta deshonesta; C. D., borrado de los cuadros; capitán E. F., separado del servicio de los Estados Unidos, estas son algunas muestras de las últimas noticias militares que nos llegan en cantidad desde América.

"Los Estados Unidos han puesto en campaña a un ejército de voluntarios muy importante en el curso de los últimos ocho meses; no han ahorrado ni trabajo ni dinero para que este ejército pudiera combatir; además este ejército tenía la ventaja de estar casi todo el tiempo en estrecho contacto con las posiciones de avanzada del enemigo, que nunca se animó a atacar en masa

ni a explotar a fondo una victoria. Estas condiciones favorables compensan en realidad, en amplia medida, las dificultades de la organización de los voluntarios americanos que no se beneficiaron sino con un muy débil sostén por parte del pequeño núcleo del ejército regular y no tienen ni ayudantes experimentados ni instructores. Por suerte, en América hay muchos hombres calificados y que a la vez están dispuestos a ayudar a los voluntarios a organizarse. Se trata, ya sea de soldados y oficiales alemanes, que recibieron entrenamiento militar regular y ya combatieron en las campañas revolucionarias de 1848-1849, o de soldados ingleses, que emigraron durante la última década.

"Si en estas condiciones, a pesar de todo hubo que proceder a una verdadera depuración entre los oficiales, es porque existe una debilidad no en el sistema de voluntarios, sino en la nominación de los oficiales de voluntarios, que sin excepción, fueron elegidos por los soldados entre sus propias filas. Recién después de ocho meses de campaña frente al enemigo, el gobierno de los Estados Unidos se arriesga a exigir a los oficiales voluntarios que tengan una cierta calificación para la tarea que tratan de cubrir al aceptar su función. La consecuencia es numerosos licenciamientos, voluntarios o forzados, sin hablar de las innumerables bajas por motivos más o menos deshonorables. No hay duda que si el ejército de Potomac hiciera frente a un ejército bien organizado y reforzado con un número apropiado de soldados de oficio, hubiera sido derrotado bien pronto, a pesar de su importancia numérica y el indudable coraje personal de sus soldados."

Marx y Engels constantemente defendieron la idea de la necesidad de organizar las fuerzas revolucionarias espontáneas para poder vencer en una revolución, y la experiencia de decenas de revoluciones malogradas confirma este punto de vista.

<sup>40</sup> Cf. la ópera *Don Juan de Mozart*.

A la muerte del último representante de la dinastía de los Hannover en 1837 finalizó la unión personal entre Inglaterra y Hannover que perduraba desde 1714.

<sup>41</sup> A comienzos de 1861 el pueblo de Tennessee se opuso a la convocatoria de una asamblea para deliberar sobre el problema de la secesión, por 69.673 votos contra 57.798. El bastión de la Unión, Tennessee oriental, votó contra ese proyecto por una mayoría de 25.611 mientras Tennessee central solo reunió una débil mayoría y Tennessee occidental lo aceptó por 15.118 votos.

<sup>42</sup> El 16 de junio de 1861 el pueblo de Tennessee votó de esta manera:

	<i>A favor</i>	<i>En contra</i>
Tennessee oriental .....	14.780	32.923
Tennessee central .....	58.265	8.198
Tennessee occidental .....	29.127	6.117
Campamentos militares .....	2.741	—
	<u>104.913</u>	<u>47.238</u>

<sup>43</sup> En marzo de 1861, una convención reunida en Misuri, se opuso a la secesión por 89 votos contra 1. Sin embargo, los esclavistas dominaban la administración del Estado a tal punto que Misuri fue apresado lenta y seguramente, en la órbita de la Confederación. Para reaccionar contra esta evolución, a fines de julio se reunió en Jefferson City una convención que reflejaba los verdaderos sentimientos de la población. El gobernador Jackson, jefe del partido esclavista fue depuesto y reemplazado por un partidario de la Unión, Gamble. Es así como en agosto de 1861, el gobierno del Estado de Misuri pasó definitivamente al bando de la Unión.

<sup>44</sup> Antes de 1848, un número considerable de alemanes que esperaban instaurar un Estado independiente, llegaron a Tejas donde fueron bien recibidos por la administración. Les siguieron, en 1848 y 1849, militantes revolucionarios alemanes. En 1850 la población de origen alemán constituía alrededor de la quinta parte de la población blanca de este Estado. Es evidente que los antiguos revolucionarios alemanes eran, en su mayoría, antiesclavistas. En 1853, organizaron una sociedad abolicionista, la *Frier Verein*. Un año más tarde, una convención reunida en San Antonio reclamó el fin de la esclavitud. En el momento en que estalló la guerra civil, la mayoría de los alemanes se separaron del Estado esclavista y siguieron fieles al gobierno de la Unión.

<sup>45</sup> Antes de correr el riesgo de que la población rechazara la Constitución de Montgomery, los esclavistas la sometieron por ratificación a la asamblea del Estado. Esta última, bajo el control esclavista, la aceptó sin otra forma de proceso, el 16 de marzo de 1861. Este método fue adoptado por otros Estados del Sur.

<sup>46</sup> En 1860-1861, los partidarios de los Estados sudistas, se esforzaron por separar a California de la Unión norteamericana creando una república "neutral" en la costa del Pacífico. El gobierno de Lincoln supo frustrar a tiempo estas intenciones.

<sup>47</sup> Nueva Inglaterra, situada al noreste de los Estados Unidos, estaba constituida por un grupo de seis Estados muy industrializados (Maine, Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, Vermont, New Hampshire). Era el centro del movimiento abolicionista.

<sup>48</sup> En agosto de 1861, el general Frémont proclamó la confiscación de los bienes de toda persona que tomara las armas en Misuri, contra el gobierno de Washington o ayudara al enemigo de alguna manera. El manifiesto declaraba además que los esclavos de esos traidores serían emancipados. Para aplicar estas decisiones, el general Frémont creó oficinas para la abolición de la esclavitud y las declaraciones de libertad. Lincoln le ordenó oficialmente a Frémont que hiciera concordar su problema con la ley sobre confiscación y que anulara las decisiones relativas a la liberación de esclavos (la ley adoptada el 6 de agosto de 1861 por el Congreso preveía solo la liberación de esclavos que habían sido utilizados directamente por los rebeldes con fines militares). Como Frémont se negó a ejecutar las órdenes presidenciales, fue separado de su puesto de comandante en jefe del ejército de Misuri, en octubre de 1861.

<sup>49</sup> Después del levantamiento de esclavos negros de Jamaica, el parlamento inglés adoptó, en 1833, la ley sobre abolición de la esclavitud en las colonias. En la India occidental, el gobierno pagó a los propietarios dos libras esterlinas por esclavo liberado. Las sumas pagadas se recuperarían con impuestos posteriores que sufriría la población, y en primer lugar los mismos negros.

<sup>50</sup> Los Estados Unidos estuvieron en guerra con Méjico desde 1846 a 1848; conquistaron casi la mitad del país, sobre todo Tejas, Nueva California y Nuevo Méjico. Los plantadores del Sur y la burguesía financiera fueron el origen de esta campaña de pillaje imperialista.

<sup>51</sup> La expresión es de Seward, cf. su discurso del 25 de octubre de 1858 en Rochester, en: W. H. Seward, *Works*, ed. G. E. Baker, Boston 1884, vol. IV, págs. 289-302.

<sup>52</sup> Sobre el río *Bull Run*, cerca de la ciudad de Mannassas, al sudoeste de Washington, el 21 de julio de 1861 tuvo lugar la primera batalla importante de la guerra civil americana. El ejército del Sur triunfó sobre las tropas nordistas más numerosas pero mal preparadas.

En el curso de la batalla de *Balls Bluff*, al noroeste de Washington, los ejércitos sudistas ahogaron, el 21 de octubre de 1861, a varios regimientos del ejército del general Stone que habían atravesado el Potomac sin refuerzos. Estas dos batallas pusieron en evidencia las serias lagunas en el seno de la organización y la dirección nordistas.

<sup>53</sup> Nombre dado a McClellan por sus partidarios demócratas, porque había sido nombrado comandante en jefe de las tropas de la Unión a la edad de treinta y cuatro años.

<sup>54</sup> En marzo de 1862, Lincoln libró al ejército la "orden general del día nº 3" en la que ordenaba a McClellan que se pusiera "al frente del ejército del Potomac hasta nueva orden" y le informaba que quedaba "relevado de la comandancia de los otros departamentos militares".

<sup>55</sup> El general romano Quintus Fabius Maximus de sobrenombre Cunctator (contemporizador) en el curso de la segunda guerra púnica (218-201 a.c.) se esforzó por utilizar las inmensas ventajas y reservas de orden militar de que disponía para conquistar la buena voluntad del ejército. Su plan consistía en evitar toda batalla decisiva y en defenderse en campamentos atrincheros. Cada error del adversario era utilizado para levantar la moral del ejército romano con pequeñas victorias y borrar el efecto deprimente de las derrotas anteriores.

<sup>56</sup> En 1860, en Alabama, Georgia, Luisiana, Misisipi, Florida, Carolina del Sur y Tejas, había un total de 4.969.141 habitantes, de los cuales 46,5% o sea 2.312.350 eran esclavos. En esos Estados —Carolina del Sur y Misisipi— los esclavos eran más numerosos que el conjunto de los blancos y negros libres. Virginia, Tennessee, Carolina del Norte y Arkansas tenían 4.134.191 habitantes en 1860, de los cuales el 29,2% o sea 1.208.758 eran esclavos. Desde el punto de vista militar una política radicalmente abolicionista hubiera quebrado a los sudistas.

<sup>57</sup> En su carta a Marx del 26/9/1851, Engels explica que la primera fase de una revolución implica siempre la espontaneidad y la anarquía, que afectan y disuelven al antiguo régimen: "Es evidente que la desorganización de los ejércitos y la disciplina absolutamente relajada fueron más bien la condición que el resultado de toda revolución que haya triunfado hasta ahora. Francia debió esperar a 1792 para reorganizar un pequeño ejército de sesenta a ochenta mil hombres, el de Dumouriez que sin embargo, se descompuso enseguida. Se puede decir, por lo tanto, que casi no hay ejército organizado, en Francia hasta fines de 1798." Y muestra que la disciplina depende de los objetivos políticos que se persiguen, y no de la dictadura militar, al menos en períodos revolucionarios.

<sup>58</sup> Como durante la primera revolución americana las fuerzas progresistas de varias naciones europeas ayudaron a los americanos en su lucha en el curso de la guerra antiesclavista. Entre los revolucionarios alemanes de 1848 que habían emigrado a los Estados Unidos, había burgueses liberales como Schurz y Kapp, y amigos comunistas de Marx y Engels como Weydemeyer y Anneke (cf. *Correspondencia Marx-Engels*, desde el 29/5 hasta el 4/6/1862, págs. 113-116: Anneke informaba directamente a Engels sobre qué pasaba en el teatro de operaciones americano). Se estima en doscientos mil el número de alemanes que voluntariamente ayudaron al Norte a combatir a los esclavistas. Hicieron que el ejército nordista poco aguerrido y mal organizado al comienzo de las hostilidades, pudiera aprovechar su experiencia. Algunos revolucionarios de 1848 organizaron sus propios destacamentos, por ejemplo el 8º regimiento de voluntarios alemanes. La acción de Marx y de Engels en favor del Norte antiesclavista se une evidentemente con ese movimiento concreto de los Estados Unidos. Como ya sabemos, Marx había intentado, en un momento dado, emigrar a los Estados Unidos.

Veamos en comparación las cifras que conciernen a la participación de los negros (o esclavos) en la lucha del lado del Norte: 186.017 hombres habrían servido en el ejército nordista durante la guerra. De esta cifra, 123.156 estaban en servicio en julio de 1865 (ya sabemos que los negros fueron aceptados de manera tardía en el ejército). Los negros pelearon con un coraje extraordinario y perdieron 68.178 hombres.

<sup>59</sup> Desde el punto de vista militar y político, la campaña de Kentucky de 1862 tuvo una importancia decisiva. La línea de defensa de los confederados, de Columbus a Bowling Green, tenía dos centros vitales en Tennessee, Fort Henry y Fort Donelson. Esas plazas fuertes defendían dos importantes pasos en el corazón del Sur, los ríos Cumberland y Tennessee. Tomarlos no solo permitía a los nordistas abrir una brecha profunda en la Confederación sudista sino también hacer insostenible la posición de los sudistas en Kentucky. Por eso esos dos fuertes fueron el objetivo inmediato de la campaña de la Unión, y Grant los ocupó el 6 y el 15/2/1862. La toma del Fort Donelson tuvo como consecuencia la evacuación de las posiciones de Bowling Green, Columbus y Nashville (en Tennessee).

Estas victorias de la Unión tuvieron grandes consecuencias. Por el río Tennessee, los nordistas pudieron penetrar hasta el norte de Alabama y aun hasta Georgia. Fue el primer intento para clavar una cuña hasta el golfo

de Méjico y cortar la Confederación sudista en dos partes aisladas una de la otra. Además estos éxitos permitieron ocupar Kentucky, Estado fronterizo vital y recuperar una parte de Tennessee. Los nordistas avanzaron doscientas millas. Por otra parte, estas victorias tuvieron gran resonancia política. Mostraron a Europa —y sobre todo a Inglaterra— que el Sur no era invencible en los campos de batalla. Borraron las últimas dudas que podían subsistir sobre el papel de Kentucky en el conflicto, y permitieron emprender una guerra más revolucionaria contra los esclavistas.

<sup>60</sup> En lo que concierne al estudio detallado de la relación de las fuerzas armadas en las diferentes operaciones, en los diversos momentos de la guerra de Secesión americana, Cf. *The War of the Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union* en cincuenta y seis volúmenes. La serie I trata particularmente este período.

<sup>61</sup> Marx hace alusión a las luchas de liberación del pueblo español contra los ejércitos napoleónicos: Zaragoza fue sitiada dos veces (junio-agosto y diciembre de 1808) por fuerzas numéricamente superiores, la ciudad recién capituló en febrero de 1809.

En lo que concierne a Moscú Marx hace alusión al incendio de la capital rusa en setiembre de 1812.

<sup>62</sup> A comienzos de abril el general Mitchell ocupó Huntsville, situada a mitad de camino entre Chattanooga y Corinth.

<sup>63</sup> Cita de Shakespeare, de *Enrique IV*.

<sup>64</sup> El 8 de marzo de 1862, en la bahía de Hampton Roads, hubo un primer combate naval entre el acorazado sudista *Merrimac* y los barcos de madera de la flotilla nordista. Las fragatas nordistas *Cumberland* y *Congress* fueron destruidas y las otras gravemente dañadas. Al día siguiente, el acorazado nordista *Monitor* entró en acción y puso en fuga al *Merrimac*. A diferencia de la del *Merrimac*, la artillería del *Monitor* estaba concentrada en una torre blindada en el centro del navío, de acuerdo con el modelo del ingeniero Ericsson.

<sup>65</sup> Lincoln propuso, el 12 de julio de 1862, a los representantes de los Estados fronterizos en el Congreso americano, liberar progresivamente a los esclavos negros, con indemnización a los esclavistas, para terminar más rápido con la guerra.

<sup>66</sup> El *homestead bill* fue adoptado el 20 de mayo de 1862. Es una de las principales medidas de gobierno de Lincoln. Esta ley preveía que todo ciudadano de los Estados Unidos, o toda persona que deseara serlo, podía obtener ciento sesenta acres (65 ha.) de tierra gratuitamente, después de haber pagado una cantidad de diez dólares. La tierra era propiedad total del granjero, si pagaba un dólar veinticinco por acre y si trabajaba la tierra durante cinco años. Esta medida contribuyó a dar un giro revolucionario a la guerra civil, al asegurar la colonización de nuevas tierras por la agricultura libre. Cf. nota 73.

<sup>67</sup> Washington formaba parte del distrito de Columbia, y la abolición de la esclavitud en la capital americana ya era una de las principales reivin-

dicaciones de los elementos antiesclavistas de la guerra de la Independencia de 1775-1783. La ley del 16 de abril de 1862, con condiciones de indemnización, liberó a alrededor de tres mil negros. El gobierno entregó trescientos dólares por esclavo liberado, lo que representó la suma de alrededor de un millón de dólares.

<sup>68</sup> En junio de 1862, Lincoln declaró que “no habría más esclavitud ni servidumbre involuntaria en ningún territorio de los Estados Unidos existentes en la actualidad, que se formaran en el futuro, o adquiridos...”

<sup>69</sup> En 1780, se votó una ley en Pennsylvania para emancipar gradualmente a los esclavos. Estaba previsto que ningún niño nacido en un Estado esclavista debía ser esclavo. Los hijos de esclavos podían sin embargo “servir” hasta la edad de veintiun años; después no se les podía exigir ese “servicio”.

<sup>70</sup> El *Liberia* fue fundado en 1847 por la Sociedad americana de colonización, para poder hacer emigrar hacia esos países a los negros libres de EE.UU. (¡en el momento en que el gobierno ponía todos sus esfuerzos en recibir en América a los blancos europeos!)

Haití era un Estado formalmente independiente. La República fue instaurada en 1859.

Los Estados Unidos (recién después que otras potencias) establecieron relaciones diplomáticas con las repúblicas negras de esos dos países en junio de 1862. Este gesto tenía como fin, entre otros, enviar negros americanos hacia esos países. Los representantes del ala revolucionaria de los abolicionistas protestaron enérgicamente contra la creación en el exterior de los Estados Unidos, de colonias para negros libres, en el programa Lincoln.

<sup>71</sup> La campaña de Maryland comenzó el 4 de setiembre de 1862 y terminó el 17, con la derrota de los sudistas cerca del río Antietam.

<sup>72</sup> Las tropas confederadas que habían invadido Kentucky el 12 de setiembre de 1862 fueron derrotadas el 8 de octubre cerca de Perryville.

<sup>73</sup> Los colonos de los Estados occidentales de EE.UU. se calificaban a sí mismos en el siglo XIX “gigantes del Oeste”. Jugaron un papel decisivo en la lucha contra la esclavitud en el curso de la guerra de Secesión.

<sup>74</sup> El 22 de setiembre de 1862, Lincoln proclamó que los negros en esclavitud en los Estados rebeldes a la Unión serían emancipados a partir del 1º de enero de 1863. Al mismo tiempo todos los negros adquirieron el derecho formal aunque no real de servir en la flota y en el ejército. Sin embargo, Lincoln se cuidó de distribuir las tierras de los esclavistas a los antiguos esclavos. Cf. notas 66 y 70. Ahora bien, la explotación desvergonzada de los negros no podía cesar mientras los sudistas siguieran poseyendo en propiedad los grandes dominios y plantaciones.

En su carta del 15/7/1865 a Marx, Eugels todavía esperaba que el Norte terminara por acordar a los esclavos negros el derecho de convertirse en pequeños colonos libres como en Jamaica. Pero es evidente que el respeto burgués a la propiedad se detuvo frente a los grandes dominios y plantaciones del Sur.



<sup>75</sup> Marx se refiere evidentemente, a las exposiciones de Hegel sobre *Estética*, libro III, sección A: "El principio de la tragedia, de la comedia, y del drama". En *El 18 Brumario*, Marx escribió: "Hegel en alguna parte señala que todos los grandes acontecimientos y personajes se repiten, por así decirlo, dos veces. Se olvida de agregar: la primera vez como tragedia, la segunda vez como farsa..." Y Marx demuestra que con la madurez de las fuerzas económicas una sociedad se hace cada vez más conservadora y esclerosada, de manera que termina en el absurdo y en el ridículo: la humanidad entonces se separa de ella sin lástima. Cf. nota 91.

<sup>76</sup> La intervención a Méjico (1861-1867) tenía como fin derrocar el gobierno progresista de Juárez y transformar la república de Méjico en colonia europea. Además servía para preparar una base de invasión a los Estados Unidos para ayudar a los esclavistas del Sur. Marx aclara esencialmente este aspecto en los textos que reproducimos. En efecto, con la ayuda de documentos históricos se dedica a demostrar que Inglaterra fue el origen de esta expedición (cf. N. Y., D. T., 10/3/1862, *Die Presse*, 2/5/1862, 20/7/1862, debate escamoteado sobre Méjico y la alianza con Francia).

Al dirigirse a una opinión pública y a un pueblo "soberano", el Gobierno inglés debía usar todo tipo de estratagemas para lograr pasar sus proyectos. De ahí la hipocresía y las mentiras, los falsos pretextos y la legislación fraudulenta de un eventual *casus belli*. Solo una fuerza fundamentalmente antiimperialista como el marxismo está en condiciones de no dejarse engañar por estas contraverdades o semiverdades. En efecto, una fuerza menos radical, por su misma indecisión y sus concepciones menos netas, se dejaría superar por falaces esperanzas de compromiso. En la historia viva, cada potencia o partido tiene, pues, una interpretación propia de los hechos históricos.

<sup>77</sup> En octubre de 1859, España entró en guerra con Marruecos con el pretexto de que tribus árabes habían invadido los alrededores de Melilla y de Ceuta. Marruecos opuso una resistencia encarnizada, pero finalmente fue vencido. La paz se firmó el 26 de abril de 1860. En 1861, el jefe reaccionario de Santo Domingo, Sanatana, proclamó que la República dominicana formaba parte de las posesiones españolas. Los españoles fueron echados definitivamente de Santo Domingo en 1865.

<sup>78</sup> Después de la guerra de Italia en 1859, cuyo fin había sido, para su aliado francés, obtener el condado de Niza y Saboya, Napoleón III deseaba Suiza para asegurar sus posiciones estratégicas contra Alemania, que estaba en vías de concretar su unidad. El 28 de octubre de 1861, las tropas francesas penetraron en el cantón de Vaud y ocuparon el pueblo de Cressonières. En 1862, Suiza cedió a Francia el valle de Dappes a cambio de otra región fronteriza.

Marx escribió sobre la intervención a Méjico un artículo paralelo al de la N.Y.D.T. en *Die Presse* del 12/11/1861. Al tratarse de un diario europeo insiste más, evidentemente, en las pretensiones de Napoleón III sobre Suiza y el Rin, con la amenaza bonapartista contra la unidad alemana en segundo plano. Cf. nota 101.

<sup>79</sup> La Santa Alianza fue creada en 1815 en el Congreso de Viena, por

la iniciativa del zar Alejandro I. Bajo la tutela de Metternich, tenía como objetivo combatir la revolución en Europa y mantener el status quo contrarrevolucionario, en todo el continente. La Santa Alianza emprendió cierto número de acciones represivas contra los movimientos revolucionarios en España, Italia, Alemania, Hungría. A medida que crecieron las fuerzas revolucionarias, en los años 60, la Santa Alianza se desintegró.

<sup>80</sup> En 1857, Méjico adoptó una constitución liberal que restringió los privilegios del clero y previó elecciones populares. Dentro del marco de esta nueva constitución, el general Comonfort fue elegido presidente. Un golpe de Estado, maquinado por el partido liberal lo volteó enseguida, para colocar en su lugar al general Zuloaga. Las fuerzas progresistas declararon entonces que Juárez era el presidente constitucional de Méjico. En estas condiciones, estalló la guerra civil en 1858. Juárez salió victorioso luego de tres años de luchas encarnizadas, y los generales reaccionarios Zuloaga y Moremon fueron vencidos. En 1861, hizo su entrada en Méjico y fue reelegido presidente. Durante todas esas luchas, los bienes de la Iglesia fueron confiscados, y no se dejó de lado nada que pudiera reducir el poderío de la Iglesia reaccionaria.

Como consecuencia de la divergencia entre las potencias interventoras, Inglaterra y España retiraron sus fuerzas en abril de 1862. Los franceses continuaron la expedición y se apoderaron de la ciudad de Méjico en el verano de 1863. Instalaron a Maximiliano en el poder, como ya sabemos. En 1865, la victoria de los nordistas en Estados Unidos contribuyó a debilitar las posiciones bonapartistas, y la aventura terminó en marzo de 1867, después que Juárez infligió una severa derrota a las tropas francesas. Marx exaltó esta lucha del pueblo mejicano.

<sup>81</sup> En el curso del verano de 1823, Chateaubriand sometió al ministro francés de Asuntos exteriores un plan que preveía una intervención armada en el país de América latina para restablecer el imperio colonial español y agrandar el dominio colonial francés. Chateaubriand proponía transformar las colonias españolas en reinos autónomos, que debían ser dirigidos por príncipes de la dinastía borbónica algunos de los cuales estaban establecidos en Francia. Este plan chocó tanto con la oposición de las poblaciones locales como con la de Inglaterra y Estados Unidos (que tenía, por sí mismo, sus miras sobre esos países, cf. notas 28, 29, 30, 50).

<sup>82</sup> El 2 de diciembre de 1823, el presidente de los Estados Unidos, James Monroe, dirigió al Congreso americano una proclama en la que exponía los principios de su doctrina: ninguna potencia europea debía inmiscuirse en los Estados americanos ni adquirir tierra en ese continente. ("América a los Americanos.") Como contrapartida proclamó que los Estados Unidos no se inmiscuirían en los asuntos europeos. Esta doctrina antiimperialista era revolucionaria en sus comienzos y Marx, como tal la defendió; sin embargo, como todo principio burgués, esta doctrina se modificó progresivamente y se mudó en su contraria, y se convirtió por fin en la teoría del imperialismo yanqui, no solo por afirmar la hegemonía de los Estados Unidos en América latina, sino para prohibir a todas las otras potencias extraeuropeas discutir esta posición privilegiada, mientras la bandera estrellada flotaba en los países de to-



dos los continentes. El mérito del análisis marxista es descubrir en el modelo clásico de Inglaterra, toda la evolución, progresista, conservadora y reaccionaria, del futuro desarrollo económico, político y social de los otros países. De esta manera Marx lee en el imperialismo británico el porvenir de la política americana.

<sup>83</sup> Los textos de Marx y Engels sobre la guerra afgana y persa se encuentran en: Marx-Engels, *Textos sobre el colonialismo*, Ediciones en Lenguas extranjeras, Moscú.

<sup>84</sup> Del 6 al 8 de octubre de 1861, el rey Guillermo de Prusia visitó a Napoleón III en Compiègne. Los dos soberanos consideraron la posibilidad de una alianza francoprusiana para aislar a Inglaterra. Retomaron también la cuestión de la reedificación de la frontera francesa, fijada en 1815.

<sup>85</sup> En setiembre de 1860, un capitán del ejército inglés —MacDonald— fue detenido en Bonn y perseguido penalmente por las autoridades locales. El gobierno inglés explotó el incidente, concluido en mayo de 1861, para reforzar su propaganda antiprusiana.

<sup>86</sup> El folleto antibonapartista: *Carta sobre la historia de Francia*, en el que el duque de Aumale (Henri d'Orléans) respondía al discurso pronunciado en el Senado en la primavera de 1861 por el príncipe Napoleón (llamado con el sobrenombre Plon-Plon o Príncipe Rojo y considerado jefe de los bonapartistas de izquierda) fue secuestrado por orden del Emperador; el editor y el impresor del folleto fueron condenados a penas de prisión y a una multa de cinco mil francos. Plon-Plon también publicó diversos panfletos donde atacaba al régimen, para ganarse las simpatías de los obreros parisinos que quería organizar en sindicatos de inspiración bonapartista.

<sup>87</sup> En setiembre de 1861, los dos príncipes de la casa de Orléans, el conde de París y el duque de Chartres a los que se unió el príncipe de Joinville, llegaron a Washington y obtuvieron la autorización para entrar en el ejército de la Unión como ayudas de campo. Los dos príncipes fueron promovidos a capitanes y asignados al ejército de Potomac. Efectuaron su servicio en la campaña de la península, en 1862. Su compañero, el príncipe de Joinville escribió un relato de esta campaña; también el conde de París publicó una obra sobre la guerra de Secesión.

<sup>88</sup> Marx hace alusión a un acontecimiento poco glorioso de la vida de Napoleón III. En 1848, cuando su estado en Inglaterra, Luis Napoleón se enganchó en un grupo de constables especiales (policía de reserva formada por civiles voluntarios) que intervinieron con el ejército y la policía contra la manifestación masiva organizada por los cartistas el 10 de abril de 1848. El fracaso cartista hizo que los obreros ingleses no participaran prácticamente más en la revolución europea de 1848-1849.

<sup>89</sup> En 1856, Napoleón III actuando de acuerdo con Gran Bretaña exigió a China "reparaciones y concesiones" por el asesinato de un misionero francés. Se apoderó de Cantón, tomó los fuertes de Taku y obligó a China a aceptar el tratado de Tientsin (1858). Francia e Inglaterra obtuvieron otras concesiones comerciales en las provincias lejanas del Este, así como indemnizaciones. Entretanto, Napoleón, ayudado por España, se apoderó del puerto

de Saigón en Cochinchina, largamente codiciado, y en 1862, se apoderó de otras tres provincias.

<sup>90</sup> Marx hace alusión a su teoría, según la cual las guerras imperialistas, aunque no impliquen sino a Estados, están en realidad dirigidas contra las clases obreras, y por lo tanto deben ser combatidas como tales. A lo largo de todo el reinado de Napoleón III, Marx denuncia la política de las guerras que sirven para distraer a la clase obrera de sus propias preocupaciones y le impideu combatir por sus intereses.

<sup>91</sup> Alusión a los reveses desastrosos que las fuerzas de la Unión experimentaron en el curso del verano de 1861. El ejército nordista fue derrotado en Bull Run (Manassas) y obligado a evacuar Springfield.

<sup>92</sup> En la *Neue Oder Zeitung*, Marx escribía el 20/3/1855: "Napoleón I atacaba el corazón de los Estados que quería vencer, la Francia actual lleva su ataque contra el fondo de Rusia (Crimen en lugar de atacar Moscú)... Napoleón tenía la costumbre de entrar como vencedor en las capitales de la Europa moderna. Su sucesor, con diversos pretextos, ha instalado guarniciones francesas en las capitales de la Europa antigua..." Cf. nota 75.

<sup>93</sup> El asunto del *Trent* estuvo a punto de dar a Inglaterra un pretexto legal para declararle la guerra a la Unión americana. Por eso en su carta del 27/11/1861, Engels se levanta con violencia contra los fabricantes de este incidente, cuyas consecuencias podían haber sido fatales para los nordistas: "Estos yanquis son completamente idiotas al provocar un incidente tan absurdo por dos simples emisarios confederados." A lo largo de numerosos artículos Marx va a tratar de explicar a los americanos que no deben caer en la trampa inglesa, y al público inglés que para Palmerston se trata de inflar ese incidente banal para lograr un *casus belli*, un pretexto legal para intervenir en los Estados Unidos.

En un puerto de las Indias occidentales, el capitán Wilkes, comandante del navío de guerra americano *San-Jacinto*, leyó en un diario que dos emisarios confederados, Mason y Slidell, acompañados por sus secretarios, Eustis y McFarland, iban a atravesar el canal de Bahama a bordo del paquebote británico *Trent*. Después de haber consultado los manuales de derecho marítimo internacional, Wilkes creyó que tenía derecho a abordar ese navío inglés y a apoderarse de los agentes sudistas. Por lo tanto, el 8 de noviembre de 1861, requisó el *Trent*, detuvo a los cuatro hombres y se dirigió hacia Boston.

En todo este asunto, Wilkes actuó por propia iniciativa, como lo señala claramente el secretario de Estado americano, Seward, en una carta del 30 de noviembre dirigida al embajador americano en Londres, Adams. El mismo día, el conde británico Russell, ministro de Asuntos exteriores, escribió a lord Lyons, embajador inglés en Washington: dio a Seward al menos siete días para liberar, a pedido de Gran Bretaña, a los emisarios sudistas. Sin embargo, pasaron más de tres semanas antes que el ministro británico pusiera a Seward al corriente de los términos de la carta de Russell, y pasaron otros cuatro días antes de que se tomara conocimiento oficial. El 26 de diciembre, el secretario de Estado americano respondió al gobierno inglés: justificaba lo que había hecho Wilkes basándose en el derecho internacional, Seward

anunciaba su intención de liberar a los emisarios sudistas, ya que ese procedimiento respondía a la política tradicional de América, que consistía en sostener los derechos de los neutrales en alta mar. Con este despacho concluyó el incidente; el 1º de enero de 1862, los emisarios sudistas subieron a bordo del navío de guerra inglés *Rinaldo*, con destino a Inglaterra.

La moderación de Marx y Engels en este asunto no está en oposición con su concepción de una guerra radical contra los sudistas, sobre la base de la abolición completa de la esclavitud. Por el contrario, dada la relación de fuerzas, la intervención inglesa sin duda, hubiera impedido todo éxito en la lucha contra la esclavitud, reforzada por el imperialismo británico. Cf. notas 98 y 99, sobre los precedentes históricos de este tipo de intervención.

<sup>94</sup> Lloyd es la muy conocida compañía de seguros londinense. Ese nombre viene de Edward Lloyd (n. en 1726) que tenía un café donde los negociantes y aseguradores (marítimos) tenían costumbres de encontrarse.

<sup>95</sup> Alusión al escrito de Spence, *The American Union*, publicado en Londres durante el año 1861.

<sup>96</sup> Cuando estalló la guerra de Secesión, los capitales ingleses colocados en los Estados Unidos eran considerables, sobre todo en los ferrocarriles de Nueva York y de Erie, de Baltimore y de Ohio, de Filadelfia y de Reading, y de Illinois central; en las sociedades de seguros, tales como New York Time y American Life, en sociedades mineras, como la Pennsylvania Bituminous Coal, Land and Timber, y Leigh Coal and Mining; en empresas como la Baring Holding en Virginia occidental.

<sup>97</sup> La expresión *Ceterum censeo Carthaginem esse Delendam* significa: "Además considero que hay que destruir a Cartago". Con esta fórmula Catón el Antiguo terminaba sistemáticamente sus discursos en el Senado romano, para señalar su voluntad de una guerra contra Cartago.

<sup>98</sup> El 1 de junio de 1812, el presidente Madison declaró en un mensaje al Congreso, que los cruceros británicos no dejaban de violar la bandera americana y se apoderaban de los marinos americanos para incorporarlos por la fuerza a su flota. Gran Bretaña aseguraba que si los Estados Unidos se hubieran permitido lo que ella hacía, Inglaterra enseguida hubiera "vengado" esa "flagrante enormidad". Finalmente los Estados Unidos declaran la guerra a Inglaterra que aún detentaba partes enteras del actual territorio de los Estados Unidos y no se resolvía a dejar América a los americanos. Los ingleses tuvieron muchos éxitos militares entre 1812 y 1814, y hasta ocuparon Washington. En esa época Inglaterra trataba de restaurar el antiguo régimen tanto en Europa contra la Francia revolucionaria, como en América, pero sus tropas no bastaban para eso. Por eso los americanos terminaron por vencer a los ingleses en Nueva Orleans y esto significó el fin de la hostilidades, en enero de 1815. Cf. notas 99 y 100.

<sup>99</sup> En la conferencia de paz de Gand, en 1814, Inglaterra se encontró en excelente posición para negociar. Al estar Napoleón en el exilio, sus tropas ya no estaban comprometidas en Europa y podían intervenir fácilmente en América. Por otra parte, la posición de América era desesperada: Nueva Inglaterra amenazaba con hacer secesión, el gobierno federal estaba al borde de la

guerra civil. En esas circunstancias, la delegación británica rechazó toda concesión. En el tratado de Gand firmado el 24 de diciembre de 1814, no se hacía mención del enrolamiento forzado de los marinos americanos, ni de los derechos de los neutrales en alta mar. Hasta la cuestión de las fronteras fue remitida a otras negociaciones.

<sup>100</sup> En 1841, lord Ashburton, propietario de vastos dominios en Maine, fue enviado a América para arreglar cierto número de problemas litigiosos. Como consecuencia de las negociaciones con Webster, secretario de Estado americano, firmaron un tratado en 1842. Los Estados Unidos obtuvieron las 7/12 partes del territorio en litigio entre Maine y Canadá. También se tomaron disposiciones para la extradición recíproca de criminales y la "abolición" del tráfico de esclavos.

<sup>101</sup> De esta manera los ingleses utilizaron no solo a Méjico sino también a Canadá como base de invasión contra la Unión americana. Además, los ingleses usufructuaron, durante largo tiempo, grandes partes de territorio americano al sur del actual Canadá. Cf. nota precedente. En ocasión de su viaje a América en 1888, Engels escribió a Sorge: "Uno se siente saeudido cuando pasa de los Estados Unidos a Canadá. En principio se cree otra vez en Europa; en realidad, se encuentra literalmente en un país atrasado y retrógado. Aquí se ve hasta qué punto se necesita, en un país nuevo, el espíritu febril de especulación de los americanos (dando como ya adquirida la base de la producción capitalista). En diez años, este Canadá semiadormecido estará maduro para la anexión, y los colonos de Manitoba, etc., la reclamarán ellos mismos. De todas maneras, el país ya está a medias anexado en el plano social: los hoteles, los diarios, la publicidad, etc., todo esto se hace sobre el modelo americano." (10/9/1888). Y Engels además muestra que Inglaterra al mantener "esa ridícula línea fronteriza" era en parte responsable del atraso de esta *colonia*.

<sup>102</sup> Algunos días después de la captura de los emisarios sudistas, Davis envió al Congreso confederado un mensaje destinado más al uso de los trinitánicos que de los sudistas. Apelando a los "instintos" patrióticos de los ingleses, Davis afirmó que el Norte reivindicaba una jurisdicción general en alta mar, y que el arresto de los agentes confederados "en las calles de Londres hubiera estado tan fundamentado como el que habían sufrido en alta mar".

<sup>103</sup> El general Winfield Scott, que se encontraba en París en el momento en que llegó a Europa la noticia de lo del *Trent*, expresó la opinión de que la captura de los emisarios sudistas no podía haber sido autorizada por el gobierno federal. "Estoy convencido —escribió—, que el presidente y el pueblo americano serían muy felices de liberar a esos hombrss... si al actuar de esa manera pudieran liberar el comercio mundial."

<sup>104</sup> Durante la guerra de la Independencia americana, el Almirantazgo inglés pretendía tener el derecho de requisa y captura de los navíos neutrales que comerciaban con América o transportaban armas y contrabando. Catalina de Rusia aprovechó la ocasión para oponerse a las pretensiones inglesas de hegemonía en el mar que eran fatales para Rusia. Hizo su *declaración*

sobre la neutralidad armada el 11 de marzo de 1780. Propuso que los navíos neutrales tuvieran el derecho de oponerse por la fuerza a los ataques de los Estados beligerantes; que las potencias neutrales tuvieran el derecho de comerciar libremente con las beligerantes, que la propiedad enemiga fuera inviolable cuando circulara bajo pabellón neutral. Solo admite el bloqueo en caso en que la entrada a un puerto estuviera prácticamente bloqueada por barcos de guerra. De 1780 a 1783, la diplomacia rusa supo hacer adherir a su proyecto a Dinamarca, Suecia, Prusia, Austria, Portugal y el reino de las Dos Sicilias. En 1800, Napoleón I intentó utilizar contra Inglaterra a la liga de la "neutralidad armada del Norte" (Rusia, Prusia, Suecia y Dinamarca).

<sup>105</sup> *Declaración sobre los principios del derecho marítimo internacional*, adoptada el 16 de abril de 1856 en el Congreso de París. Prohibía las operaciones de corsarios (es decir la guerrilla en el mar) e inauguraba la era de las guerras navales entre Estados oficiales. Garantizaba la protección de los navíos comerciales de los Estados neutrales contra las usurpaciones de las potencias beligerantes. Como lo explica Marx, la declaración fue un éxito para Rusia que, en caso de guerra, hubiera sido asfixiada por un bloqueo marítimo, dado que su industria estaba todavía demasiado atrasada para bastar en condiciones normales, con más razón en las excepcionales de un país en guerra.

<sup>106</sup> La reina Victoria replicó al bloqueo de los puertos de la Confederación por el Norte (abril de 1861) proclamando la neutralidad de Inglaterra en la guerra civil americana, el 13 de mayo de 1861. Además el bloqueo solo sería reconocido en el caso que fuera eficaz. Inglaterra admite el derecho de los sudistas a apoderarse de los navíos del Norte en alta mar. De esta manera, la proclama reconocería de hecho a la Confederación del Sur como potencia beligerante. Cf. nota 130.

<sup>107</sup> En julio de 1858, el Parlamento inglés adoptó una ley destinada a "mejorar la administración de la India" y el poder pasó de la Compañía de Indias orientales a las manos de la Corona. Esta ley preveía la constitución de un Consejo hindú, a título de órgano deliberante al lado del ministerio para los Asuntos hindúes. El gobernador general obtuvo el título de virrey y se convirtió de hecho en el ejecutante del ministro de las colonias en Londres.

<sup>108</sup> En 1858, Francia y Cerdeña concretaron un acuerdo secreto: Víctor Manuel aceptó ceder el condado de Niza y la Saboya a Napoleón III, a cambio de la ayuda de Francia contra Austria. La guerra estalló en 1859. Aunque Napoleón III hubiera firmado apresuradamente la paz con Austria abandonado prácticamente a su aliado reclamó Niza y Saboya, que Cerdeña terminó por ceder (marzo de 1860). El gobierno de Palmerston protestó contra "esta ofensa" y hasta usó "un lenguaje donde se percibía una amenaza de guerra". Sin embargo, no tomó ninguna medida, porque "temía" que Napoleón III pudiera rescindir el reciente tratado comercial firmado entre Francia e Inglaterra con el objeto de disminuir los derechos sobre los artículos manufacturados ingleses.

<sup>109</sup> Marx hace alusión a la represión salvaje de los rusos cuando la insurrección polaca de 1831.

<sup>110</sup> Inglaterra había instaurado su protectorado en las islas Jónicas en 1815. En 1858 y comienzos de 1859, la población entró en lucha abierta para eliminar el poder absoluto del alto comisariado británico y exigir la incorporación a Grecia. Esta lucha terminó en 1864 con la devolución de las islas a Grecia.

<sup>111</sup> Es manifiestamente una alusión a las leyes sobre los propietarios terratenientes y los colonos de noviembre de 1852. Marx consagró varios artículos a esas medidas que golpearon duramente a Irlanda.

<sup>112</sup> Ciudad de España: en el año 219 a.c. se alió a Roma y fue tomada por Aníbal, después de un duro sitio de ocho meses. Las mujeres lucharon al lado de los hombres y algunas prefirieron el fuego antes que la rendición.

<sup>113</sup> Cf. *Le Globe* del 11 de enero de 1862.

<sup>114</sup> Marx consagró un corto artículo a esta reunión en *Die Presse* del 3/2/1861 bajo el título de: "El conflicto anglo americano".

<sup>115</sup> Por ejemplo en Irlanda, en Dublín, cinco mil personas se reunieron para aclamar a un orador que proclamó abiertamente que si Inglaterra declaraba la guerra a los Estados Unidos, Irlanda lucharía del lado de América. Cf. nota 37.

<sup>116</sup> En Inglaterra ninguna clase sufrió más las consecuencias de la crisis algodonera que el proletariado.

Para los obreros ingleses especialmente para los que trabajaban en la industria textil, la penuria textil significó el paro, y en el mejor de los casos el paro parcial. En 1862, las tres quintas partes de la industria textil en Inglaterra, estaba detenida, y el setenta y cinco por ciento de los obreros textiles se vieron sin trabajo en un paro que duró más de dos años. Por ejemplo, en Stockport, seis mil asalariados estaban sin trabajo, otros seis mil trabajaban parcialmente y cinco mil trabajaban la jornada completa. En noviembre de 1862, el 35 % de la población de Glossopp era asistida o vivía de la caridad pública.

<sup>117</sup> Marx indica que la guerra imperialista de Inglaterra sea contra Francia en 1793, contra los Estados Unidos en 1812-1814, etc., no estaba dirigida solamente contra los países comprometidos en un proceso de transformación revolucionaria sino contra el mismo proletariado inglés: "La guerra contra los Jacobinos era en realidad, una guerra de los terratenientes ingleses contra las masas trabajadoras de su país. Entonces el capitalismo celebró sus bacanales: prolongó la jornada de trabajo hasta doce, catorce o dieciocho horas." Cf. nota 90.

<sup>118</sup> En el otoño de 1861, el navío corsario sudista Nashville, que se había apoderado de un botín de tres millones de dólares y que trataba de escapar a la flota federal, llegó a la costa británica. Aunque perfectamente al corriente de lo que pasaba, las autoridades británicas autorizaron al Nashville a entrar en Southampton y a desembarcar, violando de manera flagrante la neutralidad.

<sup>119</sup> Marx escribió un pequeño artículo sobre el origen y la vida de los

emisarios confederados en *Die Presse*, el 8/12/1861: "Los actores principales del drama del *Trent*".

<sup>120</sup> Las ordenanzas del Consejo inglés, redactadas en 1807, prevenían que todos los navíos que comerciaban con Francia o sus aliados, eran pasibles de requisa, y obligaban a los navíos neutrales a hacer escala en los puertos británicos. Como estas medidas eran particularmente perjudiciales para el comercio americano, los Estados Unidos se opusieron declarando que constituían una violación a los derechos de la neutralidad. Estas ordenanzas finalmente fueron suspendidas el 23 de junio de 1812, cinco días después de la declaración de guerra hecha por Estados Unidos a Inglaterra.

<sup>121</sup> El 8 de febrero de 1858, a pedido del gobierno francés que reprochaba a Inglaterra otorgar el derecho de asilo a "criminales políticos" Palmerston depositó en la Cámara un proyecto de ley sobre los conspiradores extranjeros. El 12 de febrero este proyecto de ley fue rechazado por los Comunes.

<sup>122</sup> En el curso de la guerra civil americana, se llamaba "contrabando negro" a los esclavos que se habían escapado de sus dueños para buscar refugio en los campos militares de la Unión. A pesar de las ordenanzas del gobierno de Washington (Cf. nota 26) algunos generales de la Unión se negaron durante los primeros meses de la guerra de Secesión, a devolver esos negros a sus antiguos dueños. Para justificarse afirmaron que esos esclavos eran propiedad de los rebeldes que los utilizaban para trabajos militares (cavar trincheras, por ejemplo), de manera que se podía considerar a esos esclavos como "contrabando de guerra" y retenerlos.

<sup>123</sup> La regencia democrática era el grupo dirigente del Partido demócrata en el Estado de Nueva York. Existió hasta 1854 y tenía su sede en Albany que era el centro administrativo del Estado de Nueva York.

<sup>124</sup> Cf. nota 31 sobre la legislación de los esclavos. La ley de 1801 mantuvo la trata de esclavos en el seno de los Estados Unidos, entre los estados esclavistas del Sur y del sudoeste, sobre todo en las costas meridionales del país. La prohibición de importar esclavos de África tuvo como consecuencia un aumento en la trata de negros en el interior de los Estados Unidos. Estados como Maryland, Virginia y Carolina del Norte se pusieron a criar negros para venderlos a los Estados que explotaban el trabajo de los esclavos. Estos puntos de la ley de 1808 fueron anulados por el proyecto de ley sometido al Senado por Sumner el 2 de mayo de 1862. El transporte de esclavos de un Estado a otro también fue prohibido.

<sup>125</sup> El discurso íntegro se encontrará en: W. Phillipps, *Speeches, Lectures and Letters*, Serie I, Boston, 1864, bajo el título "The Cabinet".

<sup>126</sup> El texto hace alusión a la siguiente resolución de la Cámara de Comercio de Nueva York: "Mejor que mueran todos los rebeldes antes que uno solo de nuestros soldados."

<sup>127</sup> Wendell Phillips jugó el mismo papel en la guerra civil americana que un Buonarroti, por ejemplo, en la Revolución francesa, defendiendo las mismas ideas: "La experiencia de la Revolución francesa y más particular-

mente los problemas y variaciones de la Convención nacional, me parece que han demostrado suficientemente que un pueblo, cuyas opiniones se forman en un régimen de desigualdad y despotismo, no puede, al comienzo de una revolución regeneradora, designar con sus sufragios a los hombres encargados de dirigirla y consumirla. Esta tarea difícil solo puede pertenecer a ciudadanos inteligentes y valientes... Tal vez se necesite a comienzos de una revolución política, aun por respeto a la soberanía real del pueblo, ocuparse menos de recoger los sufragios de la nación que de hacer caer, lo menos arbitrariamente posible, la autoridad suprema en manos inteligente y fuertemente revolucionarias."

<sup>128</sup> La batalla de Richmond al lado de las orillas pantanosas de Chickahominy duró siete días (25 de junio al 1º de julio de 1862). Terminó con la retirada del ejército nordista bajo el mando de McClellan.

<sup>129</sup> El 3 de octubre de 1862, las tropas sudistas bajo el mando de los generales Price y Van Dorn atacaron las posiciones nordistas cerca de Corinth. La batalla duró dos días y terminó con la derrota de los confederados.

<sup>130</sup> Alusión a un discurso de Gladstone, el 7 de octubre de 1862 en Newcastle. El primer ministro inglés declaró que la Confederación del Sur no solo había creado un ejército y una flota sino que —y eso era lo más importante— una nación.

<sup>131</sup> Cuando las elecciones para la Cámara de representantes del Congreso el 4 de noviembre de 1862 en los Estados del Norte, los republicanos obtuvieron, es verdad, la mayoría en casi todos los Estados nordistas, pero perdieron, en relación a las elecciones precedentes, un número considerable de votos en Nueva York y en los Estados del noroeste que votaron por los demócratas.

<sup>132</sup> Harper's Ferry, importante centro militar en el Potomac. Los sudistas se apoderaron de él el 15 de setiembre de 1862, bajo el mando de Jackson, cuando invadieron Maryland. Los mil hombres de la guarnición así como todo el arsenal cayeron en manos de los confederados.

<sup>133</sup> El 4 de julio de 1776, los delegados de las trece colonias inglesas de América del Norte, proclamaron la Independencia, en el Congreso de Filadelfia. Crearon una república independiente, después de separarse de Inglaterra. Aunque la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano son un gran paso adelante en la historia —en relación al régimen anterior a la revolución burguesa— no es una conquista definitiva ni una liberación verdadera. Se lo ve en el simple hecho que esta proclamación dejó subsistir la esclavitud de una fracción considerable de la población.

<sup>134</sup> Cf. discurso de Bright el 18/12/1862, en Birmingham.

<sup>135</sup> Booth, John Wilkes (1839-1865), asesinó a Lincoln en abril de 1865.

<sup>136</sup> Seward predijo que un "conflicto irreprimible" se preparaba entre el

Norte y el Sur, en su discurso en Rochester, el 25 de octubre de 1858. El día del asesinato de Lincoln, Seward y su hijo fueron también víctimas de una agresión y resultaron gravemente heridos.

<sup>137</sup> En respuesta a los actos de guerra de la Confederación del Sur, el gobierno de Lincoln llamó, el 15 de abril de 1861, a setenta y cinco mil voluntarios para el servicio armado, creyendo poder arreglar el conflicto en tres meses. De hecho, la guerra de Secesión se prolongó hasta 1865.

## NOMBRES CITADOS

ADAMS, Charles Francis (1807-1886), hombre político republicano, embajador de Estados Unidos en Londres (1861-1868).

ADAMS, John (1735-1826), hombre de Estado y diplomático americano; uno de los dirigentes de la fracción burguesa moderada en el curso de la guerra de Independencia contra Inglaterra (1775-1783); primer embajador americano en Londres (1785-1788); presidente de los Estados Unidos de 1797 a 1801.

ANDERSON, Robert (1805-1871), comandante de la guarnición de Fort Sumter (diciembre 1860 a abril 1861); nombrado general en mayo de 1861 en el ejército nordista. Combatió en Kentucky.

ANNEKE, Friedrich (1817-1886), miembro de la Liga de comunistas; participó en la revolución de 1848-1849 en Alemania, después emigró a América, donde combatió del lado del Norte durante la guerra civil; corresponsal de Marx y Engels.

ASHBURTON, Alexander Baring, barón (1774-1848), banquero y tory inglés; ligado a los medios financieros americanos; ministro de Comercio.

AUMALE, Henri-Eugène-Philippe-Louis d'Orléans, duque de 1822-1897), hijo del rey Louis-Philippe; participó en la conquista de Argelia; autor de panfletos antibonapartistas.

BARING, Thomas (1799-1873), director de un importante banco inglés a partir de 1848.

BEALES, Edmond (1803-1881), jurista inglés de tendencia radical burguesa, miembro de una sociedad inglesa para la emancipación de los esclavos, sostuvo al norte en el curso de la guerra de Secesión.

BEECHER-STOWE, Harriet Elizabeth (1811-1896), mujer de letras americana; autora de *La Cabaña del Tío Tom*; participó en el movimiento abolicionista en los Estados Unidos.

BENNETT, James Gordon (1795-1872), fundador y propietario del *New York Herald*; partidario de un compromiso cuando la guerra de Secesión; de tendencia demócrata.

BERRY, Hiram George (1824-1863), general americano; fue comandante desde 1862 a 1863, de una brigada en el Potomac; murió en la batalla de Chancellorsville.

BIRNEY, William (1819-1907); general nordista que participó en el levantamiento de París en 1848; organizó regimientos de negros durante la guerra de Secesión.

BONAPARTE, Charles-Louis-Napoleón (1808-1873); tercer hijo de Luis Bonaparte; reinó bajo el nombre de Napoleón III de 1852 a 1870.

BONAPARTE, Jérôme-Napoleón-Charles-Paul, príncipe Napoleón (1822-1891), hijo de Jérôme Bonaparte; sobrino de Napoleón III; mandó una divi-

sión durante la guerra de Crimea; conocido con el sobrenombre de Plon-Plon y Príncipe Rojo.

BONAPARTE, Joseph (1768-1844), hermano mayor de Napoleón I; rey de Nápoles de 1806 a 1813.

BRAGG, Braxton (1817-1876), general confederado, dirigió los ejércitos sudistas en Kentucky en 1862 y la batalla de Shiloh; luego fue consejero militar de Jefferson Davis.

BRECKINRIDGE, John Cabell (1821-1875), jefe del Partido demócrata; senador de Kentucky; uno de los que prepararon la rebelión sudista; vicepresidente de los Estados Unidos de 1857 a 1861; general confederado y secretario de Guerra de la Confederación del Sur.

BRIGHT, John (1811-1889), fabricante y hombre político liberal inglés; partidario del librecambismo; fundó la liga contra las leyes cerealearas; simpatizó con el Norte en el curso de la guerra de Secesión; fue varias veces ministro en gabinetes liberales.

BROWN, John (1800-1859), antiguo colono americano y uno de los jefes mayores del ala revolucionaria del movimiento abolicionista; participó en el combate armado contra los esclavistas en Kansas (1854-1856); intentó en 1859 levantar a los esclavos negros en Harper's Ferry; fue juzgado y colgado después de su captura.

BROWNSON, Orestes Augustus (1803-1876), director de la católica *Quarterly Review*, se opuso a la ruptura con la Unión; reclamó la abolición de la esclavitud; influyó al electorado católico de Nueva York en sentido demócrata.

BRUTUS, Marcus Junius (circa 83-42 a.c.) hombre de estado romano; uno de los iniciadores de la conjuración contra Julio César.

BUCHANAN, James (1791-1868), líder del Partido demócrata y secretario de Estado americano de 1845 a 1849; embajador en Londres de 1853 a 1856; presidente de los Estados Unidos (1857-1861), defensor de los intereses esclavistas.

BUELL, Don Carlos (1818-1898), general de la Unión, dirigió las tropas nordistas en Tennessee y en Kentucky; abandonó el ejército hacia el final de la guerra.

BURNSIDE, Ambrose Everett (1824-1891), general de la Unión; separado de su comandancia del ejército de Potomac, después de la derrota de Fredericksburg (1862); después de la guerra fue elegido gobernador de Rhode Island.

BUTLER, Benjamín Franklin (1818-1893), general de la Unión; dirigió el ejército de expedición nordista que se apoderó de Nueva Orleans, donde fue gobernador militar; nombrado al Congreso por Massachusetts; participó en los movimientos antimonopolistas.

CALHOUN, John Caldwell (1782-1850), uno de los jefes del partido demócrata y partidario de la oligarquía esclavista; ministro de Guerra de 1817 a 1825; vicepresidente de 1825 a 1832; partidario de la anulación de

las tarifas protectoras en Carolina del Sur, en 1828 y 1832; senador y secretario de los Estados Unidos (1844-1845).

CAMERON, Simón (1799-1889), líder del Partido republicano y ministro de Guerra de 1861 a enero de 1862 en el gobierno de la Unión; senador por Pensilvania.

CANNING, George (1770-1827), diplomático y hombre de Estado tory; ministro de Asuntos extranjeros ingleses de 1807 a 1809 y de 1822 a 1827; primer ministro en 1827.

CARNARVON, Henry Howard Molyneux Herbert, conde de (1831-1890), hombre de Estado inglés; conservador; ministro de las Colonias de 1866 a 1867 y de 1874 a 1878.

CASS, Lewis (1782-1866), hombre de Estado; general y diplomático americano de tendencia demócrata; ministro de Guerra (1831-1836); secretario de Estado bajo la presidencia de Buchanan, partidario de la integración de la Unión, cuando la guerra de Secesión.

CASTELREAGH, lord Henry Robert Stewart, vizconde (1769-1822), hombre de Estado conservador inglés; secretario de Estado para Irlanda (1797-1801); ministro de Guerra y de las Colonias (1805-1806 y 1807-1809); ministro de Asuntos extranjeros (1812-1822); responsable de una represión salvaje en Irlanda.

CATON, Marcus Porcius (Catón el Censor) (234-149 a.c.), hombre político y autor romano; defendió los privilegios de la aristocracia; elegido senador en 184 a.c.

CHATEAUBRIAND, Francois-René, vizconde de (1768-1848), hombre de Estado; diplomático y escritor plenipotenciario de Francia en el Congreso de Verona (1822); ministro de Asuntos extranjeros de 1822 a 1824.

CHEATHAM, John (nacido en 1802), fabricante inglés y hombre político liberal.

CLARENDON, George William Frederick Villiers, conde de (1800-1870), hombre de Estado inglés, conservador luego liberal; virrey de Irlanda (1847-1852), reprimió el levantamiento irlandés de 1848; ministro de Asuntos extranjeros (1853-1858, 1865-1866 y 1868-1870).

COBBETT, William (1762-1835), demócrata inglés de origen campesino, miembro del parlamento, editor de *Cobbett's Political Register*.

COBDEN, Richard (1804-1865), fabricante de Manchester; jefe del movimiento librecambista, cuando el conflicto por la abolición de las leyes cerealearas; miembro liberal del Parlamento.

COCHRANE, John (1813-1898), oficial americano, uno de los jefes del ala izquierda del Partido republicano; miembro del Congreso de 1857 a 1861; participó activamente en la guerra civil americana.

CONNINGHAM, William (nacido en 1815), parlamentario liberal, asistió a un mitin en Brighton para protestar contra la intervención inglesa en los Estados Unidos, en diciembre de 1861.



CRITTENDEN, John Jordán (1787-1863), jurista y hombre de Estado; jefe del partido whig americano; senador, defendió el principio de un compromiso con los esclavistas del Sur.

CROMWELL, Oliver (1599-1658), hombre de Estado inglés, jugó un papel revolucionario en el siglo xvii; de 1653 a 1658, lord protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

CROSWELL, Edwin (1797-1871), periodista y hombre político americano; uno de los jefes del Partido demócrata en el curso de los años 1830 a 1840 en el Estado de Nueva York.

CURTIS, Samuel Ryan (1807-1866), hombre político y general americano; uno de los dirigentes del Partido republicano; representante de Iowa en el Congreso; siendo mayor, mandó las tropas nordistas en Misuri y Arkansas.

DAVIS, Charles Henry (1807-1877), oficial de marina americano; mandó la flotilla nordista en el Misisipí en 1862; nombrado almirante en 1863.

DAVIS, Jefferson (1808-1889), uno de los organizadores de la rebelión esclavista, se distinguió en la guerra contra Méjico (1846-1848); ministro de Guerra de los Estados Unidos (1853-1857); presidente de la Confederación del Sur de 1861-1865; autor de *Rise and Fall of the Confederate Government* (1881).

DERBY, Edward Geoffrey Smith Stanley, conde de (1799-1869), hombre de Estado inglés; whig hasta 1815, después jefe de los tory; primer ministro (1852-1858-1859 y 1866-1868).

DICKINSON, Daniel Stevens (1800-1866), jurista y hombre político americano; uno de los jefes del Partido demócrata en el curso de los años 1840; partidario de la Unión durante la guerra de Secesión.

DISRAELI, Benjamín, conde de Beaconsfield (1804-1881), jefe conservador inglés; canciller de Echiquier, después primer ministro (1868 y 1874-1880).

DIX, John Adams (1798-1879), hombre político y general de tendencia demócrata; dirigió las tropas nordistas en Virginia (1861).

DOUGLAS, Stephen Arnold (1813-1861), jefe del Partido demócrata de los Estados del Norte y partidario de un compromiso con los esclavistas; presidente de la comisión senatorial para los asuntos de los territorios (1847-1858); autor de la ley de Kansas y de Nebraska en 1854; derrotado en las elecciones presidenciales de 1860.

ELLETT, Charles (1810-1862), ingeniero e inventor de armas navales; participó en la guerra de Secesión del lado nordista.

ERICSSON, John (1803-1889), ingeniero e inventor de armas navales.

ESSEX, Robert Devcreux, conde de (1591-1646), general y hombre político inglés de tendencia presbiteriana; comandante en jefe de los ejércitos del Parlamento (1642-1645) en el curso de la revolución inglesa.

EUSTIS, George (1828-1872), diplomático americano, secretario de Slidell.

FARRAGUT, David Glasgow (1801-1870), oficial de la marina americana;

nombrado almirante en julio de 1862, dirigió una escuadra nordista cuando la toma de Nueva Orleans en abril de 1862, después derrotó a los sudistas en Mobile.

FLOYD, John Buchanan (1807-1863), uno de los jefes del Partido demócrata; gobernador del Estado de Virginia (1850-1853); secretario de Guerra con Buchanan; general de brigada sudista en el curso de la guerra civil.

FREMONT, John Charles (1813-1890), explorador, general y miembro del Partido republicano (ala izquierda); candidato con mala suerte en las elecciones presidenciales de 1856; dirigió las tropas nordistas en Misuri hasta noviembre de 1861, y en Virginia (1862); fue relevado de su cargo por Lincoln por su radicalismo antiesclavista.

GARRISON, William Lloyd (1805-1879), fundador de la Asociación anti-esclavista en 1833; director del *Liberator*; partidario de la lucha revolucionaria para la abolición de la esclavitud.

GIBSON, Thomas Milner (1806-1884), hombre de Estado inglés; partidario del librecambio, después liberal; ministro de Comercio de 1859 a 1866.

GILPIN, Charles (1815-1874), partidario del librecambio; miembro del gobierno de Palmerston (1859-1865).

GLADSTONE, William Ewart (1809-1898), hombre de Estado inglés; tory, después pealista; en la segunda mitad del siglo xix, jefe del Partido liberal; canceller de Echiquier, fue cuatro veces primer ministro.

GRANT, Ulysses Simpson (1822-1885), general y hombre de Estado americano de tendencia republicana; mandó las tropas nordistas en Kentucky y en Tennessee de 1861 a 1862; sostuvo la batalla de Vicksburg en 1863; comandante en jefe de los ejércitos nordistas en marzo de 1864; presidente de los Estados Unidos de 1869 a 1877.

GREGORY, William Henry (1817-1892), hombre político irlandés; miembro liberal del Parlamento; gobernador de Ceylán.

HALLECK, Henry Wager (1815-1872), general de la Unión y republicano moderado; de noviembre de 1861 a marzo de 1862, fue comandante en Misuri; de marzo a julio de 1862, en Misisipí; comandante en jefe de las fuerzas federales de julio de 1862 a marzo de 1864.

HAVELOCK, sir Henry (1795-1857), general inglés; participó en la guerra angloafgana de 1838-1842 y en la guerra contra los sikhs (1845-1846), después en la represión en la India.

HAYNAU, Julius Jacob (1786-1853), feld-mariscal austríaco; reprimió ferozmente los movimientos revolucionarios en Italia (1848) y en Hungría (1849).

HEINTZELMANN, Samuel Peter (1805-1880), general de la Unión, al mando del cuerpo del ejército de Potomac en 1862.

HOOKEK, Joseph (1814-1879), general de la Unión; republicano y abolicionista; reemplazó a Burnside a la cabeza del ejército de Potomac (enero a junio de 1863); luego sirvió bajo las órdenes de Grant y de Sherman.

IVES, Malcolm, periodista americano de tendencia demócrata.



JACKSON, Andrew (1767-1845), general y hombre de Estado americano; fundó el Partido demócrata en 1828; en el curso de la guerra angloamericana de 1812-1814, derrotó a los ingleses en Nueva Orleans; presidente de los Estados Unidos de 1829 a 1837.

JACKSON, Clairbone Fox (1806-1862), gobernador demócrata de Misuri, se negó a sostener el llamado de Lincoln para la incorporación de voluntarios; creó un parlamento Croupion °, para hacer votar la secesión; más tarde general de brigada de los confederados.

JACKSON, Thomas Jonathan (1824-1863), más conocido con el nombre de *Stonewall* que recibió después de la victoria de Bull Run (julio de 1861); mandó las tropas sudistas en Virginia.

JAMESON, Charles Davis (1827-1862), general de brigada nordista del ejército de Potomac.

JEFFERSON, Thomas (1743-1826), autor de la Declaración de la Independencia de 1776; tercer presidente de los Estados Unidos (1801-1809).

JENNISON, oficial y abolicionista, promovido a coronel en el curso de la guerra civil.

JOHNSON, Andrew (1808-1875), gobernador demócrata del Estado de Tennessee (1853-1857 y 1862-1865); senador (1858-1862); vicepresidente (1864-abril 1865); presidente después del asesinato de Lincoln. Siguió entonces una política de entendimiento con los plantadores del Sur y suscitó una viva oposición entre los republicanos radicales.

JUAREZ, Benito Pablo (1806-1872), jefe del Partido liberal mejicano; combatió por la independencia de su país en el curso de la guerra civil (1858-1860), después de la intervención a Méjico (1861-1867); presidente de Méjico (1858-1867).

KEARNY, Philip (1814-1862), asistió a las batallas de Magenta y de Solferino en 1859; general de la Unión, combatió bajo las órdenes de McClellan y Pope en el ejército del Potomac; fue muerto en 1862.

KINGLAKE, Alexander William (1809-1891), historiador y hombre político liberal; miembro del Parlamento inglés de 1857 a 1865.

LA FAYETTE, Marie-Joseph-Paul, marqués de (1757-1834), participó en la guerra de la Independencia americana (1775-1783); tuvo el mando de la Guardia Nacional durante la revolución francesa, preparó el ascenso al trono de Luis Felipe.

LAYARD, sir Austen Henry (1817-1894), arqueólogo y miembro del Parlamento inglés; subsecretario de Asuntos extranjeros, de 1861 a 1866.

LEE, Robert Edward (1807-1870), general sudista, participó en la guerra contra Méjico (1846-1848), después del aplastamiento de la rebelión de John Brown y de los esclavos; tuvo el mando de las tropas confederadas en Virgi-

° Nombre dado al Parlamento inglés cuando Cromwell expulsó a la mayoría de sus miembros en 1648.

nia de 1862 a 1865. Comandante en jefe de los ejércitos sudistas de febrero a abril de 1865. Se rindió a Grant; después de la guerra fue acusado de traición, pero no fue juzgado.

LEWIS, sir George Cornwall (1806-1863), hombre de Estado whig inglés; secretario del Tesoro (1850-1862); canceller de Echiqnier (1855-1858); ministro de Interior (1859-1861); ministro de Guerra (1861-1863).

LINCOLN, Abraham (1809-1865), uno de los jefes del Partido republicano, décimosexto presidente de los Estados Unidos (1861-1865); en el curso de la guerra civil luchó en principio por la integridad de la Unión, después por la limitación de la esclavitud a las zonas donde ya existía (fase constitucional); después proclamó la abolición de la esclavitud (fase revolucionaria), en 1863. Fue asesinado por un sudista el 14 de abril de 1865. Actuó como revolucionario por la presión de las masas populares de los Estados del Norte y de las necesidades económicas.

LOUIS-PHILIPPE-ALBERT, duque de Orleans, conde de París (1838-1894), nieto de Louis-Philippe pretendiente orleanista al trono; participó en 1861-1862, en la guerra civil americana del lado nordista.

LOVEJOY, Owen (1811-1864), pastor americano; abolicionista y miembro del Congreso.

LOVELL, Mansfield (1822-1884), general sudista; jefe de la guarnición de Nueva Orleans; relevado de su comandancia en diciembre de 1862.

LYONS, Richard Bickerton-Pemell, barón (1817-1887), embajador inglés en Washington de 1858 a 1865.

MACAULY, lord, Thomas Babington, barón of Rothley (1800-1859), historiador y hombre político whig; miembro del Parlamento inglés.

MACHIAVELLI, Niccolo (1469-1527), historiador, escritor, y hombre político italiano.

MADISON, James (1751-1836), jugó un papel dirigente en la guerra de la Independencia americana, ministro de Asuntos extranjeros (1801-1809); presidente de los Estados Unidos (1809-1817).

MAGOFFIN, Beriah (1815), jurista y gobernador demócrata prosudista de Kentucky; fue obligado a dimitir en 1862.

MANN, Ambrose Dudley (1801-1889), diplomático; representó a la Confederación del Sur en Londres (1861-1862), después en Bélgica.

MASON, James Murray (1798-1871) plantador esclavista del Sur; presidente de la Comisión senatorial de Asuntos extranjeros; encargado en 1861 por la Confederación del Sur de una misión diplomática en Inglaterra donde se quedó desde 1862 a 1865.

MAXIMILIANO DE HABSBURGO (1832-1867), archiduque austriaco; gobernador general de las posesiones austriacas en Italia, de 1857 a 1860; proclamado emperador de Méjico por los franceses en 1864; fusilado por los republicanos mejicanos en 1867.

MAYNARD, oficial americano: agente del Sur.

MAZZINI, José (1805-1872), revolucionario italiano de tendencia burguesa democrata; uno de los dirigentes del movimiento de liberación nacional; jefe del gobierno provisorio de la República romana en 1849; uno de los fundadores del Comité central de la Democracia europea en Londres en 1850; en el curso de los años 1850 se opuso a las ingerencias bonapartistas en la lucha nacional italiana.

McCLELLAN, George Brinton (1826-1885), presidente de la Compañía de Ferrocarriles de Ohio y de Misisipí y general de la Unión; de tendencia democrata, buscó un compromiso con los esclavistas del Sur; en el curso de la guerra civil, fue comandante en jefe de los ejércitos nordistas de noviembre de 1861 a marzo de 1862, después estuvo al frente del ejército del Potomac de marzo a noviembre de 1862. El Partido democrata lo presentó a las elecciones presidenciales contra Lincoln, en 1864.

MACCOOK, Alexander McDowell (1831-1903), general de la Unión, se distinguió en el curso de las batallas de Shiloh y de Corinth; tuvo a su mando el 1er. cuerpo del ejército en Ohio en el curso de la batalla de Perryville.

MITCHELL, Robert B. (1823-1882), general de la Unión; combatió en Kentucky, Tennessee, Nebraska y Kansas; luego fue gobernador del territorio de Nuevo Méjico.

MONROE, James (1758-1831), presidente de los Estados Unidos de 1817 a 1825; proclamó la doctrina de América para los americanos en diciembre de 1823.

MONTAGU, Robert, lord (1825-1902), miembro tory del Parlamento inglés.

MORGAN, John Hunt (1826-1864), oficial americano; participó en la guerra contra Méjico (1846-1848), después en la guerra de Secesión en las filas sudistas.

MORRILL, Justin Smith (1810-1898), miembro republicano del Congreso (1855-1867); propuso en 1860, un proyecto de ley adoptado en 1861 sobre protección aduanera.

OLDHAM, Williamson Simpson (1813-1868), jurista y soñador democrata de Tejas; participó en el levantamiento sudista, coautor de *A digest of the General Statute Laws of the State of Texas* (1859).

PALMER, Roundell, conde de Selborne (1812-1895), jurista; peelista, después liberal; procurador general (1861-1863); attorney general (consejero jurídico de la Corona), de 1863 a 1866; lord canceller de 1872 a 1874, y de 1880 a 1885.

PALMERSTON, Henry John Temple, vizconde (1784-1865), jefe del partido whig, después de haber sido tory; ministro de Asuntos extranjeros (1830-1834, 1835-1841 y 1846-1851); ministro de Interior (1852-1855); primer ministro (1855-1858, 1859-1865). Marx consagró toda una serie de artículos a este hombre de Estado.

PATTERSON, Robert (1792-1881), comerciante e industrial americano; al comienzo de la guerra civil, general del ejército nordista; derrotado en la batalla de Bull Run (julio de 1861) fue relevado de su comandancia.

PHILLIPS, Wendell (1811-1884), uno de los jefes de la revolución del partido abolicionista; presidente de la Sociedad antiesclavista americana (1865-1870); en el curso de los años 1870, militó en la formación de un partido obrero en los Estados Unidos, y fue miembro de la 1ª Internacional.

PIERGE, Franklin (1804-1869), hombre de Estado democrata; presidente de los Estados Unidos (1853-1857); siguió una política favorable a los esclavistas, sobre todo en Kansas.

PITT, William (hijo), canceller de Echiquier; primer ministro (1783-1801 y 1804-1806), adversario encarnizado de la Revolución francesa y de Napoleón I.

POLK, James Knox (1795-1849), presidente democrata de los Estados Unidos (1845-1849); organizó la guerra contra Méjico.

POPE, John (1822-1892), general de la Unión de tendencia republicana; tuvo bajo su mando el ejército de Virginia y de Misisipí (1862), después el ejército del noroeste.

POTTER, Edmund, fabricante y librecambista inglés; miembro de la Cámara de comercio de Manchester y del Parlamento inglés.

PRATT, Frederick Thomas, jurista inglés; autor de obras de derecho marítimo internacional.

PRICE, Sterling (1809-1867), general sudista, gobernador de Misuri, obligó a ese Estado a separarse de la Unión; dirigió campañas en el curso de la guerra civil americana.

PRINCIPES DE ORLEANS, cf. Joinville, Francois-Ferdinand-Louis-Marie, duque de Orleans y príncipe de; Louis-Philippe-Albert d'Orleans, conde de Paris; Robert-Philippe-Louis-Eugène-Ferdinand d'Orleans, duque de Chartres.

RENO, Jesse Lee (1823-1862), general de la Unión; combatió bajo las órdenes de Burnside en Carolina del Norte; cayó en el campo de batalla en 1862.

REYNOLDS, George William MacArthur (1814-1879), uno de los jefes del movimiento chartista de tendencia pequeñoburguesa y democrática, fundador del diario popular *Reynold's Weekly Newspaper*.

ROSEGRANS, Williams Starke (1819-1898), general de la Unión, dirigió las tropas nordistas en Misisipí y Tennessee (1862-1863).

ROSELIUS, Christian (1803-1873), jurista y whig americano; profesor en la Universidad de Luisiana; partidario de la integración de la Unión.

RUSSELL, lord John (1792-1878), uno de los dirigentes del partido whig inglés; autor de la reforma parlamentaria de 1832; primer ministro (1846-1852 y 1865-1866); ministro de Asuntos extranjeros (1852-1853 y 1858-1865).

SCOTT, Dred (1795-1858), esclavo negro; se esforzó de 1848 a 1857 por obtener su emancipación en los tribunales americanos.

SCOTT, William, barón Stonewell (1745-1836); jurista de tendencia tory; especialista en derecho marítimo internacional; miembro del tribunal del Almirantazgo desde 1798 a 1828.

SCOTT, Winfield (1786-1866), participó en la guerra angloamericana de 1812-1815; comandante en jefe del ejército americano desde 1841 hasta noviembre de 1861; fue derrotado en las elecciones presidenciales por Pierce (1852).

SEWARD, William Henry (1801-1872), uno de los dirigentes del ala derecha del Partido republicano; gobernador del Estado de Nueva York (1839-1843); senador desde 1849, derrotado por Lincoln en las elecciones presidenciales de 1860; secretario de Estado en el ministerio de Asuntos exteriores (1861-1869); partidario de un compromiso con los sudistas.

SEYMOUR, Horatio (1810-1886), miembro del Partido demócrata de los Estados del Norte; gobernador del Estado de Nueva York (1853-1855 y 1863-1869); partidario de un compromiso con el Sur.

SHAFTESBURY, Anthony, Ashley, Cooper, conde de (1801-1885), tory inglés, después whig desde 1847, en el curso de los años 1840 dirigente del movimiento aristocrático y filantrópico en favor de la ley sobre la limitación de la jornada de trabajo, a diez horas.

SHERMAN, William Thomas (1820-1891), general de la Unión; comandante del ejército de expedición del Norte en Carolina del Sur y en Florida (octubre 1861-marzo 1862); bajo las órdenes de Grant, combatió en Shiloh, atravesó Georgia para tomar Savannah en 1864; obligó a rendirse a Johnston en 1865.

SLIDELL, John (1793-1871), miembro de la comisión senatorial para asuntos exteriores; en otoño de 1861, fue enviado por la Confederación del Sur en misión diplomática a París, donde se quedó de 1862 a 1865.

SMITH, Gerritt (1797-1874), militante abolicionista revolucionario y miembro del Congreso.

SPENCE, James, negociante inglés, presidió un mitin proesclavista en Liverpool, en noviembre de 1861.

SPRATT, miembro del Congreso sudista en Montgomery (febrero de 1861).

STANTON, Edwin McMasters (1814-1869), jurista americano; formó parte del ala de izquierda del Partido republicano; attorney general (1860-1861); ministro de Guerra (enero 1862-1868); pregonó métodos de lucha radicales contra los esclavistas.

STEPHENS, Alexander Hamilton (1812-1883), de tendencia demócrata, representó a Georgia en el Congreso (1843-1859); vicepresidente de la Confederación del Sur (1861-1865).

STEVENS, Edwin Augustus (1795-1868), ingeniero e industrial americano, fue el primero en proponer blindar los navíos de guerra.

STONE, Charles Pomeroy (1824-1887), general de la Unión, dirigió las tropas nordistas en Virginia; después de la derrota que sufrió en Balls Bluff (octubre de 1861), fue hecho prisionero y liberado en 1862.

SUMNER, Charles (1811-1874), uno de los dirigentes del ala izquierdista del Partido republicano; senador de Massachusetts en 1851; presidente de la Comisión senatorial para asuntos extranjeros (1861-1871); pregonó soluciones

radicales en el curso de la guerra de Secesión, y continuó defendiendo los derechos políticos del Norte, después de la victoria.

TEMPLE, sir William (1628-1699), diplomático y hombre político inglés; consejero de Guillermo III de Orange.

THOUVENEL, Edouard-Antoine de (1818-1866), embajador de Francia en Constantinopla (1855-1860); ministro de Asuntos extranjeros (1860-1862).

TOOMBS, Robert Augustus (1810-1885), demócrata representante de Georgia en el Senado; luego secretario de Estado de la Confederación del Sur (1861); general de brigada sudista.

VALLANDIGHAM, Clement Laird (1820-1871), uno de los dirigentes del Partido demócrata; miembro del Congreso (1858-1863); organizó en el Norte una serie de conjuraciones en favor de la Confederación esclavista del Sur.

VAN DORN, Earl (1820-1863), general confederado; dirigió las tropas sudistas en Misisipí (1862).

VICTOR MANUEL II (1820-1878), duque de Saboya, rey de Cerdeña (1849-1861); rey de Italia (1861-1878).

WALKER, Leroy Pope (1817-1884), uno de los jefes del Partido demócrata del Sur; ministro de Guerra de la Confederación (1861).

WALSH, John Bem, lord Ormathawaite (1798-1881), miembro tory del Parlamento inglés.

WASHINGTON, George (1732-1799), hombre de Estado; comandante del ejército americano durante la guerra de la Independencia contra Inglaterra (1775-1783); primer presidente de los Estados Unidos (1789-1797).

WEBSTER, Daniel (1782-1852), uno de los dirigentes del partido whig americano; secretario de Estado (1841-1843 y 1850-1852); senador de Massachusetts, se opuso a la anexión de Tejas y a la guerra contra Méjico; sostuvo el compromiso de 1850.

WEYDEMEYER, Joseph (1818-1866), miembro de la Liga de comunistas; amigo y corresponsal de Marx y Engels, con los que participó en Alemania en la revolución de 1848-1849; después del fracaso emigró a los Estados Unidos; coronel del ejército del Norte, en el curso de la guerra de Secesión; difundió el marxismo en los Estados Unidos.

WHITNEY, Eli (1765-1825), fabricante; inventó la máquina para separar el algodón.

WILBERFORCE, William (1759-1833), miembro radical del Parlamento inglés; sostuvo una lucha tenaz contra la trata de negros y la esclavitud en las colonias británicas.

WILKES, Charles (1798-1877), oficial de marina y explorador americano; capitán de *San Jacinto* se apoderó de los emisarios sudistas Mason y Slidell en el *Trent* (1861); trasladado en seguida a la escuadra de las Indias occidentales.

WOOD, Fernando (1812-1881), uno de los dirigentes del Partido demócrata

de los Estados del Norte, alcalde de Nueva York (1854-1858 y 1860-1863), buscó un acuerdo con el Sur durante la guerra civil.

WOOL, John Ellis (1784-1869), general de tendencia abolicionista, dirigió las tropas nordistas en Virginia (agosto de 1861 a mayo de 1862).

WYKE, Charles Lennox (1815-1897), ministro plenipotenciario inglés en Méjico (1862-1863).

YANCEY, William Lowndes (1814-1897), uno de los dirigentes del Partido demócrata del Sur; senador de Alabama, renunció cuando Lincoln fue elegido; representó a la Confederación del Sur en Londres.

ZOLLICOFER, Félix Kirk (1812-1862), periodista, representó a Tennessee en el Congreso; dirigió las tropas sudistas en Kentucky, fue muerto en enero de 1862 en la batalla de Mill Springs.

ZULOAGA, Félix ((1814-1876), general mejicano; uno de los jefes del Partido católico contrarrevolucionario; presidente de la República de 1858 a 1859.

## INDICE

<i>Prólogo</i> , por Roger Dangeville .....	7
PARTE I: ECONOMIA DE LAS FUERZAS ENFRENTADAS .....	15
El problema americano en Inglaterra .....	17
La guerra civil norteamericana .....	27
El comercio británico del algodón .....	39
La crisis en Inglaterra .....	43
El comercio británico .....	47
PARTE II: FASE MILITAR .....	51
Las lecciones de la guerra americana .....	53
La guerra civil en los Estados Unidos .....	58
La destitución de Fremont .....	67
Cuestiones americanas .....	70
La guerra civil americana .....	74
La prensa inglesa y la caída de Nueva Orleans .....	84
La situación en el teatro de la guerra americana .....	87
La guerra civil y los navíos acorazados y blindados .....	92
Crítica a los asuntos americanos .....	94
Los acontecimientos de América del Norte .....	97
La situación en América del Norte .....	100

PARTE III: FASE POLITICA .....	105
La intervención a Méjico .....	107
El <i>Times</i> de Londres y los príncipes de Orleans en América ..	114
Las últimas informaciones y su efecto en Londres .....	119
Mistificaciones periodísticas en Francia. Consecuencias econó- micas de la guerra .....	124
Simpatías crecientes en Inglaterra .....	127
El gabinete de Washington y las potencias occidentales .....	132
A propósito de la crisis del algodón .....	135
El humanitarismo británico y América .....	137
A propósito del escamoteo del despacho de Seward .....	141
Un golpe de estado de Lord John Russell .....	143
El debate parlamentario sobre el despacho .....	146
La opinión pública inglesa .....	149
Un mitin proamericano .....	155
Un mitin obrero en Londres .....	158
PARTE IV: VICTORIA Y COMPROMISO .....	163
Crisis en el problema esclavista .....	165
Un tratado contra el comercio de esclavos .....	167
Manifestaciones abolicionistas en América .....	169
Síntomas de disolución de la Confederación del Sur .....	173
Los resultados electorales en los estados del norte .....	176
La destitución de Mc. Clellan .....	178
A Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos .....	181
Respuesta del embajador americano a la Asociación Interna- cional de Trabajadores .....	183
Mensaje de la Asociación Internacional de Trabajadores al pre- sidente Johnson .....	185
Notas .....	187
Nombres citados .....	213